Otto Rahn

Cruzada contra el Grial

La tragedia del catarismo

Segunda edición



libros Hiperión

OTTO RAHN

CRUZADA CONTRA EL GRIAL

La tragedia del catarismo

Traducción de Fernando Acha



Hiperión

libros Hiperión
Colección dirigida por Jesús Munárriz
Diseño gráfico: Equipo 109

Primera edición, 1982 Segunda edición, 1986

EDICIONES HIPERIÓN, S.L.
Salustiano Olózaga, 14 28001 Madrid
Tfno.: (91) 401 02 34
ISBN: 84-7517-079-X Depósito legal: M-32611-1986
Técnicas Gráficas, S.L. Las Matas, 5. Madrid.
IMPRESO EN ESPAÑA – *PRINTED IN SPAIN*

INTRODUCCION A LA NUEVA EDICION ALEMANA

La primera edición de *Kreuzzug gegen den Gral* apareció en Alemania en el año 1933; era el resultado de varios años de investigación rigurosa. Su autor, Otto Rahn, tenía entonces veintiocho años. Desde su adolescencia se sintió vivamente impresionado por las cuestiones relacionadas con la historia de las religiones. Inducido por encuentros fortuitos e influido cada vez más por ellos, dedicó todas sus energías al movimiento cátaro y al misterio del Grial. Su obra es la síntesis de sus visitas a la región de los cátaros y a los castillos de los templarios en el sur de Francia, de los impresionantes testimonios que recogió, de sus excursiones por el teatro de los hechos y de sus exploraciones en las cuevas pirenaicas acompañado por guías expertos, de su estudio de las

fuentes en archivos y bibliotecas de universidades francesas y alemanas y de su concienzudo trabajo bibliográfico. Su libro es un compendio de nociones y conocimientos de historia, de germanística, de religión, de arte y de vivas descripciones paisajísticas. En su campo es un libro atrevido.

Rahn mismo así lo consideró. Y así lo valoraron amplios sectores de la crítica de su tiempo. En el año de su aparición los comentarios de la prensa pusieron el acento en el esfuerzo pionero de Rahn. Siguieron alocuciones radiofónicas y hasta una oferta para llevar el tema al cine. Se tradujo al francés y se proyectaba una traducción al inglés. La situación material de la Alemania de aquel entonces difuminó con rapidez el éxito general que había tenido.

Aún hoy en día, en conversaciones, pueden comprobarse los efectos individuales de la primera edición. Efectos individuales que, después de varios intentos, han cristalizado, a los treinta años, en una reedición. En aquella Alemania oficial, carente de exponentes de individualidad y espiritualidad, Rahn no encontró ninguna posibilidad de vida interior. Constantemente estuvo viajando al sur de Francia y a París. Cuando tuvo dificultades con su pasaporte, pasaba por la frontera austríaca. De uno de esos viajes ya no volvió. La muerte se lo llevó de forma prematura en 1939. La correspondencia que mantuvo con su «estimado y paternal amigo monsieur Gadal (Trevrizent)» es testigo de sus últimos años de vida. Él lector encontrará un resumen biográfico, con pasajes al respecto, en el apéndice al epílogo.

Esta nueva edición hay que agradecérsela a la Editorial Hans E. Günther. Apenas se ha alterado el texto. Se intenta poner nuevamente a discusión el trabajo y los conocimientos de Rahn. Sólo hemos realizado algunas abreviaciones accidentales e introducido ciertas anotaciones a algunas tesis muy poco comunes, pero sin formular juicios de valor definitivos.

La obra de Rahn supone un nuevo impulso dentro del cúmulo de publicaciones especializadas. Sobre esta temática han aparecido importantes escritos, sobre todo un manuscrito. La investigación ha avanzado. En esencia, son

nuevas aclaraciones, ampliaciones y profundizaciones, aunque también hay que indicar que se trata de un trabajo más amplio, pero radicalmente negativo. La impresión básica que se saca de los escritos franceses y alemanes más recientes es que no sólo se han trascendido los conocimientos del pasado, sino que, de las fuentes del destino que actúan en nuestra época, puede irrumpir una nueva ciencia que no pertenece a ninguna corriente específica concreta.

En el epílogo hacemos mención de las obras más importantes que vienen al caso. René Maikowski, profundo conocedor de la región de los cátaros y de los templarios y de su literatura, ha realizado de modo digno de agradecer el tratamiento de las obras francesas. El editor se ha ocupado de las publicaciones alemanas. Hemos ampliado la parte de bibliografía (apéndice 1964).

Múltiples y variadas son las consideraciones que en torno al cristianismo se dan en nuestros días. La reedición del libro de Rahn puede suponer una valiosa aportación y un impulso hacia adelante. El contenido esotérico del cristianismo y su impulso de libertad, así como los elementos negativos, que también existen, querrían resurgir desde lo más profundo en muchos espíritus. El nuevo conocimiento de la religión de Mitra, la corriente de San Juan en el cristianismo, la búsqueda de la esencia de la auténtica gnosis, la búsqueda de la espiritualidad maniquea, de la verdadera sabiduría de los rosacruces y un vivo y nuevo anhelo cúltico, no son sino meros y escuetos botones de muestra. Toda esta problemática incide en muchos más espíritus y se vive con mucha mayor exigencia y conciencia de lo que se manifiesta en la realidad actual.

Que el impulso al que Rahn quiso servir actúe de modo estimulante dentro de esta dinámica.

KARL RITTERSBACHER

Christian de Troyes el maestre
con la leyenda fue injusto:
de ello Kyot con razón se queja,
pues fue él quien nos ofreció la verdadera.
De Provenza a tierras alemanas
la auténtica leyenda nos fue enviada
consiguiendo su justo fin y meta.
Yo, Wolfram von Eschenbach,
sólo aquí quiero hablar
de lo que allí ante mí el maestre habló [1].

PROLOGO

Wolfram von Eschenbach nos hace saber que «Kyot, afamado maestre, trajo de Provenza a suelo alemán la verdadera leyenda del Grial, y que Christian de Troyes (autor del *Perceval le gallois ou le conte du graal)* la desnaturalizó». Es verdad que no conocemos una epopeya del Grial que tenga como autor a Kyot, pero sabemos que el poeta francés *Guyot* de Provins, a finales del siglo XII, visitó las cortes más renombradas del norte y sur de Francia, y conocemos de entre sus poemas una «Biblia», en la que caricaturiza a sus coetáneos. Parece que puede atribuirse al tal Guyot un *Parsifal* que no ha llegado hasta nosotros. La primera parte del *Parsifal* de Wolfram se halla completamente influida por el —inacabado— *Perceval le gallois,* y es una imitación manifiesta del mismo. Pero a partir del noveno libro de su *Parsi-*

fal, Wolfram von Eschenbach hace una formulación de la leyenda del Grial totalmente nueva. Si Wolfram se hubiera inspirado también en Guyot, su influjo sólo afectaría a la última parte, la que se refiere al Grial, que es la más importante.

¿Cómo es posible que no haya llegado a nosotros la versión original de Guyot? [2].

Muchas son las hipótesis que se han formulado, pero la verdadera, a mi entender, jamás lo ha sido. Jamás se ha tenido en cuenta el hecho de que, debido a las cruzadas contra Provenza y Languedoc (1209-1229), y sobre todo al comportamiento de la Inquisición en el sur de Francia, fue destruida una gran parte de la literatura provenzal. La censura llevada a cabo por los componentes de la «cruzada de los albigenses» y por los inquisidores era eficaz. Se arrojaban a la hoguera todos los libros sospechosos de herejía, sometiéndolos a la prueba del fuego. Sólo aquellos que, intactos, se elevaban hacia lo alto eran tenidos por no heréticos. Como se comprenderá, con semejante modo de proceder poco quedó a salvo.

Walter Map (clérigo en la corte de Enrique II de Inglaterra, y tal vez autor del *Grand Saint-Graal,* escrito hacia 1189) [3] nos informa de que en Bretaña no había «herejes», pero muchos, en cambio, en Anjou e innumerables en Borgoña y Aquitania (por consiguiente, en Provenza y Languedoc). *Cesar von Heisterbach* nos refiere que la «herejía albigense» se había propagado con tanta intensidad, que contaba con adeptos en casi mil pueblos, y que de no haber sido borrada a sangre y fuego, hubiera emponzoñado toda Europa. Un historiador, perteneciente a la orden de los Minoritas, la cita, junto con los judíos, paganos, mahometanos y emperadores alemanes, entre los cinco grandes perseguidores de Roma...

Los «albigenses» (que sólo en el nombre coincidían con Albi, ciudad al sur de Francia) pertenecían, por lo que respecta a su doctrina, a dos sectas heréticas distintas. La más conocida era la de los «waldenses» (fundada por un comer-

ciante de Lyon llamado Pedro Waldo), y que se extendió por Occidente en un lapso increíblemente corto. La segunda era la de los «cátaros» (del griego *katharos* = puro; de ahí la palabra alemana *ketzer*, que significa hereje), a quienes podría llamárseles los Mahatma Gandhi de Occidente en la Edad Media. Inclinados sobre sus telares cavilaban sobre si el «Espíritu del Mundo tejía verdaderamente en el telar chirriante del tiempo el traje vivo de la Divinidad». Por eso se les llamó también «tejedores».

Teniendo en cuenta que este libro no pretende describir la historia de las sectas, sólo me referiré a los waldenses cuando se interfieran en el marco de mis investigaciones.

Mi obra se centra en el estudio de los cátaros y sus misterios...

Sabemos aún muy poco sobre ellos debido a que casi toda su obra literaria fue destruida. No vamos a extendernos en el juicio que nos merecen las confesiones arrancadas a ciertos cátaros en las cámaras de tortura de la Inquisición. Al margen de algunas obras técnicas de tipo histórico y teológico, de las que, a mi parecer, sólo una mínima parte se aproximan a la verdad, apenas nada se ha escrito sobre ellos. Además, y por razones que se evidenciarán a lo largo de mi trabajo, han silenciado su «pureza» y el inaudito coraje de sus profesiones de fe.

Maurice Magre, el amable profeta de la sabiduría hindú, a quien quisiera expresar mi sincero agradecimiento por las recomendaciones que me deparó para su tierra natal del sur de Francia, dedicó algún capítulo de su libro *Magiciens et Illuminés* al misterio de los albigenses *(Le maître inconnu des Albigeois)*. Su hipótesis de que los cátaros fueron los budistas de Occidente en la Edad Media cuenta con numerosos partidarios y ha sido defendida por historiadores muy respetables, como, por ejemplo Giraud en su *Cartullaire de Notre-Dame de Proiulle*. Más adelante nos ocuparemos de ello con profusión de detalles. Sin embargo, la tesis de Magre, por fascinadora que pueda parecer, de que la doctrina hindú de la metempsicosis y del Nirvana fue traída al

alegre sur de Francia por un «sabio» tibetano, no resiste la crítica más benévola.

Si me decidí a residir una larga temporada en una de las zonas pirenaicas más hermosas, pero al mismo tiempo más inhóspitas y salvajes, en modo alguno fue —como algunos periódicos franceses afirmaron— para comprobar el libro de mi amigo Maurice Magre, sino tan sólo para dar forma «in situ» a un tema que me había cautivado.

Cuando, estando en la Biblioteca Nacional de París, me disponía a examinar y revisar los resultados de mis investigaciones en los Pirineos, cayó en mis manos un opúsculo de Peladan, *Le secret des troubadours,* en el que el autor manifiesta sus sospechas sobre la existencia de relaciones secretas entre trovadores cátaros y templarios, entre Montsalvat y las ruinas del castillo de Montségur, último refugio cátaro durante la cruzada de los albigenses.

Ya me había caído en suerte descubrir en las cuevas pirenaicas los vestigios de ciertas estaciones, desconocidas hasta entonces, del calvario de los herejes. Dichas huellas, corroboradas por las leyendas autóctonas, no me hicieron ya dudar de la existencia de una relación, más que etimológica, entre Montsalvat *(mons salvatus)* y Montségur *(mons securus)* [4*].

El catarismo fue una herejía; sólo la teología proporciona la clave que descifre su mística llena de misterios. Sólo un historiador de la civilización es capaz de describir dignamente el nacimiento y ocaso de la cultura occitana. Sólo un experto en temas literarios puede orientarse en los poemas épicos del rey Arturo, Perceval, Galaad y Titurel. Las cuevas —que eran mis «documentos» más importantes y más difíciles y peligrosos— precisan de un espeleólogo y de un especialista en prehistoria. Y el «¡Sésamo, ábrete!» que permite el acceso al círculo mítico y místico del Grial únicamente se ofrece al artista.

Solicito indulgencia por si careciere de alguno de estos requisitos. Mi voluntad no era otra sino la de guiar a los hombres de mi tiempo a la nueva tierra que, con soga, lin-

terna de minero y esfuerzo denodado, había descubierto y narrar al mismo tiempo a mis coetáneos el martirio de los herejes templarios.

Quisiera concluir este mi prólogo con las palabras de Franz Kampers, palabras que, a veces, junto con mi lámpara, me ayudaron a iluminar los tenebrosos laberintos de las cuevas del Grial: «La palabra Grial era oscura desde el principio. Esta falta de claridad del nombre en sí y de su origen nos indica precisamente que lo Santo tuvo una prehistoria en la que existía una Grandeza, conocida y aprehensible, que también se llamaba "Grial"» [5].

OTTO RAHN

Entonces Parsifal le contestó:
«Si la caballería, con escudo y lanza,
puede conseguir
la recompensa en la tierra
y el paraíso para el alma,
seré siempre caballero.»

En verdad tu nombre es Parsifal
que significa: corta por la mitad.

Wolfram von Eschenbach[6]

PRIMERA PARTE

PARSIFAL

Los ojos acostumbrados a la luz septentrional se sienten heridos por el constante colorido luminoso de los paisajes de Provenza y Languedoc, donde normalmente brilla el sol y el cielo es siempre azul. Cielo azul, mar más azul aún, purpúreo litoral rocoso, gualdas mimosas, negros pinos, verdes laureles y montes de cuyas cumbres no desaparece la nieve.

Cuando llega la noche meridional centellean, titilantes, estrellas inverosímilmente grandes, tan cercanas que se creería poder cogerlas casi con la mano. Y la luna del sur no es la luna del norte, sino su hermana gemela, pero más bella y sigilosa...

El sol y la luna sureños generan amor y canciones. Cuando el sol brilla, aflora el canto por sí mismo. Se despiertan las canciones que la niebla huraña tenía aherrojadas y se elevan hacia el cielo en pos de las alondras. Y cuando la luna se levanta sobre el mar, lanza al viento las canciones para, a porfía con los ruiseñores, ir a rondar a las mujeres agraciadas.

Entre los glaciares alpinos y los soleados Pirineos, desde los valles plantados de viñas del Loira hasta los paradisíacos jardines en terraza de la Costa Azul y de la Costa Bermeja, se desarrolló, a comienzos de nuestro milenio, una civilización brillante, gentil y rebosante de espíritu, donde la poesía y la *Minne* (el amor ideal, el amor sublime, el amor idílico) tenían sus leyes. Se dice que estas leyes, *las leys d'amors* (las leyes de la *Minne)*, fueron entregadas al primer trovador por un halcón que se hallaba posado en la rama de una encina de oro [7].

Las *leys d'amors* contenían treinta y un prescripciones. Lo peregrino del caso es que establecían como principio básico que la *Minne* excluye el amor carnal o matrimonio. La *Minne* es la unión de las almas y de los corazones; el matrimonio, la de los cuerpos. Con el matrimonio muere la *Minne* y la poesía. El amor, sin más, es sólo pasión que, rauda, se desvanece con el goce sensual. Quien alberga en su corazón la auténtica *Minne* no ansía el cuerpo de su amada, sino tan sólo su corazón. La verdadera *Minne* es amor puro e incorpóreo. La *Minne* no es amor a secas; Eros no es sexo.

Guilhelm Montanhagol, trovador de Toulouse [8], nos dice: «Los que aman deberían ser de corazón puro y no pensar más que en la *Minne,* pues la *Minne* no es pecado, sino virtud que hace buenos a los malos y mejores a los buenos. *E d'amors mou castitatz* (La *Minne* hace castos).» En realidad eran los trovadores quienes habían establecido *las leys d'amors.* En las llamadas «cortes de amor» era donde las damas juzgaban a cuantos caballeros y trovadores habían infringido las leyes de la *Minne.*

Al *Minnedienst* o servicio de amor (homenaje rendido

a la gracia y a la hermosura) llamaban los trovadores *domnei* (de *domina* = dama). El *domnei* provocaba en el *domnejaire* (servidor de la *Minne)* el *joy d'amour:* anhelo, empuje, ímpetu que llevaba al poeta a hacer la *Minne.* Era ganador aquel que componía las *Minnelieder* (canciones de amor) más bellas. Una vez que el cantor había rendido homenaje a su dama, ésta le recibía como vasallo tributario. En adelante podría disponer de él como si fuera su siervo. El trovador, de rodillas, juraba a su dama eterna fidelidad como se hacía a un señor feudal. La dama, como prenda de amor, entregaba a su paladín poeta un anillo de oro. Le hacía levantarse del suelo y le daba un beso en la frente. Este era siempre el primero y, las más de las veces, el único. *E d'amor mou castitatz...*

Parece ser que hubo sacerdotes provenzales que bendecían estas uniones místicas invocando a la Virgen María.

En el norte de Francia, más aún en Italia y sobre todo en Alemania, el caballero no conocía otra patria que la sala de armas, la palestra y el campo de batalla. En estos países no se concebía la caballería sin nobleza. Sólo era caballero el noble capaz de partir a la guerra con su cabalgadura y sus hombres de armas a caballo.

En los países occitanos, en cambio, la patria del caballero eran los montes y los bosques. Cualquier burgués o campesino podía acceder a la caballería con tal de que tuviera valentía y lealtad o supiera hacer versos. Los atributos del caballero occitano —accesibles, por otra parte, a cualquiera— no eran otros que la espada, la palabra y el arpa. El campesino que dominaba el lenguaje hablado era elevado a la categoría de noble, y al artesano poeta se le consagraba caballero.

El trovador Arnaut de Maruelh, de modesta familia, escribano primero y poeta más tarde en la corte del vizconde de Carcassonne y de Béziers, nos dice: «Un hombre bien nacido debe ser excelente luchador y anfitrión generoso y tiene que conceder suma importancia a la buena armadura y a la elegancia escogida y a la cortesía. Cuantas más virtudes posea un noble, tanto mejor caballero será. Pero también los bur-

gueses pueden tener las virtudes caballerescas. Aunque no sean nobles de nacimiento pueden serlo, no obstante, de sentimientos. De todas formas, hay una virtud que todos —nobles y burgueses— deben poseer: la lealtad.

Quien es pobre puede suplir su falta de medios económicos mediante el lenguaje cortés y la galantería. Pero quien nada sabe hacer ni decir, no merece consideración alguna y no es digno de mis versos»[9].

Como vemos, pueden ser caballeros o llegar a serlo tanto los de alta alcurnia como los de baja cuna, a condición de que sean valientes y leales o poetas y servidores de la *Minne.* Los cobardes y groseros son indignos de la caballería. Su palafrén es la acémila.

El trovador Amanieu des Escas nos da las siguientes recomendaciones: «Alejaos siempre de los hombres necios y evitad las conversaciones malévolas. Si queréis abriros camino en el mundo, sed magnánimos, francos, intrépidos, y estad siempre dispuestos a hablar de cuestiones cortesanas. Si no tenéis suficiente dinero para una flamante vestimenta, procurad al menos que todo esté bien limpio, sobre todo vuestro calzado, cinturón y daga. Esto es lo que más agrada y lo que da un aspecto más palatino. Quien desee conseguir algo en el servicio a las damas debe ser diestro en todo para que su señora jamás halle en él defecto alguno. Procurad complacer asimismo a los conocidos de vuestra dama para que sólo lleguen a sus oídos cosas buenas de vosotros. Esto ejerce grandísimo influjo sobre el corazón. Si vuestra dama os recibiere no os dé vergüenza confesarle que os tiene robado el corazón. Si accediere a vuestros deseos, no se lo digáis a nadie. Más bien lamentaos ante todo el mundo de no haber conseguido nada, pues las damas no pueden soportar a indiscretos y mentecatos.

Ya sabéis ahora cómo se abre uno camino en la vida y cómo se complace a las damas»...[9].

Los trovadores eran gente de vida alegre. Se notaba cuando, fuera del puro servicio que dedicaban a su dama, se prendaban de un rostro agraciado y se entretenían por la

noche sin llegar al castillo donde pensaban cenar y albergarse. El tiempo en el sur es apacible; la fruta se halla al alcance de la mano, y el agua de los manantiales sabe al que tiene sed tan buena como el dulce vino del Rosellón.

Las leys d'amors prescribían que éste debía ser tan puro como una oración, pero por las venas de los hombres del sur circula sangre caliente, y los trovadores, antes de llegar a viejos, también fueron jóvenes, y las mujeres entradas en años ni necesitaban ni encontraban paladines.

La Poesía era la voz melodiosa de la caballería; su gracioso lenguaje, el «provenzal», primogénito entre los idiomas neolatinos, pero entretejido, cual polícroma alfombra, de retazos ibéricos, griegos, celtas, góticos y árabes [10].

Desde Francia, Italia, Cataluña, Aragón y Portugal se dirigían los trovadores a Montpellier, Toulouse, Carcassonne y Foix a aprender nuevas rimas y a competir con reyes y príncipes poetas, con Ricardo Corazón de León, Alfonso de Aragón y Raimundo de Toulouse.

¿Quién no conoce al intrépido y batallador Bertran de Born, a quien Dante encuentra decapitado en el Infierno, y al eterno enamorado Arnaut Daniel, que en el Purgatorio «canta lloroso y contempla la insensatez pasada», suplicando al gran Florentino que le tenga siempre en su memoria? Y todos los demás, disparatados unos, rebosantes de talento otros, tales como: Bernart de Ventadour, Gancelm Faidit, Peire Vidal, Marcabrus, Peire Cardinal, Raimon de Miraval y el melancólico Arnaut de Maruelh, discípulo predilecto de Arnaut Daniel y paladín desdichado de la condesa de Carcassonne [11].

Michel de La Tour, testigo presencial y conocedor mejor que nadie de estos «rimadores», nos describe cómo vivían, amaban, reían y lloraban los trovadores occitanos. Vamos a hacer una transcripción libre de algunas de sus descripciones.

Raimon de Miraval [12] era un caballero de cuna humilde, natural de los alrededores de Carcassonne. Debido a su poe-

sía y modo de hablar excelentes, dominaba el arte de la *Minne* y del servicio a las damas. Fue muy respetado y apreciado por el conde de Toulouse, que le entregó caballos, vestimenta y armas. Fue vasallo de dicho conde, así como del rey Pedro de Aragón, del vizconde de Béziers, del señor Bertran de Saissac y de todos los grandes barones de aquellas comarcas. No hubo dama distinguida que no codiciara su amor o al menos su profunda amistad. Sabía mejor que nadie celebrar y honrar a las damas. Todas tuvieron a honra tenerlo como amigo. Una en especial atraía sus complacencias. Su amor le inspiró muchos y bellos cantares; pero todo el mundo sabía que jamás recibió *ben* de dama alguna, *ben* al que le daba derecho la *Minne*. Todas le engañaron.

Un doble empeño me atormenta;
amor carnal o amor sublime,
¿en quién debo confiar?
¿Canto o no canto a las mujeres
mientras dura mi existencia?
Tengo muchas razones, y de peso,
para no cantar ya más.
Pero sigo, pues mi apetencia de amor y juventud
me alecciona, me incita, me arrebata [13].

Peire de Auvergne, hijo de burgués, oriundo del obispado de Clermont, era inteligente, agradable, apuesto y muy culto. Excelente versificador y cantor, fue el primer trovador del país realmente notorio. En su poesía encontramos las mejores rimas:

Cuando el día es corto y la noche larga
y el firmamento gris y pardo
es, entonces, cuando despierta mi musa
floreciendo y sazonando mis ayes.

Enaltecido y estimado por todas las damas, barones y señores distinguidos, fue considerado como el mejor trovador hasta el día en que empezó a actuar Giraut de Borneil. Peire de Auvergne decía de sí:

La voz de Peire de Auvergne resuena
como el croar de las ranas en el lago,
se vanagloria de sus melodías.
Al tener casi demasiado talento
resulta difícil comprenderle.
Alegre hallé esta cancioncilla
a la luz de las antorchas de Poivert.

El delfín de Auvergne, en cuya tierra vino al mundo, contaba a Michel de La Tour que este trovador vivió largos años y que... (laguna en el texto...) al final de sus días se arrepintió.

Guilhem de Cabestanh provenía del Rosellón que linda con Cataluña y la región de Narbona. Era de porte distinguido y versado en hechos de armas, requiebros caballerescos y servicio a las damas. En su tierra había una dama llamada Donna Soremonda, joven, alegre, noble y bien parecida. Era esposa de Raimundo del Castillo Rosellón, señor poderoso, malo, violento, rico y orgulloso. Guilhem de Cabestanh la amaba con locura. El rumor llegó a los oídos de Raimundo del Castillo Rosellón. Hombre iracundo y celoso, hizo vigilar a su mujer, y un buen día que encontró solo a Guilhem de Cabestanh lo mató, le arrancó el corazón y le cortó la cabeza. Mandó asar el corazón, lo adobó con salsa de pimienta y se lo dio a comer a su mujer. Terminada la comida, le preguntó: «¿Sabéis lo que habéis comido?» Ella le contestó: «No; pero ha sido un manjar exquisito.» Entonces le dijo que lo que había comido era el corazón de Guilhem de Cabestanh, y como prueba de ello hizo que le presentaran la cabeza. Al verla, ésta se desvaneció. Vuelta en sí, dijo: «La vianda que me habéis preparado ha sido tan excelente, señor, que ya jamás volveré a comer nada más.» Corrió a un balcón y se precipitó al vacío. La noticia de la miserable muerte de Guilhem de Cabestanh y Donna Seremonda y de que Raimundo del Castillo Rosellón había dado a comer a su esposa el corazón de aquél corrió como reguero de pólvora por toda Cataluña y Rosellón. Por doquier cundió el duelo y la aflicción. Se quejaron ante el rey de Aragón, de quien dependían Raimundo del Castillo Rosellón y Guilhem

de Cabestanh, el cual rápidamente se dirigió a Perpiñán, hizo comparecer ante sí a Raimundo, lo detuvo, le confiscó todos sus bienes y lo arrojó a lo profundo de una mazmorra. Guilhem de Cabestanh y su dama fueron traídos a Perpiñán e inhumados delante de la puerta de la iglesia. En el epitafio de la losa sepulcral podía leerse cuál había sido su final. Apareció una disposición en la que se ordenaba que todos los caballeros y damas del condado de Rosellón peregrinasen una vez al año a este lugar para celebrar allí sus honras fúnebres.

Cuando os vi tan altiva, sublime y bella
y oí que bromeabais con gracioso encanto
creí que para mi calma había sucedido.
Pero desde entonces ya no la he encontrado.
¡Os amo, señora, cosa mala debiera acontecerme
si a otras damas afecto concediera!
¡Señora! ¿Es que jamás me llegará la hora
en la que me digáis que soy vuestro amigo? [14].

Raimon Jordan, vizconde de Saint-Antoine, en la diócesis de Cahor, amaba a una noble dama, casada con el señor de Pena, en la región de Albi. Hermosa, llena de méritos, gozaba de gran estima y distinción. El era culto, generoso, galante, diestro en las armas, esbelto, agradable y buen poeta. El amor que se profesaban era inmenso. Pero aconteció que, en una encarnizada batalla, el vizconde sufrió heridas tan graves, que sus enemigos le dieron por muerto. Tan grande fue el pesar de la vizcondesa, que le llevó a entrar en la orden de los herejes. Dios quiso que el vizconde curara. Nadie se atrevía a decirle que la vizcondesa se había hecho hereje. Una vez sano, el vizconde volvió a Saint-Antoine, donde se enteró de que su dama, apesadumbrada por su muerte, había entrado en religión. Tal noticia hizo que desaparecieran de su vida las bromas, las risas y la alegría y que le invadieran los gemidos, el llanto y la aflicción. Dejó su caballo y rehuía el contacto con la gente. Así vivió durante más de un año. Todas las almas caritativas de aquella región estaban muy contristadas por ello; tan era así, que Alix de Montfort, dama joven bien parecida y amable, le comunicó que debiera

alegrarse, pues, en compensación por la pérdida sufrida, le ofrecía su persona y su amor. Este es el mensaje gentil que le envió: «Os pido y os imploro me concedáis la gracia de venir a verme.» Cuando el vizconde recibió este honor, una inconmensurable dulzura empezó a inundarle el corazón. Al momento comenzó a sentirse alegre, de buen humor, a andar entre las gentes, a vestirse y a vestir a sus acompañantes. Se atavió debidamente y cabalgó hasta Alix de Montfort, que le recibió rebosante de gozo por el honor que le hacía. También él se sentía contento y feliz por la honra que ella le había deparado. Encantado de su bondad y virtudes, en modo alguno se arrepintió de haberle prometido su amor. Supo conquistarla, y le dijo que la tenía grabada para siempre en su corazón. Le tomó por su caballero, recibió su homenaje, le abrazó, le besó y le entregó el anillo de uno de sus dedos como prenda de garantía y seguridad. El vizconde Raimon Jordan, satisfecho y radiante, se alejó de la dama, retornando a sus cantares y alegrías y componiendo la famosa canción: «Ante vos, suplicante, me prosterno; ante vos, a quien amo...» [15].

*

Entre las innumerables dinastías que existían a uno y otro lado de la cadena pirenaica, dos eran las más sobresalientes.

En la parte española reinaba la Casa de *Aragón*, cuyo origen se perdía en la noche de la historia vascona. Se consideraba como antepasado de la misma al caudillo vascón Lupo, quien al parecer habría derrotado a Rolando en Roncesvalles.

Alfonso I (1104-1134), en el año 1118, arrancó Zaragoza a la dominación mora y la erigió en capital de Aragón. Su hermano, Ramiro II, en el año 1137, casó a su hija Petronila con el conde Ramón Berenguer de Barcelona, cuyo hijo mayor, Alfonso II, de sobrenombre El Casto (1162-1196),

reunió bajo su cetro Cataluña y Aragón. Su poder se extendía sobre Aragón, Cataluña, Valencia e islas Baleares, sobre la parte de Provenza situada al sur de Durance, los condados de Urgel y de Cerdeña colindantes con Andorra y sobre el Rosellón, la parte comprendida entre el Mediterráneo y el condado de Toulouse.

Alfonso el Casto fue un prominente mecenas del *gai savoir* (arte noble, poesía) y uno de los trovadores que componían en lengua provenzal. El poeta Guyot de Provins, originario del norte de Francia, habla de este *rois d'Arragon* como de su magnánimo protector y celebra con admiración su talento poético y sus virtudes caballerescas. Alfonso el Casto competía con el trovador Arnaut de Maruelh por obtener los favores de Adelaida de Burlath, hija de Raimundo V, conde de Toulouse, y esposa de Roger-Taillefer, vizconde de Carcassonne...

Al norte de los Pirineos dominaban los poderosos condes de *Toulouse*. Hursio, príncipe godo, era su antecesor. Cuando Alarico II, rey de los visigodos, perdió, en el año 507, ante el rey franco Clodoveo, su residencia en Toulouse, debió de quedarse Hursio como *marqués* de la ciudad.

Poco a poco los descendientes de Hursio llegaron a ser los dueños de toda la región comprendida entre los Alpes, Durance, Dordogne y los Pirineos hasta Gascuña.

Raimundo de Saint-Gilles, descendiente decimocuarto de Hursio, se dirigió a Tierra Santa en la primera cruzada (1096-1099), al frente de un gran ejército de peregrinos occitanos. Fracasado en su intento de disputar a Godefroi de Bouillon la corona real de Jerusalén, fundó el principado de Trípoli, al pie del Líbano. Las ciudades sirias de Trípoli, Arados, Porfirio, Sidón y Tiro se convirtieron en la Toulouse, Carcassonne, Albi, Lavaur y Foix del Asia Menor. Trípoli capital se hallaba situada en un bosque de palmeras, naranjos y granados, en cuyas hojas el viento interpretaba canciones de los cedros de Salomón, de las nieves de Sannin y de los templos

de Baalbek. El conde de Toulouse ya no echaba de menos su patria; sólo suspiraba por su paraíso oriental [16].

Melisenda de Trípoli era biznieta de Raimundo; su primor y su tierra fabulosa ejercieron tal atracción sobre Rudel, el infortunado trovador que, como canta Petrarca en su *trionfo d'amore*, «se valió de la vela y el remo para ir en busca de su muerte».

Los hijos de Raimundo de Saint-Gilles se repartieron la herencia paterna. Bertran, que había venido al mundo en Toulouse, dominó sobre Trípoli. Alfonso, nacido en Trípoli, partió para Toulouse, donde ostentó los títulos de conde de Toulouse, marqués de Provenza y duque de Narbonne. Los poderosos condes y vizcondes de Carcassonne, Béziers, Montpellier, Narbonne y Foix le reconocieron como supremo señor feudal.

Alfonso tenía cuarenta y cinco años cuando Bernardo, abad de Clairvaux, predicaba la segunda cruzada (1147-1148). Tomó la cruz en Vezelay junto con Luis VII de Francia. Murió envenenado poco después de haber desembarcado en Cesarea, imputándose el asesinato a Balduino III, rey de Jerusalén. Parece ser que el móvil de su crimen fue el miedo que éste tenía a que le arrebataran su corona.

La infanta India de Toulouse, que había acompañado a su padre a Tierra Santa, le enterró al lado de sus padres, Raimundo de Saint-Gilles y Elvira de Castilla, en el monte de los Peregrinos, entre el Líbano y el mar. En el transcurso de la cruzada, India fue hecha prisionera por los infieles y llevada a Aleppo al harén del sultán Nureddin. La esclava India llegó a ser sultana, y reinó, a la muerte de Nureddin, sobre el imperio de los selyúcidas.

Cuando Alfonso partió para Palestina, su hijo Raimundo tenía sólo diez años. Los reyes de Francia, Inglaterra y Aragón, sus vecinos más poderosos, le disputaron su herencia. Luis VII de Francia, como descendiente de Clodoveo y Carlomagno, creía poder reclamar Toulouse. Enrique II de Inglaterra, en cuanto esposo de Eleonora de Poitiers, pariente próxima de la casa condal de Toulouse, también creía tener

derecho. El rey de Aragón, por su parte, insistía en ser sucesor del legendario caudillo vascón Lupo. Raimundo siguió el único camino que le quedaba: se alió a uno de los tres reyes en contra de los otros dos: «rindió homenaje al rey de Francia y se casó con su hermana Constanza, viuda del conde de Boulogne».

Dicho matrimonio resultaría un fracaso. Constanza era una mujer fría, pendenciera y, para colmo, de más edad que su marido. Al parecer, no se tomó muy en serio eso de la fidelidad conyugal, cosa que a decir verdad Raimundo tampoco podía reprocharle. Pues en modo alguno se comportó mejor, e incluso, como nos refiere el monje historiógrafo Pedro de Vaux-Cernay [17], debió de ser propenso a la homosexualidad. Fuera lo que fuese, lo cierto es que el *Castel Narbonnais,* el palacio donde residían los condes de Toulouse, retumbó con sus disputas.

Antes de lanzarse a la guerra contra el rey de Aragón, con quien se disputaba la supremacía de Provenza, la encerró en un torreón, pero ella consiguió fugarse, dirigiéndose a París junto a su hermano, quien al parecer no se convenció de que tuviera razón, ya que no rompió con su cuñado.

La Casa de Anjou reinaba en Inglaterra desde 1154. El sobrenombre de Plantagenet le venía de la rama de aulaga *(planta geneta)* que figuraba en su escudo de armas. Enrique II era hijo de Geoffroy de Anjou y de la princesa inglesa Matilde y ejercía su dominio sobre Inglaterra, Anjou, Turena y, desde 1106, sobre Normandía; además, su matrimonio con Eleonora de Poitiers (1152) le valió Aquitania, Poitou, Auvergne, Périgord y Limousin, es decir, casi la cuarta parte de Francia.

Enrique II, llamado Courtmantle (por haber introducido en Inglaterra la moda de las capas cortas), emprendió, en 1159, una campaña contra el conde de Toulouse; pero Luis de Francia, irrumpiendo en sus territorios de Aquitania, Poitou, Limousin, Auvergne y Périgord, le obligó a retornar apresuradamente. Enrique Courtmantle encerró a su esposa, Eleonora, en un torreón, hecho éste que sirvió de pretexto

a Raimundo para dar una réplica a la invasión de los ingleses.

La paz de la Casa Anjou-Plantagenet también se vio turbada por las disensiones conyugales. Eleonora tenía toda la razón del mundo para estar celosa de su marido. Una preciosa dama, con un nombre aún más precioso, Rosamonde, le había robado el corazón. Eleonora consideró oportuno envenenar a su rival e incitar al heredero del trono, Enrique, a rebelarse contra su padre. Lo cual le valió ser encerrada en el susodicho torreón.

El infante Enrique, en 1173, inició la guerra contra su padre. Le apoyaban el rey de Francia y Raimundo de Toulouse, con todos sus vasallos y trovadores. El «pregón» de la campaña había sido compuesto por el trovador Bertran de Born.

Bertran de Born no era otro que el vizconde de Hautefort, cerca de Périgueux.

Existe un manuscrito de la época con una miniatura de este belicoso rimador. Aparece con una armadura resplandeciente, montado en palafrén negro, con armazón color carmesí y silla verde, galopando hacia un caballero enemigo.

«Agrádame el alegre tiempo de Pascua,
que hace brotar hojas y flores,
y me agrada oír cómo
los pájaros hacen resonar
sus cantos por los bosques.

Pero también me gusta ver alzarse en los prados
tiendas y pabellones,
y me llena de alegría
cuando contemplo, listos para el combate,
caballeros y caballos armados.

Os digo que no me place tanto
comer, beber y dormir, cuanto
oír gritar: "¡A ellos! ¡Al ataque!
¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Socorro!"

Escuchadme, barones: entrad
a saco en castillos, villas y ciudades
antes de que otros os hagan la guerra.

Y vos, Papiol, elegid:
sí o no. ¡Despertad! ¡No durmáis ya!
Ha llegado la hora de elegir:
¡sí o no! Uno, dos y tres...

De un serventesio de Bertran de Born [18].

Bertran llamaba «Papiol» [19] al príncipe inglés Ricardo Corazón de León. El apodo «Papiol» no tiene traducción; significa tanto «Papito» como «cabeza de alcornoque».

«Papiol» se decidió por el sí.

En otro serventesio, Bertran de Born enumera los príncipes que participaron en la campaña contra Inglaterra: los condes de Toulouse, de Béarn, de Barcelona (por consiguiente, el rey de Aragón), de Périgord y de Limoges y todos los vizcondes, barones y cónsules, desde el Ródano hasta el océano.

Los aliados hubiesen preferido probablemente al rey de Inglaterra si no hubiera sido por la defección del rey de Aragón, que emprendió la marcha sobre Toulouse. A última hora Raimundo consiguió repeler al intruso, que desde ese momento se apresuró a aliarse con el rey inglés. Bertran de Born compuso un indignado serventesio contra él por haber abandonado de modo tan vergonzante la causa occitana. Lo declaraba vástago de un siervo de baja ralea y no descendiente de Lupo, el héroe de los Pirineos. «Aragón, Cataluña y Urgel se avergüenzan de su cobarde rey, que se magnifica a sí mismo en sus canciones, y que pone el dinero por encima de su honor.»

Entonces Ricardo Corazón de León dijo de una vez ¡No!, y se reconcilió con su padre. Poco tiempo después, y de forma inesperada, moría en el castillo de Martel, en Limousin, su hermano Enrique, heredero de la corona de Inglaterra, a quien Bertran de Born llamaba en sus canciones «lo rei joven». La muerte repentina de su héroe favorito le estremeció. En un *planh* (planto, elegía) lloró al joven príncipe...

Bertran hubiera visto con placer una prosecución de la guerra, pero, para su desgracia, los barones aquitanos se agruparon en torno a Enrique de Inglaterra, su señor feudal,

y juntos se dirigieron contra Hautefort, castillo del propio poeta. Enrique había jurado vengarse de Bertran. Cuando Alfonso de Aragón, el más irreconconciliable enemigo de Bertran, se unió a los asediadores, su situación empezó a ser crítica, pero no perdió el coraje. Para mofarse del rey de Aragón, y para hacer ver que su castillo tenía aún cuantiosas provisiones, le envió un buey, rogándole también que apaciguara la ira del rey de Inglaterra.

El castillo de Hautefort no pudo resistir el ataque de los sitiadores. Bertran fue hecho prisionero y conducido ante el rey Enrique.

«Bertran, te jactas de no tener necesidad más que de la mitad de tu talento. Temo que aun las dos mitades reunidas no van a poder salvarte».

«Sí, sire», respondió Bertran con calma; «eso, en efecto, he dicho y decía la verdad».

«Bertran, pero ¿es que alguna vez has tenido talento?».

«Sí, sire; pero lo perdí cuando murió vuestro hijo Enrique».

Entonces Bertran de Born cantó su elegía dedicada a la muerte de Enrique, el rey joven. El anciano rey lloró amargamente y dijo:

«Bertran, mi hijo te amaba más que a nadie en el mundo. Por amor a mi hijo te perdono la vida, te dejo tus tierras y tu castillo. Los perjuicios que has sufrido te los compenso con estos quinientos marcos de plata; Bertran, Bertran...».

«He sentido pasar el hálito de tu genio»

Uhland

Bertran cayó a los pies del rey, pero se levantó más triunfante que nunca.

Poco después (1186) moría el rey Enrique, sucediéndole en la corona Ricardo Corazón de León. Bertran, insatisfecho aún con el «sí y no» real, sublevó contra él a su hermano Godofredo, que, vencido, hubo de refugiarse en la corte del rey de Francia, donde murió aplastado por los cascos de los caballos en un torneo.

Tres años más tarde se predicó la tercera cruzada[21]. El sultán Saladino había reconquistado Jerusalén y reemplazado, en la iglesia del Santo Sepulcro, la cruz por la media luna. A los cristianos de Jerusalén les había dado a elegir entre quedarse, sin ser molestados, dentro de los muros de la Ciudad Santa o retirarse a Tiro, Trípoli o Akkon, ciudades de la costa.

Se dice que India, la infanta de Toulouse, contribuyó en parte a esta actitud generosa de Saladino, pues muerto Nureddin, se había desposado con ella a fin de convertirse en el dueño del imperio de los selyúcidas. Sea lo que fuere, lo cierto es que Saladino no cubrió de sangre la tierra santa de Jerusalén, como hicieran ochenta y seis años antes los cruzados de la primera cruzada, los cuales, como afirma Torcuato Tasso, «llenaron de cadáveres la ciudad y el templo».

La victoria de Saladino sembró el furor y el pánico por todo Occidente. Roma hizo que se predicara una nueva cruzada. Las prédicas de los clérigos fueron acompañadas por las arpas de los trovadores. Los poetas más renombrados, tales como Bertran de Born, Peire Vidal, Guiraut de Borneil y Peire Cardinal, llamaron a tomar parte en la guerra santa. Lo que realmente movía a los trovadores no era la nostalgia de los Santos Lugares de Palestina, sino el deseo de ver tierras lejanas para poder luego cantar sus aventuras en forma de baladas y serventesios ante las damas, desoladas por haber tenido que quedarse en casa.

¡Cuántas lágrimas femeninas no debieron de correr al abandonar su suelo natal rimadores y caballeros con la cruz sobre escudos y armaduras!

«El otro día encontré sentada sobre una alfombra de hierba y flores blancas, junto a la fontana del vergel, en cuyos árboles frutales cantaban los pajarillos, a una noble dama, hija del señor del castillo. Pensé que había venido a regocijarse con la primavera, el follaje verde y el canto de los pájaros; pero no era así.

Con profundos sollozos se quejaba diciendo: "Jesús, por Vos sufro tan gran dolor. ¡Por qué queréis que los más valientes de este mundo crucen el mar y vayan a serviros!

Mi amigo, el agraciado, el gentil, el valeroso, se ha ido. Y yo aquí sola con mi añoranza, mis lágrimas y mi aflicción."

Al oír tales lamentos me acerqué al arroyo de aguas cristalinas y le dije: "Bella dama, las lágrimas nublan la hermosura. No debéis desesperar. Dios, que hace florecer a los árboles, puede también devolveros la alegría."

"Señor", respondió ella, "sí que creo que Dios un día en la otra vida tendrá misericordia de mí y de otros muchos pecadores. Pero ¿por qué me lo quita en esta vida?; él, que era mi alegría y que ahora está lejos de mí"» (trovador Marcabrus)[22].

Al poeta Peyrol le resultó extraordinariamente duro arrancarse de su Donna Sail de Claustra, que gemía y le increpaba:

«Cuando mi amor vio que mi corazón no pensaba ya en ella, empezó con sus reproches. Veréis algunos: "Amigo Peyrol, no está bien por vuestra parte que me dejéis en la estacada. Si vuestros pensamientos ya no me pertenecen a mí sola y si ya no cantáis, ¿qué utilidad tenéis?"

—Mi amor, tanto tiempo que llevo sirviéndoos y no os compadecéis ahora de mí. Sabéis perfectamente que poco *ben* me deparasteis.

—Pero, Peyrol, ¿habéis ya olvidado a la hermosa y noble dama que con tanta misericordia y *Minne* os recibió? Nadie hubiera sospechado en vuestras canciones un corazón tan frívolo. ¡Parecíais tan feliz y enamorado!

—Mi amor, desde el primer día os amé y continúo amándoos. Pero ha llegado la hora en que más de un hombre, que —si no existiera Saladino— sería dichoso de poder permanecer junto a su dama, no tenga otro remedio que, aun con lágrimas, separarse de ella.

—Peyrol, vuestra participación en la cruzada tampoco podrá liberar la ciudad de David de los turcos y los árabes que la ocupan. Escuchad mi consejo bien pensado: amad, versificad y dejad que la cruzada siga su camino. Fijaos en los reyes, que, en lugar de ir allá, se pelean entre sí; tomad ejemplo de los barones, que se afanan en vanos pretextos de reyertas para no tener que coger la cruz.

—Mi amor, siempre os he servido fielmente. Vos misma lo sabéis. Pero hoy me veo obligado a negaros la obediencia. La cruzada se ha demorado ya demasiado y ha tiempos que debiera haber ido en ayuda del piadoso marqués de Montferrat».

Este «marqués de Montferrat» era Conrad, príncipe de Tiro, que, cercado por Saladino, reclamaba el auxilio de Occidente. Bertran de Born le contestó en los siguientes términos:

«Señor Conrad, ¡acogeos a la protección divina! Hace muchos tiempos que hubiera estado con vos allí lejos si las vacilaciones de condes, príncipes y reyes no me hubieran inducido a mantenerme como estoy. Además, desde que he vuelto a ver a mi encantadora y rubia dama, se me han quitado las ganas de ir.»

Bertran de Born fue al principio uno de los heraldos más entusiastas de la cruzada, pero continuó en su tierra amando, componiendo versos y atronando:

«¡Quiera Dios que Felipe de Francia y Ricardo de Inglaterra caigan en manos de Saladino!»

Su mayor alegría hubiera sido que el rey de Aragón hubiera tomado también la cruz y que los tres no hubiesen retornado jamás.

Federico Barbarroja, con sus alemanes, fue el primero en dejar su patria. En el camino tuvo que romper la resistencia del suspicaz emperador griego Isaac Angelos. Sólo la ocupación de Adrianópolis le permitió continuar su marcha y navegar hacia Asia Menor. Un año más tarde Felipe-Augusto se embarcaba en Marsella, y Ricardo Corazón de León en Génova. Ambos habían convenido en que sus flotas se reunieran en Messina, donde esperarían hasta la primavera.

Por aquel tiempo vivía en Sicilia un eremita famoso, llamado Joaquín de Fiore, de quien se decía poseer el don de la profecía [23]. Siguiendo el modelo de los cenobios del monte Athos, del Líbano y del Sinaí, había fundado conventos en

los montes de Calabria, a lo largo del estrecho de Messina y en las islas Lipari. Pasaba entre sus contemporáneos por ser el mejor comentarista del Apocalipsis de San Juan. Ricardo Corazón de León fue a visitar al ilustre cenobita e hizo que le explicara el capítulo doce del Apocalipsis:

«La mujer vestida del sol, con una luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza, es la Iglesia. La gran serpiente roja con siete cabezas y siete diademas, es el demonio. Las siete cabezas son los siete grandes perseguidores del Evangelio: Herodes, Nerón, Constancio (que dilapidó los tesoros de la Iglesia de Roma), Mahoma, Melsemut (?), Saladino y el Anticristo. Los cinco primeros están muertos. Saladino vive y ejerce su dominación. El Anticristo va a venir pronto. Saladino triunfa aún, pero perderá Jerusalén y Tierra Santa.»

«¿Cuándo ocurrirá?», preguntó Ricardo Corazón de León.

«Siete años después de la toma de Jerusalén.»

«Entonces, ¿hemos venido demasiado pronto?»

«Vuestra venida era necesaria, rey Ricardo. Dios os dará la victoria sobre sus enemigos y hará glorioso vuestro nombre. Respecto al Anticristo, está entre nosotros, y pronto se sentará sobre la silla de Pedro.»

Ricardo Corazón de León en modo alguno liberó Jerusalén. Saladino debía aún triunfar por largo tiempo, y el Anticristo... ¿Quién podría asegurar que el papa Inocencio III haya sido el Anticristo?

Felipe y Ricardo abandonaron Sicilia en la primavera. En Chipre, Ricardo casó a su trovador favorito, Peire Vidal de Toulouse, con una cautiva griega de alta cuna. Gracias a la biografía de Michel de La Tour sabemos cuánto influyó en la vida de Peire Vidal esta gracia real.

La cruzada fue un fracaso. Federico Barbarroja se ahogó en el Saleph, en el mismo río en el que Alejandro Magno estuvo a punto de encontrar la muerte. Es cierto que en julio de 1191 Felipe-Augusto y Ricardo Corazón de León consiguieron apoderarse de la ciudad de Akkon después de casi dos años de asedio; pero las disensiones respecto al

botín, los celos sobre la popularidad de Ricardo y una supuesta enfermedad indujeron al rey de Francia a retornar a Occidente poco después de la caída de Akkon. La partida de Felipe fue considerada por los cruzados que se quedaban como una deserción. Las sátiras de los trovadores le acompañaron más allá del mar.

Un año después se enteró Ricardo de que Felipe intentaba arrancarle Normandía y Anjou y que su hermano Juan pretendía la corona de Inglaterra. Sin pérdida de tiempo, se decidió a entrar en negociaciones con Saladino a fin de poder volver cuanto antes a su patria. Convino con el sultán en que su hermana Juana se casara con el emir Malek-Adel, hermano de Saladino, y que reinasen sobre Jerusalén y Tierra Santa. Los prelados romanos, empero, hicieron fracasar este plan, plan que hubiera puesto fin al derramamiento de sangre en tierra palestina. Tan sólo pudo firmarse una tregua de tres años, tres meses y tres días. Con tan fausto motivo, Saladino y Ricardo organizaron grandiosos festejos. Ambos monarcas y sus tropas realizaron en el campo de torneo peleas incruentas con lanza y arpa.

Saladino también había llevado consigo a sus poetas cortesanos, pues los *ruwahs* árabes, desde el Bósforo hasta el golfo Pérsico, componían «tantos versos como granos de arena tiene el desierto y tantos *ghasels* como gacelas existen». Los trovadores cantaban cómo Rudel y Melisenda murieron de amor; los *ruwahs*, la no menos triste historia de Hinda y Abdallah. Escuchémosla:

Abdallah, hijo de una ilustre y rica familia, se había desposado con Hinda, la rosa de su tribu. Como su matrimonio resultaba estéril, Abdallah, en estado de embriaguez, repudió a la pobre Hinda, que huyó a la tienda de su padre. Poco tiempo después, se casó con un hombre de la tribu de los Amirides. Abdallah cantaba con su arpa su desgraciado amor y su dicha perdida. Dejó su tribu en busca de Hinda. La encontró llorando en el brocal de un pozo. Y la alegría de volver a verse les rompió a ambos el corazón...

Terminadas las fiestas, Ricardo abandonó Tierra Santa. No nos parece necesario pormenorizar aquí cómo el duque austríaco Leopoldo VI, a quien un día ofendiera gravísimamente ante Akkon, le encarceló en el castillo de Dürrnstein, cómo luego el emperador Enrique VI lo recluyó en Trifels y cómo recobró su libertad.

Ricardo Corazón de León se había convertido, desde hacía tiempo, en el héroe favorito del mundo mediterráneo, de Aquitania y de Inglaterra. En Oriente, los *ruwahs* celebraban al «Melek-Rik»; en Occitania y Aquitania, los trovadores cantaban con entusiasmo sus proezas heroicas; cantaban cómo el juglar Blondel le había liberado de forma espectacular y lo aplaudían como caballero número uno de la Mesa Redonda, como *Rey Arturo*[24].

A su llegada a Inglaterra (1194) se encontró con que su hermano Juan había hecho una alianza con Felipe para destronarle. Consiguió que Juan huyera a París y reconquistó sus provincias de Normandía y Anjou, que Francia le había usurpado. Luego, tras cuatro años de ausencia, se dirigió hacia Toulouse.

«Bertran de Born se puso muy contento», relata su cronista.

Cuando Bertran vio volver de Tierra Santa al rey Felipe-Augusto de forma tan sigilosa y precipitada, sospechó de sus intenciones sobre las posesiones de Ricardo en Aquitania y no dudó de sus pretensiones de extender sus fronteras hasta los Pirineos. Bertran, hasta entonces adversario de Ricardo, se declaró abiertamente a su favor. Logró persuadir a Pedro de Aragón, recientemente coronado rey, y al conde de Toulouse para que olvidasen sus disensiones seculares y consiguió que el infante de Toulouse, como signo de reconciliación de las familias Plantagenet y Toulouse, pidiera a Ricardo la mano de su hermana Juana. Así se superaron las discrepancias entre Aquitania y Langedoc, y Aquitania recuperó la imagen que había tenido en el siglo X, cuando los condes «Cabeza de Estopa» y Raimundo-Pons de Toulouse

reinaban fraternalmente el uno junto al otro desde el Océano hasta el Ródano.

Desde Toulouse fue a visitar a la mujer más importante de Occitania, Adelaida de Burlats, hija de Raimundo V de Toulouse y de Constanza de Francia, que, viuda, vivía en Carcassonne, la ciudad más elegante de Languedoc, y regentaba los territorios de la Casa «Trencavel» durante la minoría de edad de su hijo Ramon-Roger. De Carcassone se acercó a Beaucaire, junto al Ródano, residencia veraniega del conde de Toulouse, a donde habían acudido a saludarle, a asistir a la reconciliación de los tres monarcas y a presenciar las bodas de Raimundo de Toulouse y Juana Plantagenet, todos los príncipes y señores de Provenza, de Languedoc, de Aquitania, de los Pirineos (desde Perpiñán hasta Bayona) y de Aragón; los cónsules de todas las ciudades libres del Midí, y todos los trovadores y juglares de Occitania. Un cronista, el prior de Vigeois, nos ha descrito cómo se celebraron las fiestas en Beaucaire [25]:

«Afluyeron a Beaucaire diez mil caballeros. El conde Raimundo, por mediación del senescal de Agoût, repartió mil piezas de oro entre los caballeros faltos de recursos. Hizo que doce yuntas de bueyes labraran el lugar donde se celebraban los torneos y sembró en sus surcos tres mil monedas de oro y de plata para el pueblo, que, después de los torneos, también debía tener su parte de alegría. Un barón que daba albergue en su castillo a cuatrocientos caballeros hizo asar cabras y bueyes con llamas de hachones. Una condesa de la Casa de Provenza colocó sobre la cabeza del juglar Iveta, proclamado rey de los trovadores, una corona hecha con cuarenta mil monedas de oro y plata.»

Un caballero, para simbolizar el final de la guerra fratricida entre Aquitania, Languedoc y Aragón, quemó en una hoguera gigante sus treinta caballos de armas.

Dos décadas más tarde vería Occitania otras hogueras de muy distinto signo encendidas por orden del papa Inocencio III...

Después de las fiestas de Beaucaire, el conde de Toulouse

declaró la guerra a Francia; pero la muerte de Ricardo Corazón de León puso fin rápidamente a la contienda.

Se dice que el comienzo de las hostilidades en los Estados occitanos, el matrimonio de Raimundo con Juana y la declaración de guerra de Toulouse a París debió de ser obra de Bertran de Born.

Entretanto, Saladino había muerto. Antes de exhalar su último suspiro había dado la orden de hacer pasear por las calles de Jerusalén su sábana mortuoria, tejida de púrpura y oro, mientras que un heraldo proclamaba:

«Esto es todo lo que se lleva el soberano del mundo Jussuf Mansor Saladino.»

Sus diecisiete hijos y su hermano, el emir Malek-Adel, se repartieron el inmenso imperio musulmán. El papa Inocencio III, que había sido coronado el 22 de febrero de 1198, creyó que había llegado el momento de emprender una nueva cruzada en Palestina. Encomendó a Foulques de Neuilly-sur-Marne la campaña de reclutamiento para esta guerra santa. Ricardo Corazón de León fue el primer monarca visitado por Foulques.

Pero Ricardo Corazón de León había aprendido a decir «no». Grecia y Oriente le eran conocidos. Saladino había llegado a ser su amigo. Había querido que su hermana contrajera matrimonio con Malek-Adel a fin de fundar el reino cristiano-musulmán de Jerusalén. Junto con el rey de Francia, había cogido la cruz en pro de Roma. Pero se había convertido en adversario de ésta y en el enemigo irreconciliable de aquélla. Ya no quería saber nada de cruzadas. Foulques se irritó:

«¡Sire, en el nombre de Dios todopoderoso, os ordeno que caséis cuanto antes a vuestras tres corrompidas hijas si queréis escapar de la condenación!»

«¡Mentís! ¡No tengo ninguna hija!», gritó el rey.

«Tenéis tres. ¡Sus nombres son Soberbia, Codicia y Lujuria!»

«Está bien. Doy a los templarios la Soberbia, a los mon-

jes cistercienses la Codicia y a los prelados de la Iglesia Católica la Lujuria» [26].

La curia romana excomulgó al rey de Inglaterra...

Hacía tiempo que Bertran había olvidado y enterrado su cólera contra Ricardo por haber dicho «sí y no» en lugar de «sí o no». Una íntima amistad unía al soberano de Inglaterra y Aquitania con el poeta provenzal de la *Guerra me plai.*

Bertran era, sin lugar a dudas, el trovador más importante de Occitania. El influjo de los tañidos de su arpa y de sus canciones evocaría casi las fábulas que nos cuentan algunos poetas de la antigüedad. Ricardo Corazón de León se encontraba un día con sus tropas en el erial arenoso de Poitou, no lejos de Sables-d'Olonne. El hambre diezmaba hombres y bestias. Ni pan para los soldados ni hierba para los caballos. Cogió entonces Bertran su arpa y cantó una romanza sobre la princesa Laina Plantagenet, hermana de Ricardo, más tarde duquesa de Sajonia. Se dice que barones y caballeros olvidaron el hambre, la sed y la tormenta que, viniendo del océano, azotaba con granizo sus rostros.

En 1199, Ricardo puso sitio al castillo de Chalus, perteneciente a su vasallo el vizconde Améric de Limoges. Chalus albergaba dentro de sus murallas un tesoro cuya posesión pretendía Ricardo, en su condición de señor feudal.

Quería unir lo útil a lo agradable. Améric de Limoges había tomado partido por Francia. El rey de Inglaterra esperaba poder conseguir simultáneamente el oro del tesoro y el castigo del vasallo infiel. Pero en el momento en que indicaba a sus soldados el lugar por donde debían escalar el castillo, una flecha lanzada por un arquero se le clavó en el corazón. Ricardo, mortalmente herido, cayó en los brazos de Bertran de Born.

El castillo fue tomado por los asaltantes furiosos, la guarnición degollada y el hábil arquero, que no era otro que el propio señor del castillo, linchado. El tesoro que allí se encontraba únicamente sirvió para sufragar los funerales de Ricardo Corazón de León.

El rey-poeta, el rey de los poetas, fue escoltado por todos sus vasallos y trovadores hasta Fontevrault, lugar donde se hallaba el mausoleo de los Plantagenet y donde el eterno inquieto encontró su descanso eterno. Ricardo Corazón de León descendió a la tumba sin preces, sin agua bendita, sin las bendiciones de la Iglesia. El, rey de Inglaterra, de Irlanda, de Anjou, de Arles y de Chipre, continuaba excluido de la comunidad de la Iglesia Católica...

Todas las arpas, de Norte a Sur, gimieron sobre este «Alejandro», este «Carlomagno», este «Rey Arturo». Todos los trovadores, menos uno, entonaron su elegía sobre la muerte de Ricardo.

Las lágrimas más amargas fueron las del poeta Gaucelm Faidit, que había acompañado al monarca a Tierra Santa:

¡Descendientes remotos en el tiempo,
cómo podréis comprender
mi dolor amargo, mi sufrir acerbo
que jamás podré olvidar!

¡Sabed, al menos,
que Ricardo Corazón de León,
rey de Inglaterra,
está ya muerto!

¡Así de cruel ha sido la mano de Dios!
¡Ricardo está ya muerto!...

De la elegía de Gaucelm Faidit [27]

Bertran de Born no entonó elegía alguna. Su capacidad de amar era tan grande como la de odiar. Su dolor por haber perdido al amigo era demasiado fuerte. Hasta su cantar esta vez había enmudecido. Una tarde llamó a la puerta del convento de Grammont, puerta que se cerró tras él para siempre. Sólo una vez nos encontramos aún con Bertran de Born, pero ésta en el Infierno, donde Dante Alighieri, el gran florentino, lo sitúa. «Bertran está condenado a llevar la cabeza separada del tronco, porque separó lo que estaba unido.»

Decapitado, el trovador del castillo de Hautefort lleva delante de sí su propia cabeza para iluminar los caminos del

Infierno. El más grande poeta de Italia ha precipitado en la gehena al más grande trovador de Occitania, simbolizando en él, quizá sin saberlo, a la Occitania que fue maldecida por el mundo y convertida en un infierno.

Una leyenda occitana, viva aún en el pueblo, nos dice que Bertran de Born, apesadumbrado por la maldición que pesa sobre su patria, se halla congelado en un bloque de hielo del glaciar de la Sierra Maledetta.

Ricardo Corazón de León y Bertran de Born nos han hecho desatender a otro héroe de aquellas tierras no menos importante: Raimundo V, conde de Toulouse; no sólo era el soberano más poderoso del mundo occitano y uno de los jefes de Estado más influyentes de Occidente, sino que Toulouse, su capital, era también la metrópoli de la civilización y de la cultura occitanas.

Las posesiones de este poderosísimo descendiente de Hursio eran superiores a las de la Corona francesa, siendo su vasallo más importante y gozando casi de la categoría de independiente. Amén del condado de Toulouse, le pertenecía asimismo el ducado de Narbonne, cuya propiedad le confería la dignidad de primer par laico de Francia. Era señor feudal de catorce condes. Los trovadores le equiparaban a un emperador:

Car il val tan qu'en la soa valor
Auri' assatz ad un emperador [28].

Le llamaban asimismo «el buen conde Raimundo», pues, siendo trovador como ellos, estaba siempre atento a sus preocupaciones y necesidades.

Hecho singular: jamás Raimundo de Toulouse deseó ir a Tierra Santa, ni siquiera a la Trípoli tolosana. Fue el único de entre los grandes príncipes cristianos del siglo XII que no participó en las cruzadas. ¿Previó que, poco después de su muerte (1194), Occitania iba a convertirse en el teatro de la más horrible de las cruzadas? Raimundo no anheló ver ni el Santo Sepulcro ni el Gólgota. ¿Sospechó que, bajo su suce-

sor Raimundo VI, iba a vivir Occitania su propio «Gólgota» y a tener su propio «Santo Sepulcro»? Raimundo V prestó considerables servicios a la civilización occitana practicando el *gai savoir* (la Gaya Ciencia), el espíritu caballeresco y una política irreprochable. Una cosa desatendió. Permaneció alejado del catarismo occitano; catarismo que quería ser una «doctrina pura» y al que el mundo llamó herejía. Y, sin embargo, el «Evangelio del Paráclito Consolador» hubiera precisado de su apoyo. En estos lugares, como veremos más adelante, su yerno y su nieto, pertenecientes a la casa de los Trencavel de Carcassonne, custodiaron la Mesa Redonda mística, cuyo vínculo de unión lo constituía su «deseo del Paraíso».

Sobre un espigón verde esmeralda
llevaba el deseo del Paraíso:
era un objeto que se llamaba Grial[29].

Wolfram von Eschenbach

El trovador Raimon de Miraval indica en un serventesio a sus amigos los poetas quiénes son los protectores del «noble arte» en los que pueden hallar buena acogida, reconocimiento y regalos:

«Dirigíos, en primer lugar, a *Carcassonne*, cuyos barones no voy a enumerar, pues necesitaría para ello cuarenta serventesios. Aceptad sus dádivas y partid. Aún no sé con certeza en qué dirección vais a cabalgar, pero os ruego que saludéis de mi parte al señor Raimon Drut, quien, a ciencia cierta, hará que salgáis a caballo, si hubiéreis llegado a pie.

Id en busca, después, del señor Peire-Roger de Mirepoix. Caso de que no os otorgare ricos presentes, me comprometo a doblaros su recompensa.

Al barón Bertran de Saissac, cantadle serventesios o —más aún— *canzones*. Si el señor Bertran no estuviere de humor para hacer regalos, no os negará al menos un jamelgo.

Luego cabalgad hasta el señor Améric de Montréal, quien quitará vuestras preocupaciones con un buen caballo, un cabestro y una capa.»

En tiempos muy remotos, sobre la colina rocosa donde se yergue el centro de la ciudad de Carcassonne[30], podían verse encinas —árboles sagrados de los druidas—; la misma etimología del nombre hace referencia a ello: *ker* = roca, *casser* = encina. Alarico, rey de los visigodos, hizo construir a su alrededor un cinturón tal de torreones y murallas, que Clodoveo, rey de Francia, y Carlomagno la sitiaron en vano. El emperador Carlos sólo consiguió entrar cuando la ciudad quiso abrirle sus puertas.

En la cara oeste de la ciudad, donde la colina caía en picado sobre el río Aude, se alzaba majestuoso el castillo de los vizcondes de Carcassonne y de Béziers. Se llamaban los «Trencavel» (quien corta bien).

Desde Carcassonne, los Trencavel dominaban las ricas ciudades de Albi, Castres y Béziers. Poseían todas las tierras situadas entre el río Tarn, el Mediterráneo y los Pirineos orientales. Estaban emparentados con los principados más nobles de Occidente: con los Capet en Francia, con los Plantagenet en Anjou e Inglaterra, con los Hohenstaufen en Suabia, con Aragón en Cataluña y con los descendientes de Hursio en Toulouse.

El vizconde Ramon de Trencavel, tío del rey Alfonso de Aragón, instigado por éste y por el rey de Inglaterra, tomó parte en las guerras contra el joven Raimundo V, conde de Toulouse. Sus subordinados se rebelaron contra la guerra civil que se les imponía. Durante las hostilidades un burgués de Béziers se peleó con un caballero. Los barones pidieron a Ramon Trencavel —y lo consiguieron— que les entregara al burgués, el cual debió sufrir un ignominioso castigo, castigo que no sabemos en qué consistió.

Terminada la guerra, los burgueses de Béziers exigieron del vizconde una reparación. Trencavel les contestó diciendo que se sometería al arbitraje de los barones y notables. El 15 de octubre de 1167 compareció Trencavel con el obispo y los barones en la iglesia de la Magdalena, de Béziers, donde le esperaban los burgueses, pertrechados con chalecos de malla y puñales bajo su vestimenta.

El burgués por cuya causa había surgido el altercado avanzó hacia el vizconde con rostro sombrío.

«Monseñor», dijo, «yo soy el desdichado que no puede soportar su opropio. ¿Prometéis darnos satisfacción a nosotros, burgueses de Béziers, por la afrenta que se me ha hecho?»

«Estoy dispuesto», contestó el príncipe, «a someterme al arbitraje de barones y notables».

«Eso no es satisfacción. ¡Por eso nuestra ignominia sólo con vuestra sangre puede quedar bien lavada!»

Pronunciadas estas palabras, los conjurados echaron mano a sus puñales. El vizconde, su hijo más joven, los barones y el obispo fueron asesinados ante el altar.

Unos cuarenta años más tarde, la iglesia de la Magdalena y su altar mayor serían testigos de una carnicería aún más horrible. La Casa de Dios reventaría como un volcán, sepultando bajo sí los cuerpos calcinados de todos los burgueses de Béziers.

Los cónsules quedaron dueños de la ciudad. Durante dos años no quisieron ni oír hablar del obispo y del vizconde. Se mofaban del furor del noble y de la excomunión del Vaticano. ¡Así de arrogante e indómito era el sentido de independencia de las ciudades-república occitanas!

Esta altiva independencia nos hace pensar asimismo en el feudalismo gótico, en los cónsules romanos y en los patriarcas ibéricos, de quienes puede históricamente derivarse.

Por el año 1050, Toulouse, Barcelona, Zaragoza, Narbonne, Béziers, Carcassonne, Montpellier, Nîmes, Avignon, Arles, Marsella y Niza eran casi repúblicas independientes. Todas tenían su *capitulum* (consejo de ciudadanos), elegido por los ciudadanos, bajo la presidencia ficticia de un conde o vizconde, pero bajo la dirección efectiva de los cónsules, cuya misión era velar por los destinos de la ciudad. Los aragoneses, por ejemplo, para la coronación de su rey tenían una fórmula de elección que se hizo célebre:

«Nos, que valemos tanto como vos y podemos más que

vos, os elegimos rey, con pacto de guardar estos fueros entre nos y vos. ¡Si no es así, no!»

En Narbonne, el arzobispo, el vizconde y los ciudadanos gobernaban conjuntamente. En Marsella, cada uno de estos tres poderes tenía su propia circunscripción dentro de la ciudad. En Niza, Arles y Avignon gobernaban sólo los burgueses. Estos ricos y orgullosos ciudadanos poseían sus *palazzi*, guarnecidos con torres, y defendían con espada y lanza los derechos de la ciudad. Si lo deseaban, podían hacerse armar caballeros y medirse en los torneos con los barones. Sin perder nada de su dignidad, estos burgueses ennoblecidos se dedicaban, como en las ciudades griegas, a las transacciones comerciales de ultramar.

Este afán de orgullosa independencia que caracterizaba a las ciudades occitanas provenía de la conciencia que tenían de sus derechos hereditarios y del legítimo orgullo de su riqueza conseguida.

La agricultura, el mejor sustento de toda comunidad y estado, era floreciente. La tierra producía en abundancia cereales, mijo y maíz, traído este último de Asia en los tiempos de las cruzadas. El aceite de oliva y el vino fluían a raudales. Los tratados comerciales unían las ciudades occitanas del litoral con Génova, Pisa, Florencia, Nápoles y Sicilia. En los puertos de Marsella entraban y salían barcos italianos, griegos, levantinos, moros y normandos.

Los agentes de cambio hacían de intermediarios entre Occitania, por una parte, y las ciudades comerciales del área mediterránea, por la otra. Los judíos, en Occitania, podían vivir y trabajar sin ser molestados y hasta gozar de los mismos derechos que los demás ciudadanos. Les estaba permitido ostentar cargos públicos y enseñar en las escuelas superiores. La nobleza occitana les protegía y alentaba. Los Trencavel de Carcassonne tenían judíos como encargados de economía y hacienda: Nathan, Samuel y Moisés Caravita. Algunos de los profesores israelitas que impartían sus clases en las universidades occitanas eran famosos en Oriente y en Occidente. De lejos venían estudiantes a escuchar al rabino Abraham a Vauvert, cerca de Nîmes. En Narbonne enseñaba

el rabino Calonimo, «hijo del gran jerarca y rabino Teodoro, de la casa de David». Esta dinastía de jerarcas rabinos se llamaba «familia de los reyes israelitas de Narbonne» y pretendía ser una rama de la casa de David. Sus inmensas propiedades se hallaban bajo la protección especial de los señores de Narbonne.

Ramon Trencavel había caído ante el altar mayor de la iglesia de la Magdalena, de Béziers, víctima de la pasión de independencia que animaba a las ciudades libres de Provenza. El infante de Carcassonne, Roger Taillefer, que aún no tenía veinte años, quiso vengar la muerte de su padre y llamó en su ayuda a su pariente el rey Alfonso de Aragón. Con sus barones e hidalgos catalanes marchó contra Béziers, que, tras dos años de defensa, se rindió. Roger Taillefer perdonó a los asesinos de su padre.

Un buen día, un barón, descontento, le provocó:

«¡Habéis vendido la sangre de vuestro padre, monseñor!»

Estas palabras se le clavaron en el corazón. Una noche, cuando Béziers dormía plácidamente, las tropas aragonesas, por orden del joven Trencavel, se apoderaron de la ciudad y pasaron a cuchillo a todos los varones de la misma. Sólo perdonó a mujeres y judíos.

A la mañana siguiente, el vizconde y su obispo, llamado Bernardo, obligaron a las hijas y viudas de los burgueses asesinados a casarse con los aragoneses asesinos, y les exigieron igualmente un tributo anual de tres libras de pimienta.

Sin querer atenuar la responsabilidad del joven Trencavel, que a partir de entonces gobernó de modo indulgente, tolerante y caballeroso, tenemos que decir, sin embargo, que la culpa ante todo recaía sobre el obispo Bernardo y el rey de Aragón. La nobleza atizó el fuego de la venganza sangrienta del hijo sólo con vistas a sus ventajas personales. El obispo no supo dirigir al impetuoso joven, y Alfonso II quería asegurarse, en Béziers, una base de apoyo entre su condado del Rosellón y sus posesiones de Provenza, sin contar

con que esta ciudad representaba una avanzadilla frente a Toulouse y Carcassonne.

Pronto lo comprendió Roger Taillefer. Para conjurar el peligro que él mismo había provocado, estableció una alianza con el conde de Toulouse y le pidió la mano de su hija Adelaida.

La corte de Carcassonne era un foco de poesía y cortesía caballeresca y al mismo tiempo la corte «más casta y llena de gracia, pues el cetro estaba en manos de Adelaida» (Arnaut de Maruelh).

Los trovadores dieron el sobrenombre de «Ramon Drut», es decir, «Ramon el amoroso», a Ramon Roger, infante de Foix, primo de Roger Taillefer de Carcassonne.

El castillo del conde de Foix estaba situado en el salvaje valle del Ariège, que desciende de las montañas nevadas de Andorra y, bordeando el imponente macizo montañoso de Montcalm y del Pic de Saint-Barthelemy, afluye hacia el Garona.

Se dice que sobre la roca donde se yergue el castillo de Foix [31] existió en otro tiempo un santuario dedicado a Abellio, dios del sol de los iberos.

Según otra tradición, Foix sería una fundación de los focios, una Focea vascona. Durante la guerra de las Galias, Foix había sido el *pal* (lugar de reunión) de los sotiates; sotiates que, en el año 76 antes de Cristo, tomaron partido por Sertorio contra Pompeyo y que, veinte años más tarde, fueron derrotados por el lugarteniente de César, Publius Crasus, en las cercanías de *vicus Sotiatum* (el actual pueblecito de Vicdessos). A partir de entonces, Foix no fue sino uno de los muchos *castella* romanos que vigilaban los pasos pirenaicos asegurando el tránsito por los mismos.

Bajo la dominación visigoda (414-507), los obispos católicos, descontentos del caudillaje de los reyes godos, vinculados al arrianismo, recabaron la ayuda del rey de los francos, Clodoveo. Uno de ellos, Volusian, sospechoso, no sin razón, de haber abierto a los francos las puertas de Tours, fue hecho prisionero por los visigodos y ajusticiado en Foix. Clodoveo, después de la batalla de Vouglé, recogió los restos

mortales de Volusian e hizo que el clero franco lo proclamase mártir y santo. Junto a la tumba de Volusian se fundó un monasterio, y en torno al monasterio, sobre las ruinas de la colonia romana, un pueblecito, al que Carlomagno fortificó y convirtió en importante base de apoyo contra los aquitanos, al norte, y los moros, al sur.

Sobre el castillo rocoso de Foix, los bardos, huéspedes de Arcantua, jefe de los sotiates, habían cantado, acompañados de sus liras de tipo griego, cantares de gesta celtas e iberos. En el siglo XII, cuando las preocupaciones monetarias o amorosas agobiaban a los trovadores, siempre los acogió hospitalariamente.

Roger Bernardo I, conde de Foix (muerto en 1188), y su esposa, Cecilia de Carcassonne, tuvieron cuatro hijos: un varón, Ramon Roger (el Ramon Drut de los trovadores) y tres hembras, de las que sólo conocemos el nombre de dos: Cecilia y Esclarmonde.

Ramon Roger se hizo cargo de la herencia de su padre, muerto poco antes del comienzo de la cruzada, después de haber acompañado a Tierra Santa a Felipe-Augusto de Francia y a Ricardo Corazón de León. Sus dominios eran la fértil llanura que se extiende desde las fronteras del condado de Toulouse hasta los Pirineos, las gargantas de Hers y del Ariège, con sus cascadas ensordecedoras, el Lassset y los pastos solitarios de los Pirineos, accesibles tan sólo a los pastores acostumbrados a la montaña y a sus ágiles rebaños.

Casi todos los vasallos de los condes de Foix eran «hijos de la luna» [32] o «hijos de Belissena», como también se llamaban. Pretendían descender de la diosa luna Belissena, la Astarté celtíbera. En su escudo de armas figuraban el pez, la luna y la torre, emblemas de la diosa luna, del dios sol y del poderío de los caballeros.

Peire Roger era también un hijo de Belissena. Su castillo se encontraba en Mirepoix *(Mira piscem* = contempla el pez). Desde su «Torre» (así se llamaba su castillo) podía ver correr al «pez» por las aguas cristalinas del río Hers, que nace en la falda del majestuoso Pic de Saint-Barthelemy, y contemplar

cómo se elevaba la «luna creciente» por encima del bosque de Belena, al este. Antes de la era cristiana, su ciudad se llamó *Beli Cartha* (ciudad de la luna). Se suponía que había sido fundada por los fenicios, que buscaban oro y plata en los Pirineos vecinos.

Apenas había castillo alguno en el condado de Foix que no perteneciera a un «hijo de Belissena». Estaban, sobre todo, los barones de Verdun, cuyos dominios bajo la montaña igualaban casi en extensión a los de superficie y los sobrepasaban con mucho en hermosura. Las maravillosas grutas calcáreas de Ornolac y de Verdun se extienden kilómetros y kilómetros por el corazón de los montes del Ariège, montes que hace setecientos años pertenecían a los señores de Verdun.

A esta parte del valle de Ariège se la denomina el «Sabarthès» (por la iglesia de Sabart, donde la Madre de Dios había predicho a Carlomagno su victoria sobre los sarracenos). El Sabarthès se hallaba guardado por dos ciudades pertenecientes a los condes de Foix: por Tarascon, que durante mucho tiempo sirvió de avanzadilla a los moros contra las tropas de Carlomagno, y por Ax, en cuyas aguas termales habían curado sus males los comerciantes fenicios, los colonos griegos y los intrusos romanos.

Los barones de Lordat, Arnave y Rabat compartían con los señores de Verdun la posesión del Sabarthès, en su calidad de vasallos de la casa de Foix. Los castillos de Lordat, Calamès y Miramont se erguían majestuosos sobre las rocas como auténticos nidos de águilas, a más de mil metros de altura.

Sobre la cara norte del macizo de Saint-Barthelemy, en el Olmès (valle de los olmos), residían los Peyrotta y los Perelha en sus fortalezas, a cual más pertrechadas, de Montségur, Perelha y Rocafissada. Ramon de Perelha era, con los condes de Foix, señor de Montségur.

Desde este bastión, trovadores, damas y caballeros proscritos verían aproximárseles con horror una cruzada que echó a la hoguera y encerró en calabozos subterráneos a cientos de miles de sus hermanos que no habían podido esca-

bullirse en las montañas, aún seguras. Montségur significa «monte seguro»...

> *Jamás existió morada mejor para defenderse*
> *que Munsalväsch*[33].
>
> Wolfram von Eschenbach

No sólo en el condado de Foix había hijos de Belissena. Se les podía hallar, como vasallos y parientes de los condes de Toulouse y de los vizcondes de Carcassonne, en todo el Languedoc: en Castres, Termès, Fanjeaux, Montréal, Saissac y en el Hautpoul.

Los castillos de los señores de Saissac, Cab-Aret y Hautpoul estaban ubicados en los bosques casi inextricables de la «sierra negra», desde cuya cima podían divisarse las cincuenta torres de la ciudad de Carcassonne.

Ermengarde de Saissac («la bella albigense», como la llamaban los trovadores), Brunisenda de Cab-Aret y Estefanía «La Loba» pertenecían a las damas más celebradas de Languedoc. Tres barones y dos trovadores cantaban y hacían la corte a estas tres mujeres, a cual más hermosa. Los nobles, que dominaban el arpa tan bien como la lanza, eran Ramon Drut, infante de Foix, Peire Roger de Mirepoix y Améric de Montréal. Los trovadores eran Peire Vidal, futuro «Emperador de Constantinopla», y Raimon de Miraval.

Peire Vidal, que «demandaba a todas las damas nobles su amor», no pudo resistir la tentación de intentarlo también con «La Loba». Se enamoró locamente de su «dulcinea», pero jamás su suplicante *pregaire* logró llegar al anhelado *entendeire*. «La Loba» nunca prestó atención ni a las palabras gentiles ni a las canciones de amor del *trobère*. Ni sus magníficos caballos, ni sus ricas armas, ni su trono imperial, ni su cama de campaña le produjeron la menor impresión. Entonces Peire Vidal intentó llamar la atención de la Donna Loba de otra manera. Se colocó una cabeza de lobo sobre su atuendo guerrero y se dedicó a pasear delante del castillo de «La Loba». Tampoco le sirvió de nada.

El amor es ingenioso. Como la cabeza de lobo no fue sufi-

ciente, el trovador se vistió con una piel auténtica de lobo, y todas las noches iba a aterrorizar a los pastores y rebaños de la Donna Loba. Una de ellas, los pastores, que con sus perros estaban al acecho, le atraparon. Los perros, rechinando los dientes, cayeron sobre el hipotético Isengrim. Los pastores, no poco perplejos de oír a un lobo pedir auxilio, a duras penas consiguieron ponerle a salvo. Ensangrentado y lleno de heridas, lo condujeron al castillo de «La Loba». Esto era lo que quería el sagaz Peire Vidal, pues de este modo le sería posible hacerse cuidar y curar en Cab-Aret. Michel de La Tour, su biógrafo, no mentía al decir que todas las damas le engañaron. «La Loba» le engañó con Ramon Drut, el infante de Foix.

Améric, «que remediaba las necesidades de los trovadores con un buen caballo, un cabestro y una capa», era señor de Montréal, pequeña ciudad a mitad de camino entre Carcassonne y Foix, y también uno de los «hijos de la luna».

Su hermana se llamaba Geralda, la famosa castellana de Lavaur. No hubo trovador o mendigo que abandonara su castillo sin haber sido acogido como huésped y sin haber recibido unas monedas para el camino. Un cronista nos relata que: «Geralda era la dama más noble y más generosa de toda Occitania». Y, sin embargo, en la cruzada contra su tierra sufriría una muerte espantosa. Por heresiarca consumada, fue arrojada a un pozo y recubierta de piedras:

En el patio del castillo de Lavaur
crecía la hierba, solitaria y tranquila,
cubriendo y proyectando su sombra
sobre los huesos dispersos e insepultos.
Las aves de rapiña, que los habían sacado a la luz
describían, en lo alto, círculos de silencio
sobre los viejos muros, renegridos por el fuego,
y el cielo oscuro parecía entristecido.

El tilo continúa aún junto a la fuente,
testigo de los buenos tiempos, ya pasados,
haciendo planear suavemente las hojas,
acunadas por el soplo del otoño.
Las zarzas se agolpan, exigentes,

junto al pozo; los cardos, erizados,
se inclinan sobre el brocal de mármol
como queriendo mirar hacia lo hondo.

Un cantor, de pie, junto al pozo profundo,
deja caer, con lágrimas, su canción postrera,
donde, sumergida en sublime gozo,
descansa Geralda, recubierta de piedras...

Lenau, *Los Albigenses*

Guyot de Provins[34], ciudad de Champagne, al sureste de París, era un *trouvère* del norte de Francia. Había vagado mucho por el mundo y visitado las cortes más importantes de Francia, Alemania, Aquitania y Occitania. En Pentecostés del año 1184 lo encontramos en Maguncia en una fiesta caballeresca organizada por Federico Barbarroja. A comienzos del siglo XIII, cargado de años, compuso su «Biblia», una sátira de los distintos estamentos de su tiempo. En ella, Guyot nos nombra a sus protectores:

El emperador Federico Barbarroja, *l'empereres Ferris.*
Luis VII, rey de Francia, *li rois Loeis de France.*
Enrique II, rey de Inglaterra, *li riches rois Henris.*
Ricardo Corazón de León, *li rois Richarz.*
Enrique, el «rey joven» de Inglaterra, *li jones rois.*
Alfonso II de Aragón, *li rois d'Arragon.*
Raimundo V, conde de Toulouse, *li cuens Remons de Toulouse.*

Guyot de Provins siguió al cortejo de trovadores hasta Toulouse. Desde este foco de poesía cortesana, dos eran los caminos que podía utilizar para llegar a la residencia de su mecenas, Alfonso de Aragón: el uno, remontando el Ariège por Foix, sede del infante Ramon Drut, atravesando luego el Sabarthès para llegar a la frontera de Aragón por el paso de Puymorens; el otro, más cómodo, pasando por Carcassonne y Perpiñán, en el Rosellón, bordeando la costa hasta Barcelona, y dirigiéndose desde ahí a Zaragoza. Es posible que, a la ida, utilizara un camino, y a la vuelta, el otro. Tanto

en Carcassonne como en Foix, los trovadores se encontraban como en su casa.

En Foix pudo ver, junto a Ramon Drut, a su hermana Esclarmonde y celebrar su beldad.

En Carcassonne reinaba la tía de Esclarmonde, Adelaida, hija de Raimundo V de Toulouse y de Constancia de Francia. Desde la muerte de Roger Taillefer (1193), su esposo, las posesiones de los Trencavel se hallaban bajo su indulgente cetro.



Kyot se llama el preciado cantor,
a quien su arte no dejó reposar,
viéndose obligado a cantar y narrar
para llevar alegría a los humanos.

Kyot es un provenzal,
él encontró la leyenda de Parsifal,
que narra en un libro pagano.
Como él la transcribió en francés
así la cantaré yo en alemán,
si mi ingenio me lo permite.

Wolfram von Eschenbach

Wolfram von Eschenbach nos cita como inspirador de su *Parsifal* a Kyot [35], un provenzal, y nos dice que Chrétien de Troyes (autor del *Perceval le gallois,* escrito hacia 1180) «fue injusto con la leyenda».

«Concidiendo con las propias palabras de Wolfram, se supone que Guyot reelaboró y completó el *Perceval* de Chrétien y que fue su único modelo.» Se ha comprobado, además, que Wolfram, como él mismo atestigua, utilizó en verdad un poema del Kyot provenzal, deducción que se «confirma de modo concluyente por el hecho de que sólo Wolfram conocía toda la epopeya en su conjunto uniforme y, por consiguiente, sólo él era capaz de modificarla».

Desconocemos la fecha exacta del nacimiento y muerte de Wolfram. Ahora bien, como su *Parsifal* data de la primera década del siglo XIII, es de suponer que su nacimiento tuvo

lugar en el último tercio del siglo XII. Respecto a su muerte, Püterich de Reichertshausen (1400-1469), autor de un poema caballeresco intitulado *La Carta de Honor*, nos confiesa que no pudo descifrar la fecha de la muerte del poeta en su lápida mortuoria «en la iglesia de Nuestra Señora, del pueblecito de Eschenbach».

Wolfram era pobre, e iba «de corte en corte» como caballero y cantor ambulante. No sabía ni leer ni escribir.

El leer me es desconocido
(no conozco ni una sola letra)
... ...
Ni lo que en los libros está escrito,
por eso estoy hecho un ignorante [36].

Tuvieron, por consiguiente, que leerle el *Parsifal* de Guyot de Provins, si es que en realidad alguna vez llegó a escribirse este poema. Wolfram había aprendido el francés en el trato con los poetas occidentales de la *Minne.* Parece haber estado orgulloso de ello, pues no pierde ocasión en su *Parsifal* de pavonearse un tanto de su conocimiento de la lengua francesa, aunque sus malentendidos y equivocaciones son frecuentes. Sobre todo a la hora de transcribir nombres de lugares y de personas, como puede comprobarse por la versión original de las epopeyas francesas sobre el Grial y Parsifal. Tampoco debe extrañarnos la existencia de tales fallos de transposición verbal si admitimos que Wolfram precisaba de la transmisión oral en un tema tan rico en sentidos figurados.

Su formulación muestra en cada uno de los rasgos tal fidelidad y expresa los sucesos históricos de una forma tan clara, que se excluye la mediación de un intermediario. Resulta difícil encontrar otra explicación que no sea la de que «Kyot» y Wolfram se vieron personalmente. El cantor alemán tomó el tema del autor mismo.

Es posible que Wolfram y Guyot se encontraran con motivo de las fiestas caballerescas organizadas por Federico Barbarroja en Maguncia o que se conocieran en Wartburg,

en la corte del landgrave Hermann de Turingia. Como se sabe, Wartburg era la corte alemana más frecuentada por los poetas de la *Minne*, y en ella estuvo Wolfram von Eschenbach hacia el año 1203.

Resultan sorprendentes las intensas relaciones que existían entre los *Minnesängern* (cantores del amor idílico) de Alemania, Francia y Occitania. Bertran de Born, por ejemplo, que, con el seudónimo de «Sembélis», había cantado a la princesa Laina de Plantagenet, hermana de Ricardo Corazón de León, continuó en contacto con su *domina* también cuando se convirtió en duquesa de Sajonia, si se reconoce como prueba suficiente los poemas en lengua provenzal que Bertran de Born dirigió a Laina, y que han sido encontrados en Alemania. Incluso se ha llegado a pensar que Federico Barbarroja, soberano del reino de Arles desde 1178, compuso poemas en provenzal en honor de la corte del barón de Castellane, ciudad de Provenza, a las orillas del río Verdon. Fuera como fuese, lo cierto es que existieron múltiples lazos de unión entre la poesía caballeresca y amorosa del norte y del sur y que mutuamente se fecundaron.

Desconocemos si la «verdadera leyenda» llegó a Wolfram a través de la persona de Guyot o de la lectura que le hicieron de un manuscrito de su *Parsifal*, lo que explicaría y haría perdonable haber confundido «Provins» y «Provenza»[37].

Con los poemas de amor ya mencionados surgieron los «poemas coyunturales». Era costumbre que los protectores encargaran a sus trovadores la confección de poesías en las que ensalzaran sus grandezas o que éstos expresaran en forma poética su agradecimiento por la hospitalidad y protección que les habían deparado. Por eso nada de extraño tendría que Guyot de Provins hubiera celebrado en el *Parsifal* que no ha llegado hasta nosotros a sus mecenas: Raimundo de Toulouse, su hija Adelaida de Carcassonne, la nieta de ésta, Esclarmonde de Foix, y el rey Alfonso de Aragón, primo de Roger Taillefer (marido de Adelaida).

¡En efecto, así es como ocurrió!

El rey Alfonso II de Aragón, denominado también Alfon-

so «El Casto», es el «Kastis» de Wolfram, prometido de Herzeloyde [38].

Para Wolfram, Herzeloyde es la madre de Parsifal; para Guyot de Provins, su fuente, Herzeloyde es la vizcondesa Adelaida de Carcassonne, la *domina* de Alfonso «El Casto».

El hijo de Adelaida es un Trencavel, que significa «que corta bien». Wolfram von Eschenbach traduce el nombre de Parsifal por «corta por la mitad». Ramon Roger, el Trencavel, fue el modelo que sirvió a Wolfram y a Guyot para su *Parsifal.*

Como vamos a ver, esta deducción no implica violencia alguna.

La «corte de amor» de la vizcondesa de Carcassonne gozaba de celebridad en toda Occitania. Desde Barcelona hasta Florencia y París no existía dama alguna más celebrada. Su corte era un foco de poesía, de heroísmo y de cortesía caballeresca, y al mismo tiempo, como decía el trovador Arnaut de Maruelh, «la más casta y llena de gracia, pues el cetro estaba en manos de Adelaida».

Este *trobère* era un pobre clérigo de los alrededores de Périgueux. Un buen día colgó los hábitos y se fue de castillo en castillo cantando las canciones aprendidas tras los muros del convento. De esta manera llegó también a la corte de Carcassonne, vio a Adelaida y le robó el corazón. Pero la alta posición de la infanta de Toulouse, meta de los reyes de Francia, amedrentó al humilde arpista.

«Sólo a los reyes corresponde el honor de aspirar al amor de Adelaida .Pero ¿no hace el Amor iguales a todos los humanos? Quien acepta es digno. Ante Dios no existen clases sociales. El sólo tiene en cuenta los sentimientos del corazón. Oh hermosa y pura señora, fiel trasunto de la divinidad, ¿por qué no actuáis como ella?» Arnaut de Maruelh tenía toda la razón para estar preocupado por su *Minne,* pues Alfonso «El Casto», rey de Aragón y Cataluña, rondaba a Adelaida, y no con homenajes y pretensiones de amor sublime, sino de una forma mucho más prosaica. Siendo como era, junto con el conde de Toulouse, señor feudal del vizcon-

dado de Carcassonne y Béziers, contrayendo matrimonio con Adelaida, viuda desde 1193 de Roger Taillefer, su primo, esperaba asegurarse, si no la posesión exclusiva de sus dominios, sí al menos su supremacía feudal.

Alfonso «El Casto» no pretendía la *Minne*, que excluye el matrimonio, sino éste, que nada tiene que ver con la *Minne*, muriendo así para el mundo de la *Minne*, que exige como condición imprescindible la castidad. Unicamente pertenecía ya al mundo de los caballeros profanos, al mundo de los que aspiran a una corona o a un lecho nupcial, perdiendo su condición de caballero de las *leys d'amors* que un halcón trajera del cielo.

Arnaut de Maruelh también se hizo indigno del reino del Amor. Un buen día Adelaida le besó, pero él traicionó la gracia recibida revelándolo en dos poesías. Hecho que suponía una grave infracción de las rigurosas leyes del mundo occitano de la *Minne*. Además, estos besos habían despertado en él sentimientos que nada tenían que ver con el amor sublime:

Cómo me gusta que el viento
me dé en el rostro, en abril,
antes que comience mayo,
cuando se desgrana en la noche
el gorjeo de los ruiseñores.
Cada pájaro trina feliz
sus canciones, como a él le place,
bajo las lilas perladas de rocío
acoplado a su hembrecilla...

Arnaut de Maruelh

El pobre trovador, despedido por la vizcondesa Adelaida, hubo de retirarse a la corte de Guillermo VIII de Montpellier (a quien Guyot de Provins llama su protector *Guillaumes).*

«Han podido alejarme de ella, pero nada ni nadie podrá romper los lazos que me atan a mi amada. Mi corazón está lleno de ternura y de constancia. Sólo a Dios y a ella pertenece. Felices campos donde vive, ¡cuándo volveré a veros! ¿Es

que nadie de allí viene hacia mí? Un pastor que me trajera noticias suyas, sería para mí un barón noble. Si la encontrara en el desierto, se me convertiría éste en paraíso.»

Arnaut de Maruelh sólo celebró a Adelaida. Murió de nostalgia. El mal de amor era la enfermedad mortal de los trovadores; su único remedio, la *Minne*.

Durante el tiempo que Adelaida residió en su castillo de Poivert, castillo que se hallaba rodeado de espléndidos bosques pirenaicos, multitud de príncipes y trovadores fueron pasando por él. Los problemas de amor más delicados eran sometidos a su juicio. Cuando Ricardo Corazón de León, Alfonso de Aragón o Ramon Drut de Foix tenían sobre sus conciencias «pecados» contra el amor, era Adelaida quien tenía que administrar justicia. Su veredicto era inapelable y todos se sometían a él; por algo era la dama más noble, casta y llena de gracia de Occitania.

Mientras que en Poivert trovadores como Pedro de Auvergne hacían honor al vino del Rosellón y «entonaban a la luz de las antorchas alegres cancioncillas» o resonaban por bosques y praderas el sonido del cuerno, los chistes y los cantos, ella permanecía solitaria en su aposento y rezaba...

Adelaida era una mujer piadosa; pero el Dios a quien oraba no era nuestro Dios. Su «Cristo» no había muerto en la cruz. El Dios amenazador de Israel era para ella Lucifer. ¡Adelaida era hereje!

Esta no fue la única razón que le impelió a rechazar las proposiciones amorosas de trovadores y príncipes. Ser hereje y tener capacidad para comprender a los trovadores no eran realidades que se excluían mutuamente. No; la mayor parte de los trovadores eran «herejes», todos los cátaros eran trovadores y casi todas las damas de Occitania, cuando el paso de los años empezaba a dejar sus primeras huellas en sus rostros, se hacían herejes. Este no era el único motivo que mantuvo a la vizcondesa de Carcassonne alejada de las actividades mundanas de su corte de Poivert.

Adelaida había experimentado en su vida muchas amarguras. Su esposo, Trencavel, con las sangrientas represalias

sobre los burgueses de Béziers, había contraído una fuerte deuda, de la que ahora tenía que responder ante Dios. Los Trencavel eran gente emprendedora, caballerosa, pero impulsiva. Tenía miedo de las posibles locuras que pudiera cometer su unigénito, Ramon Roger. Con el hereje Bertran de Saissac, a quien su marido, Roger Taillefer, había designado en su testamento como tutor del Trencavel menor de edad, dirigía la educación de su hijo, hijo que no debería convertirse en un caballero mundano, ni siquiera en un caballero de la *Minne*, sino en un caballero de la suprema *Minne*. Tenía que ser digno de la Mesa Redonda que en Montségur, el castillo pirenaico de la roca escarpada e inaccesible, conservaba la doctrina pura del «Paráclito» consolador.

En verdad, tu nombre es Parsifal,
que significa, ciertamente, partido por la mitad.
Pues un gran amor cavó profundos surcos,
por lealtad, en el corazón de tu madre;
tu padre sólo le dejó dolor[39].

Wolfram von Eschenbach

¡Parsifal tenía que hacerse digno de la caballería del Grial!

Sobre un espigón verde esmeralda
llevaba el deseo del Paraíso
a la vez raíz y planta:
era un objeto llamado Grial
del mundo supremo ideal[40].

Wolfram von Eschenbach

SEGUNDA PARTE

EL GRIAL

El imperio del amor se ha abierto,
la fábula empieza a urdirse.

Novalis

El Amor-Eros, invisible, extendía su mano protectora sobre el mundo de la *Minne* occitano. No era ya el muchacho alado de las representaciones antiguas. Se le veía como hombre adulto. El trovador Peire Vidal[41] pretende haberlo encontrado en carne y hueso cuando un día se dirigía de Castelnaudary a Muret, a la corte de Raimundo V de Toulouse:

«Era en primavera, cuando las flores brotan en las praderas, los arbustos empiezan a retoñar y los pájaros trinan jubilosos. Vi entonces acercárseme un caballero, esbelto y fuerte. Rubios cabellos caían sobre su bronceado rostro y resplandecían sus claros ojos. La sonrisa de su boca dejaba ver unos dientes de madreperla. El calzado de uno de sus pies estaba adornado con zafiros y esmeraldas; el otro estaba desnudo.

La capa del caballero se hallaba cubierta de violetas y de rosas y sobre la cabeza llevaba una corona de caléndulas. La mitad de su palafrén era negro como la noche y la otra mitad blanco como el marfil. El antepecho del caballo era de jaspe y los estribos eran de ágata. En el arnés brillaban dos diamantes tan bellos y preciosos como jamás los tuvo Darío, rey de los persas. En la brida, un carbunclo resplandecía como el sol...

Al lado del caballero cabalgaba una dama mil veces más hermosa aún que él. Su piel era blanca como la nieve. El sonrosado de sus mejillas igualaba al color de los botones de rosa. Su cabellera resplandecía como el oro.

Tras la dama cabalgaban un paladín y una damisela. El paladín llevaba un arco de marfil y tres flechas a la cintura: una de oro, otra de acero y la tercera de plomo. Por lo que respecta a la damisela, sólo vi que sus cabellos caían sobre la silla, el caparazón y la cabeza del caballo. El caballero y la dama cantaban una canción nueva, que los pájaros repetían.

"Detengámonos junto a una fuente en un prado rodeado de bosques", dijo la dama, "pues no soporto los castillos".

"Mi señora", le contesté, "aquí hay un apacible lugar bajo un laurel, y ahí brota una fuente cristalina de entre los guijarros".

"Peire Vidal", me dijo el caballero, "sabed que yo soy el *Amor*, esta dama lleva por nombre *Gracia* y esta damisela y este paladín se llaman *Pudor* y *Lealtad*".»

Wolfram von Eschenbach hace preceder su *Parsifal* de un largo proemio sobre *Lealtad* y *Deslealtad*. Quiere demos-

trar que dudar de Dios puede hacer peligrar la salvación del alma, pero que el espíritu caballeresco, «premio del hombre intrépido», puede deparar la salvación. Quien, empero, se halla dominado por la deslealtad es castigado con el infierno.

Si la duda se adentra en el corazón,
el alma no puede progresar.
Uno encuentra emparejados honor y deshonor,
donde sentimientos de desaliento
se unen al valor del hombre intrépido
como en la urraca el blanco y el negro.
Semejante hombre puede esperar gozoso
pues Infierno y Cielo le están abiertos,
cuando abandone este mundo.

Quien se asocia a la Deslealtad,
cierto que sólo tiene colores negros
y se precipita en las tinieblas.
Pero quien es leal a Dios y a los hombres
consigue el esplendor del color blanco.
También a las mujeres asigno un fin:
suplico a Dios que la hembra buena
permanezca siempre en su bondad.
El pudor es la corona de toda moralidad,
no pido para ella gloria mayor.

Si debiera describiros aquí completamente
al hombre y a la mujer, tal cual puedo,
os resultaría largo y aburrido[42].

Wolfram von Eschenbach no necesitaba explicar a los *Minnesänger* de su tiempo qué papel tenían que representar el hombre y la mujer en el mundo de la *Minne.* Sabemos que el mundo alemán de la *Minne* había seguido en su evolución al de Occitania. El dogma mosaico del Génesis, según el cual Jahvé habría creado primero a Adán andrógino para hacer de él el padre y la madre de Eva, nunca tuvo allí aceptable acogida. Según el mito occitano, Adán y Eva eran dos ángeles caídos condenados, con Lucifer, a vagar de estrella en estrella en su exilio terrenal. Eva goza de los mismos derechos que Adán, tanto en el cielo como en la tierra. No es la «varona» de Adán, sino su *domina,* pues los occitanos, como

sus antepasados los iberos y los celtas, veían en la mujer algo profético y divino. La Eva judía se halla tan por debajo del hombre, que primero lleva el nombre de su padre y luego el de su marido, no siendo siquiera digna de tener nombre propio. Las familias más ancestrales del Languedoc, en especial de los Pirineos, donde la tradición celtíbera se había mantenido en su más alto grado de pureza, llevaban el nombre de sus antepasadas. Se decía: los hijos de Belissena, de Imperia, de Oliveria. Sus atributos no eran el huso y la cuna, sino la pluma y el cetro.

Los trovadores eran poetas. Todos los poetas padecían de nostalgia insatisfecha. Y todos, cuando no encontraban satisfacción alguna en la *Minne*, conocían el camino que les llevaba a la Mesa Redonda de la nostalgia, donde se hallaba el «Consolador», que Cristo había anunciado por medio del evangelista San Juan...

Los trovadores eran poetas de un país donde el sol era más radiante que el nuestro, donde las estrellas estaban tan cerca de la Tierra y donde resultaba fácil rezar.

Estos poetas orantes no eran ya rimadores alocados, sino «puros», «*cátaros*», que, como más adelante veremos con detalle, transportaron las *leys d'amors* al mundo del espíritu. En lugar del favor de las damas, buscaban la liberación en Dios. En lugar de la *Minne*, el «Consolador».

Orar y versificar debían ser una misma cosa. Así ocurría en Occitania, donde sus habitantes sabían muy bien que el don de la poesía y el de la profecía, lo que hoy en día llamamos intuición e inspiración, se identificaban. La oración de los cátaros, los trovadores orantes, no era sino una estrofa del himno a la divinidad luminosa que, día a día, percibían en la sinfonía de tonos y colores de su tierra. Eran en verdad poetas.

Y como todos los poetas, se sentían extranjeros en la Tierra; aspiraban a un Más-allá mejor, donde el hombre, según su mitología, había sido en otros tiempos un ángel y donde se hallaba su verdadera patria: la «Casa de los cantares», o el Reino de la Luz de Ahuramazda, como en tiempos remotos lo llamaron los babilonios. Los cátaros estaban tan con-

vencidos de un Más-allá mejor, que rechazaban radicalmente esta vida, considerándola tan sólo como un período de preparación para la verdadera vida, verdadera vida que sabían que existía más allá de las estrellas.

A los poetas y a los sacerdotes les han deleitado desde siempre las montañas, cuyas cimas se alzan hacia el cielo y cuyas grutas se pierden en la noche eterna de la tierra. Sobre las cumbres de los montes es donde uno se siente más cerca de Dios, donde la poesía y la oración afloran instintivamente. Todos los grandes mitos han llevado a cabo la divinización del héroe en los montes. Hércules se hizo olímpico en el monte Oeta. Cristo se transfiguró en el monte Tabor. Los trovadores lo conocían perfectamente. Pues en su tiempo no se había aún derrumbado el puente que unía, por encima del Mediterráneo, Oriente y Occidente, cuyo primer arco se extendía desde las montañas gigantes de Asia hasta el Paraíso sagrado de los griegos, y el segundo desde aquí hasta los Pirineos, donde la Hélade situaba el Jardín de las Hespérides: la tierra luminosa de las almas.

De Oriente provenía la humanidad. De Oriente nos vinieron los grandes mitos, el último de los cuales fue la «Buena Nueva». De Oriente nos viene el sol...

Cuando éste desaparece para los hombres tras los cirros dorados, se despierta en más de uno el deseo de ir en pos de él. Pero ¿adónde? El hombre debe ser un dios caído que siente inmensos deseos de volver al cielo. Quizá la nostalgia del poeta no es realidad sino añoranza del Paraíso perdido, donde el hombre era la imagen de la divinidad y no su caricatura.

Cuando el sol se va de Provenza y Languedoc, se arquea en cirros de oro sobre los Pirineos que, intrépidos y nobles, se elevan en el azul del cielo. Cuando las sombras de la noche se han cernido ya sobre la llanura provenzal, continúan aún largo tiempo siendo bendecidos y transfigurados por los rayos del sol poniente. Los provenzales denominan, aún hoy en día, «monte de la Transfiguración», «Tabor», al pico del

Saint-Barthelemy, una de las cumbres más hermosas de los Pirineos.

El Tabor pirenaico se encuentra entre el «Olmès», el valle de los olmos, y el «Sabarthès», el valle de Sabart, donde la Madre de Dios dicen que prometió a Carlomagno la victoria sobre los sarracenos.

Un solitario y pedregoso sendero lleva del idílico Olmès a los desfiladeros y cuevas del Sabarthès: el *Camino de los Cátaros*, el Camino de los Puros [43].

En el corazón de la soledad desértica del Tabor se yergue una roca cuya escabrosidad no puede describirse y cuya cima da alcance, a veces, a las nubecillas de oro que ilumina el sol. Sus paredes caen en picado hasta las murallas de un castillo llamado *Montségur*. Un día que subía por el camino de los cátaros hacia la cumbre del Tabor me encontré con un viejo pastor de ovejas, que me contó la siguiente leyenda:

«Cuando aún estaban en pie los muros de Montségur, los cátaros, los puros, custodiaban dentro de ellos el Santo Grial. Montségur estaba en peligro; los ejércitos de Lucifer se hallaban ante sus murallas. Querían hacerse con el Grial para insertarlo de nuevo en la diadema de su Príncipe, de donde se había desprendido y precipitado a la Tierra cuando la caída de los ángeles. En el momento más crítico vino del cielo una blanca paloma y con su pico partió en dos el Tabor. Esclarmonde, la guardiana del Grial, tiró la preciosa reliquia al monte, donde quedó oculta. Así se salvó el Grial. Cuando los diablos entraron en el castillo, era demasiado tarde. Enfurecidos, quemaron a todos los puros, no lejos del castillo rocoso, en el *camp des crémats*...»

Dejó en la tierra una multitud,
que voló nuevamente a las estrellas,
pues su pureza les hacía retornar hacia su casa [44].

Wolfram von Eschenbach

El camino de los puros parte del Olmès, bordea Montségur y, pasando por la cumbre del Tabor, se adentra en las cuevas del Sabarthès, última morada de los cátaros, donde,

lejos del mundo y ensimismados, meditan sobre la suprema *Minne*.

Sí, si el verdadero Amor os llama,
amad como hoy en día
lo requiere la suprema Minne.

Wolfram von Eschenbach

Los cátaros [45] no abandonaban su vida eremítica de las profundidades de las montañas más que para llevar a los moribundos los «últimos consuelos», o para contar, en el salón del castillo, antiquísimos mitos ante nobles, damas y gallardos caballeros. Con su larga y negra vestimenta y una tiara persa en la cabeza, parecían brahmanes o acólitos de Zarathustra. Una vez que habían terminado, sacaban de un rollo de cuero que llevaban en el pecho el Evangelio según San Juan, y leían en voz alta:

«En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Dios es Espíritu, y los que le adoran tienen que adorarle en el Espíritu. Conviene que yo muera, pues si no muero no vendrá a vosotros el "Consolador". Pero cuando venga el "Consolador" que yo os enviaré...

Diaus vos benesiga.! ¡Que Dios os bendiga!»

Los puros se retiraban a sus cuevas, a la «Catedral», a las «Gleysos» [45a] (iglesias), a la «Cueva del Eremita» y a la «Cueva de Fontanet»...

Se fue a la Fuente La Salväsche,
a una celda perdida en la roca,
que Trevrizent había elegido por mansión.
Con él aprende Parsifal
la ciencia secreta del Grial.
A una cueva su huésped le condujo...

Wolfram von Eschenbach

Las cuevas del Sabarthès [46*] son tan numerosas, que podrían albergar a toda una ciudad de trogloditas. Junto a las grandes cuevas que penetran leguas y leguas en las montañas

existen también multitud de grutas y nichos formados por los salientes y entrantes de las rocas.

Las paredes de estas grutas y nichos nos muestran aún con claridad dónde estaban encastrados los tirantes de carpintería y cómo existieron auténticas ermitas; pero de todo ello, debido al fuego y al paso de los siglos, sólo nos han quedado paredes calcáreas calcinadas por el fuego y corroídas por el tiempo, algunos restos de madera embetunados o carbonizados, unos dibujos y unas inscripciones:

Un «árbol», un árbol del mundo o árbol de la vida, que, como dicen, se hallaba en medio del Paraíso, y que los helenos conocían ya. Las Hespérides custodiaban sus manzanas de oro.

Una barca, con un sol por vela.

Un pez, símbolo de la luminosa Divinidad.

Una paloma, emblema del Dios-Espíritu.

Monogramas de Cristo, en caracteres griegos o latinos.

La palabra «Gethsemaní».

Las mayúsculas «GTS», artísticamente entrelazadas, probable abreviatura de la palabra «Gethsemaní»: el huerto donde Cristo fue entregado a los esbirros.

Fragmentos de una frase, de los que sólo pueden leerse las palabras «Santa Gleyiza».

Dos de estas grutas han conservado sus nombres: «La Gruta de Jesucristo» y «La Gruta del Hombre Muerto». Delante de la primera subsisten aún los vestigios de un jardincillo y de una pequeña terraza, en la que el eremita que allí vivía meditaría:

Ay de ti, mundo, ¿por qué actúas así?
tú nos das aflicción y sufrimiento,
tú nos traes tormento y preocupación
mucho más que alegrías[47].

Wolfram von Eschenbach

Los cátaros sentían que nuestra tierra no era su patria[48*]. La comparaban con una prisión que un arquitecto, falto de experiencia, hubiera construido con materiales de baja calidad. Eran conscientes de que su verdadera patria se encontraba allende las estrellas. «Aquel Arriba», decían, ha sido

construido por el Espíritu, que es Amor: que no es ni odio ni guerra, sino vida; que no es ni enfermedad ni muerte, sino... Dios. En el principio era el Espíritu. En él estaba la Palabra, y ellos eran Dios.

Así como dentro de nosotros existen dos mundos que se combaten: el espíritu, que está pronto, y la carne, que es flaca, así también en el universo hay dos principios de acción: el Sí y el No, el Bien y el Mal. El Bien es Dios; el Mal es Lucifer, el espíritu eternamente negativo.

La Palabra ha creado el mundo, ese mundo que se extiende mucho más allá del arco de nubes de oro, allende las estrellas. El mundo de aquí es la obra de Lucifer. La Palabra es creadora; Lucifer es tan sólo un plagiario, un modelador inhábil.

Nosotros, los humanos, ángeles caídos, nos adecuamos a estos dos principios cuya emanación somos. El hombre espiritual, el alma, es obra de la Palabra divina. El hombre material, el cuerpo, es hechura de Lucifer. Nuestra alma es divina, eterna. Nuestro cuerpo es no-divino, perecedero. El alma, creada por Dios, que es espíritu, y desterrada a la tierra por haberse rebelado contra el Espíritu, tiene que permanecer en ella hasta que haya reconocido la vanidad de la vida terrenal y desee hacerse de nuevo una con el espíritu. Una persona puede empezar en la tierra a redivinizarse, a retornar al espíritu. Pero en ese caso las almas, de estrella en estrella, tienen que desmaterializarse hasta que se abra ante ellas la puerta de su verdadera patria.

> *Las estrellas son quizá morada de espíritus transfigurados,*
> *como aquí impera el vicio, allí reina la virtud.*
>
> Haller

Kant mismo dice en su *Historia natural del Cielo:* «¿Quién es tan osado como para atreverse a contestar a la cuestión de si el pecado ejerce también su dominación en las otras esferas del universo o de si allí lo único que impera es la virtud? Para poseer la desdichada capacidad de pecar, ¿no se precisa la existencia de un cierto estadio intermedio entre

la sabiduría y la insensatez? ¿Quién sabe si los habitantes de aquellos planetas no son lo suficientemente sublimes y sabios como para rebajarse a la locura que, en el fondo, supone el pecado, o si se hallan demasiado ligados a la materia y provistos de aptitudes intelectuales demasiado débiles como para poder responsabilizarse de sus actos ante el tribunal de la Justicia?»

Los cátaros consideraban la tierra como un infierno. Tener que vivir en medio del pecado y de la mentira les parecía un castigo más atroz que ser atenazados, punzados y torturados por diablos de rabo y cuernos en un lago helado o en un horno ardiendo. «¡La Tierra es el *Infierno!*», decían...

La muerte no era para ellos sino el desprenderse de un vestido sucio, despojarse de él; hacer como la mariposa, que abandona la crisálida para perderse en la primavera radiante. Ya los griegos llamaban al alma *Psiche,* es decir: mariposa.

¿Qué acontece con las almas que «no se han esforzado seriamente», que han encontrado su casa en la materia? Dios, en su condición de padre, no puede permanecer sordo a las súplicas de sus hijos. Sus almas pueden permanecer aquí abajo, emigrando sin cesar de cuerpo en cuerpo mientras les plazca, hasta el día en que, también ellas, ansíen las estrellas [49].

La cueva más grande del Sabarthès es la de Lombrives. En tiempos muy remotos, en una época cuya noche apenas ha sido iluminada por nuestra ciencia histórica, fue un templo de Ilhomber, dios del sol de los iberos. Los sencillos pastores y campesinos de Ornolac, aldea situada en sus inmediaciones, le llaman también la «Catedral».

Ornolac se insinúa en el valle lateral por el que serpea, hasta la cumbre del Tabor, el camino de los cátaros. Una maravillosa y pequeña iglesia románica domina el pueblo. Delante de ella se yergue una Madre de Dios, esculpida por manos campesinas, que tiene en sus brazos al Niño Jesús con una espiga de trigo en una de sus manos, y que tiende su manto protector sobre campos y viñedos.

El escarpado sendero discurre por entre los menhires, de los que uno se halla volcado, hasta llegar al gigantesco vestíbulo de la «catedral» de Lombrives. Esta es la entrada a un maravilloso reino subterráneo, donde la historia y la fábula han encontrado refugio ante un mundo que se ha hecho tan prosaico. El camino se adentra en las profundidades de la montaña por entre estalactitas de cal blanca como el jazmín y por entre paredes de mármol pardo oscuro y de brillante cristal de roca.

Una sala de 107 metros de altura era la auténtica catedral de los herejes. La tierra, hechura de Lucifer, había tenido que entregarles su morada más preciosa a fin de que pudieran presentir la hermosura que el artista de verdad había creado más allá de las estrellas. Para no olvidarse de ellas, ni del sol, ni del disco plateado de la luna, únicas «revelaciones» del Dios que es amor y luz, una mano hereje los había dibujado en la pared marmórea de la cueva. El agua, gota a gota, sin interrumpir su ritmo, va cayendo al suelo desde la bóveda, perdida en la noche eterna. Aún hoy en día forma con sus estalactitas como bancos de iglesia para todos aquellos que desean detenerse en este mundo de maravillas.

Cuando hay tormenta en el valle del Ariège, toda la montaña retumba con el estrépito de las aguas que, precipitándose de forma atronadora, intentan abrirse camino a través de las porosidades calcáreas de las rocas. Cuando Lucifer, el dios de la tempestad y de la muerte, abate sobre el mundo tembloroso su martillo chispeante, tiembla la montaña en sus cimientos.

Una escalera de piedra conduce de la catedral de los herejes a la otra parte de la cueva de Lombrives. Hasta el pie humano, después de una caminata de varias horas, se detiene aterrorizado ante un abismo de cientos de metros de profundidad.

Allí se encuentra un gigantesco bloque rocoso, sobre el que el agua, gota a gota, ha esculpido una maravillosa estalagmita en forma de maza, a la que los campesinos de Ornolac llaman la «Tumba de Hércules».

EL VELLOCINO DE ORO [50]

Heracles o Hércules,
y también el griego Alejandro,
pues ambos conocen
las piedras...

Wolfram von Eschenbach

Silius Italicus, poeta e historiador romano del siglo I después de Cristo, nos ha transmitido en bellos hexámetros la leyenda según la cual el gigantesco bloque rocoso adornado con una maza en estalagmita que se ve en la cueva de Lombrives sería la losa sepulcral de *Hércules.*

Hércules, después de haber robado los bueyes de Gerión, fue acogido en la «salvaje mansión» de Bebryx, rey de los bebrices. Sedujo a su hija Pirene, abandonándola después. Esta, temiendo la cólera de su padre y anhelando volver a ver a su amor, se escapó de su casa. Andando por los caminos del mundo, bestias feroces cayeron sobre ella. Pirene, indefensa, reclamaba a gritos la ayuda de Hércules; pero cuando éste llegó era demasiado tarde: ya había muerto. Al verla empezó a llorar. Sus gemidos hicieron temblar las montañas, y todas las rocas y cuevas repitieron como un eco el nombre de Pirene que él, entre sollozos, iba repitiendo. Luego la enterró. El nombre de *Pirene* no perecerá jamás, pues los montes llevan para siempre su nombre.

«Trono del rey Bebryx» y «Tumba de Pirene» son los nombres que llevan los tres soberbios grupos de estalagmitas que se encuentran en el corazón de la cueva de Lombrives, al borde de un lago lleno de misterios. El agua va cayendo sin cesar sobre la tumba de Pirene, como si la montaña llorara a la desdichada princesa real. De la techumbre y de los muros penden, petrificados, los vestidos que en vida prefirió.

Hasta aquí la leyenda de Hércules, Bebryx y Pirene.

Autores latinos (entre ellos Plinio) nos relatan que los primeros pobladores de España fueron los persas y los ibe-

ros, y que estos últimos procedían de los del Cáucaso. El historiador griego Dion Casius escribía que los bebrices habían sido los primeros habitantes de los Pirineos Orientales, y el gramático griego Stephanos de Bizancio distinguía dos pueblos bebrices, uno que vivía a las orillas del mar Negro y el otro que se asentaba en los Pirineos, no lejos del «Mar Bebrice», nombre primitivo del golfo de León, según el historiador bizantino Zonaras.

Dasqueius, comentador de Silius Italicus, sostiene que la palabra «Bebryx» es tan sólo un adjetivo, y que el rey de los bebrices se llamó Amykos, siendo este rey quien retaba a boxear y mataba a todo extranjero que llegaba a su país, hasta el día en que Pollux, el Argonauta, le dio muerte. Festus Avienus, historiador romano, mantiene esta misma opinión.

Compendiemos estas fuentes y ampliémoslas. En el siglo III se produjo una emigración de pueblos del Cáucaso hacia Occidente: fenicios, persas, medos, getulos (actuales bereberes del norte de Africa), armenios, caldeos e iberos. Estos últimos encontraron una nueva patria en la península «Ibérica». Los bebrices eran parte de este pueblo y habitaron la zona de los Pirineos que, bajo la dominación romana, perteneció a la «Galia narbonense», en la región del pico de Saint-Barthelemy y del pico de Montcalm. Gracias a Estrabón, geógrafo griego, sabemos que había minas de oro tanto en el país de los iberos de España como en el de los de Asia. Las minas de oro de los bebrices atrajeron a fenicios (1200 a. C.) y focios (600 a. C.). Los fenicios, a comienzos del siglo III antes de Cristo, en la denominada migración semítica, habían encontrado una nueva patria en Siria. Desconocemos si se habían puesto en contacto con los habitantes de las costas españolas y francesas desde Tiro, su ciudad más importante, o si más bien habían llegado a aquellas regiones junto con los iberos por vía terrestre. Lo más probable parece ser que realizaran el comercio por mar desde el Asia Menor hasta dichas costas mediteráneas, y que de aquí se llevaran a Siria en barco las riquezas del subsuelo pirenaico.

Sabemos por Herodoto que había en Tiro un templo de

«Melkart» (rey de la ciudad), y que Melkart era el Hércules fenicio, el dios protector de la navegación y de las colonias de Occidente, en los confines del mundo. El Antiguo Testamento llama al dios de la ciudad de Tiro «Baal» (señor).

Originariamente se denominaba Baal a todo aquel dios del que se creía que habitaba en un determinado lugar y que ejercía en él su acción, y al que se le atribuía, a diferencia de los demás dioses, una importancia local. Así había un Baal-Líbano, un Baal-Chermon, etc. Poco a poco el Baal-Melkart de la ciudad de Tiro se convirtió en el «Dios-Señor» de Fenicia y de Canaán, en el «Todo-Poderoso», en el principio masculino generador, personificado en el disco solar. Su complemento («esposa» le llama la mitología) era Astarté, el principio femenino receptivo, alumbrador, encarnado en la luna.

Como hemos visto, Melkart era, en un principio, el dios local de la ciudad de Tiro, el Hércules fenicio.

Una inscripción encontrada en Malta da a Heracles [51] el título de proto-guía. Se sabe que el culto a los antepasados y la mitología tienen casi siempre el mismo punto de partida. Podemos, por consiguiente, suponer que fue un príncipe fenicio el que sirvió como modelo de Melkart. ¿Condujo este Hércules-Melkart a su pueblo del Cáucaso a Tiro o desde Tiro hasta Occidente? Ni podemos comprobarlo ni interesa demasiado. Lo único que importa es el hecho de que los iberos conocían asimismo un Hércules-Melkart que, o bien fue su proto-guía, o bien lo habían recibido de los colonos tirios.

La cueva de Lombrives, donde se halla la tumba legendaria de Hércules, fue en tiempos remotísimos un lugar consagrado a Ilhomber [52], el Hércules ibérico. Este dios local de los iberos, más exactamente de los bebrices, que también se llamaba Bel (Baal), bajo el influjo de los colonos griegos se convirtió en A-bel-lio (Apolo).

Focea era una colonia griega del litoral jónico del Asia Menor. Sus habitantes, los focios, emprendieron con los griegos del continente, los focenses de Fócida y los ciudadanos

de Argos, relaciones comerciales por mar con los iberos. Al parecer, hacia el año 600 antes de Cristo, consiguieron desbancar a los fenicios de su preponderancia colonial y asumir por sí mismos la explotación de las minas de metal de los Pirineos. Cuando Focea, en el año 546, sufrió la opresión del tirano persa Harpagón, los focios abandonaron su patria del Asia Menor y huyeron en sus embarcaciones a sus colonias de Occidente, sobre todo a Massilia (Marsella), Portus Veneris (Port-Vendre, en el Rosellón), Kerberos (Cervera, en la frontera española) y al actual Mónaco, donde había un templo de Heracles Monoikos.

La leyenda de los Argonautas es la más antigua gesta de viajes forjada por los griegos. No sólo es la más vieja de las leyendas mitológicas que han llegado hasta nosotros, en una amalgama de colonización primitiva griega y culto helénico de los antepasados —Homero da por supuesto que la conoce todo el mundo—, sino que también nos da interesantes explicaciones sobre las concepciones geográficas de la Grecia arcaica.

Quince jefes, dentro de la nave «Argo», provista de cincuenta remos, se habrían hecho a la mar en Argos para ir en busca del Vellocino de Oro. Los más conocidos de entre ellos eran: Hércules, Orfeo, Cástor, Polux y Jasón. Tras múltiples rodeos y aventuras (combate con Amikos, rey de los bebrices), llegaron a Colchis, donde, con la ayuda de Medea, vidente y hechicera, robaron el Vellocino de Oro de la encina sagrada, de cuyas ramas pendía.

Hubo, pues, autores en la antigüedad que conocieron la existencia de bebrices en Asia Menor y en los Pirineos y que relacionaban estos últimos con la leyenda de los Argonautas. ¿Qué sentido podía tener la conquista del Vellocino de Oro, objetivo de esta empresa?

Damos un salto a través de los siglos y nos encontramos en la Edad Media, época en la que se habían hundido las civilizaciones originarias del Mediterráneo y en la que el centro de gravedad, sobre todo intelectual, se había desplazado hacia el Norte.

¿Qué buscaban los innumerables alquimistas al mezclar misteriosos ingredientes en las retortas y al intentar, bajo místicos conjuros, consumar la «gran obra»?

¡La *piedra filosofal*, o como también lo llamaban, el *Toisón de Oro!*

¿Qué buscaba el *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach con el «Grial»?

¡Una piedra [53], el *Lapsit exillis (Lapis ex coelis)*, el «Deseo del Paraíso»!

Para unos, los gozos paradisíacos consisten en la posesión de todo cuanto el mundo puede deparar de bello y precioso. Para otros, el paraíso se halla más cerca de las estrellas.

Hubo alquimistas que buscaban la piedra filosofal para transformar en oro metales de calidad más baja. Otros, en cambio, los auténticos y grandes alquimistas, transferían las fórmulas secretas al ámbito del espíritu. Para éstos, los metales inferiores no eran sino las pasiones humanas que había que revalorizar. En lugar de oro, esperaban encontrar a Dios. En la leyenda de los Argonautas de Nonnos, los navegantes ven flotar una «copa» sobre la «Montaña del Mundo con el árbol de las Luces».

Los Argonautas encontraron el Vellocino de Oro. Con su posesión fueron arrebatados, como semidioses, a las estrellas. «Hércules» se preparó para ser definitivamente dios, entre la «Lira» y la «Corona». «Cástor» y «Polux» aguardan a que el «Cochero» les lleve a las supremas altitudes del cielo. Y «Argo», la nave que llevó más allá del mar la preciosa reliquia, fue transportada como por encanto a la radiante Vía Láctea del hemisferio boreal del cielo, donde, con la «Cruz», el «Triángulo» y el «Altar», testimonia de modo irrefutable la naturaleza luminosa del Dios eterno. El triángulo simboliza la Trinidad divina; la cruz, el sacrificio divino del amor, y el altar, la mesa de la Sagrada Cena sobre la que, la noche del primer Jueves Santo, estuvo el cáliz del re-nacimiento.

«En verdad os digo: el que no nazca de nuevo, no puede ver el Reino de Dios.»

S. Juan III, 3

Hubo alquimistas que buscaban oro, el «Gran Rey»; otros, en cambio, buscaban a Dios. Hubo astrólogos que querían encontrar en las estrellas la ciencia del mañana, y fueron tres los astrólogos a quienes una estrella condujo hacia Belén, donde, en una cueva, el Verbo Divino se había hecho hombre. Dicen que también un astrólogo pagano leyó en las estrellas el misterio del Santo Grial:

Flegetanis, el pagano, vio,
lo que sólo temblando confió,
en el curso de los astros y su luz
un profundo misterio y lo reveló:

Existe una cosa llamada Grial.
Así habló cuando encontró el nombre
escrito claramente en las estrellas[54].

Wolfram von Eschenbach

La bóveda celeste gira de levante a poniente. De levante a poniente se mueven por la noche la luna y las estrellas y se desplaza el sol, el astro de Helios: Apolo.

Apolo era el dios de la luz solar pura que libera en la primavera a la tierra de las garras del invierno; por eso era también el salvador *(Soter)*, que purifica al pecador ya muerto y le lleva a la redención, a la entrada del país luminoso de las almas. Es el dios reparador que trae ayuda y bendición. En una barca tirada por cisnes alcanzaba el país de los hiperbóreos. Sus cisnes, las nubes, cantaban como la lluvia que cae. El murmullo del agua es el canto de la naturaleza. Por eso era Apolo el Arconte de las musas, su atributo es la lira y suyo es el laurel con cuyas ramas se trenzan las coronas de los poetas.

Cuando los rayos del sol primaveral calientan la tierra, la humedad en forma de vapor sube hacia el cielo. Los vapo-

res y las nieblas son, desde siempre, portadores de oráculos, pues su ascensión y su descenso presagian el tiempo que va a hacer. Por eso Apolo era igualmente el dios del don profético, de la adivinación. Ser poeta y ser profeta son la misma cosa.

Alkaios de Mitilene, contemporáneo de Safo, decía de Apolo:

«Cuando Apolo vino al mundo, Zeus le dio una mitra de oro, una lira y un carro tirado por cisnes y lo envió a Delfos, a la fuente Castalia, para pregonar la justicia a los helenos. Apolo, empero, dirigió sus cisnes al país de los hiperbóreos. Cuando los habitantes de Delfos se dieron cuenta, compusieron un peán, colocaron los coros de niños en torno al trípode y suplicaron al dios se dignara venir a ellos» [55].

Los hiperbóreos eran el pueblo elegido de Apolo. Piadosos y de costumbres puras, vivían felices. Habitaban los bosques de su país, donde reinaban el sol y la fertilidad y las temperaturas eran agradables. Se alimentaban sólo de frutos; no mataban animal alguno, ni conocían la guerra y las reyertas. Cuando estaban hartos de la vida, buscaban su liberación en las olas incansables del mar. Apolo era su dios supremo. El Radiante se había acercado hasta ellos en un cáliz de oro, «semejante a una estrella, cuyo resplandor llegaba hasta el cielo». Apolo quería a los hiperbóreos desde el día en que las olas del mar habían llevado hasta su costa hospitalaria aquel cofre donde su madre, Semele, lo expusiera. Desde entonces, año tras año, venía a ellos «transportado de ola en ola por el maravilloso lecho cóncavo que Hefaistos había labrado en oro precioso; lecho que le transportaba, adormecido, sobre la superficie de las aguas...»

En una cista mística [56], vasija donde se guardaban los objetos de culto de Apolo, y que se encontró hace doscientos años cerca de Palestina, en las montañas de Sabina, aparece grabada una escena que describe el combate de los Argonautas con Amikos, el rey de los bebrices. Nuevamente nos encontramos relacionados los Argonautas, Apolo, el Vellocino de Oro, el bebrice Amikos y su copa sagrada.

LA COPA DEL GWION

P i t á g o r a s ,
que leía signos en el cielo
y que innegablemente poseyó una ciencia tal
que desde los tiempos de Adán
nadie le iguala en conocimientos,
podría deciros la riqueza de las piedras.

Wolfram von Eschenbach

Los habitantes de Crotona, ciudad situada en la costa oriental del sur de Italia y fundada por los aqueos, donde Pitágoras vivió y enseñó, pretendían que este sabio era Apolo en persona, que había venido del país de los hiperbóreos para anunciar a los humanos una nueva doctrina de salvación. Se dice que murió martirizado. Otros vieron en él a un hijo de Apolo y de la virgen Pythais, cuyo esposo, el artesano Mnesarco, no sería sino el padre putativo de Pitágoras.

Pitágoras enseñaba que el alma era inmortal, que se hallaba desterrada en el cuerpo y que se veía obligada a transmigrar de cuerpo en cuerpo, aún a los de los animales, antes de alcanzar su definitiva redivinización. Cicerón cree saber de fuente segura que Pitágoras había tomado la doctrina de la inmortalidad del alma y de su transmigración de los druidas, los filósofos de la Galia.

El *druidismo* era más una doctrina filosófica que una religión, y comprehendía: la teología, la astronomía, las ciencias naturales, la medicina y el derecho. Lo que César llamaba la «disciplina» de los druidas no era sino una síntesis dogmática de estas ramas del saber, síntesis que ofrece sorprendentes afinidades con la filosofía pitagórica y con las filosofías de las teogonías hindúes y babilónicas.

Los druidas enseñaban que la tierra y todo cuanto alberga y comporta había sido creado por el dios de la muerte, Dispater[57]. El alma era de naturaleza divina; por ende, inmortal, teniendo que transmigrar de cuerpo en cuerpo hasta que, purificada por la materia, pueda entrar en el otro mundo, el del espíritu. Su supremo dios era Belenus o Belis,

como lo denominaba el historiador griego Herodianos. Dicho dios Belenus no era otro que Apolo-Belio, el dios de la luz.

Dispater era el nombre latinizado del príncipe de los Infiernos, Plutón, soberano de las almas pálidas de los que habían partido y guardián de los tesoros subterráneos.

Los druidas consideraban las riquezas de este mundo como bagatelas. Por orden suya fueron arrojados a un lago de los Pirineos el oro de Tolosa y el tesoro del templo de Delfos.

Sabemos que el camino de los puros lleva de Montségur al Tabor y de aquí a las cuevas de Ornolac. Entre Montségur y la cumbre del Tabor existe un lago de montaña de aguas oscuras y encajonado por rocas escarpadas. Los habitantes de la aldea de Montségur, cuyas casas se adosan como panales de miel a las paredes rocosas que dominan la garganta de Lasset, lo llaman *Lac es truites* (lago de truchas) o *Estang Mal* (estanque de los pecados).

«¡No tire usted piedras, pues es la cuna del trueno! Si arroja una piedra, se desencadenará una tormenta y un rayo le aniquilará. El Maligno tiene su morada en el lago. Esta es la causa de que no haya peces en él...»

«¿Y por qué le llamáis el lago de las truchas?», pregunté a mis amigos campesinos.

«Propiamente habría que llamarlo *Lac des Druides*. Puesto que fueron los druidas quienes arrojaron en él oro, plata y piedras preciosas. Ocurrió cuando aún no había nacido nuestro Señor y Salvador. Las gentes morían en masa víctimas de una enfermedad inexplicable. Una persona que por la mañana se encontraba perfectamente bien, podía a la tarde estar ya muerta.

Jamás hasta entonces una enfermedad tal había devastado estos montes. En aquellas circunstancias, los omniscientes druidas aconsejaron a cuantos se encontraban en tan apurada situación que echaran todo su oro y plata al lago, como tributo a los poderes subterráneos, poderes que eran señores de la enfermedad y de la muerte. En carros de ruedas de piedra llevaron hasta el lago las riquezas y las arrojaron en sus insondables aguas. A continuación los druidas

trazaron un círculo mágico alrededor del *estang*. Todos los peces que allí había murieron, y sus aguas, de verdes, se tornaron negras. A partir de aquel momento las gentes se vieron curadas de la terrible enfermedad. Todo el oro y toda la plata será de aquel que sea capaz de romper el círculo mágico. Pero tan pronto como uno toque el tesoro, morirá de la misma enfermedad que arrebató en otros tiempos a los hombres antes de que echaran al lago su oro.»

Ptolomeo [58] de Alejandría nos refiere que los bebrices pertenecían a los volcos tectosagos. Remontémonos unos siglos en la historia.

Bajo el reinado de Tarquino Prisco, en los albores del siglo VI antes de Cristo, la Céltica, como Aristóteles, Herodoto e Hiparco llamaban a la parte de la Galia comprendida entre el Garona, el Mediterráneo, los Alpes y el Océano, se hallaba habitada por los celtíberos, pueblo surgido de la mezcla de celtas inmigrados e iberos autóctonos. Una de estas tribus celtíberas era la de los volcos tectosagos, cuyo teritorio tenía por capital a Tolosa (Toulouse) y por ciudad marítima a Narbo (Narbonne). Hacia el año 163 después de la fundación de Roma, es decir, hacia el año 590 a. C., una parte de los volcos tectosagos emigró hacia la Selva Hercinia, que tenía una extensión de nueve días de ancha y más de sesenta de larga. Iba desde las estribaciones de los Alpes hasta los Sudetes y los Cárpatos y desde la Selva Negra y el Odenwald hasta Spessart y el Ródano. Esta rama de los volcos se asentó en la llanura del Danubio. Durante mucho tiempo permanecieron siendo bárbaros.

Sus hermanos, por el contrario, que, al sol de la fértil Céltica, se habían habituado a un modo de vida civilizado, se convirtieron cada vez más en semigriegos debido al trato constante que tenían con los colonos griegos que se habían establecido en las regiones de la costa. Los marselleses enseñaron a los volcos la agricultura, les mostraron cómo se fortificaban ciudades, cómo se plantaban viñas y olivos; en resumen, les pusieron en contacto con la civilización griega. Este influjo fue tal, que el griego llegó a ser en estas provincias celtibéricas la lengua oficial, conservándose hasta bien

entrado el siglo III después de Cristo. Los volcos adoptaron la vestimenta helena y entonaron peanes en honor de su Abelio.

Los barcos griegos trajeron a Occidente la noticia de los inmensos tesoros que había en el templo de Delfos. En su condición de semibárbaros decidieron robar el oro de Apolo para ofrendárselo a su Abelio.

El año 278 a. C. unos 200.000 guerreros de a pie y de a caballo partieron de la Céltica a las órdenes de su caudillo Brennus. Su irrupción en Grecia provocó el pánico. Los helenos dejaron avanzar a los bárbaros hasta el río Spechio, pero continuaron ocupando las Termópilas, puerta de acceso a su patria.

Los galos intentaron tender un puente sobre el río Spechio, pero tuvieron que desistir. Una noche, sin embargo, 10.000 volcos elegidos por Brennus pasaron el río a nado sobre sus escudos. Los griegos, que habían recibido la orden de defender el río Spechio, tuvieron que replegarse hasta las Termópilas, Termópilas que, limbadas por la aureola del patriotismo helénico, habían vivido dos grandes invasiones. La primera, cuando Leónidas y sus trescientos espartanos, en el año 480 a. C., perdieron sus vidas ante los persas. La segunda, ésta, cien años más tarde, cuando los bárbaros se les echaban encima.

Repetidas veces intentó Brennus abrirse paso por el desfiladero, pero nada pudo doblegar a la falange griega.

Los volcos descubrieron un sendero que, pasando por el monte Oeta, llevaba de Heraclea a las ruinas de la ciudad de Trachine; pero la resistencia heroica de un destacamento heleno rechazó a los galos.

Este revés no abatió el ánimo de Brennus. Dio orden a 40.000 hombres de infantería y a 800 de caballería de que arrasaran Etolia, con la esperanza de que los etolios que se hallaban defendiendo las Termópilas se apresurarían a ir en socorro de su patria amenazada. Brennus no se equivocó. Los etolios, ante las espantosas noticias que les llegaban del saqueo de su pueblo por los volcos, abandonaron sus posiciones.

De este modo consiguió Brennus abrirse paso por las Termópilas. Los griegos huyeron hacia el puerto de Lamia, donde se embarcaron en las naves de los atenienses. Sin titubear un momento, Brennus condujo su ejército contra el Parnaso.

En el momento en que los galos asaltaban la ciudad de Delfos, se desencadenó una espantosa tempestad. Como nos relatan Pausanias y Justino, la tierra empezó a temblar, gigantescos bloques de rocas se desprendieron de lo alto de los montes, aplastando a numerosos asaltantes. La noche siguiente empezó a temblar de nuevo el Parnaso; la temperatura se volvió heladora y cayeron granizo y nieve, pereciendo multitud de asaltantes.

Los habitantes de Delfos recobraron la confianza. Un oráculo les había anunciado que Apolo no les dejaría en la estacada, viendo su confirmación en la tormenta. Encorajinados, realizaron una audaz salida. A partir de este momento difieren los relatos de los historiadores. Según unos, los habitantes de Delfos infligieron una contundente derrota a los asaltantes, obligándoles a retirarse. Se dice que antes de proceder a la retirada los galos dieron muerte a todos aquellos de los suyos cuyas heridas o desfallecimiento la hacían imposible. El mismo Brennus, gravemente herido, no quiso que se hiciera una excepción con él y se quitó la vida.

Según otros relatos, los celtas se apoderaron de la ciudad y del templo de Delfos, robaron los tesoros y se los llevaron a Tolosa, donde todos cogieron una enfermedad contagiosa. Sus druidas discernieron por el vuelo de las aves que el pueblo sólo podría curarse si se arrojaba a un lago sagrado todo el oro y la plata robados.

Según el historiador romano Justino, este oro fue robado por el cónsul Cepio.

Era en el año 684 después de la fundación de Roma, unos 70 años antes de Cristo. Toulouse, aún capital de los volcos tectosagos, se había convertido desde hacía más de un siglo en el centro del comercio de Europa occidental, excitando más que nunca la envidia y apetencias de Roma. El pro-

cónsul Cepio logró por sorpresa apoderarse de la ciudad, entregándola al pillaje de sus tropas. Parece ser que fue entonces cuando se apoderaron de una parte de los tesoros de Delfos. Aunque existen multitud de presunciones para suponer que Cepio no penetró hasta el santuario nacional de los celtíberos, que se mantuvo hasta bien entrada la Edad Media en el macizo del pico de Saint Barthelemy. Los volcos tectosagos tenían la costumbre de consagrar a su dios Abelio todo el oro que extraían de las minas. Por aquella época había en Tolosa un famoso templo de Abelio-Apolo. Teniendo en cuenta que éste fue sometido al pillaje de las tropas romanas, es de suponer que únicamente cayó en manos de los saqueadores este oro. De todas formas, lo que es innegable es que el procónsul Cepio ordenó que se llevaran a Marsella, aliada de Roma, 150.000 talentos. Por el camino, los encargados de transportarlo fueron asaltados y el oro jamás llegó a Marsella. Cepio y sus presuntos cómplices fueron acusados por Roma. Estos últimos debieron de tener una muerte miserable, y el mismo Cepio debió de verse perseguido por el infortunio hasta el final de sus días. Esta mala suerte del ex procónsul se hizo proverbial en Roma. Se decía: *habet aurum tolosanum* (tiene el oro de Tolosa), queriendo designar con ello a la persona a quien todo le sale mal.

Los celtas no habían encontrado en sus iberos una especie de pueblo salvaje e incivilizado. Se hallaban emparentados con persas y medos, pueblos altamente evolucionados, y durante sus mil años de vida sedentaria habían civilizado por completo su nueva patria, en la que, al entrar por primera vez, encontraron restos de una antiquísima civilización.

Las pinturas prehistóricas que se ven en los muros de las cuevas del Sabarthès, sobre todo en la de Niaux, datan, según estimación de los expertos, de hace unos veinte mil años. Los hombres que han dibujado los grupos de cazadores errantes de mamuts y renos testimonian una fidelidad a la naturaleza que presupone una inteligencia muy desarrollada y un sentido de observación muy fino. Además, no hay que

perder de vista que, cuando se habla de la religión, del druidismo y de la filosofía de los celtas, nos encontramos con que estos tres elementos se hallaban íntimamente entrelazados con las concepciones religiosas, quizá similares, de los autóctonos. Esto aparece como cierto para la teogonía celtíbera, pues el dios Belis, latinizado en Belenus-Apolo, es el dios ibérico Ilhomer-Abellio. La teogonía céltica parece haber sido dualista; la celtíbera lo era.

Sólo bajo la dominación romana se hizo politeísta. No cabe duda de que pudo mantenerse durante siglos en su forma original en los valles salvajes e inaccesibles de los Pirineos y en lo alto de sus montañas. Los druidas celtíberos veían, ya lo hemos dicho, en Dispater-Plutón al Zeus Chthonios grecolatino: dios de la muerte, de la tormenta y del fuego y creador del mundo terrestre. Le hacen reinar en las profundidades de la tierra, con su martillo de trueno en la mano, o atravesar los aires en su carro tirado por carneros, sembrando la desolación y la muerte. Se asemeja a Wotan y a Thor, pero, a pesar de su nombre grecolatino y su afinidad con las divinidades nórdicas mencionadas, no es sino la variante celtíbera del Ahriman (devastador) de iraníes, medas y partos.

Según la doctrina del mazdeísmo iraní[59], dos son los principios que, desde la eternidad, luchan entre sí: el de la vida-fecundidad y el de la muerte-destrucción.

El primero tiene por símbolo el sol, la efusión de la luz espiritual, de la verdad y de la bondad, al que se veneraba en Ahura-Mazda *(Ormuzd)*, el dios omnisciente. El segundo, simbolizado por las tinieblas de la noche, contiene el error, la maldad y la mentira, y encontraba su encarnación en Ahriman, el devastador.

Ahura-Mazda ha creado el cielo y la tierra. Su creación, empero, ha quedado incompleta debido a la intervención de Ahriman. El ser humano tiene la obligación moral de luchar en pro del bien y en contra del mal, a favor de la verdad y en contra de la mentira. En la naturaleza, tiene que destruir todas las plantas y animales dañinos, sobre todo la serpiente,

el «enemigo de Dios», y potenciar el crecimiento y desarrollo de las criaturas útiles.

Las almas de los muertos se dirigen hacia el puente de Tchinvat. Los justos lo franquean y llegan al Garodemana, la Casa de los Cantares, donde Ahura-Mazda tiene su trono. Los pecadores pasan de largo ante él, permaneciendo en este mundo, el Drudjodemana o Casa de la Mentira, hasta el día en que viene el Salvador Saosyat, que muestra a todos los hombres el camino que lleva a Ahura-Mazda.

La lucha entre el dios y su adversario debe durar doce mil años, pero al fin Ahriman será vencido gracias a la intervención del Salvador Saosyat. Esto ocurrirá el día del Juicio Final. Ahriman caerá de rodillas ante Ormazd para entonar un himno eterno de alabanza al Dios supremo y verdadero.

El Salvador Saosyat nacerá de una virgen, resucitará a los muertos, separará a los buenos de los malos y los juzgará. Los pitagóricos le llamaban también Rhadamanthys, juez de los muertos.

El «Ultimo Juicio», por cierto, no entregará a los malos a la condenación eterna, sino que éstos, convertidos por la bondad y justicia de Ahura-Mazda, le reconocerán y adorarán como a su único dios. A partir del día del Juicio Final no habrá ya sino luz, amor y canto celestial.

La innegable belleza de la teogonía mazdeísta ha sido en verdad desfigurada por un cúmulo de prescripciones pedantes y estrafalarias. Esta es la razón de que Voltaire diga del *Zendavesta* (la «Sagrada Escritura» del mazdeísmo) que no se pueden leer dos páginas de esta mezcolanza, atribuida al horrible Zarathustra, sin experimentar compasión por la naturaleza humana. De todas formas, a Voltaire le gustaba exagerar.

No hace demasiado tiempo, se descubrió en el sur de Francia, en una cámara mortuoria, probablemente de origen ibérico, y que data del primer milenio antes de Cristo, una cabeza de Buda [60]. Con toda probabilidad perteneció a un «Abellio» ibero o celtíbero; Abellio que, invariablemente, era representado con las piernas cruzadas, al estilo de los budas.

Señalemos, al menos de pasada, que en todas las estatuas y altares de Abellio que se han encontrado en los Pirineos aparece la cruz swástica, símbolo religioso, como se sabe, de los budistas. Aún hoy día los montantes de las puertas de los viejos caseríos vascos llevan tales cruces gamadas, a fin de mantener alejado de la casa y de sus habitantes el influjo del «Maligno».

El hecho de que el Dispater-Ahriman celtíbero-iraní exista también en sánscrito bajo la denominación de *Dyaus pitar*, en griego bajo el nombre de *Zeus pater* y en latín con el de *Júpiter*, puede esclarecer la riqueza e intensidad de relaciones que ha habido entre el mundo mediterráneo ario y el ámbito oriental de la civilización hindú, su colindante. Todas las castas sacerdotales de los arios primitivos conocieron en sus comienzos, bajo la forma de misterio esotérico, el dualismo de celtíberos e iraníes.

Tendremos que tenerlo en cuenta cuando, como colofón de nuestras consideraciones, hablemos del maniqueísmo dualista y de su variante occidental, el catarismo. ¿Los cátaros no eran druidas convertidos al cristianismo por misioneros maniqueos?

Los *druidas* se ocupaban en especial de problemas teológicos, filosóficos, jurídicos y pedagógicos. El superior de cada casta local se llamaba «buen-padre». En los Pirineos, lo mismo que en Irlanda, el druidismo pudo conservarse aún durante mucho tiempo frente al avance del cristianismo. No resultaba fácil penetrar en regiones de poco tráfico y, además, los indígenas, bajo el influjo de sus sacerdotes, se aferraban a sus tradiciones.

Los *vates* eran los astrólogos, videntes y médicos. Para aquellos tiempos debieron tener profundos conocimientos de astrología. De sus artes curativas se contaban asimismo maravillas.

Los *bardos*, finalmente, eran los poetas y cantores. Se les llamaba también *privairds* (en provenzal, *trobère*; en castellano, trovador, inventor). En los oficios religiosos y en los festines palaciegos acompañaban con la *chrotta*, especie de arpa, los cantos en honor de los dioses y de los héroes.

En las teorías druídicas sobre la salvación encontraban copioso material para sus epopeyas mitológicas.

Los druidas no eran únicamente los guardianes de los misterios dualistas, misterios que sólo podemos adivinar, pues se transmitían oralmente de maestro a alumno, sino que, junto a la oligarquía de príncipes y nobles, constituían una jerarquía cerrada que incluía asimismo a vates y bardos [61].

Tres son los significados que se dan a la palabra «druida». El primero, «pensador vidente», *tro-hid*. El segundo, «sabio» o mago. El tercero, que es el más conocido y probablemente el correcto, proviene del griego *drys* o del galo *drou*, que significan «encina».

Desde el Septentrión hasta el Indo, la encina era el árbol sagrado, estrechamente vinculado a todos los mitos y cultos próximos a la naturaleza. La encina era objeto de veneración especial en Dodona, en el norte de Grecia. Del susurro de sus hojas y del murmullo de la fuente santa que brotaba a sus pies se colegía la voluntad de Dios.

Cuando los Argonautas partieron en busca del Vellocino de Oro (que encontraron pendiente de una encina), colocaron en la proa de su nave un trozo de madera del árbol sagrado de Dodona.

Se ha hablado con demasiada frecuencia de la encina druídica y del níspero que allí crecía, cuyos frutos eran recogidos por los druidas realizando diferentes ceremonias, como para que tengamos que ocuparnos nuevamente de ello.

COMO VINO AL MUNDO EL BARDO TALIESIN...

Un día que el enano Gwion hacía guardia ante la copa sagrada que contenía la preciosa «agua de la regeneración», tres gotas, rusientes como el fuego, cayeron sobre su mano. Nada más llevarse ésta a la boca, se le descorrió el velo de los misterios y el futuro del mundo. La diosa guardiana del

agua intentó por ello quitarle la vida. Pero el enano, gracias a la virtud mágica del agua, consiguió metamorfosearse en liebre, en pez y finalmente en ave. Para poder perseguirlo, la diosa tuvo que ir tomando la forma de galgo, de nutria y de gavilán. Finalmente, Gwion se transformó en un grano de trigo y se ocultó en un gran montón. Entonces la diosa se convirtió en una gallina negra; con sus penetrantes ojos pudo descubrirlo, y se lo tragó. El la fecundó, y a los nueve meses dio a luz al bardo Taliesin... [62].

LA LEYENDA DEL BARDO CERVORIX

En un bosque consagrado a Belenus, sentado en una roca solitaria al borde del Saona, el bardo Cervorix enseñaba a sus discípulos. Acompañado de una lira de marfil con cuerdas de oro, regalo de las nueve druidesas de la isla del Sena [63], les cantaba las maravillas del Universo y el curso, eterno y rítmico, de las estrellas. De repente el horizonte se oscureció, negras nubes se acercaron, el huracán azotó los árboles y las aves nocturnas empezaron a sobrevolar la cabeza del bardo. Se desencadenó una tormenta, y los lobos aullaban en los montes. Entonces Cervorix levantó su voz clamando:

«El hombre es materia. Su envoltura corporal impide la salida de su alma y reprime sus auténticos deseos de dejar la tierra para pasar a un mundo más feliz. ¿Qué es la vida? ¡Nada! Hijos de Céltica, vivid en paz, pensad en la eternidad y decid a todos que habéis visto y conocido al bardo Cervorix.»

Cuando así hubo hablado, rompió su lira y, desde el lugar donde se hallaba, se precipitó a las olas.

Desde entonces la roca lleva su nombre.

Al día siguiente los druidas y las druidesas hacinaron leña, colocaron su cadáver encima y lo cubrieron de flores y de aromas. Hacia medianoche, cuando las siete estrellas de

la Osa Mayor rielaban en el agua de los siete agujeros del altar de los druidas, prendieron fuego a la hoguera. Dos druidas, una druidesa, una virgen y un bardo daban vueltas alrededor del fuego. Uno de los druidas arrojó a las llamas una copa de ámbar, el otro una lira de marfil, la druidesa su velo, la virgen un mechón de su rubia cabellera y el bardo su capa, blanca como los lirios.

Sus cenizas fueron recogidas y depositadas en una urna de cristal, en la que los druidas grabaron esta inscripción:

«¡Hombre mortal! No olvides de dónde vienes y a dónde vas. Mira este polvo. El fue lo que tú eres; tú serás lo que él es.»

Una vez al año, Apolo va al país de los hiperbóreos. Una vez al año, se acerca «a los hombres que más le aman», como dice Hölderlin.

En un cáliz tirado por cisnes, que Hefaistos había labrado en oro precioso, adormecido bajo el árbol del mundo, cuyas ramas se extienden sobre el universo, y en cuyo follaje rutilan, como frutas de oro, el sol, la luna y las estrellas, atraviesa el mar. Era también en el país de los hiperbóreos donde se suponía estaba el Jardín de las Hespérides, la mansión de los bienaventurados, desde donde Dios, siempre en su cáliz sagrado, símbolo del eterno re-nacimiento, parte para Oriente al alborear el día.

Se decía que Pitágoras había sido Apolo hecho carne y que había venido del país de los hiperbóreos para pregonar a los humanos una nueva doctrina de salvación. Como hemos visto, hubo autores en la antigüedad que sostuvieron que los pitagóricos no fueron sino druidas griegos. ¿Habrían sido druidas celtíberos los hiperbóreos? [64].

Podemos contestar afirmativamente a esta pregunta. Es en el país de los hiperbóreos donde hay que buscar el Jardín de las Hespérides. Los antiguos llamaban a la península ibérica Hesperia... Apolo era el dios supremo de druidas e hiperbóreos. Ambos pueblos vivían en los bosques de una tierra llena de sol y con temperaturas agradables. Los hiperbóreos se alimentaban exclusivamente de frutos y no sacrificaban

animal alguno. Los druidas creían que las almas de los hombres se hallaban encerradas en los cuerpos de las bestias, y por eso se abstenían de comer sus carnes. Sabemos igualmente que estaban exentos del servicio de las armas y que, por consiguiente, jamás tomaban parte ni en guerras ni en peleas. Los hiperbóreos buscaban la liberación de la vida terrena arrojándose voluntariamente a las olas. Respecto a los bardos, conocemos ya cómo Cervorix encontró la muerte...

LOS «PUROS» Y SU DOCTRINA[65]

Astiroth y Belcimon,
Belet y Radamante
y otros, cuyos nombres encontré,
nobles criaturas del Cielo,
por la envidia y por la cólera
fueron precipitados en los Infiernos.

Wolfram von Eschenbach

Jesús de Nazaret no quería fundar una nueva religión, sino tan sólo dar cumplimiento a las esperanzas mesiánicas del pueblo de Israel. Lo que Jesús mismo esperaba, con lo que contaba y lo que creía que iba a realizarse en breve, era la intervención de Dios en la historia del mundo, la erección de un «Nuevo Israel» sobre las ruinas del antiguo.

A estos doce envió Jesús, después de haberles dado estas instrucciones: No toméis el camino de los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos. Dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Mateo X, 6; XV, 24

Jesús en modo alguno fue el fundador de la religión cristiana. Esta apenas tiene puntos comunes con las esperanzas

mesiánicas de las que él fue mártir. Sólo después de la muerte de Jesús y de su inhumación pudo nacer la Iglesia cristiana. Hasta la crucifixión, Jesús y sus discípulos coincidieron con las esperanzas mesiánicas de los judíos; la condena y ejecución del Mesías no fueron sino un error de los judíos. La religión cristiana sólo se instituyó después de Cristo y basó su existencia como religión universal en una concepción de Este como Salvador del género humano, concepción que jamás fue la del Galileo cuando recorría Palestina predicando. La religión cristiana encontró en sí misma un medio que permitía a sus creyentes participar en la salvación. Tal como estaba concebido el Evangelio en sus orígenes, debería venirse abajo por sí mismo, y el final ignominioso del Nazareno en la cruz tendría que conllevar el fin de su doctrina. Pero como Jesús anunció que iba a transcurrir un breve lapso entre su muerte y su retorno, sus discípulos, entusiasmados por el Reino de Dios que venía a la tierra, pudieron predicar la resurrección de Jesús, que se hallaba ya sentado a la diestra de Dios, y pronto ganar nuevos adeptos. Desde siempre la fe intensa halló oídos atentos en el pueblo fácilmente sugestionable. Aún así la doctrina de Jesús era una herejía judía, cuyos adeptos acudían al Templo todos los días, pero partían el pan en sus casas.

Pablo, apóstol del profeta de Galilea, que anunciaba la venida del Reino de Dios, del profeta que quería ser el rey justo de Israel y que era ya soberano del reino de los cielos, este Pablo fue el primero en hablarnos de Jesús como juez equitativo de gentiles y judíos, a los que premiará o castigará según sus obras:

«Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Ya no hay griegos ni judíos. ¿O es que Dios es sólo Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles?»

Esta concepción implica la negación del judaísmo y está en desacuerdo con los evangelios. Las esperanzas judías de un Mesías terrenal han quedado postergadas. El Cristo judío está muerto. Quienes creen en el Cristo verdadero, en el Cristo del espíritu, cuyo reino no es de este mundo, pertenecen a otro mundo. Pablo hace una clara distinción entre este

mundo y el otro, entre el cuerpo y el espíritu, entre el primer hombre, Adán, y el otro hombre, que es el Señor del Cielo. Ambos hombres han coexistido desde el principio. Por el primero, Adán, vino al mundo el pecado, y con el pecado, la muerte. La ley judía nada había podido cambiar de esta situación. Unicamente la muerte del otro hombre, el Salvador, había traído a los humanos la salvación y la liberación.

Cuando Lucas[65] escribe en los *Hechos de los Apóstoles:* «El primer día de la semana, hallándonos reunidos para partir el pan...», el sábado no es ya el día consagrado a Dios, sino el día siguiente, el primer día de la semana. Siguiendo la analogía de las religiones solares del Oriente, del «día del Sol» se ha hecho el «día del Señor». Del Mesías judío se ha hecho una divinidad solar. En el «día del Sol» pagano se encontró la tumba vacía. En tanto que divinidad solar, Jesucristo tenía que resucitar también al salir el sol: «Y fueron a la tumba el primer día de la semana, muy de madrugada, al salir el sol.»

¿A qué se asemeja en el Apocalipsis la Palabra de Dios, cuyo nombre él solo conoce, y que cabalga sobre un blanco corcel, cuyos ojos son como llamas, de cuya boca emerge una espada afilada, que lleva una corona sobre su cabeza y un manto sanguinolento? Existe una representación de Mitra que coincide hasta en sus más mínimos detalles con la visión que Juan describió en Patmos. En el manto de Dios está su nombre y en sus flancos se halla escrito: «Rey de Reyes y Señor de los Señores».

Cristo, el Dios solar, que descendió a este mundo para dejarse crucificar por y para la Humanidad, había venido —según Pablo— para los judíos y para los gentiles, tanto, por ende, para los indoeuropeos como para los semitas...

«Las primeras intuiciones religiosas de la raza indoeuropea fueron esencialmente naturalistas. Pero era un naturalismo profundo y moral, un abrazo amoroso del hombre con la naturaleza, una poesía deliciosa llena del sentimiento de lo Infinito, del inicio, en fin, de todo cuanto el genio germánico y celta, de lo que un Shakespeare, de lo que un

Goethe, debían expresar más tarde. No era ni religión ni moral reflexionada, sino melancolía, ternura, imaginación; era, por encima de todo, algo serio, como condición esencial de la moral y de la religión. La fe de la humanidad, sin embargo, no podía proceder de ahí, pues sus viejos cultos encontraban graves dificultades para desprenderse del politeísmo y no abocaban a un símbolo bien claro... La gloria de haber creado la religión de la Humanidad corresponde a la raza semita» (Ernest Renan)[67].

¿No incumbe también a esta religión de la Humanidad, creada por la raza semita y dogmatizada por Roma, el honor de «tener que sufrir persecución por causa de la Justicia»?

Tenderemos un tupido velo sobre los cuatro primeros siglos de nuestra era, durante los cuales los cristianos enviaron al martirio a más correligionarios que lo que hicieron los paganos. Las primeras persecuciones cristianas de herejes no fueron a la zaga en crueldad y acristianismo de las de los cristianos por parte de los paganos. Con la agravante de que fueron realizadas en nombre de Aquel que había dicho que en la Casa del Padre había muchas moradas, que no se podía matar y que debía amarse al prójimo como a sí mismo.

Hacia el año 400, las llanuras provenzales estaban ya cristianizadas. Por doquier se levantaron conventos y basílicas sobre las ruinas de templos paganos, utilizando sus piedras y columnas. En ellos se depositaron las reliquias de los mártires de la nueva doctrina y, haciéndoles santos, se los acercó a los *paganos*, habituados a sus dioses y semidioses. Sólo los druidas en los Pirineos continuaron con sus sacrificios a Abelio, su dios de la luz, que nada tenía que ver con persecuciones ni crueldades. Esta divinidad ni había creado el mundo ni los humanos que lo habitan. El cristianismo, tal como lo predicaban los cristólogos judeo-romanos, no podía encontrar acogida alguna en estos espiritualistas. La Iglesia, que no convertía a los paganos, sino que los exterminaba, y que iba haciéndose cada vez más materialista y opulenta, repudió a estos ascetas.

Un Cristo surgido de la Casa del rey David, de un David asesino y adúltero, les parecía una contradicción. El Cristo que había muerto en la cruz no podía ser para ellos la divinidad de la luz. Un dios no puede morir, decían, ni puede querer que se mate en su nombre a quienes piensan de modo diferente. Los druidas, perseguidos y maldecidos, se pasaban las noches en las cimas más inaccesibles de los montes y en la oscuridad más profunda de cuevas, «alabando al Padre universal, según la santa y vieja costumbre».

Un hombre del pueblo:

¿Cómo podéis actuar de modo tan temerario?
¿Es que queréis ir a la muerte?
¿No conocéis las leyes
de nuestros crueles vencedores?
Todo en derredor están tendidas sus redes
sobre los paganos, sobre los pecadores.
Matan en el paredón
a nuestras mujeres e hijos
y todos nosotros
nos acercamos a una catástrofe segura.

Un druida:

¡Nos vemos obligados
a cantarte por las noches,
y en secreto, Padre universal!
Pero es de día
en cuanto se te quiere
traer un corazón puro.
Hoy en día y aun durante cierto tiempo
eres capaz de consentir
lo mucho que hace el enemigo.
Como la llama se desprende del humo,
¡purifica así nuestra fe!
Aunque nos arrebaten nuestros viejos ritos,
¿quién se atreverá a quitarnos tu luz?

Goethe, *Primera noche de Walpurgis*

Y vinieron cristianos a los Pirineos. Cristianos perseguidos por sus hermanos que habían sido declarados herejes

en los concilios de Zaragoza (381) y Burdeos (284), y cuyo maestro, Prisciliano, con seis de sus adeptos de mayor renombre, fue torturado y ejecutado en Tréveris en el año 385 por el emperador romano Máximo, convertido al cristianismo, y por el obispo Itacio. Los priscilianistas —así se denominaba a los miembros de esta secta gnóstica-maniquea— fueron recibidos de forma hospitalaria por los druidas, asignándoseles como nueva patria el bosque de Sarralunga, entre el Sabarthès y el Olmès, en el macizo del pico de Saint-Barthelemy. Los priscilianistas consiguieron convertir al cristianismo a los druidas.

De los druidas y vates surgieron cátaros. De los bardos, trovadores...

Para poder determinar con claridad la doctrina filosófica y religiosa de los cátaros occitanos tendríamos que consultar su literatura, que, dicho sea de paso, fue muy rica, pero la Inquisición la destruyó, por considerarla «fuente contaminada de una horrenda herejía». Ni un solo libro cátaro ha llegado hasta nosotros. Unicamente nos han quedado las anotaciones de la Inquisición, anotaciones que podemos completar [68] mediante la utilización de doctrinas afines, como la Gnosis, el Maniqueísmo y el Priscilianismo [69*].

Los cátaros occitanos enseñaban: Dios es Espíritu. Desde toda la eternidad es el Amor absoluto, perfecto en sí mismo, inmutable, eterno y justo. Nada malo ni transitorio puede existir en él ni provenir de él. Por consiguiente, sus obras sólo pueden ser perfectas, inmutables, eternas, justas y buenas, tan puras, por ende, como la fuente de la que manan.

Ahora bien, si se contempla este mundo son evidentes su imperfección, su caducidad y su mutabilidad. La materia de la que está hecho es perecedera y la causa de innúmeros males y sufrimientos. La materia contiene en sí el principio de la muerte, muerte de la que nadie puede escapar.

De la antinomia entre materia imperfecta y Dios perfecto, entre un mundo lleno de miseria y un Dios que es el amor mismo, entre criaturas que sólo han nacido para morir y un

Dios que es vida eterna, sacaron la conclusión de que existe incompatibilidad entre lo que es perfecto y lo que no lo es. Lo imperfecto no puede provenir de lo perfecto. ¿No establece la filosofía el principio de que tiene que existir una analogía entre causa y efecto? Si la causa es inmutable, tienen que serlo también los efectos. Por consiguiente, el mundo terrestre y las criaturas terrenales no han podido ser creados por un ser de naturaleza contradictoria.

Si la creación procede de un Dios bueno, ¿por que no la ha hecho perfecta como él mismo? Y si ha querido crearla perfecta y no ha podido, resulta que ni es todopoderoso ni él mismo perfecto. Si ha podido crearla perfecta y no ha querido hacerlo, repugnaría con el amor perfecto. Por consiguiente, Dios no ha creado el mundo terrestre [70].

¿Puede llamarse Dios a un enfermo
que construye un mundo en ardor febril
para aniquilarlo, al poco, en sus escalofríos?
¿El destino del mundo no es otro que su helarse y abrasarse?

¿No es, tan sólo, un hijo de los dioses,
al que le ha caído en suerte
este mundo cual juguete de colores,
que tan pronto le divierte como lo maltrata,
sin otro poder que balbucear sus deseos?

Lenau, *Los Albigenses*

Muchas son las cosas que acontecen en este mundo que apenas tienen algo que ver con la Providencia divina y con la voluntad de Dios, pues, ¿cómo podríamos creer que Dios consiente tanto desorden y confusión? ¿Y cómo creer que todas las criaturas, cuya única finalidad es molestar y torturar a los humanos, provienen de un creador que es todo bondad para los hombres? ¿Cómo atribuir a semejante Dios las inundaciones que arrasan los campos y originan la muerte de personas, o el fuego que destruye las cabañas de los pobres, y del que se sirven nuestros enemigos para exterminarnos, a nosotros, que sólo queremos y buscamos la verdad? Tales eran los pensamientos de los cátaros albigenses.

¿Y cómo un Dios perfecto habría dado al hombre un cuerpo que tiene por único destino la muerte, después de haber sido torturado por todo tipo de males?

Los cátaros veían en la creación visible demasiadas intenciones como para no atribuirla a una causa inteligente. Del principio de analogía entre causa y efecto dedujeron que los efectos malos provienen de causas malas, y que el mundo, que no puede haber sido creado por un Dios bueno, tiene que tener por creador un principio malo. Este sistema dualista, que ya hemos encontrado en el mazdeísmo, en el druidismo y en la filosofía pitagórica, se basa en la antinomia fundamental entre el Bien y el Mal.

Los cátaros, echando mano del Nuevo Testamento, creían poder refutar la opinión de los maestros de la Iglesia, según la cual el Mal es, sin duda, la antítesis del Bien, pero al no ser sino la negación o ausencia del Bien, no por ello tiene que ser atribuido a un principio especial.

Cuando el Tentador dice a Cristo: «Todo esto te daré si te prosternas y me adoras» [71], ¿cómo hubiera podido ofrecérselo si no le hubiera pertenecido? ¿Y cómo podría pertenecerle si no fuera su creador? Cuando Cristo habla de las plantas que su Padre celestial no ha plantado, ello prueba que han sido plantadas por otro. Cuando Juan, el evangelista, habla de los «hijos de Dios [72] que no han nacido de la carne ni de la voluntad de la sangre», ¿de quién son los hombres nacidos de la carne y de la sangre? ¿De quién son hijos sino de otro creador, sino del Diablo, que, según palabras del propio Cristo, es «su padre»?

> *Vuestro padre es el diablo. Este fue homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; es mentiroso y padre de la mentira. El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.*
>
> Juan VIII, 44, 47

Todos los pasajes del Nuevo Testamento donde se habla del demonio, de la lucha entre la carne y el espíritu, del

hombre viejo, del que hay que despojarse, del mundo sumido en el pecado y en las tinieblas, les eran demostración suficiente de la antítesis que existía entre Dios, cuyo reino no es de este mundo, y el príncipe de este mundo.

El Reino de Dios es el mundo invisible, absolutamente bueno y perfecto, el mundo de la luz y de los Eones: la ciudad eterna.

Dios es el «Creador» de todas las cosas, pues crear significa producir algo que antes no existía. Ha creado igualmente la materia, anteriormente inexistente. La creó de la nada, pero sólo como principio. Quien «dio forma» a la materia fue *Lucifer*, criatura él mismo de Dios; él era este principio.

> *¿Quién es la causa del mundo? ¿Puedes resolver esta cuestión?*
> *Los espíritus son de Dios; los cuerpos son del Maligno.*
>
> Lenau, *Los Albigenses*

Creían que todo lo visible, material y perecedero había sido creado por Lucifer, al que también llamaban Luzbel. No sólo son suyas todas las cosas terrestres, sino que también las gobierna e intenta conservarlas bajo su dominio.

Pero el Antiguo Testamento nos dice que *Jehová* es el creador del cielo, de la tierra y de todo cuanto hay en ella. Es cierto, señalaban los cátaros: él ha «creado» incluso al ser humano, hombre y mujer.

Se lee en el Nuevo Testamento que «no hay aquí ni hombre ni mujer, pues todos son uno en Cristo Jesús» [73], y que «Dios quiere reconciliar todo a través de El, así en la tierra como en el cielo». Jehová, en cambio, dijo: «Pondré enemistad entre ti y la mujer». ¿Cómo se compagina esto? Jehová maldice, Dios bendice. Todos los «hijos de Dios» del Antiguo Testamento pecaron, y en el Nuevo se dice que «quien ha nacido de Dios, no comete pecados». ¿No se contradicen?

Los cátaros se remitían expresamente a los pasajes del Antiguo Testamento en los que se habla de la venganza y cólera de Jehová. Estabas convencidos de que el Jehová que había enviado el diluvio, que había destruido Sodoma y Gomorra y que tantas veces había repetido que quería aniquilar

a sus enemigos y hacer recaer los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera o cuarta generaciones, no era Dios; no era, por consiguiente, el Amor absoluto y eterno.

Jehová prohibió a Adán comer del árbol de la ciencia. O sabía que el ser humano iba a comer de aquel fruto o no lo sabía. Si lo sabía, no hizo sino inducirle a la tentación para llevarlo al pecado y provocar así su perdición.

Los herejes albigenses invocaban, sobre todo, el capítulo séptimo de la Epístola a los Romanos, donde Pablo califica la ley mosaica como «ley de muerte y de pecado». Lot cometió incesto con sus hijas, Abraham mintió y cometió adulterio con su sirvienta, David fue asesino y adúltero, y los demás de quienes habla el Antiguo Testamento no fueron mejores, afirmaban los cátaros. La ley que Jehová anunció a los judíos por medio de Moisés era de inspiración satánica, y si contenía ciertas cosas buenas como, por ejemplo, el séptimo mandamiento, era para ganar para el mal a ciertas almas de temple recio.

Un Dios que se ha revelado a un hombre, a Moisés, en una zarza ardiendo, no puede ser «Dios», pues Dios es espíritu y no se revela a los hombres materiales en la materia. Jehová no es Dios. Es el Anticristo; es Lucifer.

Cuando Lucifer desapareció en el Infierno
con sus ejércitos, nació el ser humano.

Wolfram von Eschenbach [74]

Los cátaros representaban la caída de Lucifer, el origen de la tierra y el nacimiento del hombre bajo la siguiente forma mitológica:

Siete cielos, a cual más puro y brillante, constituían el Reino de Dios y de los Espíritus celestes. Cada uno de estos cielos tenía sus ángeles superiores especiales, cuyos himnos de alabanza subían incesantes hasta el trono de Dios, en el séptimo cielo. Por debajo de las regiones celestes existían los otros cuatro elementos, inmóviles e informes, pero separados los unos de los otros. Debajo del cielo: el aire, con las nubes; más abajo: el océano, con sus infinitas olas ro-

dantes; más abajo aún: la tierra, y en el interior de la tierra: el fuego. Aire, agua, tierra y fuego: los cuatro elementos, presididos cada uno por un ángel.

Sobre los ejércitos celestiales se hallaba Lucifer, ya que Dios le había encomendado la administración de los cielos. Con su vuelo altanero, recorría todas las regiones del infinito mundo celeste, desde el abismo más profundo hasta el trono del invisible Eterno. Su situación privilegiada despertó en él pensamientos de rebeldía; quiso ser como su Creador y Señor. Sedujo primero a los cuatro ángeles de los elementos y luego a un tercio del ejército celestial. Entonces Dios lo expulsó del Reino de los Cielos. La luz, que hasta entonces había sido suave y pura, le fue arrebatada y reemplazada por otra rojiza, semejante a la del hierro incandescente. Los ángeles seducidos por Lucifer fueron despojados de su vestimenta y coronas y arrojados de sus cielos. Lucifer huyó con ellos a los últimos confines del firmamento. Atormentado por los remordimientos de conciencia, dijo a Dios: «Ten paciencia conmigo. Te lo devolveré todo.»

Y Dios, teniendo compasión de su hijo predilecto, le permitió durante siete días —que quiere decir siete siglos— hacer todo cuanto le pareciera que estaba bien. Entonces Lucifer fijó su residencia en el firmamento y ordenó a los demás ángeles que le habían seguido que configurasen la tierra. Cogió su corona, rota desde su expulsión del Reino de los Cielos, y con una mitad formó el sol y con la otra la luna. Convirtió sus piedras preciosas en estrellas. Del fango primitivo hizo las criaturas terrestres: animales y plantas [75].

El ángel supremo del tercer cielo y el del segundo sintieron deseos de compartir el poder de Lucifer y rogaron a Dios les permitiera descender a la tierra, prometiéndole retornar en seguida. Dios leyó sus pensamientos, pero no se negó a su súplica. Quería castigarlos por su mentira, pero les aconsejó que no se durmieran por el trayecto, pues si no olvidarían el camino de retorno al cielo. Si llegaban a dormirse, no volvería a llamarlos hasta pasados siete mil años. Los dos ángeles emprendieron su vuelo. Pero Lucifer los sumió en un profundo sueño y los encerró en cuerpos que

había formado del lodo original. Cuando ambos ángeles se despertaron, eran seres humanos: Adán y Eva.

Para hacerles olvidar el cielo, Lucifer creó el paraíso terrenal; pero decidió engañarles con una nueva estratagema: quería que ambos pecasen a fin de convertirlos para siempre en sus esclavos. Al introducirlos en el paraíso, les prohibió —para dar mayor pábulo a su curiosidad— que comieran del árbol de la ciencia. Se transformó en serpiente y empezó a seducir a Eva, quien, a su vez, indujo a Adán al pecado.

Lucifer sabía muy bien que también Dios había prohibido a la primera pareja comer del funesto fruto, pues ¿cómo podría desear Dios una multiplicación de la naturaleza de Lucifer? Hizo como si la prohibición de comer del fruto proviniera de él mismo. Actuó de esta manera para poder triunfar con mayor seguridad.

La manzana del árbol de la ciencia era para los cátaros el símbolo del pecado original: la unión sexual del hombre y la mujer. Adán y Eva, con el pecado carnal, cometieron también el de desobediencia. El pecado de la carne, sin embargo, fue y continúa siendo el más grave, pues lo cometieron con pleno consentimiento, y representaba un rebelarse consciente del alma contra Dios.

Para que el género humano pudiera multiplicarse, Lucifer necesitaba nuevas almas. En los nuevos cuerpos engendrados por Adán y Eva encerró a todos los ángeles que con él habían abandonado las regiones celestiales.

¡Y entonces, con el fratricidio de Caín, entró la muerte en el mundo!

Pasado algún tiempo, Dios tuvo compasión de los ángeles caídos; de aquellos ángeles que habían sido expulsados del cielo y que se habían convertido en hombres. Decidió revelarse a ellos e hizo descender a la tierra a su criatura más perfecta, a su ángel supremo, a Cristo, que tomó un cuerpo de apariencia humana. Cristo vino al mundo para indicarles cómo podían retornar al cielo, al reino eterno de la luz [76].

Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.

Juan XII, 36, 46

Cristo no se hizo hombre, no se hizo criatura de Lucifer, sino tan sólo semejante a un hombre. Unicamente daba la impresión de que comía, bebía, enseñaba, padecía y moría. Sólo mostró a los humanos una especie de sombra de su verdadero cuerpo. Esta es la razón de por qué podía caminar sobre las aguas y transfigurarse en el Tabor, donde reveló a sus discípulos la verdadera sustancia de su «cuerpo». A partir de la caída de Lucifer, Jesucristo fue el mayor de los ángeles, y sólo por eso se llama Hijo de Dios. Cuando Jesús dijo que no era de este mundo, sino de arriba, los cátaros aplicaban este pasaje del Nuevo Testamento no sólo a la naturaleza espiritual del Salvador, sino también a su cuerpo. Con este cuerpo etéreo entró el Eón Cristo en el cuerpo de María, y lo hizo, como Palabra de Dios, por el oído. Lo abandonó tan puro como había entrado en ella, sin haber tomado nada de su materia. Por eso nunca la llamó madre, y ésa es la razón de que le dijera: «Mujer, ¿qué tengo que ver contigo?»

Los cátaros no reconocieron la realidad de los milagros de Jesús. ¿Cómo hubiera podido curar los males físicos El, que consideraba el cuerpo como un obstáculo para la redención del alma? Cuando curaba a ciegos, curaba a hombres que estaban ciegos ante el pecado y les hacía ver la verdad. El pan que hizo repartir a los cinco mil era su Palabra que daba la verdadera vida, el pan del alma. La tempestad que calmó es la tempestad de las pasiones que desencadena Lucifer. A este respecto pueden aplicarse las palabras de Cristo: la letra mata, pero el espíritu vivifica.

Porque el cuerpo de Cristo no era de naturaleza terrenal; su crucifixión no fue sino aparente, siendo ésta la única razón que hizo posible su ascensión a los cielos. Una Ascensión a los cielos con un cuerpo de carne y hueso parecía a los cátaros absurda. Un cuerpo humano no puede ir al cielo, un Eón no puede morir.

Os he dado ejemplo, para que también
vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.

Juan XIII, 15

Para los herejes occitanos, la pasión de Cristo no representaba sino el mito grandioso del «sacrificio de amor» que diviniza.

El Cristo total no ha aparecido sobre la tierra,
su imagen humana y divina tiene que ser aún completada.
Llegará el día en que se consume la salvación del mundo,
la redención, cuando Dios y hombre se penetren, de forma viva,
en el Espíritu.
También, la imagen de Jesús, reflejo de los sentidos,
se agitará y desvanecerá en la intensa corriente del tiempo,
cuando desaparezca asimismo todo testimonio de Jesús,
el Dios-Hombre será el núcleo, el corazón luminoso de todos
los mundos.

Lenau, *Los Albigenses*

El catarismo occitano quiso ser a la vez una filosofía, una religión, una metafísica y un culto. Como filosofía era el resultado de una especulación sobre las relaciones entre Dios y el mundo, entre el bien y el mal. De este sistema filosófico hicieron los trovadores cátaros una verdadera mitología. Según el dualismo de los albigenses, la antinomia entre el bien y el mal no era eterna. Habrá un Ultimo Día en el que se consumará la victoria de Dios sobre Lucifer, del espíritu sobre la materia. Entonces Luzbel, cual hijo pródigo arrepentido, retornará a su Creador y Señor. Todas las almas de los humanos se reconvertirán en ángeles. La situación quedará restablecida tal como se hallaba antes de la caída de los mismos. La bienaventuranza será eterna, como lo es el Reino de Dios. Como todas las almas habrán reencontrado a Dios, no existirá condenación eterna, condenación eterna que implicaría una contradicción con el amor absoluto de Dios [78].

Como podemos apreciar, el dualismo cátaro se encontraba vinculado a los misterios metafísicos y religiosos del

pitagorismo, del orfismo y del mazdeísmo. A pesar de todo, los herejes occitanos no cesaban de insistir en que eran cristianos. Y lo eran, pues seguían el mandamiento supremo de Cristo:

Lo que os mando es que os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.

Juan XV, 17; XIII, 35

El abismo que mediaba entre el catarismo y el cristianismo de Roma, de Wittenberg y de Ginebra era en verdad muy considerable, ya que, sin ser expresamente diteísta, tampoco era monoteísta. Como ya hemos visto, rechazaba el Antiguo Testamento, y respecto a Jesucristo decía que no era el Jesús judío de Nazaret y Belén, sino el héroe de una mitología transfigurado por una aureola divina.

La moral cátara, por pura y rigurosa que fuese, tampoco era la del cristianismo, ya que éste en modo alguno exige la mortificación de todo lo corporal, ni el menosprecio de la creación terrestre, ni la disolución de todos los vínculos terrenales. Los cátaros, a fuerza de imaginación y voluntad, querían conseguir en la tierra una perfección general y, por miedo a perderse en el materialismo de la Iglesia Católica, espiritualizaban todo: la religión, el culto y la vida.

Resuta más que sorprendente que esta doctrina, la más tolerante e intolerante a la vez de entre las cristianas, se expandiera con un vigor casi sin precedentes en la historia. La razón fundamental fue, sin duda, la vida ejemplarmente pura y piadosa de los cátaros, vivo contraste con el género de vida del clero ortodoxo. La causa preponderante de la propagación del catarismo en el sur de Francia estriba en que el catarismo occitano era autóctono y en que los occitanos se sentían más cerca de los mitos y alegorías de los puros que de los sermones de los clérigos ortodoxos, muchas veces incultos y muchas más veces indignos [79].

No olvidemos tampoco que el dualismo cátaro deparaba un beneficioso contraste en relación con el miedo al demo-

nio, tan extendido en la Iglesia Católica de la Edad Media. Es suficientemente conocido el influjo opresor de las representaciones demoníacas en el comportamiento intelectual de la Edad Media cristiana. El Anticristo era también en la Iglesia Católica el contrincante de Dios, que tenía su infierno, sus ejércitos y su poder satánico sobre los espíritus. Comparado con el miedo que los católicos tenían al demonio, cuya impronta desoladora duraba todo un milenio, la idea que los cátaros se hacían de Luzbel suponía algo realmente reconciliante. Lucifer no era para ellos sino un ángel rebelde, no espiritual y mendaz, la encarnación del mundo tal cual fue y continúa siendo. Cuando la humanidad busca por sí misma el camino de la espiritualización, se ha quebrantado, según opinaban los herejes, el poder del príncipe de este mundo. No le queda otro remedio que, contrito y penitente, someterse al Espíritu.

Si despojamos a la doctrina cátara de todos sus accesorios mitológicos, nos quedamos con la famosa descomposición cuádruple de Kant:

Primero: Coexistencia en el hombre del principio bueno y malo.

Segundo: Lucha entre el principio bueno y malo por la supremacía en el ser humano.

Tercero: Victoria del Bien sobre el Mal, comienzo del Reino de Dios.

Cuarto: Diferenciación de lo verdadero y de lo falso bajo la dirección del principio bueno.

Como podemos apreciar, en Occitania la poesía y la filosofía constituían en realidad un todo indisoluble.

La Iglesia de Amor *(Minne)* occitana se componía de perfectos y de creyentes o imperfectos [80]. Los creyentes no estaban obligados a las reglas severas según las cuales vivían los Perfectos, en su condición de «Puros». Podían actuar como bien les pluguiera: casarse, dedicarse a los negocios, componer canciones de *Minne*, hacer la guerra; en resumen, vivir como entonces se vivía en Occitania. El nombre de cátaro en realidad estaba reservado a quienes, después de un tiempo de preparación exactamente delimitado y a través de una

acción sacramental (el *consolamentum*, consolación), de la que más adelante hablaremos, habían sido iniciados en los misterios esotéricos de la Iglesia de Amor.

Los cátaros vivían, como los druidas, en bosques y cuevas [81], dedicándose, casi exclusivamente, a sus funciones de culto. Una mesa, cubierta con un mantel blanco, servía de altar. Sobre ella había un Nuevo Testamento en lengua provenzal, abierto por el capítulo primero del Evangelio según San Juan: «En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios.»

Los oficios religiosos eran igualmente sencillos. Daban comienzo comentando un pasaje del Nuevo Testamento. Seguía la *bendición*. Los creyentes que asistían a dicho oficio religioso juntaban las manos, se arrodillaban, se prosternaban tres veces diciendo a los Perfectos:

«Bendecidnos.»

La tercera vez añadían:

«Orad a Dios por nosotros, pecadores, para que nos haga buenos cristianos y nos conduzca a un buen final.»

Los Perfectos levantaban cada vez las manos impartiendo su bendición y respondiendo:

«*Diaus vos benesiga.* ¡Que Dios os bendiga! Quiera Dios hacer de vosotros buenos cristianos y conduciros a un buen final.»

En Alemania, donde también hubo cátaros, los creyentes pedían la bendición en prosa rimada:

«Por nada del mundo querría morir, sin antes de vos conseguir que mi final sea feliz.»

Los Perfectos les contestaban:

«Y que te conviertas en un buen hombre.»

Después de la bendición, todos los asistentes rezaban el Padre Nuestro, única oración admitida por la Iglesia de Amor. En lugar de decir: «el pan nuestro de cada día, dánosle hoy», decían: «el pan supraterrenal nuestro de cada día, dánosle hoy», pues no les parecía digno de una oración pedir el pan terrenal. Aunque su petición de pan supraterrenal coincidía con la Vulgata romana, que en Mateo, capítulo VI, versículo 2, decía: *Panem nostrum supersubstantialem da*

nobis hodie, Roma les reprochó haber falsificado dicho pasaje.

Antes de cada comida, en la que estaba presente un *perfectus,* tenía lugar la *partición* solemne *del pan* [82]. Antes de sentarse a la mesa, se rezaba el Padre Nuestro, se pedía y recibía del cátaro la bendición, y éste, o el de más edad si había varios, cogía el pan, lo bendecía y lo distribuía con estas palabras:

«Que la gracia de Nuestro Señor esté con todos vosotros.»

Con estos «ágapes», que recordaban los primeros tiempos del cristianismo, querían simbolizar, no el disfrute del sacramento cristiano, sino la comunidad espiritual entre Perfectos y creyentes en la Iglesia de Amor. En las épocas de persecución, cuando los cátaros se vieron obligados a esconderse y no podían visitar regularmente a los creyentes, se valieron de mensajeros para hacer llegar el pan bendecido a ciudades y pueblos.

El catarismo rechazó la Eucaristía (la transubstanciación) de la Iglesia Católica. No creyó que el pan material experimentara en la consagración una mutación sobrenatural ni que, por ende, pudiera convertirse en el Cuerpo de Cristo, que era etéreo y aparente. La Iglesia rechazó y maldijo esta concepción herética, aunque ella misma no había aún declarado como dogma la doctrina de la transubstanciación. En aquel tiempo los mismos doctores de la Iglesia no veían aún clara esta idea. Los cátaros reconocían las palabras del Señor: «quien come mi carne y bebe mi sangre, tendrá la vida eterna», pero añadían: «el espíritu vivifica, la carne no sirve para nada y sus palabras son espíritu y vida». El pan del cielo que trae la vida eterna no es el pan de los Perfectos, sino la Palabra de Dios. El cuerpo de Cristo no está ni en manos del sacerdote ni sobre el altar. El es la comunidad de los que cultivan la suprema *Minne:* la Iglesia de Amor.

También la era de Cristo, a la que Dios cubre con su velo,
pasa y la Nueva Alianza se hace añicos;
entonces concebiremos a Dios como el Espíritu,
entonces se celebrará la eterna alianza.

"¡El Espíritu es Dios!", así retumba con poder,
un trueno de alegría en la noche de la primavera.

Lenau, *Los Albigenses*

En los capítulos catorce y quince del Evangelio según San Juan, Jesús promete a sus discípulos que rogará al Padre les envíe otro «consolador» [83] (en griego: *parakletos;* en provenzal: *consort* = consolador; Lutero: *Tröster* = consolador): el *Espíritu* de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce.

Junto con *Nadal* (Navidad), *Pascos* (Pascua de Resurrección) y *Pentecosta* (Pentecostés), la fiesta principal de los cátaros era la *Mánisola,* la festividad del Paráclito (la *Mani* hindú, la «Idea» platónica, la *mens* latina).

Uno de los símbolos del Espíritu, que es Dios —símbolo tomado del budismo por los cátaros—, era la *Mani,* piedra preciosa que, con sus fulgores, ilumina el mundo y hace olvidar todo deseo terrenal. La *Mani* es el emblema de la ley budista que disipa la noche del error. En el Nepal y en el Tíbet se la considera como el símbolo del amor al prójimo: de la *dhyanibodhissattva Avalokitecvara* o *Padmapani.*

En el principio existía Dios, el Eterno, el Insondable, el que tiene mil nombres y, sin embargo, es el que es: ¡Dios!

En el principio la Palabra, el Logos, estaba con Dios. Su Padre es Dios, su Madre el Espíritu, que está en Dios. La Palabra es Dios.

En el principio existía también el Espíritu. El es el Amor con el que Dios emitió la Palabra que se hizo Vida y Luz. El Espíritu es Amor. El Espíritu es Dios. El Amor es Dios. El Amor es más resplandeciente que el sol y más brillante que las piedras preciosas más valiosas...

No conocemos el misterio de la Manisola cátara. Los torturadores de la Inquisición no consiguieron arrancar a los cátaros sus conocimientos sobre el Amor consolador, sobre la suprema *Minne.* ¡El secreto quedó enterrado con los últimos herejes en las cuevas de Ornolac! Los expedientes de los inquisidores sólo nos hablan del *Consolamentum Spiritus*

Sancti (la consolación del Espíritu Santo), la acción sacramental más solemne del catarismo exotérico. Los «creyentes» podían asistir a ella. Fueron éstos quienes hablaron en la cámara del tormento.

Los cátaros rechazaban el bautismo de agua y lo reemplazaban con un bautismo del Espíritu, el *consolamentum* [84]. El agua, al no ser más que materia, no podía ejercer, en su opinión, una acción expiatoria o divinizante. Se negaban a creer que Dios se sirviera de una creación de su contrincante para, por su mediación, liberar a las almas del yugo de Satanás. Decían: una persona que debe ser bautizada, o ha hecho penitencia o no la ha hecho. Si la ha hecho, ¿para qué sirve el bautismo, si ya se halla justificada por el testimonio de su fe y por su penitencia? Si no la ha hecho, de nada sirve el bautismo, pues ni lo ha deseado ni merecido. Además, Juan el Bautista dijo que él había bautizado con agua, pero que Cristo bautizaría con el Espíritu Santo.

El *consolamentum* era la meta a la que todos los fieles de la Iglesia de Amor aspiraban y tendían. El debía depararles un buen final y la salvación de su alma. Si un creyente moría sin haber recibido el *consolamentum*, creían que su alma transmigraría a otro cuerpo, y si había cometido muchos y grandes pecados, incluso al de un animal, hasta que en una vida ulterior cualquiera hubiera expiado sus pecados y se hubiese hecho digno del *consolamentum*, para entonces, de estrella en estrella, ir acercándose al Trono de Dios.

Esta es la razón de por qué se celebraba con tanta solemnidad el *consolamentum*; solemnidad que contrasta grandemente con la sencillez del culto cátaro.

Una vez que el neófito había superado el largo y duro período preparatorio, era llevado al lugar donde debía impartirse el *consolamentum*. Las más de las veces era una cueva en los Pirineos o en la Montaña Negra (entre Castres y Carcassonne). Numerosas antorchas se hallaban adosadas a lo largo de las paredes. En medio de la sala se alzaba el «altar» y sobre él un Nuevo Testamento. Antes del comienzo de la ceremonia, todos, Perfectos y creyentes, se lavaban las manos para que ninguna impureza profanara la pureza del

lugar. Todos los asistentes se colocaban en círculo en el más absoluto silencio. El neófito se hallaba en medio del círculo, a poca distancia del altar. El *perfectus*, que oficiaba en calidad de sacerdote, abría la función sacramental, recordando al creyente que iba a ser consolado las doctrinas cátaras, los votos que iba a asumir y los peligros que podrían acecharle en caso de persecución.

Si el neófito era casado, se preguntaba a su mujer si estaba dispuesta a romper el vínculo matrimonial y a hacer donación de su marido a Dios y al Evangelio. Si era una mujer la que iba a recibir el *consolamentum*, las preguntas se dirigían al marido.

El sacerdote preguntaba al creyente:

«Hermano, ¿quieres abrazar nuestra fe?»

«Sí, padre.»

Entonces el neófito se arrodillaba, tocaba con sus manos el suelo y decía: «Bendecidme.»

Esto se repetía tres veces, acercándose cada vez un poco más al sacerdote y añadiendo a la tercera:

«Padre, pedid a Dios que me lleve a mí, pecador, a un buen final.»

«Que Dios te bendiga, haga de ti un buen cristiano y te conduzca a un final feliz.»

Seguía el compromiso solemne del nuevo hermano:

«Prometo», continuaba diciendo, arrodillado, «consagrarme a Dios y a su Evangelio, no mentir jamás, no jurar jamás, no tener contacto con mujer alguna, no matar ningún animal, no comer carne y alimentarme sólo de frutos. Prometo además no viajar, ni vivir ni comer sin uno de mis hermanos y, caso de caer en manos de nuestros enemigos o ser separado de mi hermano, abstenerme durante tres días de todo alimento. Prometo asimismo no traicionar jamás mi fe, sea cual fuere la muerte que me espere».

Pedía nuevamente la bendición por tres veces, mientras que todos los asistentes caían de rodillas. A continuación el sacerdote se le aproximaba, le daba a besar la Biblia y se la colocaba sobre la cabeza. Entonces se le acercaban todos los Perfectos. Unos le ponían la mano derecha sobre la

cabeza, los otros sobre la espalda. Y todos los presentes decían:

«Oremos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.»

El sacerdote oficiante suplicaba a Dios se dignara hacer descender sobre el nuevo hermano el Espíritu Santo y Consolador. La asamblea rezaba el Padre Nuestro y el sacerdote leía los diecisiete primeros versículos del Evangelio según San Juan. Se ponía el hermano consolado un cíngulo trenzado, que a partir de aquel momento tenía que llevar siempre, y al que se denominaba simbólicamente «hábito» [85].

Finalmente, los Perfectos daban al nuevo Puro el beso de la paz. Este se lo daba a su vecino más próximo, quien a su vez se lo daba al siguiente y éste al siguiente, y así hasta el final. Si se confería el *consolamentum* a una creyente, el sacerdote le tocaba la espalda con la Biblia y le extendía el brazo. La cátara pasaba esta forma simbólica de beso de la paz a la persona que se hallaba más próxima a ella.

Terminada la ceremonia, el neófito tenía que retirarse a la soledad y, durante cuarenta días, ayunar a pan y agua, aunque con anterioridad hubiera realizado otros ayunos no menos largos ni menos rigurosos. Se llamaba *Endura* [86] al ayuno anterior y posterior a la recepción del *consolamentum*.

Cuando la consolación era conferida a creyentes moribundos, dos cátaros acompañados de algunos fieles se personaban en la cámara mortuoria. El de más edad preguntaba al enfermo si quería consagrarse a Dios y al Evangelio. A continuación se desarrollaba la ceremonia usual, con la diferencia de que se colocaba un paño blanco sobre el pecho del neófito y de que uno de los cátaros se situaba a su cabecera y el otro a sus pies.

Solía ocurrir con frecuencia que los cátaros, después de la recepción del *consolamentum* y durante la *endura*, se quitaban voluntariamente la vida. Su doctrina, como la de los druidas, permitía el suicidio, pero exigía que no se hiciera por tedio, miedo o sufrimiento, sino en un estado de perfecto desasimiento de la materia.

Esta clase de *endura* estaba permitida cuando se realizaba en un momento de mística visión de la hermosura

y bondad divinas. El suicida que se quitaba la vida por miedo, por sufrimiento o por tedio, según la doctrina cátara su alma tenía que continuar padeciendo el mismo miedo, sufrimiento y tedio. Como los cátaros profesaban que la verdadera vida era la de después de la muerte, según ellos el suicidio sólo estaba permitido cuando se llevaba a cabo porque se quería «vivir».

Del ayuno al suicidio no hay más que un paso. El ayuno exige coraje, pero el acto supremo de la muerte definitiva del cuerpo requiere heroísmo. El tránsito de una situación a otra no es en absoluto tan cruel como parece.

Contemplemos la mascarilla de la «Inconnue de la Seine». ¿Dónde aparecen el miedo a la muerte, el horror ante el purgatorio o el infierno, ante el Tribunal de Dios o la cólera divina? Buena cristiana no era, pues el dogma cristiano prohibe el suicidio. Tampoco se hallaba consumida por las penas, pues tales mujeres no presentan semejante aspecto. Era una joven a la que le atraía más el más-allá que la realidad circundante, y que tuvo el heroísmo de matar su cuerpo para continuar siendo únicamente alma. Su cuerpo murió en las sucias aguas del Sena; su beatífica sonrisa vive.

La muerte de Fausto fue, en el fondo, un suicidio. Si no hubiera roto su pacto con Mefistófeles al decir: «¡Quédate, eres de tal hermosura!», nada hubiese impedido que continuara viviendo sobre la tierra. Este hecho implica una profunda lección: el suicidio sólo está permitido realizarlo en el momento de máxima alegría —cuanto mayor es ésta, menos terrenal es—, cuando uno se ha despojado, en la paz del alma, de la tristeza y de la mentira, soberanas de este mundo, y cuando puede afirmarse: «No he vivido en vano.»

¿Qué significa «no vivir en vano» según la doctrina herética? Primero: amar a su prójimo como a sí mismo, es decir, no dejar sufrir a su hermano cuando se tiene la posibilidad de llevarle consuelo y ayuda. Segundo: no causar daño al prójimo y, sobre todo, no quitarle la vida. Tercero: espiritualizarse, esto es, divinizarse en la vida de tal forma, que

a la hora de morir el cuerpo abandone este mundo sin lamentarlo. De lo contrario, el alma no encuentra descanso alguno. Si no se ha vivido en vano como persona, si sólo se ha hecho el bien y uno mismo se ha perfeccionado, entonces es cuando, según los cátaros, uno, en su calidad de «Perfecto», puede dar el paso definitivo.

Practicaban la *endura* siempre de dos en dos. Junto con el hermano, con quien, en la más sublime de las amistades, había pasado años de continuos esfuerzos y de intensísima espiritualización, quería también coparticipar en la otra vida, la verdadera, de las bellezas intuidas del más-allá y del conocimiento de las leyes divinas que mueven los mundos.

Los cátaros tenían, además, otra razón para su suicidio por parejas. Resulta doloroso tener que dejar al hermano. A la hora de morir, el alma no debe experimentar ningún dolor, pues de lo contrario continuará con él en el más-allá. Cuando se ama al prójimo como a sí mismo, no se le puede someter al dolor de la separación. Hay que expirar en el más-allá el dolor que se infringe a otro, y en ese caso la divinización de estrella en estrella (o, como dice Dante, de escalón en escalón en el monte de la purificación)[87], de tal modo retardada que, aun aprehendiendo a la Divinidad, su separación se percibe de forma todavía más doliente.

Cinco clases de suicidio se disputaban las preferencias de los cátaros: se envenenaban, se dejaban morir de hambre, se cortaban las venas, se arrojaban a un precipicio o, en invierno, después de un baño con agua muy caliente, se tumbaban sobre losas frías para coger una neumonía, que siempre conllevaba un fatal desenlace. No hay médico capaz de curar a un enfermo que desea morir.

Un cátaro siempre tenía delante de sí la muerte en la hoguera y consideraba este mundo como un infierno. Como, después de haber recibido el *consolamentum,* había muerto de todos modos para este mundo, muy bien podía «dejarse morir», como entonces se decía, para escapar de este infierno y de las hogueras que le aguardaban ya encendidas.

Si Dios es mejor y más inteligente que los seres humanos, ¿no debería reservar a los herejes en el más-allá la posesión

de aquello a lo que aspiraban, de aquello por lo que suspiraban y por lo que eran capaces de imponerse la más cruel de las abnegaciones, de tener la fuerza de voluntad más consecuente y —como vamos a ver— de ejercitar un heroísmo inaudito? Lo que querían era la divinización en el Espíritu. Lo que anhelaban era el reino de los cielos, es decir: la vida después de la muerte.

Quienes habían recibido el *consolamentum* eran a partir de entonces «Perfectos». Sólo a ellos, como ya hemos visto, correspondía el nombre de «cátaros». Se les denominaba igualmente «Buenos hombres», «Tejedores» o «Consoladores». Su vida en soledad era rigurosa y monótona; sólo la interrumpían cuando iban predicando por campos y ciudades, o iban a atender a los creyentes, o impartían el *consolamentum* a quienes se lo pedían y eran dignos de él. Renunciaban a cualquier bien material y ya no se pertenecían a sí mismos, sino, en cuerpo y alma, a la Iglesia de Amor. Los bienes y fundaciones que ésta recibía los administraba y los ponía al servicio del amor al prójimo. La vida de los cátaros no era sino una serie de privaciones y renuncias. No sólo se deshacían de todos los vínculos familiares y amistosos, sino que estaban obligados tres veces al año a practicar un ayuno de cuarenta días y a alimentarse únicamente de pan y agua tres veces a la semana.

«Llevamos», decían en una ocasión, «una vida dura y errante. Huimos de ciudad en ciudad, somos como ovejas entre lobos, sufrimos persecución como los apóstoles y los mártires, pero a pesar de todo sólo deseamos llevar una vida piadosa, severa y continente y orar y trabajar. Pero todo esto no es para nosotros una preocupación, pues ya no somos de este mundo».

El que odia su vida en este mundo,
la guardará para una vida eterna.

S. Juan XII, 25

Les estaba prohibido matar, incluso a una hormiga. La doctrina cátara de la transmigración de las almas se lo veda-

ba [88]. Esta es la razón de por qué jamás les estaba permitido participar en la guerra. Sólo cuando la era de las persecuciones se abatió sobre Occitania vagaban en las sombras de la noche por los campos de batalla cuidando a los heridos e impartiendo el *consolamentum* a los moribundos. Eran asimismo buenos médicos y llevaban fama de astrólogos infalibles. Los inquisidores llegaron a pensar que podían dirigir los vientos, amainar las olas y calmar las tempestades. Vestían largas túnicas negras en señal del luto que sentían sus almas por hallarse en el infierno de este mundo, cubrían sus cabezas con una especie de tiara persa, similar a la amplia boina de los actuales vascos, y portaban sobre su pecho un rollo de cuero conteniendo el Evangelio según San Juan. Como contraposición a los frailes, que llevaban tonsura y luengas barbas, no se dejaban barbas, pero sus cabellos caían hasta la espalda.

LAS CUEVAS DE TREVRIZENT JUNTO A LA FONTANE LA SALVASCHE

Hemos descrito en páginas anteriores cómo los cátaros tenían sus ermitas y sus templos en las cuevas del Sabarthès y hemos expuesto la fábula de Hércules, Pirene y Bebrix cuya trama se desarrolla en torno a cuatro estalagmitas de la catedral hereje de Lombrives. Veremos más adelante cómo, según los romances españoles, en la «cueva encantada de Hércules» había una llave que abría el misterio del Grial. Pero antes vamos a penetrar en otras cuevas del Sabarthès, no menos misteriosas, para subir a continuación hacia Montségur. *Wolfram von Eschenbach puede indicarnos el camino.*

Antes de su ida al castillo del Grial, Munsalväsche, Parsifal hace una visita al piadoso eremita Trevrizent en la cueva de la *Fontane la Salvasche.*

Trevrizent era hereje, pues jamás «comió alimentos sangrantes, carne o pescado». Todo cristiano que, en los

siglos XII y XIII, se abstenía de comer carne era sospechoso de herejía cátara[89]. Ocurrió con mucha frecuencia que los legados pontificios, encargados de exterminar la herejía y a los herejes, a los sospechosos de catarismo, les ponían en la disyuntiva de comer carne o ser arrojados a la hoguera.

Combatía el poder del diablo
mientras sufría al ayunar.
Dios le había dado tales sentimientos
que sólo vivía preparándose
para el día en que volaría al cielo[90].

Wolfram von Eschenbach

¿No es cátaro Trevrizent al desear vencer, mediante el ayuno, el poder del diablo, que anida en la carne, y al considerar la vida como un tiempo de preparación para el retorno al cielo, donde su alma estuvo ya una vez?

Cuando uno «sufre al ayunar» es de suponer que tenga el aspecto de un asceta: enjuto y pálido. La Iglesia Católica, desde el siglo IV hasta finales del XII, consideró la palidez como síntoma de herejía. Incluso a ortodoxos que aparecían pálidos debido a los ayunos y maceraciones se les pidió cuentas como si se tratara de herejes, y a muchos buenos católicos se les quitó la vida partiendo de la equivocada creencia de que los cristianos de aspecto demacrado necesariamente tenían que ser herejes.

El ermitaño Trevrizent habitaba una celda contigua a la Fontane la Salvasche y condujo al joven Parsifal a una segunda cueva en la que se encontraba el «Altar» sin cubrir. Una cueva, situada enfrente de la catedral de Lombrives, se llama la *Cueva del Eremita*, y una segunda, no lejos de allí, la *Cueva de Fontanet*, en cuya sala más alejada se yergue una estalagmita blanca como la nieve: el *Altar*.

Apenas hace treinta años, cuatro jóvenes se adentraron en ella, desapareciendo para siempre. Sus huesos habrán encontrado el descanso eterno en una de las cámaras mortuorias de los fenicios o de los foceos. ¿O habrán los cuatro

descubierto el sendero que lleva a las cumbres del Tabor y a Montségur? ¿Fue uno de ellos quien escribió con grandes letras en la pared de la entrada de la cueva la pregunta: *Why did I not...?*

En las cuevas del Sabarthès hay una cuestión que acude insistente a la mente y para la que no existe contestación. Cuando mi lámpara, como por arte de magia, hacía surgir el Altar de la oscuridad de la cueva de Fontanet, muchas veces me pregunté qué clase de «cofre» pudo haber sobre el Altar de la celda de Trevrizent y ante el que Parsifal fue iniciado en los secretos del Grial.

Allí estaba también el altar sin cubrir
a la usanza de entonces; y en el centro del mismo
se encontraba el cofre[91].

Wolfram von Eschenbach

¿Formaba parte tal vez del «Tesoro de Salomón» que el rey de los visigodos, Alarico, se llevó en el año 410 de Roma a Carcassonne, y que, según Procopio, se componía de objetos que habían pertenecido al rey de los hebreos, Salomón, y que habían sido transportados por los romanos desde Jerusalén? La mayor parte de este tesoro fue trasladado más tarde a Rávena por Teodorico, y de allí a Bizancio por Belisario, el célebre general del emperador griego Justiniano. Una parte, sin embargo, se había quedado en Carcassone, entre la que, según múltiples relatos árabes, estaría la «Mesa de Salomón». ¿Tenía conocimiento del Grial el gran rey de los hebreos, Salomón, cuya tumba sitúa la leyenda entre Altai y el Hindukusch?

Un pagano (llamado Flegetanis)
al que se atribuía un gran saber,
elegido de entre la raza de Salomón,
y salido del linaje de Israel,
ofrece el primer rastro del Grial.

Wolfram von Eschenbach

En la batalla de los siete días de Jerez de la Frontera (711), los árabes aniquilaron a los visigodos. El Tesoro de

Salomón cayó, en Toledo, en manos de los infieles. Al parecer, no se encontraba entre el mismo la Mesa de Salomón.

Kyot, el maestro celebérrimo,
encontró en Toledo en el escrito
arrugado y polvoriento de un pagano
la leyenda y el origen de la misma.

Wolfram von Eschenbach

Trevrizent conservaba en su cueva tanto el «cofre» como la «leyenda del Grial», ambos al parecer inseparables. ¿Se encontrarían entre aquel tesoro el cofre y la «fuente originaria de la leyenda», llevados allá para preservarlos de los infieles?

Según los romances españoles, la «Mesa de Salomón», llamada asimismo «cofre», se conservaba en la «gruta encantada de Hércules». Se dice que el rey godo Rodrigo penetró en la cueva, encontrando en un rincón oscuro dicho cofre y dentro del mismo tres copas...

Trevrizent, antes de introducir en la cueva al joven Parsifal y llevarlo ante el cofre para iniciarlo en el misterio del Grial, le puso una «túnica».

El anfitrión le condujo a una cueva
donde el soplo del viento apenas se percibía.
Allí había una túnica, que se la puso
a su huésped, acompañándole a una celda próxima.

Wolfram von Eschenbach

El vestido o túnica, el pez, el puente y la barca son elementos que intervienen —no sólo en Wolfram von Eschenbach— en la contemplación de la sacrosanta reliquia. En todos los mitos y epopeyas afines a la leyenda del Grial encontramos una imágenes similares. Veamos, en primer lugar, cómo el gran poeta alemán de la *Minne* nos relata la visita de Parsifal al castillo de Munsalväsche, donde se guardaba el Grial:

Al atardecer encontró un lago
donde unos pescadores,
guardianes y señores de sus aguas,
se hallaban sobre una barca.
Con ellos se encontraba
un hombre con una preciosa vestimenta.
Parsifal hizo trotar alegremente
su corcel y subió todo derecho
el camino que lleva al foso,
encontrando levantado el puente.

"El pescador *me pidió", dijo Parsifal,*
"que siguiera el camino hasta el castillo".
"Bien venido seáis, señor,
pues el pescador os lo prometió".

El chambelán dijo sabiamente:
"La reina Repans' de Schoye llevó la túnica;
es ella, mi señora, quien debe prestárosla."

Wolfram von Eschenbach [92]

En todo este tipo de leyendas y mitos siempre aparecen una vasta extensión de agua y una montaña encantada. En la *Visión de Gregorio el Grande* aparece una soberbia campiña a la que conduce un puente sobre el que únicamente pueden pasar los justos; nos recuerdan el Garodemana y el puente Tchinvat de la mitología babilónica. Todo aquel que quiere tener acceso a la montaña mágica tiene que atravesar las aguas en una canoa, que con frecuencia, en la mitología antigua sobre todo, es un cáliz, o sobre un pez o por medio de un puente. Una vez allí encuentra una magnífica pradera:

La pradera de los asfódelos, de los griegos.

El valle Avalón, de los celtas, en el que, según el poema de Robert de Borron, habría sido enterrado José de Arimatea, primer guardián del Grial.

En un bosque sagrado se halla la encina de cuyas ramas pende el Vellocino de Oro.

El Jardín de las Hespérides, en el que se encuentra la copa de la regeneración.

La selva encantada de Oberón, que rodea y protege el castillo de Monmur.

El bosque de Briziljan, que separa el templo del Grial, Munsalväsche, del resto del mundo.

En la nave «Argo» fueron los Argonautas al país del Vellocino de Oro. En un cáliz es transportado Apolo allende los mares hasta los hiperbóreos y hasta el jardín de los bienaventurados, Heśperia. En un barco, según los helenos, eran llevadas las almas de los difuntos al País de la Luz. Este es el motivo de encontrar con tanto frecuencia representaciones de navíos en las tumbas griegas. Idéntica costumbre encontramos en las catacumbas cristianas. Muchas veces era un pez, en concreto el delfín, el que suplía a la nave. Ya Homero nos habla del pescador Orfeo, que captura al pez sagrado [93].

Un pez servía igualmente a los primeros cristianos para simbolizar a su Salvador, Jesucristo, que acompaña a los seres humanos al cielo. Los cátaros utilizaban la misma figura de la canoa como medio de transporte hacia la vida celestial: la nave de los muertos, cuya vela es el sol, símbolo del luminoso Salvador. También el pez era para ellos —como para los primeros cristianos— el emblema de «Jesucristo-Hijo de Dios-Salvador» *(Iesous Xristos Zeou Gios Soter*, de cuyas iniciales resulta: IXZGS = pez).

En las epopeyas del Grial, el rey del Grial, Amfortas, aparece como el «rey de los pescadores». Chrétien de Troyes le llama el *rois Pescière.* Esta denominación tiene su origen probablemente en las palabras de Cristo: «Os haré pescadores de hombres».

En el antiguo poema de Oberon *Huon de Bordeaux,* sobre el que tendremos que volver, la «túnica» de un «portentoso monje» y —según otra versión— el pescador Mallabron transformado en delfín, llevan a Huon y a Esclarmonde al mundo maravilloso de Oberon.

Recordemos a este respecto que, en la Iglesia de Amor occitana, la túnica y la capa simbolizaban la nueva «vestimenta» que se ponía después de haber recibido el *consolamentum* en lugar del viejo Adán, es decir, de las intrigas de Lucifer y del cautiverio del alma.

La celda de Trevrizent era *salvasche* (salvaje) y al mismo

tiempo *salvat* (salvada, segura). Los cátaros, hermanos de este asceta, podían asimismo considerarse seguros en las cuevas salvajes del Sabarthès. Cuando los inquisidores fueron los dueños de la catedral de Lombrives y de la cueva del eremita, los cátaros pudieron, sin embargo, resistir a los asediadores en sus «Spulgas» hasta entrado el siglo XIV. Se designa con el nombre de spulga a una cueva fortificada (del latín *spelunca* = cueva).

Las *spulgas* del Sabarthès —existen dos— eran auténticas fortalezas subterráneas. Desgraciadamente, sólo conocemos una pequeña parte de sus inextricables galerías y salas. Los muros que se extienden por doquier, y que se han convertido en verdaderos acantilados por el goteo milenario de sus aguas calcáreas, guardan el secreto que duerme tras ellos.

La ciencia, hasta la fecha, ha pasado de largo ante las spulgas del Sabarthès [94]. Y, sin embargo, cualquiera que, por la carretera Toulouse-Barcelona, se aproxime al puerto de Puymorens no puede menos de ver, una vez dejado atrás el pequeño balneario de Ornolac-Ussat-les Bains, a media altura a la derecha, sobre el acantilado cortado a pico, impresionantes entradas de cuevas cerradas por muros coronados de almenas. Ahí se encuenta la spulga mejor conservada, la *cueva fortificada de Bouan*. En ella pueden apreciarse los elementos fundamentales de un castillo medieval: torre, cisterna, escaleras, casamatas, atalayas. La spulga de Bouan únicamente se diferencia de los demás castillos en que se compone casi exclusivamente de galerías subterráneas.

En la orilla opuesta del Ariège, no lejos de las casas de baño semiderruidas de Ussat, en cuyas aguas termales pululan innumerables culebras, se encuentra, entre la cueva del Eremita y la de Fontanet, la *spulga de Ornolac*. Después de un penoso ascenso por entre cantos que ruedan se llega a una maraña de higueras y zarzales casi impenetrable, detrás de la que se halla la puerta derruida de un castillo. El camino va bordeando las paredes rocosas, que el fuego ennegreció, hasta llegar a las ruinas de esta spulga, sobre la que pende la roca como si fuera una cornisa de nieve. No resulta posible determinar cuál fue el acceso en otros tiempos a las

profundas interioridades de la montaña. Quedó sepultado cuando el castillo hereje fue hecho presa de las llamas. La grandiosidad de sus proporciones puede aún evidenciarse en los agujeros de los travesaños perforados a ambos lados de la pared rocosa, y que tenían que soportar cuatro pisos, si no más.

Las spulgas de Bouan y de Ornolac vivieron una época agitada. Primero sirvieron de escondrijo a los celtíberos, que aquí fueron exterminados por las legiones romanas después de la caída de su capital, *vicus Sotiatum*. Luego los romanos las convirtieron en fortalezas inexpugnables. Cuando, setecientos años más tarde, los moros victoriosos presionaban hacia el Norte, se asentaron aquí, hasta que en el año 719 los ejércitos de Carlomagno los derrotaron en el campo de Lombard, entre Tarascon y Ornolac. Trescientos años después, los cátaros encontraron en ellas su última patria.

Lupo de Foix pasó a la herejía en la spulga de Ornolac, como lo atestigua un documento de la Inquisición de Carcassonne *(Lupus haereticavit in spulga Ornolaco)*. Lupo era hijo de Ramon Drut, conde de Foix. Como todos los hijos de la nobleza del Languedoc, fue iniciado en las creencias heréticas por el patriarca de la Iglesia de Amor, *Guilhabert de Castres*. Guilhabert, hijo de Belissena, procedía de la Casa de Castres, en la región de Albi, vecino y vasallo de los Trencavel de Carcassonne. Aunque los documentos de la época nada dicen al respecto, es de suponer que también Ramon-Roger, el joven Trencavel, fue recibido como «creyente» en la Iglesia de Amor por Guilhabert de Castres en la spulga de Ornolac. Cuando los inquisidores empezaron a confeccionar sus registros, tristemente famosos, hacía tiempo que Trencavel había muerto, envenenado.

Hubo otra *haereticatio* del patriarca Guilhabert que produjo enorme sensación en el mundo cristiano. En el año 1204 impartió el *consolamentum* a Esclarmonde de Foix.

Esclarmonde era hermana del conde Ramon Drut y tía del joven Ramon-Roger de Carcassonne. Desde el borg de su castillo paterno de Foix podía contemplar las cumbres nevadas del Tabor, las gargantas del Sabarthès y los pasti-

zales del Olmès. Siendo aún niña, sus padres, herejes, la consagraron al Paráclito. Quizá fuera ésa la razón de su nombre, nombre que nació y murió con el catarismo, y que puede traducirse por «luz del mundo» y por «luz pura». El nombre de Esclarmonde es el símbolo de su vida. Fue la luz del mundo occitano, el resplandor puro que irradió la Iglesia de Amor en las tinieblas de la Edad Media.

Después de una prolongada estancia en la corte de la vizcondesa Adelaida, a cuya vera presidía la *Minne* de Poivert, se desposó con el vizconde Jordan de Lille y Gimoez. Jordan descendía de una vieja familia de nobles ibéricos. Por parte de madre se hallaba emparentado con la Casa de Comminges, que, con Foix y Carcassonne, dominaba los Pirineos.

Sabemos muy poco de la vida de Esclarmonde después de su *haereticatio*. Tal vez algún día se descubra alguna cueva pirenaica que nos dé la clave de la mujer que, desde lo alto de una abrupta roca, desafió a los dos poderes más grandes del Occidente medieval: el Vaticano y el Louvre.

El mundo ortodoxo del siglo XIII la tuvo por la «papisa de los herejes». La Occitania cátara la llamaba «Esclarmunda...».

N'Esclarmunda, vostre noms signifia
que vos donatz clardat al mon per ver
et etz monda, que no fes non dever:
aitals etz plan com al ric nom tanhia[95].

Guilhem de Montanhagol

La figura de Esclarmonde pertenece al mismo tiempo a la historia, a la poesía y a la leyenda. La poesía ha hecho de Esclarmonde la reina de las hadas del castillo de Monmur. Una leyenda que me contó un viejo pastor cuando subía de Montségur al Tabor por el camino de los cátaros la convierte en guardiana del Grial. Esclarmonde sería simultáneamente «Titania» y «Repanse de Schoye».

La Esclarmonde de Foix histórica fue la señora del Tabor y de Montségur.

¡Montségur era Munsalväsche y Monmur!

MONMUR, CASTILLO ENCANTADO DE OBERÓN [96]

En el antiguo poema francés de Oberón, «Huon de Bordeaux», que ofrece fuertes coincidencias no sólo con la epopeya de Wolfram, sino también con las leyendas alemanas de Ortnit y Wolfdietrich, Esclarmonde es la mujer del rey Huon de Bordeaux, que, apoyado por Oberón, rey de las hadas, en su lucha contra su hermano rebelde, había tenido que prometerle que transcurridos tres años partiría para su castillo de Monmur. Cumplido dicho plazo, Huon y Esclarmonde se embarcan en una galera rogando a Dios tenga a bien conducirlos sanos y salvos a Monmur. Después de meses de odisea por el *pays des commans* y la *terre de foy*, llegan al *bocaige Auberon*, al bosque encantado de Oberón.

Allí encuentran el «castillo de los monjes extraños», donde en un salón suntuoso les espera una mesa con lujosos manteles, pero sin nadie para servirles.

Al día siguiente por la mañana, Huon y Esclarmonde se dirigen a la iglesia para oír misa, no hallando en ella ni altar ni crucifijo. De repente, como por arte de magia, surgen del suelo cien monjes. Esclarmonde se inquieta. Entonces Huon recuerda que Oberón le había aconsejado llevar consigo una estola. Con ella consigue atrapar a un monje grande y horrible, a quien obliga a contarle qué es lo que ocurre en el castillo. Le aconseja que, sin pérdida de tiempo, prosiga su camino, pues todos los monjes que allí hay no son sino espíritus. Cuando Dios se enojó contra Luzbel, los arrojó a este lugar, donde aguardan poder ser redimidos el Día del Juicio Final.

«La esperanza es el hábito de esta hermandad»...

El monje transporta a Huon y a Esclarmonde en una capa mágica a Monmur.

Según otra variante de la canción de Huon, el pescador Mallabron, que se había transformado en delfín, los lleva más allá de una gran extensión de agua al castillo de Oberón.

Oberón esperaba la muerte en Monmur, pero no podía morir antes de que Huon fuese elegido rey de los elfos. Salu-

da gozoso a Huon y a Esclarmonde. A continuación se celebra un festín, en el que, de una copa maravillosa, se escancia vino a todos los convidados.

Después del banquete, Oberón hace que le traigan su «corona y jabalina», las enseñas de su soberanía sobre el imperio de las hadas. Huon y Esclarmonde son coronados.

A la mañana siguiente, Huon prueba sus nuevos poderes y reúne con su magia a todas las hadas y barones del reino. Ante toda la *faierie* reunida en asamblea, Oberón declara:

> *No soporto continuar permaneciendo más en la tierra,*
> *cuanto antes quiero ir al paraíso...*
>
> Canción de Huon

Luego Oberón se despide del mundo de las hadas y muere. Su cuerpo, embalsamado, es introducido en un féretro, que se mantiene imantado en el aire. Por debajo de él danzan en corro los elfos. Los restos mortales de Oberón son finalmente sepultados en una gran cueva.

De los múltiples nexos existentes entre la «canción de Esclarmonde» del ciclo Huon y los poemas del Grial, sobre todo en la versión de Guyot y de Wolfram, sólo subrayaremos los más importantes y evidentes. La corona y la jabalina se corresponden con el Grial y la lanza. La copa mágica juega el papel del Grial que distribuye la comida. El *bocaige Auberon* se asemeja al bosque de Briziljan. Más chocante resulta aún el parecido entre los monjes extraños que esperan la liberación y los ángeles del *Parsifal:*

> *Los ángeles, que en aquella batalla*
> *no querían combatir en ninguno de los bandos*
> *cuando Lucifer estaba en lucha*
> *con Dios, el Señor, y se mantenían alejados.*
> *A estos caros ejércitos de ángeles*
> *los hizo descender Dios a la tierra...*
> *Ignoro si Dios los repudió por completo*
> *o si usó de clemencia con ellos.*
>
> Wolfram von Eschenbach

Especialmente sorprendentes resultan las analogías entre el pescador Anfortas a las orillas del lago Brumbane y el pescador Mallabron al borde de la vasta extensión de agua tras la que se encuentra el reino de las hadas de Oberón. Tanto Anfortas como Oberón sufren. Ambos esperan que la aparición de su sucesor sea para ellos ocasión de salvación.

Según la canción de Esclarmonde, el castillo encantado de Monmur se encuentra en las inmediaciones del *pays de commans* y de la *terre de foi*. ¿No se han asociado a través del matrimonio de la Esclarmonde histórica con Jordan el *Pays de Comminges* y la *Terre de Foix*, cuna de la fe cátara (*foi* en francés antiguo)?

MUNSALVÄSCHE Y MONTSÉGUR

Sólo un castillo se alza completamente solitario,
suprema recompensa del deseo terrenal.
Quien expresa y afanosamente quiere buscarlo,
jamás, por desgracia, lo encuentra,
y, sin embargo, son muchos los que por él se afanan.
Aún os es desconocido, Señor,
su nombre es Munsalväsche.

Wolfram von Eschenbach

En Munsalväsche era donde los templarios guardaban la preciosa reliquia: el Grial. El símbolo de estos «Caballeros del Templo» era la lanza, signo de preparación para el combate.

Tan buena prueba y fuerte guardia
hacen los caballeros de esta región
que ni con fraude ni artimaña
puede franquearse esta zona de montaña.

Wolfram von Eschenbach

El cronista holandés Veldenaer escribía en el siglo XV que el caballero del cisne había venido del Grial *(dat greal)*, antiguo nombre del Paraíso terrenal. Pero éste no era, según él, el Paraíso sagrado, sino un lugar de pecado. Por la misma época, en la crónica sajona de Halberstädt se decía de Lohengrin: «Los cronistas estiman que este joven, el caballero del Cisne, ha venido del monte en el que *Venus* está presente dentro del Grial.»

¿Era, por consiguente, el monte del Grial un monte de Venus? ¿No se contradice esto con el precepto de castidad del círculo del Grial?

También los caballeros que allí le guardan
tienen que ser sin tacha respecto a la castidad.
Quien desea pertenecer al Grial
tiene que jurar abstenerse, por completo,
del amor a las mujeres.

Wolfram von Eschenbach

Para poder comprender esta contradicción tenemos que retornar al poema de Peire Vidal, en el que este trovador pretende haberse encontrado con el Dios Amor en persona. Al lado de Amor cabalga una dama. ¿Venus? No; ¡la *Gracia!* Las *leys d'amors* prohibían el amor a secas, el amor carnal.

Los trovadores buscaban consuelo en la gracia de su dama, y los cátaros aspiraban a una *Mani* consoladora, al Paráclito que Cristo había prometido.

Dios es hombre y Palabra del Padre,
es Padre y al mismo tiempo también Hijo,
su Espíritu es rico en ayudas generosas.

Wolfram von Eschenbach

Cristo, hablando a sus discípulos, designaba al Espíritu divino como el Paráclito, el ayudador. Los cátaros veían en él la *Mani, la* ayuda. Un principio femenino, por ende...

Los cronistas que acabamos de citar tenían razón cuando veían en el monte del Grial un monte de Venus, pecador y herético.

Montségur había sido en tiempos muy remotos un santuario de la diosa Belissena, la Astarté-Artemisa-Diana de los celtíberos. Astarté era la Paredra de Baal en la teogonía fenicia, y, con el nombre de Artemisa, la hermana de Apolo en la griega, y como Belissena, la esposa de Abelio, en la celtíbera.

En Delfos y en Dídimo, santuario de los gemelos Cástor y Póllux, así como en todos los lugares importantes donde se veneraba a Apolo, surgieron templos dedicados a Artemisa. Sus sacerdotes y sacerdotisas tenían que hacer voto de castidad. Un tropel de ninfas acompañaba a la inaccesible diosa en sus cacerías por los bosques. Su símbolo era la media luna.

Los druidas tenían asimismo sus santuarios dedicados a Belissena en los lugares consagrados a Abelio. No lejos del actual Mirepoix, cuyos señores —hijos de Belissena— portaban en sus escudos de armas la torre, el pez y la media luna, se hallaba el bosque sagrado de Belena. El actual Belesta, a pocas horas de camino de Montségur, fue un lugar consagrado a Belissena. Se encontró igualmente un santuario de Belissena, junto a otro de Abelio, en Lavelanet, al pie del Pog de Montségur, donde reinó Ramon de Perelha, hijo de Belissena.

En la mitología griega muchas veces se identificó a Artemisa con Daphne (= laurel), la primera Sibila legendaria de Delfos. Las Sibilas escribían sus oráculos en hojas de laurel, laurel que era el árbol sagrado de poetas y profetisas. El poeta Peire Vidal sabía muy bien por qué invitaba a descansar a la Dama Gracia bajo un laurel.

La paloma era un ave consagrada a Artemisa. «En Dodona, a las sacerdotisas de Artemisa se les llamada "palomas".» En esta ciudad era donde se encontraba la encina más sacrosanta de Grecia, de cuya madera los Argonautas habían construido la quilla del «Argo» antes de ir a ver a la profetisa y vidente Medea, que les ayudó a conseguir el Vellocino de Oro.

La paloma era el emblema de los cátaros —como en los Evangelios— para designar al Dios-Espíritu. Un cátaro escul-

pió una paloma en la pared rocosa de una de las cuevas del Sabarthès. En las ruinas de Montségur se han encontrado pichones de barro. El blasón de los caballeros del Grial era la paloma. Una paloma depositaba una hostia sobre el Grial el Viernes Santo, día de la suprema *Minne*. Una leyenda, que oí de labios de un pastor de los Pirineos, narra cómo una paloma partió en dos el monte Tabor y cómo Esclarmonde se metamorfoseó en el emblema del Dios-Espíritu. Las concordancias que aquí se evidencian no son susceptibles de varias interpretaciones.

La creación de Lucifer entraña la muerte; muerte que sólo puede ser combatida mediante la renuncia a la propagación de la especie humana. Cuando no haya hombres, no habrá muerte.

Esta es la razón de por qué los cátaros rechazaban el amor carnal y lo reemplazaban por la *Minne* celestial o, dicho con otras palabras, sólo reconocían el Amor divino original. Dante a la reina de sus amores, Beatriz, la llamaba «Bienamada del Amor primero». El Amor primigenio nada tiene que ver con el amor terrenal que procrea seres humanos.

Quien acaba sus días
sin que su alma haya pecado
con el cuerpo, Dios no le será sustraído,
pues ha vivido una vida digna de alabanza.

Wolfram von Eschenbach

En Munsalväsche, Monmur y Montségur imperaba la ley de la castidad. Oberón, en la canción de Esclarmonde, dice: «Guárdate, Huon, de intimar con una virgen. Permanece fiel a la bella Esclarmonde, que te espera y que rechaza a todo pretendiente.» En el *Parsifal* de Wolfram, los caballeros deben ser de una pureza inmaculada, y el rey del Grial, Anfortas, no puede ni vivir ni morir:

Porque con desenfrenado espíritu
pretendía un amor prohibido,
se halla sumido en tal dolor[97].

Wolfram von Eschenbach

Como «nada hay tan puro en el mundo como una niña candorosa», quienes custodiaban el Santo Grial en Munsalväsche eran vírgenes. La reina de las mismas era *Repanse de Schoye.*

No resultaba fácil llegar a Munsalväsche, Monmur y Montségur. La selva de Oberón, el bosque de Briziljan y el de Serralunga, que circunda y protege Montségur, y en el que los priscilianistas se refugiaron ante el peligro de los esbirros romanos, eran tupidos y sombríos.

En remoto país, lejos de vuestros pasos,
existe un castillo, que se llama Montsalvat...

Richard Wagner

REPANSE DE SCHOYE [98]

Repanse de Schoye se llamaba la virgen que transportaba el Grial.

Wolfram von Eschenbach

Voy a relatar de nuevo la leyenda que me contó aquel viejo pastor pirenaico:

«Cuando los muros de Montségur aún estaban en pie, los cátaros guardaban dentro de ellos el Santo Grial. Montségur peligraba. Los ejércitos de Lucifer se hallaban ante sus murallas. Querían hacerse con el Grial para insertarlo de nuevo en la diadema de su príncipe, de donde se había desprendido y precipitado a la tierra cuando la caída de los ángeles. En el momento más crítico, vino del cielo una blanca paloma y, con su pico, partió en dos el Tabor. Esclarmonde, la guardiana del Grial, tiró la preciosa reliquia al monte, donde quedó oculta, salvándose de este modo el Grial. Cuando los diablos entraron en el castillo, era demasiado tarde. Enfurecidos,

quemaron a todos los puros, no lejos del castillo rocoso, en el Camp des Crémats, en el campo de las hogueras...»

La leyenda continuaba:

«Todos los puros perecieron entre las llamas, excepción hecha de Esclarmonde. Una vez que se cercioró de que el Grial se encontraba en lugar seguro, subió a la cima del Tabor, se transformó en una blanca paloma y voló hacia los montes de Asia. Esclarmonde no ha muerto. Continúa viviendo en el Paraíso terrenal.»

... en el país de Ethnîse,
donde, desde el Paraíso terrestre,
brotan las aguas del Tigris.

Wolfram von Eschenbach

Mi pastor del Tabor se ha hecho eco de la sabiduría inmemorial. ¿No juguetean los Elfos en sus Pirineos natales a la luz de la luna en torno a los manantiales cristalinos de los montes? ¿No hablan las encinas del monte Tabor a los pastores alejados del mundo de Dios que se revela en el susurro de las hojas? La historia que, con garantía de autenticidad, me contó un campesino nonagenario de Ornolac pone de manifiesto lo místicos y poetas que son estos nietos de druidas y bardos, de cátaros y trovadores. Asegura haber visto en el Tabor una culebra que se mordía la cola y se cimbreaba como formando un círculo sobre el abismático Sabarthès hacia la cumbre nevada del pico del Montcalm.

Los campesinos pirenaicos encantan e idealizan, aún hoy en día, su mundo circundante. Los cátaros y los trovadores murieron, pero ¿puede extirparse la añoranza humana del Paraíso y de Dios? Por tres veces fue maldecido el Tabor, por tres veces ardió bajo las llamas. Seiscientos años más tarde un labriego del pueblecito de Ornolac pretende haber visto el símbolo de la eternidad: la serpiente que se muerde la cola.

Esclarmonde no ha muerto, me decía un pastor en el camino de los cátaros. Continúa viviendo...

Según Wolfram von Eschenbach, la reina del Grial, Re-

panse de Schoye, es una tía de Parsifal. Esclarmonde se desposó con el vizconde Jordan de Lille y Gimoez, al que, en cierto sentido, podría llamársele hermanastro del Trencavel, ya que las casas de Carcassonne y de Comminges habían estado unidas en el siglo X bajo el cetro de Asnar, príncipe cántabro. Por este motivo los blasones de Carcasonne y de Comminges eran idénticos.

A la muerte de Jordan (hacia el año 1204), Esclarmonde renunció a su herencia, la repartió entre sus seis hijos mayores de edad y retornó a su patria montañosa. Después de haber recibido el *consolamentum* de manos del hijo de Belissena, Guilhabert de Castres, fijó su residencia en el Castellar de Pamier, lugar que su hermano Ramon-Roger, el Ramon Drut de los trovadores, le había asignado para su viudedad y desde donde regía sus dominios del Tabor. Era la señora feudal del castillo de *Montségur*, teniendo como vasallo a Ramon de Perelha, hijo de Belissena.

El cerro de Mont Segur fue construido
con la única finalidad de defender los demás cerros...

Guillermo de Tudela

Castrum montis securi llamaban los romanos a Montségur, su bastión pirenaico más seguro e inaccesible.

Montségur era también la fortaleza más importante de Occitania; impenetrable y altiva, dominaba la llanura de Provenza: primer escalón hacia las estrellas, de las que los puros tenían nostalgia. Sólo las cimas nevadas del Tabor y el cielo tachonado de estrellas superaban su cerro de tres mil pies de altura.

Desde Lavelanet, pequeña ciudad situada a unas dos horas de Montségur hacia la llanura, serpea el camino de los puros a través de la garganta del Lectouire hasta lo alto de los montes. Ruidosas cascadas, abruptas paredes rocosas, abetos rasgados por el viento, caseríos pegados a las laderas de la montaña, cuyos nombres recuerdan la ocupación sarracena: la puerta del Tabor.

Cuando subí por primera vez al peñón de Montségur,

gorgoteaban las nubes en los desfiladeros, ululaba la tempestad en los olmos y en los pinos. Había llegado hasta el precipicio *(abbés)* desde donde parte el único sendero a prueba de vértigo por el que se puede acceder a las ruinas de la fortaleza herética, cuando de repente se partieron las nubes y se irguió ante mí, dorada por el sol, una gigantesca pirámide rocosa, gris y pelada; jamás había tenido ante mis ojos nada tan salvaje e inaccesible. Y todo en derredor ondeaba un mar de nubes cual bandera de incienso.

Junto con Lavelanet *(inuxta castrum montis securi)*, Montségur defendía el acceso al Tabor y a las cuevas de Ornolac, que a su vez se hallaban protegidas en el otro costado del Tabor por el castillo de Foix, la ciudad fortificada de Tarascon y las fortificaciones de los hijos de Belissena: Miramont, Calamés y Arnave. Los hijos de Belissena vigilaban las vías de acceso al Tabor en Mirepoix, Montréal, Carcassonne, Rocafissada, Belasta, Quéribus y demás ciudades y castillos, cualesquiera que sean sus nombres.

En Montségur, los caballeros más nobles de Occitania protegían a la Iglesia de Amor. ¡Las montañas, en torno a las cuales y a lo largo de los milenios se habían entretejido el mito y la fábula; las cuevas, en cuyo laberinto mágico pervivía el recuerdo de los antepasados y de civilizaciones ancestrales; los bosques y las fuentes, en los que sabían inspirarse para sus cantos y oraciones, eran sagrados para los occitanos! El Tabor era su gran santuario nacional.

Aún hoy en día se encuentran a cada paso vestigios inequívocos de aquella grandiosa civilización. El suelo de las cuevas del Sabarthès alberga esqueletos fósiles, huesos de mamut, útiles de la Edad de Piedra, que revelan la presencia del hombre prehistórico, amén de vasijas griegas, trabajos en vidrio fenicios y ornamentos de bronce celtibéricos. En las blancas paredes rocosas brillan pinturas prehistóricas y ruinas misteriosas esperan a quien sepa descifrarlas. Matorrales y zarzales ocultan, en las cumbres de los montes, restos imponentes de templos y ciudades.

En los siglos XII y XIII no eran ya los druidas y los bardos quienes custodiaban el «Parnaso» de Occitania, sino los

cátaros y los trovadores. En el siglo IV los priscilianistas lo habían rebautizado con el nombre de «Tabor» y lo habían dedicado a San Bartolomé, el Apóstol de la India y de Persia. El monte sacro de Abelio se había convertido en el Tabor de la Trinidad excelsa. El pico de Saint-Barthelemy, el pico de Soularac y el peñón de Montségur simbolizaban el Agnostos, el Demiurgo y el Paráclito, la Trinidad divina.

Los cátaros deambulaban en torno al lago de los druidas contando a los neófitos las historias de las monedas de oro que sus antepasados, espiritualistas y despreciadores del mismo como ellos, habían arrojado a las profundidades de sus aguas. A la sombra de un menhir o sentados sobre un cromlech les hablaban sobre el Grial:

Supremo anhelo del paraíso:
esto era el Grial (ante el cual nada es
el esplendor terreno), la piedra de la luz.

Wolfram von Eschenbach

Tal vez los puros contaban a sus atentos discípulos la leyenda que aún hoy en día es bien conocida en Provenza y Languedoc, según la cual Lázaro, Marta, María Magdalena y Dionisio el Aeropagita habían llevado a Marsella el Grial, guardándolo María Magdalena hasta su muerte en una cueva cerca de Tarascon.

La suprema *Minne* convierte a los hombres en poetas y a éstos, a su vez, en hijos de Dios, en hijos de las Musas, cuyo soberano era Apolo, hermano de Artemisa. ¿No son el cielo y los dioses invenciones de la añoranza de un Paraíso, añoranza que dormita en el ser humano?

Trovadores, caballeros y damas, que ascendían a Montségur para esperar allí el «beso de Dios», como el Talmud denomina a la guadaña de la muerte, vivían a partir de entonces en un inmenso monasterio, cuyas puertas se hallaban protegidas por castillos fuertes, cuyos muros eran las paredes rocosas del Tabor, cuyo techo era el azul del cielo, cuyos claustros eran las cuevas y cuya «colegiata» era la catedral de Lombrives.

La Iglesia de Amor era fiel trasunto, en lo religioso, del imperio de la *Minne* occitano, cuyas *leys d'amors,* como se decía, habían sido traídas del cielo a la tierra por un halcón. El Grial, a su vez, había caído del cielo al mundo terrestre cuando Lucifer fue arrojado del Trono de Dios. Las *leys d'amors* y el Grial eran los dos símbolos de la *Minne* religiosa y temporal que el cielo había regalado a la tierra.

Las leyes de la *Minne* establecían como tesis fundamental que ésta excluye el amor corporal y el matrimonio. La *Minne* es la unión de almas y corazones. El amor es pasión, que se desvanece rauda con el goce sensual.

El catarismo exigía la castidad como condición *sine qua non* para la vida «perfecta». La *Minne* suprema consiste en la vinculación del alma humana con Dios-Espíritu. El amor carnal acarrea la muerte de la compenetración con Dios y de su contemplación.

El poema del trovador Guilhem de Montanhagol, que hemos citado en páginas anteriores cuando intentábamos esclarecer la idea occitana de la *Minne,* podría aplicarse a la Iglesia de Amor en los siguientes términos: Los hombres tienen que ser de corazón puro y sólo pensar en la suprema *Minne,* ya que ésta en modo alguno es herejía, sino acrisolada virtud que hace a los humanos hijos de Dios.

Los trovadores eran los legisladores de las *leys d'amors.* La ley de la *Minne* de la Iglesia de Amor occitana era el Evangelio del discípulo a quien el Señor amaba:

> *Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado.*
>
> *Y yo pediré al Padre y El os enviará otro Consolador para que esté siempre con vosotros.*

S. Juan XIII, 15 XIV, 16

Dos hombres cabalgan al frente de las mesnadas:
el abad Arnaldo, de quien el papa ha hecho su legado,
y el conde Simón, elegido por los caballeros
como comandante en jefe que encabeza la cruzada.
¡Pareja horrenda! Calculador e inteligente el uno,
rápido cual llamas arrastradas por el viento el otro,
así cabalgan juntos Arnaldo y Simón
emparejados cual pensamiento y acción.

Donde irrumpen sus corceles,
escoltados por un sinfín de hombres a caballo,
no sólo desaparece la hierba del Languedoc,
sino asimismo las siembras jubilosas del futuro.

Lenau, *Los Albigenses*

TERCERA PARTE

LA CRUZADA [99]

Debido a sus teorías dualistas, los doctores de la Iglesia Católica y los inquisidores consideraron el catarismo como un neo-maniqueísmo. En relidad fue, como la herejía de Manes (216-276/77), un maniqueísmo adaptado a la mentalidad occidental. La *Mani*, símbolo de la fe budista, encontró en el Paráclito su fiel trasunto cátaro. La «doctrina pura», no otra cosa significa catarismo, se hallaba simbolizada, siguiendo el ejemplo de la *Mani* hindú, por una piedra caída del cielo, por una *Lapis ex coelis* (Wolfram von Eschenbach habla de *Lapsit exillis*, expresión errónea que no tiene sentido), que ilumina y consuela al mundo.

Esclarmonde, la «Luz del mundo», guardaba en Montségur este emblema de la fe cátara, emblema que, como «Tesoro de los herejes» y en el momento más crítico, había sido

transportado por cuatro audaces cátaros a las cuevas de Ornolac en una ascensión repleta de aventuras. Si en este tesoro de los herejes, como los inquisidores llamaban a la reliquia cátara, vemos al Grial, habremos encontrado ciertos puntos de apoyo para nuestra hipótesis. Por superficial que sea la lectura de los poemas en cuestión, salta a la vista que el Grial de Chrétien de Troyes y de Guyot-Wolfram nada tiene que ver con la Sagrada Cena ni con una reliquia «cristiana». La actuación sacerdotal no aparece por ninguna parte.

El Grial era un símbolo herético. Los adoradores de la cruz cristiana lo maldijeron y una cruzada lo persiguió. La «Cruz» emprendió una guerra santa contra el «Grial».

Los cátaros vieron en la veneración de la cruz un ultraje a la naturaleza divina de Cristo. El repudio [100] de dicho símbolo fue tal que —como botón de muestra— aducimos el grito de un hijo de Belissena:

«¡Jamás querría verme salvado por semejante signo!»



¿Qué pudo acontecer para que el alegre trovador
Foulques se asociara a la orden de los clérigos
y se convirtiese en perro de caza y policía de la Iglesia
olfateando sin cesar las huellas de los herejes?

Lenau, *Los Albigenses*

Foulques, hijo de un rico comerciante genovés de Marsella, había sido un mal trovador. En cuanto a fanatismo y codicia se refiere, los más encarnizados enemigos de los herejes de su tiempo no podían comparársele.

Foulques había celebrado largo tiempo en sus canciones a la mujer del vizconde Barral de Marsella, que accedió a su homenaje, sin corresponder a su afecto. Terminó por despedirle, debido a sus exigencias impetuosas de *plaisir d'amour*. Toda su vida fue un correr tras el dinero y la fama. Al verse abandonado por todos sus protectores a causa de su conducta inmoral, tomó el hábito, ya que éste era entonces el medio más rápido para progresar. Foulques no se había equivocado

concibiendo tales esperanzas. Poco tiempo después de haber ingresado en la orden cisterciense, fue nombrado prior del monasterio de Floreja. Cinco años más tarde era obispo de Toulouse. Un legado pontificio, que había llegado a Provenza con la misión de erradicar la herejía, al enterarse de que el trovador había sido elegido obispo de Toulouse, exclamó:

«¡Todo está salvado, pues Dios ha donado a la Iglesia un hombre tal!»

Los ingresos de su obispado no eran suficientes para satisfacer las exigencias de este trovador de sotana. Pronto se vio sumido en deudas. Era tal el desprecio que los ciudadanos mostraban ante tan indigno sacerdote, que no podía salir a la calle sin que se mofaran de él y le insultaran. Se cuenta que un día, cuando comparaba en un sermón a los herejes con los lobos y a los católicos con los corderos, se levantó uno de aquéllos, a quien *Simon de Montfort*, el devastador de Occitania, le había arrancado los ojos y cortado la nariz y el labio, y señalándose a sí mismo dijo:

«¿Ha mordido alguna vez así un cordero a un lobo?»

Foulques le contestó que Montfort había sido un buen perro...

El conde de Foix, hermano de Esclarmonde, pudo acusar a este obispo ante el papa Inocencio III de haber sido el causante de la muerte de más de 500.000 personas [101].

Por una ley fatal, Occitania y su Tabor fueron inundados por el odio y la maldición. ¡Por una ley fatal, los poderosos del mundo premiaron la *Minne* suprema de los cátaros con el odio más violento!

Eran de los que conocieron también al Padre;
¿dónde se encuentran, pues? Se les ha quemado vivos.

Goethe, *El judío eterno*

La doctrina «pura» realizó durante la segunda mitad del siglo XII una auténtica marcha triunfal por las provincias occitanas del sur de Francia. Caballeros, burgueses y, al mismo tiempo, clero veían en los «buenos-hombres» a los anunciadores del verdadero Evangelio, y poco faltó para que el

poderío de Roma desapareciera por completo de Provenza, Languedoc y Gascuña.

Jamás país alguno pudo jactarse con más razón que Occitania de su libertad de espíritu y de su tolerancia religiosa. Todas las opiniones podían manifestarse libremente, todas las confesiones religiosas eran tratadas en pie de igualdad y puede decirse que no existían antagonismos de clase. Conocemos ya los requisitos necesarios para poder ser armado *chevalier*...

La vida caballeresca florecía aquí como en ninguna ótra parte. Los caballeros occitanos se sentía en Tierra Santa y en Trípoli —que a decir verdad no era sino una provincia occitana— tan «en su casa» como en el Rosellón o en Toulouse. Aunque es cierto que lo que les llevaba al Oriente no era su entusiasmo religioso, sino su espíritu aventurero. De allí traían casi todos, en lugar de una edificación religiosa, un acuerdo imborrable del esplendor, de la mística y de la vida placentera de Oriente. A esto se añadía que la Iglesia exigía un sometimiento espiritual y temporal que a los occitanos les parecía incompatible con su honor y su orgullo de hombres libres. Casi todos los barones y caballeros del país eran «creyentes» cátaros, que acogían respetuosos en sus castillos a los «perfectos», a los que servían la mesa personalmente y a quienes encomendaban la educación de sus hijos [102].

Por lo que respecta a las ciudades de Occitania, los burgueses habían al fin conquistado su autonomía y libertad después de una lucha larga y encarnizada contra el feudalismo. Enriquecidos y enorgullecidos por su intenso comercio con los puertos orientales, defendían con éxito creciente sus franquicias municipales. Imitaban las costumbres de los nobles, competían con ellos en bravura y espíritu palaciego, eran poetas como ellos y podían convertirse en «caballeros» con sólo quererlo. Celosos de su independencia, rechazaban el influjo tanto del clero como del poder temporal, aunque compartían con éste la antipatía hacia la Iglesia y sus clérigos.

En cierta ocasión el obispo de Albi fue llamado al lecho de un pariente moribundo. Le preguntó en qué monasterio

deseaba ser enterrado. «No se preocupe. Quiero morir junto a los buenos-hombres y ser enterrado por ellos.» El obispo manifestó que no lo autorizaría. «Por más que se intentara retenerme», dijo el moribundo, «me arrastraría a cuatro patas hasta ellos». Eso es lo que ocurrió. Los buenos-hombres cuidaron, «consolaron» y dieron sepultura al pariente del obispo de Albi...

La corrupción de la Iglesia fue, sin duda, la principal responsable del movimiento anti-Roma de Occitania. Muchos obispos no visitaban sus diócesis más que para recoger los impuestos que arbitrariamente habían sido establecidos y mantenían a este fin todo un ejército de recaudadores-salteadores. El desorden que reinaba entre los clérigos era indescriptible. Se combatían y excomulgaban los unos a los otros. Los sacerdotes, para no ser reconocidos, ocultaban su tonsura y llevaban vestimenta laica. Aunque podían escapar a las miradas y burlas de la gente de la calle, no conseguían, en cambio, silenciar los vituperios de los trovadores:

Pronto llega ya el día
en que el mundo esté todo al revés,
el cura irá al torneo
y la mujer predicará.

Peire Cardinal [103]

Cuando predicaba un hereje, el pueblo acudía en tropel y le escuchaba entusiasmado. Tomaba, en cambio, la palabra un sacerdote católico, y se le preguntaba irónicamente cómo se atrevía a anunciar la Palabra de Dios...

La Iglesia reconocía que los progresos de la herejía se veían estimulados por la depravación e incumplimiento de los deberes del clero. El papa Inocencio III declaraba «que la responsabilidad de la depravación de las costumbres en el pueblo se debía fundamentalmente a los clérigos, y que de ahí dimanaban todos los males de la cristiandad...». Para combatir eficazmente las sectas, el clero hubiera tenido que gozar de estima y confianza, pero hacía tiempo que no se las merecía.

Bernard de Clairvaux dijo en cierta ocasión de los cátaros: «Cierto que no hay sermones más cristianos que los suyos y que sus costumbres son puras.» ¿Puede extrañarnos, por tanto, que el catarismo —que se había identificado a lo largo de los siglos con la civilización occitana— se extendiera de forma tan pujante y que, en definitiva, fuera considerado como la *santa Glieiza* de Occitania?

Monasterios enteros llegaron a pasarse al catarismo, y hasta obispos enfermos se hicieron cuidar y «consolar» por los «buenos-hombres».

Hacia el año 1170, un rico comerciante de Lyon, Pedro Valdés [104], había hecho traducir el Nuevo Testamento a su lengua materna para poder leerlo personalmente. Pronto se dio cuenta de que en ninguna parte se observaba la vida evangélica tal como Cristo y sus apóstoles la habían enseñado, y empezó a predicar el Evangelio tal como lo concebía. Pronto tuvo numerosos seguidores, a quienes envió como misioneros por los caminos del mundo. Los adeptos que consiguieron eran casi exclusivamente de las clases más bajas. Fueron raros los nobles que se adhirieron a la secta valdense. Sus predicadores anunciaban la nueva doctrina, *la nobla leyczon*, la denominaba un trovador, preferentemente en calles y plazas. Con frecuencia se organizaban discusiones ideológicas entre valdenses y cátaros, pero siempre reinaba una perfecta convivencia entre ambas «herejías». Roma, que a menudo confundió a los valdenses del sur de Francia con los cátaros, catalogó a ambos con el apelativo de «albigenses», aunque se trataba de dos herejías completamente diferentes e independientes entre sí, y lo único que tenían en común era que el Vaticano había jurado su aniquilamiento.

El inquisidor *Bernard Gui* [105], en su *Manual de Inquisidores*, nos hace un resumen de la doctrina valdense:

«El menosprecio de la autoridad de la Iglesia era el error esencial de los valdenses, error que les valió la excomunión y el ser entregados a Satanás...»

«Enseñan que está prohibido prestar juramento y admi-

nistrar la justicia en nombre de Dios, y creen poder demostrarlo aduciendo textos del Santo Evangelio.»

«Item, los seguidores de esta secta desdeñan el sacramento de la penitencia y el poder de las llaves de la Iglesia. Afirman haber recibido de Dios el derecho de oír confesiones, perdonar los pecados e imponer penitencia. Públicamente manifiestan que este poder de las llaves no lo han recibido de la Iglesia, siendo así que han sido expulsados de ella, y fuera de la misma no hay ni verdadera penitencia ni posibilidad de salvación.»

«Item, yerran respecto al sacramento de la eucaristía, pues mantienen que el pan y el vino no pueden convertirse en el Cuerpo y la Sangre de Cristo si la consagración es realizada por un sacerdote pecador.»

«Item, los valdenses aseguran que no existe purgatorio después de esta vida, y que las limosnas y misas de los creyentes de nada sirven a los que han muerto.»

«Item, menosprecian a los prelados, sacerdotes, religiosos y religiosas de la Iglesia Católica. Dicen que son auténticos ciegos que guían a otros ciegos, que en modo alguno pregonan el Evangelio puro y que no conocen la verdadera pobreza apostólica.»

«Item, se vanaglorian de ser los sucesores de los Apóstoles y de practicar la auténtica pobreza apostólica y evangélica.»

«Item, los valdenses comen y beben como todo el mundo. El que puede y quiere ayunar, lo hace los lunes y los miércoles. Y todos comen carne, pues dicen que Cristo no ha prohibido comer carne.»

«Item, recomiendan a sus fieles la continencia, pero permiten que se apacïgüe el ardor de la pasión, aunque sea mediante relaciones carnales vergonzosas. Afirman con la Sagrada Escritura: "Es mejor casarse que sufrir el ardor de la pasión".»

«Item, sus "perfectos" no trabajan y desprecian el dinero, no sea que lo reconozcan y caigan en sus garras. Item, se tratan de "hermano" y se llaman los "pobres de Cristo" o "los pobres de Lyon".»

«Item, la única oración que enseñan y rezan es el "Padre Nuestro". No conocen ni el "Dios te salve, María" ni el "Creo en Dios Padre Todopoderoso", pues dicen que ambas oraciones no han sido introducidas por Cristo, sino por la Iglesia Católica.»

«Si se quiere saber si uno es valdense, basta con exigirle que recite el Credo tal como lo enseña la Iglesia Católica. Responderá: "No lo sé, ya que nadie me lo ha enseñado así".»

Mientras que el clero de Occitania, por desidia o miedo a los poderosos protectores que tenían las sectas, permanecía más o menos inactivo, los progresos realizados por los «herejes de Toulouse y de Albi» inspiraban vivas inquietudes a los prelados del norte de Francia. A instancia de éstos, el papa Alejandro III convocó en el año 1163 el Concilio de Tours. El papa, diecisiete cardenales, ciento ochenta y cuatro obispos y más de cuatrocientos abades emitieron el siguiente decreto [106]:

«Una execrable herejía se ha arraigado en el país y desde allí ha emponzoñado la Gascuña y todas las demás provincias del Sur. Ordenamos, en consecuencia, so pena de excomunión, a todos los obispos y clérigos que impidan se acoja a los herejes, se les venda o se les compre cosa ninguna.»

Dos años más tarde, el clero de Occitania, a su vez, intentó detener la expansión de la herejía, pero se sentía demasiado débil como para poder pensar en una persecución. La única solución que vio fue la de invitar a los dirigentes cátaros a una discusión pública. A este fin el obispo de Albi convocó en Lombers a los herejes más insignes. Aceptaron también su invitación Constanza, hermana de Luis VII, rey de Francia, y esposa de Raimundo V, conde de Toulouse; Raimon-Trencavel, vizconde de Albi, Béziers y Carcassonne, y casi todos los vasallos del conde de Toulouse. Los cátaros convocados a la conferencia se negaron enérgicamente a ser interrogados por los prelados y exigieron una discusión; discusión que no tuvieron más remedio que concederles. Se discutía de todo un poco hasta que los cátaros clamaron

que no podía encontrarse en el Nuevo Testamento ni un solo pasaje que pidiera llevar a los sacerdotes una vida más suntuosa que la de los príncipes y ataviarse con trajes lujosos, joyas y arneses...

Cuando el abad de Albi lanzó el anatema contra los «buenos-hombres», éstos le replicaron: «¡Vos sois el hereje, y podemos demostrarlo con el Evangelio y las Epístolas!» [107].

Se había garantizado la concesión de un salvoconducto a los cátaros. Podían retornar sin ser molestados a sus bosques y cuevas. El clero, por su parte, pudo comprobar, una vez más, cuán débil era su posición en estas provincias y cómo se le despreciaba.



Toulouse era el baluarte de la herejía. Los monjes cistercienses intentaban convertir a los sectarios, pero, en lugar de conversiones, no recolectaban sino escarnios e injurias. La «comisión para las conversiones» creyó que sólo por la fuerza podría limpiar este «establo de Augias», y como ejemplo que sirviera de escarmiento hizo comparecer ante ella a Pedro Morand *(Peyré Maouran)*, el burgués más ilustre de la ciudad, y que pasaba ya de los setenta años. Los tolosanos llamaban a este cátaro «sacerdote o preste Juan»...

El cardenal legado, Pedro de San Crisógono, empezó diciéndole: «Pedro Morand, sois sospechoso de arrianismo.»

«No.» (Pedro Morand no mentía, pues no era «arriano».)

«¿Podéis jurarlo?»

«Basta con mi palabra. Soy caballero y cristiano...»

Pedro Morand se mantiene firme largo tiempo. Pero cuando se le amenaza con confiscar sus bienes, arruinar su «Palazzo» y sus castillos, flaquean sus fuerzas y procede a emitir el juramento... [108].

Se le lleva, desnudo, por las calles de Toulouse hasta la iglesia de San Esteban, ante cuyo altar el cardenal le hace azotar y le promete la absolución de sus pecados si, en un plazo de cuarenta días a más tardar, abandona el país y marcha como peregrino a Tierra Santa, donde tendrá que servir

a los «pobres de Jerusalén» por espacio de tres años. Hasta su partida, deberá ser azotado diariamente en las calles de Toulouse.

Se le confiscaron sus bienes, aunque se le prometió devolvérselos una vez que hubiera vuelto de Palestina.

La dureza de los misioneros produjo el efecto deseado. Multitud de tolosanos se apresuraron a reconciliarse con la Iglesia. Lo poco sinceras que fueron estas conversiones nos lo demuestra el hecho de que Pedro Morand, después de su retorno de Tierra Santa, fue elegido por tres veces regidor *(capitul)* por sus conciudadanos.

«El castigo» de Pedro Morand no era sino el preludio de las persecuciones venideras. El cardenal Pedro de San Crisógono excomulgó a todos los cátaros de la ciudad de Toulouse, que se retiraron a Carcassonne cerca de Roger-Taillefer y Adelaida. El vizconde de Carcassonne era muy tolerante en cuestiones religiosas. Católicos, cátaros y judíos convivían en perfecta armonía dentro de sus dominios y gozaban de idénticos derechos. El judío Caravita era su tesorero y el hereje Bertran de Saissac su ministro.

Cuando los misioneros exigieron a Roger-Taillefer la extradición de los fugitivos, Adelaida se retiró con los proscritos a Castres. Los señores de Castres eran vasallos de los vizcondes de Carcassonne. Pertenecían a la familia de los «Hijos de la Luna». Ermengarde, Isarn y Orbria eran las damas de Castres. Su hermano Guillabert era el patriarca de Occitania. Su iglesia subterránea se encontraba en una cueva de Ornolac...

En vano intentaron los cistercienses convencer a Adelaida y a sus barones para que les entregaran a los cátaros. No les quedó otro remedio que abandonar Castres con las manos vacías.

En el concilio III lateranense (1179), convocado entre tanto por el papa Alejandro III, y que nuevamente dictó severas disposiciones contra los cátaros de Gascuña, Albi y Toulouse, fueron excomulgados el conde de Toulouse, el vizconde de Béziers, el conde de Foix y la mayor parte de los barones de Occitania.

El papa Alejandro, a quien los misioneros tolosanos y los prelados occitanos habían hablado en términos espantosos sobre la audacia y el poderío progresivos de las sectas, consideró oportuno enviar de nuevo un legado especial a las provincias herejes a fin de garantizar el estricto cumplimiento de las resoluciones del concilio de Letrán. Por segunda vez confió dicha misión a los cistercienses a las órdenes de su abad, Enrique de Clairvaux. Para dar más importancia a su cometido, Enrique, a quien el concilio lateranense había nombrado cardenal-obispo de Albano, hizo predicar una «cruzada contra los albigenses». Era la primera vez que la Iglesia empleaba contra cristianos semejante método coercitivo...

El cardenal-obispo de Albano [109] se dirigió con sus soldados-peregrinos contra Lavaur, uno de los castillos más pertrechados del vizconde de Carcassonne. Como por aquel tiempo Roger-Taillefer se hallaba en guerra con el conde de Toulouse, no pudo enviar refuerzo alguno a su ciudad sitiada. Adelaida asumió su defensa. Pero Lavaur no pudo resistir los embates de las huestes católicas. La vizcondesa pronto se vio obligada a abrir las puertas de la ciudad al ejército de los cruzados.

La caída de Lavaur forzó a Roger-Taillefer a pedir la paz. Abjuró de la herejía. No hay que conceder, sin embargo, la menor importancia a este hecho. Tan sólo quería evitar ulteriores desastres a su país, convertido en un montón de ruinas por la cruzada. No se equivocaba al pensar que la diplomacia favorecía su causa y la de los herejes. Gracias a este acto de sumisión, su país se vio libre durante cierto tiempo de los misioneros de Roma.



El escudo de armas de Lothar Conti, un águila fulminando rayos, iba a convertirse en el símbolo de su dominación «Urbi et Orbi». Con el nombre de Inocencio III [110], se convirtió en el Vicario de Dios; para los cátaros, no del Dios

cuyos coros angélicos anuncian la buena nueva la primera noche de Navidad, sino del Dios de las tempestades que, en el Sinaí y en el Olimpo, tiene listo su rayo para quienes desdeñan su majestad. Lothar Conti, el día de su coronación papal (22 de febrero de 1198), en su alocución de ritual, definió sin ambages los poderes que creía haber recibido del cielo: «Dios me ha colocado sobre pueblos y reinos para extirpar y aniquilar, pero también para edificar y plantar. A mí es a quien van dirigidas estas palabras: Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que atares sobre la tierra quedará atado en el cielo. Me encuentro entre Dios y los hombres; más pequeño que Dios, pero más grande que el hombre...»

Contemplaba con rabia la expansión de la herejía cátara y se daba cuenta del peligro que corría la Iglesia, Iglesia fuera de la cual no hay salvación. Consideraba el catarismo lo suficientemente peligroso como para arrancarlo de raíz cual hierba mala y arrojarlo al fuego.

A los dos meses de su consagración escribió a todos los prelados, príncipes y nobles y al pueblo francés, en general, ordenando quemar y desposeer de sus bienes a cuantos herejes no quisieran retornar a la verdadera fe. Además, seis meses más tarde, dio plenos poderes a su legado Rainier para reformar radicalmente la Iglesia y restablecer en Occitania la disciplina eclesiástica, a fin de eliminar esta «fuente del mal». El clero occitano no vio con buenos ojos los intentos reformistas de Rainier. Por todos los medios posibles a su alcance intentó torpedear su misión, estando a punto de hacer causa común con los herejes contra la Santa Sede.

El legado Rainier cayó enfermo en el verano de 1202 y fue reemplazado por Pedro y Raúl, dos monjes de la abadía cisterciense de Fontfroide, situada no lejos de Narbonne.

Pedro y Raúl comenzaron su misión por Toulouse. Raimundo VI acababa de suceder a su ilustre padre, el mecenas de los trovadores. A los dos años de su llegada al poder había sido ya excomulgado por el papa Celestino III «a causa de sus atropellos a iglesias y conventos». Inocencio III le levantó la excomunión en el año 1198...

Raimundo VI se mantenía en íntimo contacto con la secta cátara. En sus viajes y expediciones militares le acompañaban algunos «perfectos», y siempre llevaba consigo —esto es lo que, sobre todo, la Iglesia le echaba en cara— un Nuevo Testamento, para poder recibir el *consolamentum* en caso de enfermedad o herida mortal. Asistía de modo regular a las reuniones heréticas, para las que cedía los mejores salones de su propio castillo. «Se arrodillaba, como todos los creyentes, cuando los "perfectos" hacían sus oraciones, les pedía su bendición y el ósculo de la paz. Exhortaba a sus vasallos y trovadores a seguir su ejemplo y no temía testimoniar públicamente su aversión a Roma y sus simpatías por el catarismo» [111].

Los legados pontificios nada pudieron hacer. Inocencio III declaraba que «se necesitaba un nuevo diluvio para purificar del pecado al país y para preparar una nueva generación». En vista de lo cual tomó la determinación de poner en práctica todo el rigor de la Iglesia...

Puso al frente de los dos monjes de Fontfroide, que, desmoralizados le habían solicitado su revocación, al «abad de los abades», *Arnaud de Cîteaux* [112], cabeza suprema de la gran orden del Císter, hombre sombrío, implacable y rebosante de celo por la causa de la Iglesia. A finales de mayo de 1204, Inocencio III constituyó la nueva comisión, integrada por Arnold y sus monjes de Cîteaux y por Pedro de Castelnau y sus monjes de Fontfroide, y le otorgó poderes extraordinarios. Pero la presentación de los legados y su cortejo no era la más adecuada para alcanzar el éxito que pretendían. Recorrieron el país en lujosos palafrenes, acompañados de un ejército de servidores. Podemos imaginarnos el efecto que causaron, teniendo en cuenta que lo que más reprochaban los herejes occitanos al clero católico era su suntuosidad y riqueza. «¡Mirad», gritó el pueblo, «esta gente quiere hablarnos de Nuestro Señor Jesucristo, de aquel que fue pobre y andaba descalzo!». En cuanto los monjes cistercienses empezaban con sus intentos de conversión, los oyentes daban media vuelta y se alejaban de ellos levantando los hombros con sonrisas irónicas. Los legados terminaron por

comprender que sus esfuerzos eran vanos. Desmoralizados por completo, estaban más decididos que nunca a recabar del Papa su revocación.

Quiso el azar que se encontraran en Montepellier con *Diego de Acevedo,* obispo de Osma, y con su subprior *Domingo de Guzmán,* que precisamente venían de Roma, donde el papa Inocencio les había negado la autorización que le habían solicitado de abandonar el Obispado de Osma para consagrarse desde entonces por completo a la conversión de los herejes. Al enterarse Diego de que habían pensado interrumpir la tarea comenzada, les aconsejó que renunciaran a su suntuoso cortejo y que se mezclasen con el pueblo, descalzos y pobres como los Apóstoles. Quizá así tendrían más éxito. La idea era tan nueva, que los legados, en un primer momento, vacilaron. Pero al manifestar Diego de Acevedo que él mismo estaba dispuesto a dar buen ejemplo y a secundarles en su tarea, siguieron su consejo. Pedro de Castelnau, Arnold de Cîteaux, Diego de Acevedo, Domingo de Guzmán, los monjes de Fontfroide y los de Cîteaux abandonaron Montpellier y empezaron a peregrinar por la Occitania heresiarca vestidos con túnicas de crin y con los pies descalzos, predicando el verdadero Evangelio de la Iglesia Católica.

Legados de Roma, cátaros, valdenses, en coincidencia de tiempo y lugar, pretendían ser los auténticos sucesores de Cristo. Pobres como él, anunciaban el Evangelio, fuera del cual no hay salvación.

> *"En verdad os digo:*
> *bienaventurados los que sufren*
> *persecución por causa de la justicia,*
> *porque de ellos es el reino de los cielos..."*

De dos en dos o de tres en tres, los legados de Roma recorrían predicando las provincias del Sur. Los resultados dejaban bastante que desear. Se vieron obligados a aceptar el desafío de los cátaros, que pretendían que, mediante debates en público, se esclareciera quiénes eran los que se hallaban más próximos a las doctrinas evangélicas. Fueron mu-

chos los debates o conferencias que tuvieron lugar, pero el más importante fue el de Pamiers, en el año 1207 [113].

Pamiers, pequeña ciudad a las orillas del Ariège, situada en la parte norte del condado de Foix, era, desde 1204, la residencia de *Esclarmonde*, infanta de Foix y vizcondesa de L'Ille-Jourdain y Gimoez...

Sabemos ya que Esclarmonde había estado casada con el vizconde Jordan, de la ilustre Casa de Comminges y Selio. Después de la muerte de su esposo había renunciado a las cláusulas favorables de su testamento y dejado la Gascuña para fijar su residencia en el Castellar de Pamiers, lugar que su hermano Ramon-Roger le había asignado para su viudedad. Pamiers fue, bajo Esclarmonde, la «metrópoli» de la Occitania mística, trasunto cátaro de la Toulouse caballeresca. Los filósofos herejes venían a su castellar desde las cuevas del Sabarthès y de la «montaña negra» para descifrar con Esclarmonde la filosofía de Platón y la sabiduría de San Juan Evangelista.

Allí era donde Esclarmonde, con permiso de su hermano, había invitado a los legados pontificios y a los cátaros más preclaros. Sólo de forma insuficiente conocemos los pormenores de aquella conferencia. Sin embargo, hay un detalle que nos revela hasta dónde llegaron los apuros de los legados de Roma. Al reprochar Esclarmonde a Roma la sangrienta cruzada de Albano, un monje, encolerizado, le gritó:

«¡Madame, deberíais estar junto a vuestro huso! ¡Nada se os ha perdido en semejante reunión!»

Por parte de Roma participaron en la conferencia de Pamiers el obispo de Osma y Domingo de Guzmán. Desconocemos si Domingo intervino en la discusión. Tal vez a «Santo Domingo» no le había llegado la hora de sus milagros.

La conferencia de Pamiers patentizaba una vez más la situación de extrema gravedad en la que los cátaros se hallaban inmersos. Ya un año antes, Gauceli, patriarca de la Aquitania hereje, había congregado en la «Torre» de Pedro-Roger de Mirepoix unos centenares de «perfectos» y un sinnúmero

de «creyentes». Se abrigaba la sospecha de que la Iglesia, ante la imposibilidad de erradicar la herejía mediante conferencias y misioneros, pronto recurriría a métodos violentos. En vista de lo cual se tomó la decisión de recabar de Esclarmonde y de su vasallo Ramon de Perelha el castillo de éste, Montségur, como supremo refugio para los días de emergencia. El patriarca, con una escolta de obispos herejes, diáconos y caballeros, se dirigió en primer lugar a Ramon de Perelha y luego al castellar de Pamiers, donde se encontraba Esclarmonde, ya que la zona montañosa del Tabor pertenecía a su asignación de viudedad. Ramon, uno de los «Hijos de la Luna» más adicto al catarismo, se mostró inmediatamente dispuesto a dar los últimos retoques al castillo de Montségur y a fortificarlo con obras avanzadas. Esclarmonde, dando su aquiescencia, no hacía sino dar cumplimiento a sus propios deseos de saber que se hallaba garantizada la seguridad del castillo del Paráclito y del Tabor.

Así es cómo Montségur, el «Templo de Abelio», el *castellum montis securi*, la ciudadela que protegía el monte sacrosanto del Tabor —Parnaso de Occitania—, fue fortificado y ultimado [114]. Cual arca de Noé, durante medio siglo pudo desafiar el oleaje de sangre y crímenes que súbitamente iba a irrumpir en Occitania, aniquilando su cultura y su civilización.

Domingo de Guzmán fijó su residencia en Fanjeaux, desde donde podía vigilar Montségur. En Fanjeaux fue donde Domingo, «mediante la invención del rosario, consiguió al fin mover a la Virgen María a exterminar la herejía». También de Fanjeaux era de donde la Inquisición iba a extenderse por el mundo, martirizándolo durante siglos como una horrible pesadilla.

Entretanto Pedro de Castelnau había lanzado una fulminante excomunión sobre el conde de Toulouse, poniendo bajo interdicto sus tierras. El 29 de mayo de 1207, el papa confirmó la sentencia de su legado. Inocencio III anunció al conde de Toulouse el castigo que Dios le deparaba en esta

vida y en la otra, añadiendo que él mismo iba a exhortar en nombre de Dios a los príncipes cristianos a que lo expulsaran de Toulouse y que iba a autorizarles a que se repartiesen entre ellos su condado, a fin de que se viera para siempre libre de la herejía. El comunicado decía lo siguiente:

«Al noble conde de Toulouse.

¡Qué orgullo se ha apoderado de tu corazón, leproso! Sin interrupción te encuentras en guerra con tus vecinos, desprecias las leyes de Dios y te alías con los enemigos de la verdadera fe. Tiembla, ateo, pues vas a ser castigado. ¿Cómo eres capaz de proteger a los herejes, tirano cruel y bárbaro? ¿Cómo puedes pretender que la fe de los herejes es mejor que la de los católicos?

Aún has cometido otros crímenes contra Dios: no quieres la paz, haces la guerra en domingo y expolias los conventos. Para vergüenza de la cristiandad, otorgas cargos públicos a judíos.

Nuestros legados te han excomulgado. Refrendamos su decisión. Pero como nuestra misión es perdonar a los pecadores, te ordenamos hacer penitencia para merecer nuestra indulgente absolución. Como no podemos dejar impunes tus ofensas a la Iglesia y a Dios, te hacemos saber que vamos a ordenar confiscar tus bienes y a insurreccionar contra ti a los príncipes, pues eres un enemigo de Jesucristo. Pero la ira del Señor no se detendrá ahí. ¡El Señor te aniquilará!»

Los acontecimientos abocaban a una catástrofe. Raimundo, en un intento —que resultó vano— de mover a indulgencia a los legados, declaró que estaba dispuesto a aceptar todas las condiciones de la Iglesia. Estos no escucharon su súplica; antes bien, le trataron públicamente de «cobarde y de perjuro».

Estando así las cosas, un caballero desconocido asesinó a Pedro de Castelnau [115].

El enviado por el Vicario de Dios en Roma, Pedro de

Castelnau, había caído asesinado; Roma sabrá vengar su muerte...

El papa Inocencio III excomulga a Raimundo, a los asesinos y a sus cómplices. Domingo tras domingo, en todas las iglesias de Occidente va proclamándose, «con campana, libro y vela», la excomunión lanzada contra ellos, y todo lugar hollado por su presencia es puesto bajo interdicto. Los vasallos de Raimundo son liberados de su juramento de fidelidad. En cuanto a Raimundo, no podrá acercarse a recabar el perdón más que cuando haya demostrado su arrepentimiento expulsando de sus territorios a los herejes.

El papa hace un llamamiento a toda la cristiandad para que cojan las armas. Ordena a todos los obispos que prediquen una cruzada contra este enemigo irreconciliable de la Iglesia y contra sus súbditos herejes, «que son peores que los sarracenos». Solicita del rey de Inglaterra que haga las paces con Francia y que se alíe con Felipe II contra Toulouse.

El archiabad Arnaud de Cîteaux convoca apresuradamente un capítulo general de la orden cisterciense, que decide, por unanimidad, predicar con toda energía la nueva cruzada. Arnaud y sus hermanos de orden recorren Francia predicando la cruz contra las provincias herejes del Midi. Obispos y sacerdotes unen su voz a la de los fanáticos cistercienses. Retumban de nuevo las iglesias con los sermones que exhortan al pueblo católico a tomar las armas en pro de la causa de Dios.

«¡Cualquier persona, por muy pecadora que sea, puede librarse de los tormentos del infierno con tal de que luche contra los herejes!»

Para facilitar el reclutamiento de soldados para esta guerra santa, el papa promete las indulgencias que se concedían a quienes participaban en las cruzadas a Tierra Santa: también a los participantes en la lucha contra los albigenses se les asegura la salvación eterna...

El Vaticano lanza un llamamiento a todos los fieles cristianos: «¡Adelante, bravos soldados de Jesucristo! Combatid

a los precursores del Anticristo. Hasta ahora habéis luchado por la gloria mundana; combatid a partir de estos momentos por la gloria celestial. Os llamo para un servicio a Dios, no para una recompensa terrenal; os llamo para que podáis ganar el reino de los cielos. ¡Esta recompensa por vuestras proezas guerreras os la prometo con la conciencia tranquila y con la más absoluta convicción!»

La inminencia de la tempestad hace temblar al conde de Toulouse. Implora encarecidamente al archiabad de Cîteaux que le conceda la absolución. Arnaud pretexta que no tiene poder para levantarle la excomunión y le remite al papa.

El sobrino de Raimundo, el joven Ramon-Roger, de la Casa de los Trencavel, le aconseja que se prepare para una resistencia durísima. Pero Raimundo se encuentra desmoralizado. Envía emisarios al Vaticano con la nueva de que quiere someterse a la decisión soberana de la Iglesia. Inocencio exige que, como demostración de su buena voluntad, le entregue sus fortalezas más importantes. Una vez realizado esto está dispuesto a escucharle y a levantarle la excomunión, si puede probar su inocencia. Raimundo acepta las condiciones. No sospecha que el papa va a tratarle con una ficticia indulgencia hasta que llegue el momento de su aniquilación.

Raimundo entrega siete de sus fortalezas más importantes al legado papal, Milo, quien a su vez encomienda el cuidado de las mismas a abades y obispos, y Raimundo jura incondicional sumisión al papa y a sus legados.

Desnudo hasta la cintura, jura de nuevo en el atrio de la iglesia de Saint-Gilles ponerse de ahora en adelante al servicio de la Iglesia, erradicar la herejía, desposeer a los judíos de todos sus cargos y participar personalmente en la cruzada. A continuación el legado azota con varas la espalda del conde e introduce al penitente ante el altar, donde, en nombre del papa, le levanta la excomunión. A partir de este momento el conde de Toulouse toma la cruz contra sus propios vasallos...

En julio de 1209, Inocencio III le dirige una carta en la que le felicita por su sumisión y por su penitencia y le deja

entrever su salvación en este mundo y en el otro. El mismo correo trae también otra carta para el legado Milo con la orden de continuar mortificando al conde.

«Como no ha conseguido en el ínterin exterminar a los herejes», el conde de Toulouse, dos meses más tarde, es nuevamente excomulgado y sus bienes puestos otra vez bajo interdicto.

Va concentrándose en Lyon una cruzada como jamás vieron los siglos. La seguridad dada por la Iglesia de que todos los cruzados ganarían la vida eterna y regresarían a sus casas al cabo de cuarenta días cargados con un rico botín había dado resultado.

En Lille toma la cruz un ladrón para escapar del arresto que le amenaza, pero en el último momento es detenido. Ante este atentado a la inmunidad de los cruzados, el arzobispo de Reims excomulga a la condesa Matilde de Flandes y coloca bajo interdicto sus dominios para forzar la libertad del peregrino, que parte contra los albigenses.

De todos los puntos de Occidente continúan afluyendo nuevos reclutas hacia Lyon: de L'Ile de France, de Borgoña, de Lorena, de Renania, de Austria, de Frisia, de Hungría y de Eslavonia. El Occidente entero, la cristiandad completa, quieren marchar contra la Provenza y el Languedoc para suprimir definitivamente esta situación escandalosa cuya extirpación había resistido durante tres generaciones a todos los esfuerzos de la Iglesia.

El 24 de junio del año 1209, los cruzados abandonan Lyon y, Ródano abajo, se dirigen hacia Occitania: veinte mil caballeros, más de doscientos mil ciudadanos y campesinos, sin contar al clero y a la burguesía.

Pero ¡qué mezcolanza en este ejército de Jesucristo!...

En cabeza cabalga el sombrío e implacable archiabad de Cîteaux, el «caudillo de las huestes cristianas contra los herejes albigenses». Cual caballero apocalíptico, galopa, cogulla al viento, por el país que no adora a su Dios. Tras él, cantando el *dies irae*, el ejército de arzobispos, obispos, abades, curas y frailes. Junto a los príncipes de la Iglesia mar-

chan los príncipes seglares con sus resplandecientes armaduras de acero, plata y oro. A continuación vienen los caballeros bandidos con sus destartaladas armaduras: Roberto Nada-Teniente, Guy-que-no-prueba-el-agua y todos los demás con vete-a-saber qué nombres. Luego los ciudadanos y campesinos, y detrás la morralla de toda Europa: los *ribautz* (rufianes), los *truands* (truhanes) y, en los templos de Venus de cuatro ruedas, las rameras de los señores de todas las naciones...

No voy a extenderme en detalles...

El papa León XIII [116], en su alocución del 1 de septiembre de 1883, declaraba que los albigenses habían querido derrocar a la Iglesia por la fuerza de las armas, pero que ésta se había salvado no por las armas, sino mediante el rezo del santo rosario a la Santísima Virgen María, rosario que había sido una invención de Domingo de Guzmán.

Esto no coincide con la verdad. Acompañemos, de la mano de los cronistas Guillermo de Tudela y Pedro de Vaux-Cernay, entusiastas partidarios de la cruzada, a los soldados de Cristo a Occitania, e introduzcámonos en los valles más agrestes de los Pirineos y en las cuevas más oscuras, donde sólo reina la muerte...

De antemano debemos tener claro que la cruzada contra los albigenses, a pesar de sus móviles religiosos, a pesar de que fue desencadenada por el Vaticano, tiene fundamentalmente el carácter de una guerra entre la Francia del Norte y la del Sur. Los franceses del Norte arden en deseos de completar la conquista que, setecientos años antes, hubiera iniciado Clodoveo, y los del Sur, tanto católicos como herejes, están unánimemente decididos a oponerse a tal invasión, a pesar de las múltiples venalidades de que han sido capaces la nobleza y las ciudades. Entre los católicos del Midi y los herejes no existía ningún tipo de odio religioso. Herejes y católicos (no me refiero, naturalmente, a los clérigos) convivían pacíficamente. Rarísima vez se oye hablar de la ayuda deparada por los occitanos ortodoxos a los cruzados (también aquí se trata de seglares). Lo lógico hubiera sido que el mundo católico occitano hubiese recibido a los cruzados

como a libertadores de la dominación o de la tiranía de unas creencias odiadas y enemigas, pero no era ése el caso. Para los occitanos la tolerancia secular se había convertido en hábito y el amor patrio era más fuerte que las contradicciones religiosas...

El joven Ramon-Roger, de la Casa de Trencavel y vizconde de Béziers y Carcassonne, cabalga al encuentro de los cruzados. Intenta evitar el desastre a sus dos ciudades, pero tiene que retornar sin haber conseguido su propósito. En Béziers le rodean sus súbditos:

«¿Hay esperanza?»

«¡Combatid a vida o muerte! ¡Que Dios esté con vosotros!»

Y continúa galopando hacia Carcassonne...

Béziers espera la llegada de los cruzados [117]. Un dragón, vomitando fuego y destrucción, se aproxima en marcha arrolladora...

Un sacerdote cargado de años solicita entrar en la ciudad. Es Reginaldo de Montpeyroux, el obispo que se había unido a la cruzada. Las campanas llaman a los fieles a la catedral, construida por el maestre Gervasi en estilo románico.

«Los cruzados están a punto de llegar», dice el anciano sacerdote; «entregadnos a los herejes; si no pereceréis todos».

«¿Traicionar a nuestros hermanos? ¡Preferimos que se nos arroje al fondo del mar!»

El obispo, montado en su mula, sale de la ciudad. La inesperada respuesta provoca en el gran prior de Cîteaux tal arrebato de cólera, que jura borrar a sangre y fuego a católicos y herejes y no dejar piedra sobre piedra en la ciudad.

En la tarde del 25 de julio, los cruzados están a la vista. Los *ribautz* y los *truands*, impacientes por el botín, corren por propia iniciativa hacia la ciudad.

Al resto de los peregrinos no les queda otro remedio que seguirles. Las puertas ceden. Los habitantes de Béziers, ortodoxos y herejes, ante su irrupción huyen despavoridos a refu-

giarse en las dos iglesias. Uno de los barones pregunta al gran abad de Cîteaux cómo se las iban a arreglar para distinguir a los herejes. Quien, si nos está permitido creer a Cesar de Heisterbach, debió de contestarle:

«¡Matadlos a todos! ¡Dios ya reconocerá a los suyos!»

En las Casas de Dios, donde los sacerdotes, revestidos de sus ornamentos, celebran las misas de difuntos, son asesinados todos los ciudadanos: hombres, mujeres y niños («veinte mil» escribe Arnaud de Cîteaux al papa). Nadie sale con vida. Hasta los sacerdotes son inmolados ante el altar. Y el crucifijo y la custodia que presentan ante los irruptores, resuenan sobre las losas...

Nada pudo salvarles: ni cruz, ni altar, ni crucifijo;
y estos locos rufianes y mendigos degollaron
a sacerdotes, mujeres y niños. Ni uno solo, creo, se escapó.
¡Que Dios se haya dignado acoger sus almas en la gloria!

Guillermo de Tudela

La ciudad fue saqueada. Mientras los cruzados se ocupaban de lleno en su trabajo de verdugos en las iglesias, los rufianes se dedicaron a la búsqueda de su botín. A golpe de espada y de bastón hubo de quitárseles a estos vagabundos saqueadores el producto de su rapiña, pues nadie quería renunciar al botín que se le había prometido...

La ciudad comienza a arder. El humo oscurece el sol de este horrible día de julio, sol que, sobre el Tabor, se prepara para irse...

«¡Dios está con nosotros!», exclaman los cruzados; «¡mirad qué milagro! ¡Ni un buitre, ni un grajo, se preocupan de esta Gomorra!».

Las campanas se funden en sus campanarios, los cadáveres arden en llamas y la catedral estalla como un volcán. Corre la sangre, arden los muertos, llamea la ciudad, se desploman las murallas, cantan los monjes, los cruzados asesinan, los gitanos saquean... Así murió Béziers, así se inició la cruzada contra el Grial...

A falta de buitres y grajos, Béziers es entregada a lobos y chacales. Su espantoso final siembra el pánico en las ciudades del Languedoc. No se esperaba esto.

Que la «cruzada» era una «guerra», lo sabía todo el mundo; pero que el Louvre y el Vaticano pudieran rivalizar en rigor para la aniquilación de Occitania, eso no se esperaba. Era ya demasiado tarde cuando se llegó a tal convencimiento: la cruzada, con sus trescientos mil peregrinos, se encontraba en el corazón del país y... el conde de Toulouse, que participaba directamente en el combate, había perdido sus triunfos. ¡Eso era lo peor!

Las murallas de *Carcassonne*[118], edificadas por reyes godos y por los intrépidos «Trencavel», hierven de refugiados. Viticultores de Lauragais, pastores de la «montaña negra» y de las estribaciones de los Pirineos han querido resguardarse, con sus rebaños y sus escasos bienes, del huracán que avanza a pasos de gigante.

La tarde del 1 de agosto, un martes, los vigías de la torre más alta del castillo anuncian que los cruzados se aproximan. En la madrugada del jueves, el campamento de los cruzados, situado en la otra orilla del Aude, aparece rebosante de vida.

El *Veni creator spiritus*... (himno de la cruzada) resuena a lo largo de la mañana. Es la señal para el ataque. Los peregrinos pasan el río y empiezan a asaltar la barriada de Graveillaude. Tras dos horas de combate, las tropas del vizconde tienen que ceder ante la superioridad del enemigo, viéndose obligados a entregársela. Graveillaude es arrasada por completo.

El viernes, los cruzados esperan apoderarse asimismo del barrio de San Vicente. Franqueando las ruinas humeantes de Graveillaude, atacan las murallas de San Vicente. Pero son más sólidas y se hallan mejor defendidas. El asalto fracasa.

El rey de Aragón, cuñado de Ramon-Roger, ante la noticia del desastre de Béziers, ha franqueado los Pirineos. Espe-

ra que, gracias a su intervención, Carcassonne no corra la misma suerte. Hace su entrada en el campamento de los cruzados con una escolta de cien caballeros aragoneses y catalanes. Tras un breve descanso en la tienda del conde de Toulouse, se dirige, sin armas y en compañía tan sólo de tres caballeros, hacia la ciudad asediada. Carcassonne rebosa de alegría: «¡El rey viene en nuestra ayuda! ¿No somos en verdad sus vasallos y amigos?...»

«Vizconde», dice el rey de Aragón a su cuñado, «en nombre de Jesús, Nuestro Señor, ¿no os he aconsejado multitud de veces expulsar de la ciudad a los herejes y su loca doctrina? Me encuentro preocupadísimo al veros, a vos y a vuestra ciudad, en semejante peligro. No veo otra solución que el que lleguéis a un acuerdo con los barones de Francia. El ejército de los cruzados es tan poderoso, que me veo obligado a dudar de que vuestra causa pueda tener un final feliz. Soy consciente de que vuestra ciudad es fuerte, pero alberga demasiadas mujeres y niños. ¿Me permitís entablar negociaciones con los barones?».

El vizconde, de acuerdo con sus barones, responde: «Sire, obrad como mejor os parezca. Os otorgamos nuestra confianza.»

El monarca retorna al campamento. Los príncipes y barones franceses están de acuerdo, pero nada quieren prometer sin el asentimiento del legado papal. El rey de Aragón va al encuentro del abad de Cîteaux y le expone el caso. Este le escucha en silencio y luego dice:

«En honor a la gran estima que profesamos al rey de Aragón, autorizamos a su cuñado, el vizconde de Carcassonne, a dejar la ciudad con doce acompañantes elegidos por él. La ciudad y cuanto alberga pertenece a los cruzados.»

Desolado, sube de nuevo el rey hacia su cuñado...

«Sire», exclama Ramon-Roger, «¿me creéis capaz de traicionar al más ínfimo de mis súbditos? Antes me quitaría la vida. Os ruego que volváis a vuestra casa. Sabré defender mi ciudad y a mí mismo».

Afligido, el rey besa a su cuñado y emprende el retorno hacia su tierra, atravesando el condado de Foix y pasando

junto a Montségur y las cuevas del Sabarthès, cuyos muros acaban de ser reparados y reforzados...

Los cruzados renuevan su asalto, pero esta vez son recibidos con una lluvia de flechas, piedras, agua hirviendo y fuego griego. No les queda otro remedio que retroceder...

«¡El Señor está con nosotros!», clama el abad de Cîteaux. «¡Mirad el nuevo milagro! Dios, Señor de los elementos, les ha ordenado ponerse de nuestra parte. Tenemos agua, pues el Aude es nuestro; pero allí arriba, en el nido de herejes, las fuentes se agotan, pues el Señor ha prohibido a las nubes dar de beber a los pecadores».

En la ciudad sitiada se suceden las escenas de atrocidad. El hacinamiento de personas y animales, el hedor de las bestias que revientan, las nubes de mosquitos y la espantosa sed provocan una epidemia. Gimiendo y llorando, corren por las calles mujeres y niños...

Un día, un caballero cruzado, en calidad de parlamentario, se presenta con su caballo en la puerta oriental de la ciudad. Dice que quiere hablar con el vizconde; que viene de parte del rey de Francia, que le ruega vaya al campamento de los cruzados para entablar una negociación; que se le garantiza la ida y el retorno.

«¡Juradlo!», dice Ramon-Roger.

«Juro por Dios Todopoderoso...»

Tras un breve parlamento con sus barones y cónsules, Ramon-Roger se decide a descender al campamento de los cruzados. En compañía de cien hombres a caballo, cabalga hasta la tienda del abad de Cîteaux. Los barones franceses contemplan con curiosidad y admiración al caballero más famoso y valiente de Occitania. El vizconde se presenta ante el abad del cister: «¿Desea su eminencia...?»

«¡Arestadlos, a él y a todos sus caballeros!», exclama el archiabad Arnaud.

Así es cómo, a traición, el vizconde de Carcassonne y sus cien acompañantes son neutralizados. Intencionadamente, se deja escapar a algunos para que anuncien a la ciudad el

arresto de su vizconde. Cuando Carcassonne se entera de la pérdida de su caudillo, sabe que su suerte está echada, sabe que le espera la misma muerte espantosa que a Béziers. Cónsules y barones se reúnen en consejo. Cae la noche...

A la mañana siguiente, los cruzados se hallan a la espera de la rendición de Carcassonne. Pero los puentes levadizos no se bajan, las puertas continúan cerradas. No hay vigías ni en la atalaya mora ni sobre el lago. La ciudad permanece silenciosa como una necrópolis. Los cruzados sospechan que se trata de alguna estratagema. Cautelosos, se acercan a las murallas. Están a la escucha: ningún ruido. Derriban la puerta oriental...

La ciudad se encuentra vacía. Hasta la ciudadela ha sido evacuada...

Ante la noticia del caso Carcassonne llegan corriendo legado, barones, sacerdotes y monjes. Lo primero que hacen es arrojar al vizconde a lo más profundo de las mazmorras de su propio castillo. Lo segundo, instalarse en él como en su casa, y lo tercero, entregar la ciudad al pillaje de los soldados.

Se encuentran ante un enigma. ¡Ni un alma en la ciudad! Los pasos de los intrusos resuenan, tétricos, por las calles vacías...

Desde un balcón del castillo condal, «el comandante en jefe del ejército cristiano», el gran prior Arnaud de Cîteaux pronuncia la siguiente arenga:

«¡Barones y soldados, escuchadme! Como veis, nada se nos resiste. El Dios del trueno hace milagros. En su nombre os prohíbo a todos que saqueéis; de lo contrario, os excomulgaré y os maldeciré. Vamos a entregar todo el botín a un honorable barón que va a mantener en la gracia de Dios el país que hemos conquistado...»

El ejército aplaude la decisión.

Los jefes se preguntan, estupefactos, cómo han podido desaparecer, cual tragados por la tierra, miles de ciudadanos carcassonnenses. La tierra, en efecto, se los había tragado. Durante la última noche, los asediados han huido por un

pasadizo subterráneo a la Montaña Negra, a los bosques de Corbière y a las gargantas del Tabor. En los sótanos encuentran medio millar de ancianos, mujeres y niños, para quienes la huida ofrecía demasiadas dificultades. Un centenar abjura de la herejía. Se les despoja de todas sus ropas y se les deja correr como vinieron al mundo, «sólo vestidos con sus pecados». Los otros cuatrocientos se mantienen firmes en su fe y son colgados o quemados vivos.

En la catedral de San Nazario, los cruzados dan gracias al cielo por la ayuda que les ha prestado. Su *Te Deum* se ve acompañado por los gemidos de las víctimas y su incienso se mezcla con el humo de las hogueras. Arnaud de Cîteaux celebra la «Misa del Espíritu Santo» y predica sobre el nacimiento de Cristo.

Messa lor a cantada de Sante Esperit,
E si lor preziquet cum Jhesu Crist nasquit...

Guillermo de Tudela

Esto ocurría el 15 de agosto del año de gracia de 1209, día de la Asunción de María a los Cielos, Patrona de la Cruzada...

Carcassonne ha caído. Durante siete años, Carlomagno la había asediado en vano. Sólo por propia voluntad se entregó al genial emperador. Así es cómo una ciudad de caballeros había pagado su tributo caballeresco al primer «caballero sin miedo y sin tacha». Y ahora caía Carcassonne por una traición. La ciudad más encantadora y caballeresca de Occitania, la ciudad de las cincuenta torres, donde los reyes godos y los sultanes tuvieron su corte, donde Adelaida acogió a reyes y trovadores, donde los Trencavel lanzaban su mirada vigilante hacia la *Terre de la Salväsche,* ha caído fruto de una traición.

Victoriosos, los peregrinos de la cruzada contra los albigenses colocan en la torre más alta de Carcassonne el símbolo de su triunfo: la cruz.

¡El «Grial» está en peligro...!

Después de la misa de acción de gracias, celebrada en la

iglesia de San Nazario, el abad de Cîteaux convoca a todos los prelados y barones. Le parece que ha llegado el momento de dar al país conquistado un nuevo señor. El duque de Borgoña, los condes de Nevers y de Saint-Paul, que son a quienes primero ofrece Arnaud el vizcondado de Béziers y Carcassonne, rechazan indignados la propuesta. Han venido a castigar a los herejes y no a apropiarse de tierras sobre las que no tienen ningún derecho.

Se constituye un comité encargado de nombrar al nuevo señor temporal. Arnaud de Cîteaux, dos obispos y cuatro caballeros eligen, «bajo el manifiesto influjo del Espíritu Santo», como dice el cronista, a *Simon de Montfort,* conde de Leicester.

Simon de Montfort había participado en 1201 en la cruzada de Balduino de Flandes. Cuando los caballeros franceses, a falta del dinero necesario para una cruzada en Palestina, vendieron sus servicios a los venecianos para reconquistar la ciudad de Zara, en Dalmacia, perteneciente a Hungría desde 1118. Simon de Montfort, como único barón francés, declaró que había ido para combatir contra los infieles y no para hacer la guerra a favor de Venecia en contra de Hungría. Hecho que le movió a dejar la «cruzada».

Al ser predicada la guerra santa contra los albigenses, un abad cisterciense fue a visitarle a su castillo de Rochefort con ánimo de convencerle para que tomase parte en la cruzada. En un primer momento, Montfort no accedió. Pero tomando a continuación su salterio, lo abrió al azar y pidió al abad que le tradujera el salmo que tenía ante sí:

«Pues él ha ordenado a sus ángeles que te protejan en todos tus caminos, que te cojan en sus manos para que tus pies no tropiecen con las piedras. Irás sobre leones y víboras y pisarás cachorros de león y dragones. Si me lo pide, le ayudaré; conoce mi nombre, por eso le protegeré. Le sacaré de sus apuros y le honraré.» Esto era lo que decía el salmo sobre el que Simon había puesto su dedo: el salmo 91 del Antiguo Testamento.

Simon de Montfort tomó la cruz contra los albigenses

«para gloria de Dios, honra de la Iglesia y exterminio de la herejía». Este rudo luchador, que no sabía ni leer ni escribir, se convirtió en el implacable destructor de Occitania. A este fanático, injusto y cruel, que durante diez años estuvo devastando una de las regiones más pacíficas y hermosas de Occidente, la Iglesia continúa aún hoy en día considerándolo como el «campeón de Jesucristo», como «el salvador de Roma».

El 10 de noviembre de 1209, Ramon-Roger [119], el noble Trencavel, muere súbitamente.

«¡Ha sido envenenado!», lamentan los occitanos.

«¡Malditos sean quienes así opinan!», claman los peregrinos de la cruzada albigense. Hasta el papa Inocencio III ha tenido el coraje de escribir en una carta que el joven vizconde de Carcassonne y de Béziers ha sido *miserabiliter infectus*, miserablemente envenenado.

Con la llegada del caballero Simon de Montfort, al Trencavel, el «Parsifal», no le quedaba otro remedio que terminar sus días en lo más profundo de las mazmorras de su propio castillo. El más noble caballero de Occitania tuvo que apurar la copa del veneno, lo mismo que lo hiciera Sócrates, el más egregio pensador de Grecia.

¡Déjate enterrar, caballería,
y que ninguna palabra te proclame ya!
¡Estás escarnecida y sin honor,
no hay muerto que tenga menos fuerza,
se te exprime y clericaliza,
el rey suprime tu herencia,
y todo tu imperio es engaño y venta,
y así es como eres suprimida!

Peire Cardinal

Los primeros en abandonar la cruzada son el conde de Nevers y sus vasallos. Siguen su ejemplo el duque de Borgoña y todos los barones franceses, uno tras otro. Han hechc los cuarenta días de «servicio» necesarios para asegurar la

salvación de sus almas. En vano intentan los príncipes de la Iglesia convencer a los caballeros de que la causa de Dios continúa reclamando su presencia. También se retiran los *ribautz* y los *truands*. El botín conseguido les basta y desean volver a casa.

Montfort, no faltaba más, se queda, y con él todos los arzobispos, obispos, abades, curas y frailes, pero con sólo treinta caballeros y unos cuatro mil quinientos peregrinos, borgoñones y alemanes en su mayor parte, a quienes se ve obligado a pagar doble sueldo por sus servicios. La situación de Montfort es extraordinariamente delicada. Cuando se hallaba en la cúspide del éxito, los legados habían celebrado un concilio en Aviñón en el que hicieron jurar a todos los caballeros, nobles y empleados municipales de los territorios conquistados que harían cuanto estuviera en sus manos para la erradicación de la herejía. Pero esto no significaba gran cosa, ya que los juramentos resultaban un mero formulismo y el homenaje rendido a Simon por sus nuevos vasallos en modo alguno era sincero, pues había sido conseguido por la fuerza.

El país va lentamente recuperándose de su terror. Comienza una serie de guerrillas que comprometen cada vez más la situación de Montfort. A veces, su poder no va más allá de la punta de su lanza. En una ocasión, en Carcassonne, a duras penas consigue impedir que sus propias tropas emprendan la huida. En otra, cuando quiere ir a asediar Termès, le resulta casi imposible encontrar un caballero que esté dispuesto a asumir el mando de la guarnición de Carçassonne.

A pesar de todas estas dificultades, consigue apoderarse de algunas fortalezas, así como asentarse provisionalmente en el condado de Foix. En la primavera de 1210 mejora su situación al unirse a la cruzada nuevas tropas de peregrinos.

Hacia finales del año 1209, Raimundo VI visita al papa y se queja de la actitud no cristiana de Simon de Montfort [120]. Espera poder contar con una mayor indulgencia por parte del papa, debido a que el rey de Francia y sus vasallos más

poderosos no han tenido reparos en exponer su indignación ante la crueldad de Simon y el vergonzoso y desleal comportamiento de los legados. Raimundo intenta demostrar al papa cuán injustamente le han perseguido hasta entonces los legados, a él y a sus súbditos. Asegura haber cumplido con todas las condiciones que le impusiera el legado Milo en Saint-Gilles y ruega a Inocencio le absuelva definitivamente de la acusación, que continúa pesando sobre él, de haber asesinado a Pedro de Castelnau. El Santo Padre le recibe cordialísimamente, le obsequia con magníficos regalos, le muestra famosas reliquias, que le permite tocar. Le llama «mi querido hijo» y encomienda a sus legados la misión expresa de convocar, a más tardar en el plazo de tres meses, un concilio, a fin de dar al conde de Toulouse la posibilidad de defenderse.

¿No hubiera actuado Inocencio de forma más correcta escuchando allí mismo la justificación de Raimundo? Pero nada de esto le importaba al papa, pues no tenía intención alguna de desviarse de la línea de conducta que había trazado para sí y para sus legados, y que tendía a la completa aniquilación de Raimundo. El conde, con el corazón repleto de sospechas, se apresura a abandonar la «ciudad eterna», «por miedo a caer allí enfermo».

En lugar de preparar el concilio exigido por el papa, los legados pontificios se dedican a arengar a la población tolosana con la esperanza de poder sublevarla contra su señor. Una hermandad religiosa, fundada para la «conversión de los herejes», se pelea diariamente en las calles de Toulouse con los ciudadanos fieles al conde.

Entonces, como dice Pedro de Veaux-Cernay, el monje historiógrafo y biógrafo oficial de Simon de Montfort, «Dios les abre un camino, les indica un medio para abortar la justificación del conde». Este «medio», inspirado por Dios a los legados, consiste en exigir de nuevo a Raimundo que expulse definitivamente de sus tierras a *todos* los herejes. La exclamación admirativa del buen monje sobre la mentira piadosa, tan pícaramente preparada y tan hábilmente termi-

nada: «¡Oh piadosa mentira del legado! ¡Oh engañosa piedad!», nos aporta la clave de los secretos de la diplomacia romana en su modo de obrar contra los albigenses.

También Simon de Montfort contribuye a humillar a Raimundo VI. Recorre con sus peregrinos el condado de Toulouse llevando la muerte y el fuego. Cuando pone sitio a Minerve, el abad de Cîteaux le apoya con tropas de refresco. Guillermo, señor de Minerve [121], quiere entregar la ciudad a los cruzados si se deja con vida a sus súbditos. Arnaud desea ardientemente la muerte de todos los herejes, pero cree no poder compaginar la orden de asesinar a todos los sitiados con su dignidad sacerdotal, por lo que decide dejar con vida a todos los católicos y a los herejes que estén dispuestos a abjurar de sus creencias. Los caballeros de Montfort protestan: ««Hemos venido para exterminar a los herejes, no para perdonarles. Por miedo a la muerte, harán como que se convierten.» El abad Arnaud los tranquiliza: «Les conozco lo suficiente; ni uno solo de ellos se convertirá.»

Realmente conocía bien a los herejes. Excepción hecha de tres mujeres, todos los demás se negaron a comprar su vida mediante la abjuración de su fe y ahorraron a sus verdugos las molestias de empujarlos a las hogueras llameantes: ellos mismos se arrojaron a las llamas.

Termès debe ser arrasada...

Termès es una fortaleza inexpugnable, una ciudad admirablemente fortificada, con una periferia igualmente circundada de consistentes murallas, rodeada toda ella por un río caudaloso, cuyo lecho ha ido corroyendo el granito.

Ramon, el anciano señor del castillo, un hijo de Belissena, está listo para su defensa. El «ejército de Dios» no se hace esperar. Pero sólo cuando llegan los refuerzos de bretones, franceses y alemanes se pone seria la situación.

Un especialista consumado dirige el asedio: Guillermo, arzobispo de París y experto en artillería de sitio. Predica, reprende, da instrucciones a carpinteros y herreros, inflama a los soldados; en una palabra: conoce su oficio. Manda

colocar todo en derredor de la ciudad los arietes y catapultas más sofisticados.

Pasan los meses. Los sitiados se burlan de los vanos esfuerzos de los asaltantes:

«Nuestra ciudad es fuerte, perdéis el tiempo, y... tenemos más alimentos que vosotros...»

Los sitiados saben que el hambre está haciendo estragos en el campamento de los cruzados. Hojas y hierbas sustituyen al pan que les falta. Pero Dios se preocupa de sus peregrinos en armas. Prohíbe a las nubes derramar su agua sobre los herejes. Los pozos de la ciudad sitiada empiezan a agotarse. Apagan su sed con vino, pero éste empieza ya a escasear. El hambre es terrible, pero más terrible aún es la sed.

«Mañana nos entregaremos», comunica Ramon, señor de la ciudad, a los cruzados.

Pero Ramon va dejando transcurrir la mañana. Desde el borg de su castillo mira hacia los Corbières y ve cómo una nubecilla pálida flota sobre el Bugaratsch. Sabe lo que significa...

La nube se hace cada vez más grande y más oscura, hasta cubrir el cielo. Se desencadena un diluvio. Los medio muertos de sed beben y beben de los cubos el divino líquido, que iba a acarrearles su perdición. Pues la disentería irrumpe en la ciudad y empieza a segar las vidas de sus habitantes. Los defensores de Termès, presas del pánico, luchan por escapar de la muerte que les acorrala. Un cruzado se da cuenta de que intentan huir aprovechando las sombras de la noche y despierta al campamento dormido.

Y, una vez más, vuelven a encenderse las hogueras...

Montfort vuelve triunfante a Carcassonne. Ramon de Termès es arrojado a una mazmorra. Cuando su hijo, después de mucho tiempo, quiere sacar de aquella tumba a su padre, al fin amnistiado, no encuentra tras los muros más que los huesos de su esqueleto.

Entretanto, a requerimiento del papa, los legados han tenido que convocar un concilio (en Saint-Gilles, septiembre de 1210).

Fríos e impasibles, manifiestan al conde de Toulouse que

no ha cumplido su juramento, pues no ha expulsado a *todos* los herejes, y que, por ende, no les es posible absolver a un perjuro de una acusación de asesinato. Sin escuchar su defensa, lo excomulgan de nuevo.

Un hombre con un carácter más enérgico probablemente hubiera montado en cólera ante el descubrimiento de tan miserable engaño. Raimundo, por el contrario, estremecido ante la súbita pérdida de sus esperanzas, prorrumpe en lágrimas. Sus jueces lo interpretan como una prueba más de su «maldad congénita».

A instancias del papa, los legados se ven obligados a celebrar una nueva conferencia, que tiene lugar en Arlès en enero de 1211 [122]. Mientras hacen esperar a Raimundo, «aterido», ante las puertas, los legados ingenian nuevas condiciones, sabedores de antemano que el conde las rechazará:

«El conde de Toulouse deberá licenciar todas sus tropas. Deberá entregar al clero todas las personas que le sean señaladas como herejes. No habrá, de ahora en adelante, más que dos clases de carnes autorizadas en todo el condado de Toulouse. Todos los habitantes, nobles y plebeyos, no podrán en adelante ir vestidos a la moda, sino que tendrán que llevar hábitos oscuros de tela gruesa. Todas las fortificaciones de ciudades y castillos deberán ser desmanteladas. Los nobles, hasta ahora residentes en la ciudad, sólo podrán vivir en tierra llana, como los campesinos. Todo cabeza de familia tendrá que tributar anualmente a los legados cuatro escudos de plata. Simon de Montfort tendrá derecho de pasaje por los estados de Raimundo, y si de algo se apropiare, el conde de Toulouse no le hará frente. Este deberá ir a servir a Palestina con los templarios o con los caballeros de San Juan y no podrá retornar hasta que se lo autoricen los legados. Sus posesiones pertenecerán al abad de Cîteaux y a Simon de Montfort todo el tiempo que a éstos les plazca.»

Esta ignominiosa humillación despierta el coraje adormecido de Raimundo. Comprende la imposibilidad de negociar con semejantes adversarios, que carecen de la más elemental honradez. Hace publicar en todos sus estados las

condiciones que los legados, rebosantes de odio y altivez, le han impuesto. El efecto que producen es más fuerte que un llamamiento a las armas.

«¡Preferimos abandonar nuestra patria con el conde que tener que someternos a curas o franceses!», exclaman los vasallos de Raimundo. Los burgueses de Toulouse, los condes de Foix y de Comminges y todos los hijos de Belissena prometen ayuda a Raimundo. Hasta hay prelados católicos que, desaprobando esta cruzada «impía», apoyan públicamente al desgraciado conde.

Con redoblado celo predican los legados la cruzada en todo Occidente. Consigue reclutar nuevas tropas en Alemania y Lombardía. Simon necesita refuerzos; quiere apoderarse de Lavaur.

Los cruzados, por el nombre del Hijo de Dios muerto en la cruz, se habían comprometido a tomar venganza sangrienta de Lavaur. El soberano de esta ciudad, un «belisseno», había dicho en cierta ocasión, dirigiéndose a la cruz: «¡Que jamás esta señal sea para mí ocasión de salvación!»

Lavaur [123] es una de las ciudades más fortificadas de Occitania. Pero ¿quién va a dirigir la defensa? El señor del castillo cayó en Carcassonne. Donna Geralda, su esposa, era una mujer débil.

La ciudad se halla repleta de trovadores, que huyen; de caballeros proscritos y de cátaros que a duras penas han escapado de la hoguera.

Améric, hermano de Donna Geralda, se entera de que Simon de Montfort amenaza a su ciudad paterna. Corre a galope tendido en defensa de su hermana, de su pueblo y de su patria. Consigue entrar en la ciudad. Los cruzados han comenzado ya el asedio.

Montfort entretanto cuida con esmero a sus tropas. Se halla a la espera de los peregrinos alemanes que, sobrepasada Carcassonne, se aproximan.

Estos alemanes no llegarán jamás. El conde de Foix les infringe una contundente derrota. Dos tercios de los peregrinos yacen en el suelo, muertos o heridos. Los restantes

son perseguidos bosque adentro por las tropas del conde de Foix. Uno de ellos se refugia en una capilla. El infante de Foix le ha seguido.

«¿Quién eres?», le pregunta el joven conde.

«Soy peregrino y sacerdote.»

«¡Demuéstralo!»

El alemán se quita la capucha y muestra su tonsura. El joven infante de Foix le parte el cráneo.

Montfort hace construir dos torreones de asalto móviles y coloca en el extremo de uno de ellos, a guisa de talismán, un crucifijo. Una piedra, lanzada por una catapulta de los sitiados, arranca un brazo a Montfort. «Y aquellos perros», escribe el cronista, «empezaron a reír y a gritar, como si hubieran conseguido una gran victoria. Pero el Crucificado se vengará milagrosamente, pues el "día de la invención de la Santa Cruz" los castigará por esta acción».

Las torres móviles no pueden acercarse a las murallas a causa del profundo foso que rodea a la ciudad. Los cruzados arrojan en él todas las estacas, troncos y ramas que encuentran. Las torres pueden avanzar. Pero los sitiados, sirviéndose de arpones de hierro, pescan a los asaltantes y los derriban de las torres al suelo. Al hacerse cada vez más crítica la situación de la ciudad, los asediados cavan zapas por debajo de los muros e introducen en la ciudad los troncos. Las torres se desploman. Durante la noche los más osados intentan prender fuego a las máquinas de asedio, pero dos condes alemanes hacen, con sus soldados, que el plan fracase.

Montfort y los legados comienzan a desmoralizarse. Cuanto arrojan a los fosos, desaparece por la noche. Al fin un taimado cruzado propone que se condene la galería subterránea con leña y follaje húmedo y que se le prenda fuego para llenarla de humo. Se pone en práctica la proposición. Las torres pueden avanzar nuevamente. Pero cae sobre los asaltantes una lluvia de piedras y se vierten sobre ellos desde las almenas de las murallas pucheros de brea y de aceite hirviendo y de plomo fundido.

Entonces acontece un nuevo milagro: los legados, los obispos de Carcassonne, Toulouse y París entonan el himno de la cruzada, el *Veni Creator spiritus.* Acto seguido se derrumba un muro por el empuje de una balista. Los defensores de Lavaur, petrificados por el canto de los peregrinos, dejan entrar al enemigo sin oponer resistencia y se dejan, sin más, encadenar.

De acuerdo con la profecía del cronista, Lavaur es tomada el día de la Invención de la Santa Cruz, por ende, el 3 de mayo de 1211. Durante dos meses se enfrentó la ciudad a quince mil cruzados. Simon de Montfort, nobles franceses y alemanes, obispos, abades, monjes, burgueses, labriegos, siervos de la gleba, gitanos: el ejército de Cristo hace su entrada en la ciudad conquistada. Sus habitantes, sin distinción de confesión, edad o sexo, son pasados por las armas.

Un caballero cruzado, habiéndose enterado de que un gran número de mujeres y niños se hallan escondidos en un sótano, pide a Simon de Montfort que otorgue su gracia a los más débiles. Se les concede. Este caballero, cuyo nombre no han considerado importante transmitírnoslo ninguno de los dos cronistas —ni el monje historiógrafo Vaux-Cernay ni el trovador-historiador Guillermo de Tudela—, es el único «hombre cabal» de la cruzada contra el Grial.

Améric de Montréal, hermano de la soberana, y ochenta caballeros, nobles y trovadores, son conducidos al lugar de la ejecución. Las horcas están ya preparadas. Améric es el primero en ser ahorcado. El gigantesco patíbulo, que debía haber soportado el peso de ochenta caballeros, se rompe con el de uno solo. Los carpinteros han trabajado mal. A Montfort no le apetece esperar, y ordena degollarlos.

Junto a los jefes de la cruzada, una mujer, encadenada, se halla en pie: Donna Geralda, la soberana de Lavaur.

Arrojaron a Dama Geralda a un pozo.
De piedras la cubrieron;
habiendo en ello lamentación y pecado,
pues no hubo persona alguna, sabedlo bien,
que dejara su casa sin haber recibido hospitalidad.

Guillermo de Tudela

Donna Geralda fue arrojada a un pozo y cubierta de piedras hasta que dejaron de oírse sus lamentos. Muere dos veces, pues lleva un niño en sus entrañas.

Se prende fuego a una hoguera, fuego de regocijo: han conseguido atrapar a cuatrocientos cátaros. Cuantos son incapaces de recitar el Ave María son llevados a ella «en medio de un gran alborozo».

La alegría que experimentaban los mártires por dejar al fin este infierno es superior a la de sus verdugos. Dándose el ósculo de la paz y al grito de «¡Dios es Amor!», se arrojan a las llamas. Las madres tapaban los ojos de sus hijos hasta que el fuego se los cerraba para siempre, descubriéndoles el paraíso eterno.

Montségur, cual dedo levantado contra el cielo acusador e impoluto, se yergue al Oeste, sobre su roca altiva y señorial, por encima de la nube de sangre, hogueras y ciudades en llamas. Es un dedo que acusa y al mismo tiempo señala el lugar donde sólo habrá luz, amor y justicia.

«Señor, perdónales, porque no saben lo que hacen. Pero yo os digo: os darán muerte y creerán que hacen una obra agradable a Dios. Si permanecéis fieles hasta la muerte, os daré la corona de la vida eterna. *Diaus vos benesiga*...»; así consuela Guillabert de Castres a los angustiados cátaros en la «fortaleza santa» que domina las gargantas del Tabor.

Tras la caída de Lavaur, los cruzados se incitan a nuevas atrocidades. Cuando bordean el bosque donde, poco antes, seis mil peregrinos alemanes habían sido estrepitosamente derrotados, Foulques, obispo de Toulouse y anteriormente trovador, a quien Dante transportó al Paraíso, cree ver una aureola, y comunica este nuevo milagro al papa Inocencio III [124]. Pero el papa hacía mucho tiempo que había caído en la cuenta de que sus «vicarios», cegados por el fanatismo y la ambición, habían ido demasiado lejos. El papa Inocencio III caía en la cuenta. Había querido ser Dios y tuvo que reconocer que no era sino un hombre, un mago sin duda, pero que no podía desembarazarse ya de los espíritus que había convocado...

Ante la imagen de Cristo en el silencio de la noche
se arrodilla Inocencio y reza en voz alta;
¿siente, tal vez, horror ante el silencio
que ha hecho reinar sobre este mundo?
Eleva su mirada a la imagen de Dios,
cuyo amor y dulzura le horrorizan,
mientras piensa en lo que ha hecho,
en la forma tan sangrienta como ha conducido al mundo.

Mira fijamente el rostro de la imagen,
pero una falena le quita la luz,
y todo en su derredor se torna oscuro
y silencioso; ya no hace más preguntas a la imagen.

Pronto ve otras luces que ascienden
y otras cruces que no se ocultan,
las llamas de Provenza muestran
las cruces en el pecho de los verdugos.

Las ruinas se desmoronan, resuenan las espadas,
y del salvaje crepitar del fuego
escucha maldecir su nombre
Cuando esta espantosa visión le asedia
aprieta su conciencia en su puño
e impasible murmura: "¡Amén!", "¡Amén!"

Lenau, *Los Albigenses*

Si existe la metempsicosis, el alma de Diocleciano se ha reencarnado en el papa Inocencio III. El Dios por el que lucharon los peregrinos de la cruzada contra los albigenses no era Yahvé, ni Baal, ni Thor, ni siquiera Lucifer, sino Moloch, el dios del valle de Hinnom.

Hasta la cruzada albigense, Provenza y Languedoc semejaban una «isla tranquila, alegre y floreciente en el corazón de un mar lleno de tormentas». Las sangrientas atrocidades de la guerra santa contra los herejes constituyeron una de las mayores y más horrendas tragedias que jamás el mundo vio.

Un país rico y hermoso, un pueblo tolerante, libre y no hundido en las tinieblas ni en el miedo al fin del mundo medievales, la única civilización —y quizá la más cristiana— que fue digna sucesora de la «sencillez y grandeza» de los

antiguos, fueron aniquilados por un teócrata de genio y por unos vecinos envidiosos y mojigatos.

Cristo había sembrado amor; el mundo recogía odio. Cristo había querido derogar la Ley Antigua e instaurar la Nueva; pero el mundo hizo que la Nueva Alianza fuera más cruel que la Antigua.

Las hogueras de los cruzados contra los albigenses arraron, junto con la flor y nata del país, las tiernas plantas de su poesía, que a partir de entonces inició su marchitamiento. Con la cruzada albigense desapareció aquel sentimiento de tranquilidad absoluta, aquella vida espiritual de gozo y de amor; Occitania perdió el encanto de paz, de bienestar, que se respiraba por doquier para dar paso a la beatería y a la sed de sangre. La guerra contra los albigenses dio el tiro de gracia a la poesía occitana, que ya no volvió a florecer.

Andamos tristes y descarriados;
las espléndidas tiendas son sueños desvanecidos,
las blandas sillas y la suntuosa vajilla,
los cascabeles de plata y las bridas doradas.

Las flechas se dirigen ahora al corazón,
no las canciones, con agrado y dulce dolor.
¡Felices tiempos, que perdimos!
¡Tristes días, que sepultaron el cantar!

Sus dos arpas yacen junto al árbol
hasta que, solitarias, se pudran y corroan:
las cuerdas tiemblan al soplo del viento
y el armazón de policroma seda tremola.

Lenau, *Los Albigenses*

La cruzada contra los albigenses continuó rugiendo durante largo tiempo. Sólo he querido reproducir los hechos hasta el momento en que nos encontramos. Y lo he hecho, a pesar de mis limitaciones, de la forma más fiel que he podido. Ramon-Roger de Carcassonne, Améric de Montréal, Donna Geralda de Lavaur, no son sino tres de los cientos de miles de mártires del Languedoc... [125].

¡Raimundo de Toulouse, Pedro de Aragón y Simon de Montfort continúan con vida! [126].

¡Las murallas de Montségur siguen en pie; Esclarmonde continúa custodiando el santo Grial!

Pedro de Aragón, que gozaba de las simpatías del Vaticano, se había confesado abiertamente a favor de Toulouse. En su condición de monarca occitano no podía permanecer impasible ante el expolio que estaban realizando con Raimundo. Además, eran sus propios intereses los que se hallaban en peligro ante el poderío cada vez mayor de Simon de Montfort. Simon otorgó los feudos conquistados exclusivamente a los franceses e hizo organizar a la francesa las provincias sometidas. Lo que también pudo determinar la actitud anti-Roma de Pedro fue la exasperación que le produjo la noticia del espantoso final de Ramon-Roger. Como sabemos, Béziers se encontraba sometido al vasallaje del rey Pedro de Aragón, quien al mismo tiempo se hallaba unido al joven vizconde por lazos de familia y de profunda amistad.

Pedro era considerado como un caballero occitano sin miedo y sin tacha. En la batalla de Las Navas de Tolosa, en 1212, batalla que rompió el poderío de los moros en España, sobresalió por encima de todos los demás reyes y nobles y consiguió el sobrenombre de *El Católico.*

Ya en el año 1204 había dado muestras de su ardiente celo religioso cuando, en compañía de un brillante séquito, hizo velas hacia Roma, donde prestó juramento de fidelidad a Inocencio. Fue coronado con un pan sin levadura y recibió del papa el cetro, la capa y demás insignias reales, que, con gran veneración, depositó sobre el altar de San Pedro. Le hizo entrega de su reino, lo que le valió recibir del papa una espada y el título de primer alférez o abanderado de la Iglesia.

En virtud de sus buenas relaciones con el Vaticano, Pedro envió, en primer lugar, una embajada a Inocencio para quejarse de los procedimientos de los legados; procedimientos que consideraba arbitrarios, injustos y contrarios a los autén-

ticos intereses de la religión. Acto seguido, se dirigió a Toulouse con la intención de intervenir en favor de su cuñado Raimundo, a quien habían arruinado. Sus embajadores indujeron a Inocencio a que ordenara a Montfort la restitución de todos los bienes que habían sido arrebatados a los noherejes y a que exhortara a Arnaud a no impedir la cruzada que la curia romana preparaba contra los sarracenos, prolongando las hostilidades en el condado de Toulouse, cruzada que concluyó victoriosamente con la batalla de Las Navas de Tolosa.

Este modo de proceder del papa, junto con la enérgica mediación de Pedro, produjo en los legados una profunda impresión e hizo que toda la jerarquía del Languedoc se pusiera en acción para superar la crisis.

En enero de 1213, el rey de Aragón entregó a los legados pontificios una petición en la que imploraba más bien gracia que justicia para con los nobles que habían sido despojados de sus bienes. Presentó un acta de renuncia firmada por Raimundo y confirmada por la ciudad de Toulouse, así como las correspondientes «abdicaciones» de los condes de Foix y de Comminges en las que hacían entrega a Pedro de sus dominios y derechos. Le reconocían la potestad de actuar como bien le pareciera caso de que se mostraran refractarios a las órdenes del papa. Sólo cuando hubiesen prestado a la Iglesia la satisfacción debida, se les restablecería en sus derechos. Ninguna sumisión podía ser completa, ningunas garantías suficientes. Pero los prelados se hallaban demasiado sumidos en su fanatismo, ambición y odio. El hundimiento de la Casa de Toulouse les era demasiado caro como para desviarse en la prosecución de su fin.

Las garantías ofrecidas por Pedro en su petición no merecieron la más mínima consideración por parte de los legados. Arnaud de Cîteaux llegó a escribir al rey de Aragón una durísima carta en la que le conminaba con la excomunión caso de que no rompiera sus relaciones con los excomulgados por herejía o acusados de la misma.

Ambas partes entretanto habían procedido sin esperar la decisión de Roma. En Francia se había predicado de nuevo

la cruzada. El delfín Luis, hijo de Felipe-Augusto, había tomado la cruz junto con otros muchos barones. En el otro campo, el rey Pedro había estrechado aún más sus relaciones con Raimundo y con los nobles excomulgados.

En septiembre de 1213 tuvo lugar, en Muret, no lejos de Toulouse, una batalla decisiva entre los cruzados y la coalición occitana. Vencieron los cruzados. Tenían los milagros de su parte, y el incienso y las plegarias pesaban más que el patriotismo y la mística de los occitanos. Si hemos de creer al cronista, también en Muret la victoria de Simon de Montfort se debió a un milagro: los nobles albigenses, para tener a Pedro más de su parte, le entregaron sus mujeres e hijas. La mañana de la batalla se encontraba por ello tan agotado, que no podía mantenerse en pie durante la celebración de la misa, ni mucho menos participar en el combate como hubiera correspondido a un rey. Pedro de Aragón, en la confrontación, perdió la vida a manos de dos famosos caballeros franceses: Allain de Roucy y Florent de Ville.

Simon de Montfort moriría el año 1216. El abad Arnaud de Cîteaux, que había sido nombrado entretanto arzobispo de Narbonne, y con quien se había enemistado, le anatematizó.

Al parecer, este hecho supuso el final de su poderío. Toulouse, después de la batalla de Muret, se rebeló contra él. Cuando, el día de San Juan de 1216, intentaba reconquistarla, una piedra, lanzada contra él por una presunta mano femenina, le causó la muerte. Grande fue el dolor de los creyentes de todo Occidente al correrse la noticia de que el «glorioso paladín de Cristo», el «nuevo Macabeo», el «bastión de la fe», había caído como mártir en la defensa de la religión.

Seis años más tarde moría Raimundo VI, conde de Toulouse, duque de Narbonne, marqués de Provenza, convertido en el monarca más desdichado y pobre de Occidente.

Cuando el abad de San Cernin iba a darle la extremaunción, había perdido ya el habla. Un hospitalario que se halla-

ba en la cámara mortuoria echó sobre el conde su capa provista de una cruz. Quería asegurar para su orden la sepultura en consideración al legado que el conde les había testado. Pero el abad de San Cernin, retirando violentamente la capa, reivindicó el sepelio a gritos por haber muerto el conde en su parroquia.

Una encuesta ordenada por el papa Inocencio IV en el año 1247 puso de manifiesto que, en virtud de las declaraciones de ciento veinte testigos, Raimundo había sido «el más piadoso y misericordioso de los hombres y el más obediente servidor de la Iglesia». Pero nada pudo impedir la espantosa realidad de que los restos mortales del conde permanecieran insepultos y de que, en el convento de los hospitalarios, fuera pasto de las ratas. A finales del siglo XVII sólo podía ya contemplarse, como «curiosidad», su cráneo.

París y Roma continuaron predicando cruzadas contra los albigenses hasta el año 1229, fecha en la que Raimundo VII de Toulouse y San Luis de Francia entablaron serias negociaciones de paz en Meaux, siendo ratificados solemnemente los tratados en París el 12 de abril de 1229.

Raimundo, en traje penitencial, tuvo que arrodillarse en la plaza de Notre-Dame ante el legado papal y pedirle tuviera a bien permitirle entrar en la catedral. En el atrio se le despojó de su ropa y de su calzado y, revestido de una simple camisa, fue conducido ante el altar mayor, donde se le levantó la excomunión. Tuvo que jurar el cumplimiento de las condiciones de paz. A continuación se le llevó al Louvre, donde tuvo que permanecer como prisionero hasta el día de la boda, determinada en el tratado de paz, de su hija Juana con el hermano de San Luis, niño que apenas tenía nueve años.

Las condiciones de paz eran las siguientes: Raimundo debía prestar juramento de fidelidad al rey y a la iglesia y comprometerse a desalojar el nido de herejes de Montségur y a conceder una prima de dos escudos de plata a todo aquel que entregara, vivo o muerto, a un hereje. Además, como indemnización, tenía que dar a las iglesias y conventos

de Occitania diez mil marcos y tenía que hacer una donación de cuatro mil marcos para el establecimiento de una facultad católica en Toulouse. Se le ordenaba tratar como amigos a quienes habían combatido contra él durante las cruzadas. Las murallas de Toulouse y de otras treinta ciudades y fortalezas debían ser demolidas y había que entregar al rey de Francia, como fianza y durante diez años, cinco castillos. Se admitía implícitamente que el conde de Toulouse había perdido el derecho a todos sus bienes. San Luis, graciosamente, le dejaba con los territorios comprendidos en el antiguo obispado de Toulouse, pero con la condición de que a su muerte pasaran a manos de la hija de Raimundo y de su esposo, el hermano de Luis, y de que luego pertenecieran para siempre a la casa real francesa. El rey se reservaba desde un principio los territorios del ducado de Narbonne y de los condados de Véley, Gévaudan, Viviers y Lodève, mientras que el marquesado de Provenza, al oeste del Ródano, era dejado como feudo a la Iglesia. Raimundo perdió de esta forma los dos tercios de sus dominios [127].

En las otras grandes ciudades de Occitania, en otro tiempo vasallas del conde de Toulouse, pero en realidad casi independientes del mismo, se instituyeron senescalías reales.

Raimundo tuvo que tomar al fin enérgicas medidas para obligar a todos los vasallos aún insubordinados a reconocer la dominación francesa, sobre todo al conde de Foix, quien al año siguiente se vio asimismo obligado a firmar una paz humillante. De este modo quedaba asegurada la soberanía de la corona francesa en todo el sur de Francia. ¡El Louvre había triunfado!

Roma, sin embargo, creía que aún no había llegado la hora de deponer las armas.

¡Ay! ¡Toulouse y Provenza!	*Ai! Tolosa e Provensa!*
¡Y la tierra de Agen!	*E la terra d'Agensa!*
¡Béziers y Carcassone!	*Bezers e Carcassey!*
¡Cómo os vi! ¡Cómo os veo!	*Quo os vi! Quo vos vey!*

Bernard Sicard de Marjevols [128]

Hay en el bosque una cueva, profunda y silenciosa,
a donde no llegan ni los rayos del sol ni el soplo del viento,
a donde se arrastra la bestia vieja y agotada
cuando quiere morir, oculta, en las tinieblas.

Tal vez habría que aprender más de los estertores angustiosos
de un animal que de las estrellas.

Lenau, *Los Albigenses*

CUARTA PARTE

LA APOTEOSIS DEL GRIAL [129]

Roma había monopolizado la ortodoxia y el milagro. La cruzada contra los albigenses —como todos los cronistas unánimemente atestiguan— concluyó, ¡cómo no!, con una victoria gracias a los milagros que el «Dios del trueno» había obrado en favor de sus combatientes.

Juana de Aza, noble española, una noche del año 1170, tuvo un extraño sueño: llevaba en su seno un perro, que cuando lo trajo al mundo tenía en su boca una antorcha encendida con la que prendió fuego al mundo. Cuando Juana dio a luz un muchacho sano y el sacerdote le bautizó con el nombre de Domingo, su madrina tuvo una visión singular: vio en la frente del recién bautizado Domingo una estrella que daba vueltas y que iluminaba toda la tierra con su resplandor.

En el año 1206 vimos a *Santo Domingo* en Montpellier animando a los desalentados legados del Papa e impidiendo que abandonasen la empresa iniciada: la conversión de los herejes. Luego le encontramos en el concilio de Pamiers junto al monje que, enojado, le grita a la archihereje Esclarmonde que, en lugar de inmiscuirse en discusiones teológicas, lo que debía hacer era permanecer junto a su huso y su rueca. Finalmente, detectamos su presencia al fundar, no lejos de Montségur, el convento de Nuestra Señora de Prouille y al buscar neófitos entre los albigenses. Habíamos omitido mencionar que se hallaba unido a Simon de Montfort por una «piadosa amistad», y que en cierta ocasión, en Lagrasse, cerca de Carcassonne, celebró misa sobre un estrado improvisado mientras a los cuatro costados del mismo se habían preparado hogueras para quemar a los desdichados herejes.

No vamos a investigar de qué «milagros» se sirvió para reclutar frailes para el convento de Prouille, para conseguir la autorización pontificia de la Orden dominicana y para comprobar cómo el rezo del rosario a la Madre de Dios era imprescindible para la erradicación de la herejía. Nos contentaremos con decir que casi a diario visitaba a los herejes encarcelados para anunciarles el evangelio de salvación, que el pueblo le veneraba como a un santo llevándose como reliquias trozos de su hábito, y que, como atestigua el historiador dominico Malvenda, al fundador de la Orden dominicana le cabe el honor de ser el instaurador de la Inquisición.

Parece ser que la *Inquisición* se instituyó oficialmente el 20 de abril de 1233, fecha en la que el papa Gregorio IX publicó dos bulas en las que confiaba a los frailes dominicos la persecución de los herejes. Del análisis de ambos documentos papales se deduce que el Soberano Pontífice en modo alguno sospechaba la finalidad que iba a darse a tal innovación.

El papa, en la primera bula, insiste en la necesidad de destruir la herejía sin reparar en medios y en la necesidad de apoyar la implantación de la Orden dominicana. Luego se dirige a los obispos:

«Os vemos inmersos en un cúmulo de preocupaciones sin

apenas poder respirar bajo la presión de agobiantes inquietudes. Por ello hemos tenido a bien ayudaros a llevar vuestra carga y hemos decidido enviar frailes-predicadores contra los herejes de Francia y provincias vecinas. Por lo cual os pedimos, amonestamos, exhortamos y ordenamos les deparéis una buena acogida y un buen trato, que les favorezcóis, aconsejéis y ayudéis a fin de que puedan realizar su cometido.»

La segunda bula de Gregorio IX iba dirigida a los priores y frailes de la Orden de los predicadores. Hace alusión a los hijos perdidos que continúan prestando su apoyo a los herejes. Prosigue diciendo: «En consecuencia, os halláis facultados para, allí donde prediquéis, privar de sus prebendas a los clérigos que, haciendo caso omiso a vuestras advertencias, rehusaren renunciar a la defensa de la herejía; os halláis facultados para proceder de inmediato contra ellos, así como para, si preciso fuera, recurrir al brazo secular.»

Cuando la Orden dominicana recibió de la Santa Sede la misión de combatir a los herejes del sur de Francia, se vio ante una tarea poco menos que imposible. La herejía, sin óbice alguno, había ido arraigándose generación tras generación, y de tal forma había afectado a todos los estratos sociales, que resultaba imprescindible reeducar sistemáticamente en la verdadera fe a toda Occitania.

La misión del inquisidor no era impresionar a las gentes con fastuosidades, sino paralizarlas mediante el terror. Las suntuosas vestimentas, las vistosas procesiones y las escoltas de sirvientes correspondían a los prelados. El inquisidor llevaba siempre el simple hábito de su Orden, y en sus desplazamientos se hacía acompañar tan sólo por algunos caballeros, como protección y para ejecutar sus órdenes. Algunos días antes de su visita a una ciudad o a un pueblo prevenía de su llegada a las autoridades eclesiásticas y les rogaba reunir al pueblo a una hora determinada en la plaza del mercado. A quien obedecía esta orden se le prometía una indulgencia. Quien no acudía era excomulgado.

El inquisidor dirigía su homilía a la población allí congregada, en la que les hablaba de la verdadera fe, cuya

expansión tenían que apoyar con todas sus fuerzas. A continuación exhortaba a todos los habitantes a que, en el plazo de doce días, comparecieran ante él para revelarle todo cuanto habían sabido u oído sobre todo aquel que podía ser sospechoso de herejía y por qué razones. Quien no se presentaba para tal declaración, *ipso facto* quedaba excomulgado. Quienes, en cambio, obedecían eran recompensados con una indulgencia de tres años.

Podemos imaginarnos el espanto que se cernía sobre una parroquia cuando, de repente, se presentaba un inquisidor y lanzaba su proclama. Nadie podía saber las habladurías que corrían sobre él. «Finalmente, los padres eran instigados a traicionar a sus hijos, los hijos a sus padres, los maridos a sus mujeres y las mujeres a sus maridos», como dijera en cierta ocasión el papa Gregorio IX.

Asistían al *interrogatorio*, amén del inquisidor y el emplazado, un secretario, que escribía la vista del proceso que le dictaba el inquisidor, «a fin de que quedara constancia de la verdad del mejor modo posible». Vamos a ver uno de estos interrogatorios tal como nos lo ha transmitido el inquisidor tolosano Bernard Gui en su calidad de interrogatorio-modelo con los comentarios pertinentes al caso:

«Cuando un hereje comparece por vez primera, se muestra con aires de seguridad como si estuviera convencido de su inocencia. Lo primero que le pregunto es por qué cree que ha sido llamado a declarar.

El acusado: Señor, desearía que vos me dijérais el motivo.

Yo: Sois acusado de ser hereje y de creer y enseñar cosas distintas a las que permite la Santa Iglesia.

El acusado (que ante tal cuestión siempre alza sus ojos al cielo y adopta un semblante piadoso): Dios y Señor mío, Tú eres el único que sabes que soy inocente y que jamás he profesado otra fe que la del verdadero cristianismo.

Yo: Llamáis cristiana a vuestra fe porque tenéis la nuestra por falsa y herética. Por eso os pregunto si alguna vez

habéis tenido otra creencia por más verdadera que la que la Iglesia de Roma tiene por verdadera.

El acusado: Creo en la verdadera fe, tal como la enseña la Iglesia romana.

Yo: Es posible que alguno de vuestros correligionarios viva en Roma. A eso es a lo que llamáis la Iglesia romana. Cuando predico, puede ocurrir que hable de cuestiones que son comunes a vuestra fe y a la mía, como, por ejemplo, que existe Dios, con lo que creéis algo de lo que yo predico. Y, sin embargo, podéis ser un hereje, pues creéis otras cosas de las que deben ser creídas.

El acusado: Creo todo lo que un cristiano debe creer.

Yo: Conozco vuestras artimañas. Lo que cree vuestra secta eso es lo que, según vosotros, debe creer un cristiano. Estamos perdiendo el tiempo con esta discusión estéril. Decidme, lisa y llanamente: ¿Creéis en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo?

El acusado: ¡Sí!

Yo: ¿Créis en Jesucristo, que nació de la Virgen María, que padeció, resucitó y subió a los cielos?

El acusado (con gozosa vivacidad): ¡Sí!

Yo: ¿Créis que en una misa celebrada por un sacerdote, el pan y el vino se convierten por el poder de Dios en el cuerpo y sangre de Cristo?

El acusado: ¿Por qué no iba a creerlo?

Yo: No pregunto por qué no íbais a creer, sino si lo creéis.

El acusado: Creo cuanto vos y otros buenos doctores me ordenan creer.

Yo: Esos buenos doctores son los maestros de vuestra secta. Si mi creencia concuerda con la suya, también me creéis a mí.

El acusado: Desde el momento que vos me enseñáis lo que es bueno para mí, creo como vos.

Yo: Tenéis por buena una cosa si la enseño como la enseñan vuestros doctores. Decidme, pues: ¿Creéis que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo se halla sobre el altar?

El acusado (rápidamente): Sí.

Yo: Sabéis que todos los cuerpos son de Nuestro Señor. Por eso os pregunto si el cuerpo que está en el altar es el cuerpo del Señor que nació de la Virgen María, que murió en la cruz, resucitó de entre los muertos y subió a los cielos.

El acusado: ¿Y vos, señor, no lo creéis?

Yo: Lo creo con toda certeza.

El acusado: También yo.

Yo: Vos creéis que yo lo creo. Pero no os pregunto eso. Lo que os pregunto es si vos lo creéis.

El acusado: Si vos tergiversáis mis palabras, ya no sé en realidad qué debo responder. Soy un hombre sencillo y sin estudios. Os ruego, señor, que no me tendáis una trampa con mis propias palabras.

Yo: Si sois un hombre sencillo, contestadme sencillamente y sin evasivas.

El acusado: Con mucho gusto.

Yo: ¿Queréis, pues, jurar que jamás habéis aprendido nada que contradiga a la fe que tenemos por verdadera?

El acusado (palideciendo): Si tengo que jurar, lo haré.

Yo: No pregunto si tenéis que jurar, sino si queréis jurar.

El acusado: Si me ordenáis jurar, juraré.

Yo: No quiero obligaros a que juréis. Consideráis la prestación de juramento como un pecado, y me lo imputaríais si a ello os forzara. Pero si queréis jurar, aceptaré vuestro juramento.

El acusado: ¿Por qué debo jurar si vos no me lo mandáis?

Yo: ¿Por qué? Pues para libraros de la sospecha de que sois hereje.

El acusado: Señor, no sé cómo se presta juramento si no me lo enseñáis.

Yo: Si fuera yo quien debiera jurar, levantaría mis dedos y diría: Jamás he tenido nada que ver con la herejía ni creído nada que fuera contrario a la verdadera fe. Como es verdad, ¡que Dios me asista!

Entonces el acusado empieza a tartamudear para no proferir un juramento en toda regla y para hacer creer que, sin embargo, ha jurado. Algunos acusados tergiversan de tal modo las palabras, que dan la impresión de que juran o has-

ta convierten el juramento en una plegaria, como, por ejemplo, en "¡Que Dios me asista, pues no soy hereje!" Si se le pregunta al acusado si ha jurado, responderá: "¿Es que no me habéis oído jurar?" Si se le insiste, irremisiblemente apela a la compasión del juez: "Señor, si algo he hecho mal, con mucho gusto haré penitencia por ello; ¡pero ayudadme a librarme de la acusación que, siendo inocente, pesa sobre mí!"

Un inquisidor enérgico jamás debe dejarse influir por semejante modo de proceder. Es necesario, por el contrario, que actúe con decisión hasta conseguir que tales gentes asientan y abjuren públicamente de su error a fin de que —si se comprueba ulteriormente que han jurado en falso— se les pueda entregar, sin nuevo interrogatorio, al brazo secular. Cuando uno está dispuesto a jurar que no es hereje procuro decirle: "Si sólo queréis prestar juramento para escapar de la hoguera, ni diez, ni cien, ni mil juramentos serán suficientes, pues mutuamente os dispensáis de los juramentos que os han obligado a emitir. Como tengo en mis manos pruebas fehacientes de vuestras andanzas heréticas, vuestros juramentos no os preservarán de morir quemado. Lo único que haréis es sobrecargar vuestra conciencia, sin conseguir por ello salvar vuestra vida. Si, por el contrario, confesáis vuestro error, se os pueden conceder medidas de gracia."

He visto gentes que, al poco de presionarles así, terminaban por confesar.»

Ha llegado hasta nosotros el juramento [130] que tuvo que prestar un cierto Juan Teisseire, de Toulouse, acusado de herejía:

«No soy hereje, pues tengo mujer y duermo con ella, tengo hijos y como carne, miento, juro y soy un cristiano creyente; como es verdad, ¡que Dios me asista!»

Si los herejes «creyentes» se dejaban convertir, abjuraban de la herejía, prometían decir toda la verdad y denunciaban a sus cómplices, el castigo que les aguardaba era relativamente pequeño: flagelación, peregrinaciones o multa.

La *flagelación* consistía en que el penitente, desnudo de cintura para arriba y con un bastón, debía presentarse todos los domingos, durante la epístola y el evangelio, al sacerdote que celebraba la misa, quien le golpeaba en presencia de los fieles.

El primer domingo de cada mes, el hereje, después de la misa, debía visitar cada una de las casas en las que se había relacionado con otro hereje, donde era igualmente golpeado por el sacerdote. En las procesiones, en cada estación era agraciado con nuevos golpes.

Había *peregrinaciones* grandes y pequeñas. Las primeras tenían como meta obligatoria Roma, Santiago de Compostela, Santo Tomás de Canterbury o los Tres Reyes Magos de Colonia. Tales peregrinaciones, como había que realizarlas a pie, requerían varios años. En cierta ocasión un anciano de más de noventa años tuvo que peregrinar a Santiago de Compostela por el mero hecho de haber intercambiado unas palabras con un hereje. Las llamadas peregrinaciones pequeñas tenían como meta Montpellier, Saint-Gilles, Tarascon del Ródano, Burdeos, Chartres y París. Todo peregrino, a su vuelta, tenía la obligación de presentar al inquisidor un certificado en el que constaba que había realizado la peregrinación tal como se le había prescrito.

Caso de que la confesión y la abjuración no hubiesen sido realizadas de modo espontáneo, se castigaba al acusado con una de las *poenae confusibiles*, de entre las cuales la más corriente y al mismo tiempo la más humilde era la de *llevar la cruz*. El hereje era obligado a llevar cruces amarillas en el pecho y en la espalda, cruces que medían dos pulgadas de ancho y diez de alto. Si el converso durante el proceso había incurrido en perjurio, se añadía a las cruces un brazo transversal en la parte de arriba. El cruciferario se hallaba expuesto al ludibrio de las gentes y por todas partes se le creaban dificultades en su lucha por subsistir. Un tal Arnaud Isarn se quejaba en cierta ocasión de no poder subvenir a sus necesidades, a pesar de que no llevaba las cruces más que desde hacía un año. Y, sin embargo, la condena de llevar la cruz era casi siempre para toda la vida. La cruz,

que en otros tiempos los cruzados de Tierra Santa habían llevado con orgullo en su escudo y en su traje, se había covertido en un símbolo de infamia...

Nada más detenidos y encarcelados los «creyentes», los inquisidores les exhortaban a que se convirtieran, y procedían a interrogarles en presencia al menos de dos testigos. Si no se mostraban dispuestos a confesar y a denunciar a sus hermanos de herejía, se les entregaba a los torturadores [131].

El papa Clemente V declaraba en el año 1306 que, en Carcassonne, se había conseguido que los prisioneros reconocieran su culpabilidad no sólo privándoles de lecho y comida, sino aplicándoles la *tortura.* Como los cánones de la Iglesia prohibían que los clérigos la utilizaran e incluso que la presenciaran, para obviar esta dificultad el papa Alejandro IV dio facultades a los inquisidores para que se absolvieran mutuamente de la transgresión de las prescripciones eclesiásticas.

Antes de torturarles, se les enseñaban los instrumentos de suplicio: el potro, la báscula, los carbones rusientes y las llamadas «botas españolas», amonestándoles a hacer una confesión completa. Si el hereje se negaba, los esbirros le despojaban de sus ropas y los inquisidores le requerían nuevamente para que hablara. Si no lo hacía, se le aplicaba el tormento. Un acusado, según las disposiciones, no podía ser torturado más que una vez; pero los inquisidores lo interpretaban en el sentido de que podían utilizarla «una vez en cada uno de los cargos de la demanda».

Toda confesión realizada en la cámara de torturas precisaba una ulterior confirmación. Se leía al detenido la misma y se le preguntaba si estaba de acuerdo. El silencio significaba asentimiento. Si retiraba la confesión, el acusado podía ser entregado a los esbirros para que «continuaran con la tortura» —no para «repetirla», como expresamente se decía—, ya que no había sido «suficientemente» torturado. Con semejantes métodos, los inquisidores podían condenar a quien les apetecía.

Cuando un hereje mostraba arrepentimiento después de haber sido condenado, o se trataba de un «perfecto» que había abjurado, se le infligía el tormento del *muro*[132], no fuera que hubiese confesado únicamente por miedo a la muerte. El muro podía ser *murus largus* o *murus strictus*. De todas formas y en ambos casos, su único alimento eran el pan y el agua. Los inquisidores le llamaban «el pan del dolor y el agua de la aflicción». El *murus largus* representaba una pena de prisión relativamente benigna, mientras que el *murus strictus* entrañaba todo cuanto la crueldad humana es capaz de imaginar. El detenido era encerrado en una minúscula celda sin ventanas y aherrojado a la pared de pies y manos. Se le pasaba comida a través de un orificio abierto con este fin. El *murus strictus* era la tumba a la que, en plan irónico, se le llamaba el *vade in pacem:* vete en paz...

Las disposiciones sacerdotales determinaban que estas cárceles tenían que ser lo más pequeñas y oscuras posible. Los inquisidores cumplían dichas disposiciones a rajatabla, y llegaron a inventar una pena de prisión aún más cruel, a la que denominaban *murus strictisimus*. Como puede comprenderse, los documentos de la Inquisición silencian los tormentos a los que eran sometidas las víctimas. Cosa que es de agradecer.

Cuando un hereje «perfecto» se obstinaba en su fe, era entregado al *brazo secular*, mero eufemismo para designar la muerte en la hoguera. Si los poderes civiles tardaban en ejecutar la sentencia de muerte contra un hereje, la Iglesia utilizaba sin miramientos todos los recursos de que disponía para obligarles a obedecer.

Según el inquisidor tolosano Bernard Gui, los principios que debían inspirar a sus colegas en el ejercicio de su piadoso quehacer eran los siguientes: «El fin de la Inquisición es la aniquilación de la herejía; ahora bien, ésta no puede ser aniquilada si no lo son los herejes, y éstos no pueden ser aniquilados si no lo son quienes les protegen y ayudan. Esto puede realizarse de dos modos: convirtiendo a los herejes a la verdadera fe o entregándolos al brazo secular para su cremación.»

Antes de entregar un hereje a las autoridades civiles se les pedía que aplicaran el castigo de tal modo que no implicara, en consonancia con las leyes canónicas, peligro para el cuerpo y la vida. Que esta «petición» no era más que una hipócrita triquiñuela de los cánones romanos nos lo demuestran las palabras de Santo Tomás de Aquino, escritas con absoluta sinceridad: «Bajo ningún concepto se puede ser indulgente con los herejes. La compasión, llena de amor, de la Iglesia permite ciertamente que sean amonestados, pero, caso de que se muestren obstinados, tiene que entregarlos al brazo secular para que la muerte los saque de este mundo. ¿No es esto una prueba del amor infinito de la Iglesia? Por eso también el hereje arrepentido es siempre admitido a penitencia y por eso se le respeta la vida. Pero si se convierte en relapso, puede en verdad acceder a la penitencia para el bien de su alma, pero no puede librarse de la pena de muerte.»

Los inquisidores jamás vacilaron en conceder que la entrega de un hereje al brazo secular equivalía a la pena de muerte. Para no profanar sus iglesias, no colocaban los anuncios de sus sentencias en el interior de los muros sagrados, sino en las plazas públicas, que era donde encendían las hogueras y quemaban a las víctimas.

La Iglesia considera la cremación de los herejes un acto piadoso tan importante, que concedía indulgencia plenaria a todo aquel que aportara leña a la hoguera. Además, advertía a todos los cristianos que tenían gravísima obligación de favorecer el exterminio de los herejes; les enseñaba incluso que tenían que denunciarlos a las autoridades eclesiásticas sin ningún tipo de miramientos, ni humanos ni divinos. Ningún lazo de parentesco podía servir de excusa: el hijo tenía que traicionar a su padre, el marido se hacía acreedor de culpa si no entregaba a la muerte a su mujer hereje.

«Los nombres de los herejes no están inscritos en el libro de la vida; sus cuerpos son quemados aquí y sus almas atormentadas en el infierno», escribía jubiloso un cronista ortodoxo.

La Iglesia no se sentía satisfecha con hacer sentir su poder sólo sobre los vivos. Su mano cruel se extendía también a los muertos.

Como ejemplo de *condena de herejes fallecidos* traeremos a colación lo que hizo el papa Esteban VII ya en el año 897. Dicho Vicario de Cristo hizo desenterrar el cadáver de su predecesor, el papa Formosus, para condenarlo como hereje: le cortó dos dedos de su mano derecha y lo arrojó al Tíber. Algunas personas compasivas consiguieron rescatar de las aguas al Santo Padre herético y lo sepultaron de nuevo en la tierra. Al año siguiente, el papa Juan IX declaró nulo el proceso e hizo proclamar mediante sínodo que nadie podía ser condenado después de su muerte, pues todo acusado tenía que tener la posibilidad de defenderse. A pesar de ello, el papa Sergio III, en el año 905, volvió a exhumar el cadáver del papa Formosus, le vistió con los ornamentos papales, le sentó sobre un trono, le condenó solemnemente, le decapitó, le cortó los otros tres dedos e hizo que lo arrojaran al Tíber. Cuando los restos del deshonrado fueron sacados del río por unos pescadores y llevados a la iglesia de San Pedro, se dice que las imágenes de los santos se inclinaron ante él y le saludaron con veneración.

De entre los decretales de la Curia, contradictorios entre sí, los inquisidores eligieron el que prescribía desenterrar a los muertos cuya herejía no se había descubierto más que después de su fallecimiento y tratarlos como si viviesen. Se quemaban, por ende, los cadáveres y se lanzaban a los cuatro vientos sus cenizas. Si las autoridades civiles se mostraban reticentes a la exhumación de un hereje, se les amenazaba con excluirles de la comunidad eclesial, privarles de los sacramentos y acusarles de herejía.

Una de las primeras actuaciones oficiales del papa Inocencio III fue la publicación del siguiente decreto:

«En las naciones sometidas a nuestra jurisdicción, los bienes de los herejes deberán ser confiscados [133]. Respecto a las demás naciones, ordenamos a los príncipes y soberanos que adopten las mismas medidas si no quieren verse obliga-

dos a ello por las disposiciones de la censura de la Iglesia. Contamos igualmente con que no deben devolverse los bienes a los herejes que han abjurado, a no ser que a alguno se le devuelvan por conmiseración. Lo mismo que, según la ley civil, el crimen de lesa-majestad es castigado con la muerte y confiscación de sus bienes, dejando con vida a sus hijos sólo por gracia y misericordia, así también quienes se alejan de la Fe y blasfeman contra el Hijo de Dios deben ser separados de Cristo y despojados de sus bienes terrenales. ¿No es, en efecto, un crimen mayor atacar a la Majestad espiritual que a la civil?»

Este decreto papal fue incorporado al derecho canónico. Siguiendo la doctrina del derecho romano sobre el crimen de lesa-majestad, se consideraba que el hereje había perdido el derecho a sus bienes. Esta ansia de los bienes de la desdichada víctima resultaba especialmente repugnante por cuanto que es la Iglesia quien la origina. Su actuación puede, en cierta medida, eximir de culpa a las autoridades civiles, que poco a poco se habituaron a confiscar, no con menor ansia, cuanto poseían los herejes. Jamás en la historia ha aparecido de forma tan repelente el afán de aprovecharse de la desgracia del prójimo como en estos buitres que, siguiendo las huellas de la Inquisición, se cebaban en la miseria que ella había ocasionado.

Con semejantes confiscaciones las rentas del obispado de Toulouse habían crecido de tal forma, que el papa Juan XXII pudo crear, en el año 1317, seis nuevos obispados. Dicho papa, como nos relatan los cronistas de la época, dejó, además, al morir una fortuna personal de veinticinco millones de florines de oro. Ha habido historiadores que, a base de ingenio y de lógica, los han reducido a un millón, dando por cierto el hecho de que los ingresos anuales de dicho papa comportaban doscientos mil florines de oro, pero que la mitad de ellos, poco más o menos, se destinaban al presupuesto de gastos familiares del papa.

Una estadística de las actividades realizadas por el inquisidor tolosano Bernard Gui entre 1308 y 1322 puede hacer-

nos comprender cómo la persecución de los herejes podía absorber sumas tan enormes:

• Entregados al brazo secular y quemados	40	personas.
• Restos desenterrados y quemados	67	»
• Encarcelados	300	»
• Exhumación de restos de personas anteriormente encarceladas	21	»
• Condenados a llevar cruces	138	»
• Condenados a peregrinaciones	16	»
• Desterrados a Tierra Santa	1	»
• Prófugos	36	»
TOTAL	619	personas.

Bajo el papa Juan XXII, cuyo sucesor, Benedicto XII —como pronto vamos a ver—, limpió de herejes las cuevas del Sabarthès, se utilizó un procedimiento que fue celosamente imitado por los inquisidores. Juan, hijo de un pequeño artesano de Cahors, ciudad al norte de Toulouse, abrigaba, por razones que nos son desconocidas, un odio incontenible hacia Hugo Gerold, obispo de su ciudad natal. Una vez en la silla papal, Juan no tardó en hacer sentir su poder sobre el obispo. Desposeyó solemnemente en Aviñón de sus funciones al desventurado prelado y le condenó a prisión perpetua. Pero no se dio por satisfecho. Acusado de haber conspirado contra la vida del papa, Hugo Gerold fue desollado vivo y luego echado a la hoguera.

El papa Urbano VI, por cierto, debía actuar de forma menos cristiana aún. Cuando, en el año 1385, recayeron sobre seis cardenales las sospechas de haber conspirado contra él, les hizo apresar y arrojar a un foso. Se aplicaron a estos desdichados los métodos que la Inquisición utilizaba en sus procesos: fueron abandonados al hambre, al frío y a los gusanos. En la cámara del suplicio se arrancó al cardenal-obispo de Aquilea una confesión que afectaba igualmente a los otros cinco cardenales. Como éstos no cejaban en proclamar su inocencia, fueron asimismo torturados. Lo único que se pudo conseguir fue la desesperada autoacusación de que

sufrían el justo castigo por las maldades que él había infligido, por orden del papa Urbano, a arzobispos, obispos y prelados. Cuando llegó el turno al cardenal de Venecia, el papa Urbano encomendó la aplicación de la tortura a un antiguo pirata, al que había nombrado prior de la orden siciliana de los Caballeros de San Juan, y le ordenó que le torturara hasta que él —el papa— oyera los gritos de la víctima. El tormento duró desde primeras horas de la mañana hasta la comida.

Durante este tiempo, el Santo Padre paseaba bajo la ventana de la cámara del suplicio rezando el breviario en voz alta para que su voz recordara al torturador su obligación. Pero lo único que se le pudo arrancar al viejo y enfermizo cardenal de Venecia fue esta exclamación: «¡Cristo sufrió por nosotros!» Los acusados permanecieron bajo custodia en su inhumana prisión hasta el día en que Carlos de Durazzo, señor de Nápoles y de Hungría, acudió a liberar a los cardenales. El papa Urbano emprendió la huida, pero llevándose consigo a sus víctimas. De camino, el obispo de Aquilea, debilitado por las torturas, no podía mantener el ritmo de la marcha. El papa le dio muerte y dejó su cadáver insepulto al borde del camino. Los demás cardenales fueron arrastrados hasta Génova y arrojados en deplorable estado a una repugnante mazmorra; su situación era tal, que las autoridades de la ciudad, movidas a compasión, solicitaron medidas de gracia para los detenidos. Pero el Papa continuó inmisericorde. Debido a la enérgica intervención de Ricardo II de Inglatera, no tuvo más remedio que liberar al cardenal inglés Adam Astom, pero a los otros cinco príncipes de la Iglesia nadie jamás volvió a verlos.

Tal era el ejemplo que los cristianísimos pastores, sobre la cátedra de Pedro, daban a sus ovejas. ¿Puede ya uno extrañarse de que los cátaros rechazaran con horror la doctrina ortodoxa y aplicaran a Roma el capítulo diecisiete del Apocalipsis? [134]:

> *Y vi a una mujer, sentada sobre una Bestia de color escarlata, cubierta de títulos blasfemos; la Bestia tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura*

y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas; llevaba en la mano una copa de oro llena de abominaciones y también las impurezas de su prostitución, y en su frente un nombre escrito, un misterio: "La Gran Babilonia, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra".

Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús.

Y el ángel me dijo: la mujer que has visto es la Gran Ciudad, la que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra.

Apocalipsis XVII, 3-7, 18

La noche de la Ascensión del año 1242 conmovió al mundo con la noticia de que once inquisidores habían sido asesinados en Avignonet [135], pequeña ciudad de las cercanías de Toulouse.

Hacía tiempo que la exasperación de la población contra el Santo Oficio había llegado a su punto álgido. En 1233, los habitantes de Cordes dieron muerte a dos dominicos. Al año siguiente estalló en Albi una revuelta al ordenar el inquisidor Arnaud Catalá la exhumación de los restos de una hereje a la que él había condenado. Como los encargados de llevar a cabo la operación se negaran a tan denigrante trabajo, él mismo dio en el cementerio los primeros azadonazos para exhumarla. Los habitantes de Albi, indignados, se abalanzaron sobre él al grito de: «¡Matémosle; no tiene derecho a vivir!»

El mismo año se desencadenó el furor de la población tolosana con motivo de las siguientes circunstancias: el obispo y los frailes dominicos habían celebrado solemnemente la canonización de Santo Domingo. En el momento en que el obispo salía de la iglesia para dirigirse al refectorio del convento de los dominicos donde iba a tener lugar el banquete, le comunicaron que una mujer acababa de recibir el *consolamentum.* Inmediatamente el obispo, en compañía del prior de la Orden dominicana y de algunos frailes, se personó en casa de la hereje. Los amigos de la moribunda sólo pudieron susurrarle: «¡Viene el obispo!» Convencida de que se trataba del hereje, la enferma confesó al príncipe de la Iglesia que era hereje y que quería continuar siéndolo. Entonces el

obispo hizo que sacaran a la moribunda de la cama y la echaran a la hoguera, donde pereció. Acto seguido volvió con el prior y los frailes al refectorio a participar en el banquete que les aguardaba.

En la primavera de 1242 llegaba a Avignonet un tribunal de la Inquisición después de haber sembrado el terror por toda la comarca y haberla casi despoblado. Este santo tribunal comprendía dos inquisidores, dos frailes dominicos, un franciscano, un prior de benedictinos, un archidiácono, trovador en otro tiempo, y de cuyo arte poético sólo nos ha llegado una canción obscena; un ayudante, un notario y dos ujieres. En cuanto anunciaron al señor del lugar, conde Raimundo de Alfar, la llegada de los inquisidores, envió un mensajero a Montségur pidiendo ayuda a los «hijos de Belissena». Un grupo de caballeros armados, al mando de Pierre-Roger de Mirepoix, abandonó la fortaleza hereje, se emboscó no lejos de Avignonet y esperó a que se hiciera de noche.

Raimundo de Alfar, nieto del entonces conde de Toulouse, acogió y dio albergue a los inquisidores. La intención de éstos era empezar a la mañana siguiente sus juicios terroríficos sobre los temblorosos habitantes de Avignonet.

Entrada la noche, los caballeros de Montségur —doce hombres armados hasta los dientes— dejaron el bosque y se deslizaron hasta el portón del castillo. Uno de ellos anunció:

«Ahora están bebiendo...»

«Ahora se van a la cama; ¡no, atrancan las puertas!»

Los inquisidores se habían quedado en el salón del castillo y se habían parapetado allí como presintiendo el peligro que se cernía sobre ellos. Los caballeros de Montségur, a quienes se habían unido el conde de Alfar, veinticinco burgueses de Avignonet y un siervo al servicio de los inquisidores, empezaron a impacientarse. Hicieron saltar las puertas, invadieron el salón y asesinaron a los inquisidores.

De vuelta hacia Montségur, un sacerdote católico, que ya conocía la matanza realizada, les dio cobijo en el castillo de San Félix.

Al llegar a Roma la noticia del asesinato de los inquisi-

dores, el Colegio cardenalicio declaró que los asesinados habían muerto como mártires de la causa de Cristo. El papa Pío IX los canonizó en el año 1866, ya que habían demostrado su santidad a través de múltiples milagros.

Durante las cruzadas, el Pog de Mount Ségur [136] había sido para los últimos caballeros libres, para las damas cantadas por los trovadores y para los cátaros que justo habían podido escapar de la hoguera un Mount Salbatgé y un Mount Salbat a la vez. Desde hacía casi cuarenta años, el altivo roquedal pirenaico, coronado por el «Templo de la Suprema *Minne*», había desafiado el furor de los intrusos franceses y de los peregrinos católicos. En el año 1209, Gui, hermano de Simon de Montfort, quiso aniquilar la fortaleza sacrosanta de Occitania; pero ante la vista de esta montaña que se perdía en el cielo desistió. Más tarde, Raimundo VII, conde de Toulouse, que había tenido que jurar en Notre-Dame de París la destrucción de este nido de herejes, inició el asedio de dicha fortaleza, pero no tenía ningún interés en que cayera en manos extranjeras el último reducto de libertad de su Occitania natal. Hasta permitió a sus oficiales subir al castillo para asistir a las pláticas de los «buenos-hombres».

Inmaculada y libre, la santa ciudadela [137*] de Occitania continuaba dominando la llanura provenzal, donde los victoriosos cruzados cantaban sobre las ciudades llameantes su *Veni creator spiritus* y donde los campesinos del llano empezaban a hablar, en lugar de la *langue d'oc*, la *langue d'oil*, la lengua de los nuevos dominadores. Sólo en Montségur y sobre el suelo del Tabor al que protegía continuaban viviendo los últimos detentadores de una civilización que procedía de los griegos, iberos y celtas, que era una espina clavada en el corazón del Occidente cristiano, y que había sido condenada a muerte por él.

El mito y la leyenda, desde siempre, han tejido sus hilos en torno a estas soberbias rocas fortificadas, y desde tiempo inmemorial se han afincado en el Tabor. Según una tradición occitana, Montségur fue construido por los «hijos de Gerión», de cuyos rebaños se apropió Hércules antes de llegar al Jar-

dín de las Hespérides y al Hades. Este favorito de los dioses sustrajo en el Jardín de las Hespérides las manzanas de oro que resplandecían sobre el cáliz de la regeneración en el follaje del árbol de la vida. En el Hades, Alcides, semejante al sol, domó y secuestró a Cerberos, guardián de los infiernos, pues ni la muerte ni el infierno atemorizaban a este «proto-caudillo». ¿Sería Hércules quien habría traído, de allende los mares, a los hijos de Gerión, en los que los occitanos veían a sus antepasados iberos, la primera buena nueva de que la muerte no es espantosa y de que el infierno no es sino una pesadilla tan molesta como la vida?

Cuando los caballeros y puros desterrados en Montségur miraban hacia el mar, mar que podían vislumbrar al Este tras las brumas de la llanura, recordarían el viaje de Hércules a los infiernos, pues allí se encontraba el cabo Cerbère, en el «mar bébrico». Cuando los caballeros, damas, trovadores, cátaros y cátaras, entre los que se hallaban algunos de los héroes y damas con los que nos hemos encontrado en el donairoso mundo de la *Minne*, miraban de Montségur al Este, hacia el mar, sabían que allí se hallaba Port-Vendres, el puerto de Venus, donde atracó el «Argo», la nave de los Argonautas, uno de cuyos héroes era Hércules.

Venus no es Artemisa; sexo no es Eros. No era Venus la que, invisible, reinaba sobre Occitania, sino Artemisa, el Amor casto que hace buenos a los malos y mejores a los buenos. Montségur no era un monte de pecado donde se encontraba «Venus dentro del Grial». Era la montaña occitana del Paráclito, la montaña de la suprema *Minne*.

Quienes recibían el *consolamentum* habían dado el primer paso en el camino que conduce al país de la luz. Habían muerto para el mundo terrenal, en el que veían el infierno y al que consideraban como tal. Por todas partes llameaban ya las hogueras. Los herejes de Montségur, último santuario bajo el sol, se encontraban a la espera del «beso de Dios». Montségur y sus puros iban a recibir el ósculo de Dios.

¡Ay, Mountsalvatge, final de nuestras miserias,
que nadie quiere consolarte!

Wolfram von Eschenbach

Esclarmonde de Foix y Guilbert de Castres habían muerto. La fecha del evento no ha llegado hasta nosotros. Lo cierto es que no vieron el ocaso de Montségur. El pastor que, en el camino de los cátaros, me contó la leyenda de Montségur, de Esclarmonde, de los ejércitos de Lucifer y del Grial, sabía muy bien que la «gran Esclarmonde», como se le llama en la actualidad en los montes del Tabor, no había perecido víctima de la hoguera. Era otra Esclarmonde: la hija de Ramon, señor del castillo de Perelha, una hija de Belissena. Era ella la que estaba al cuidado de la *Mani* occitana cuando los ejércitos de Roma, que habían jurado la destrucción de la fortaleza hereje, subían desde la llanura hacia Montségur.

Después de los asesinatos de los inquisidores en Avignonet, Hugo de Arcis, senescal de Carcassonne, Pedro Amelii, arzobispo de Narbonne, y Durand, obispo de Albi, decidieron aniquilar para siempre dicha fortaleza pirenaica que, en manos de desesperados, representaba un peligro para la nueva organización estatal y para la verdadera fe. Instituyeron una «fraternidad armada» con la finalidad de llevar a cabo una *cruzada contra Montségur*. Sus preparativos bélicos preveían un asedio de varios años.

Los herejes, por su parte, no permanecieron inactivos. De todas las regiones de Occitania acudieron caballeros y trovadores al castillo amenazado. El valido Bertran Roqua envió, con la anuencia del conde de Toulouse, a Bertran de Bacalaira, constructor de aparatos bélicos, tal vez el mismo que, en los comienzos de la gran cruzada, había fortificado los muros de Montségur. De todas partes llegaron donaciones de dinero, víveres, armas y municiones. Afluyeron en tropel los «perfectos» para, con sus pláticas, infundir valor a los asediados y para poner a disposición de los defensores sus conocimientos médicos.

El asedio se inició en la primavera de 1243. El ejército católico estableció su campamento en la cresta que se halla al oeste de las rocas del castillo. Cresta que aún hoy día se denomina el Campis. Los sitiadores rodearon todo el pog. Nadie podía entrar ni salir del castillo.

Y, sin embargo, parece ser que los encerrados de Montségur tuvieron la posibilidad de estar en contacto con sus amigos de la llanura. Por lo que algunos historiadores han llegado a la conclusión de que existían largas galerías subterráneas —probablemente cuevas naturales—. Sea lo que fuere, lo cierto es que Esclarmonde de Alion, sobrina de Esclarmonde de Foix, pudo enviar un día a la fortaleza asediada a un catalán con dinero y soldados. En otra ocasión el hijo del trovador Peire Vidal consiguió hacer llegar a los sitiados un mensaje del conde de Toulouse en el que les anunciaba que el emperador Federico II iba a ir pronto en su ayuda y en el que les decía: «¡Resistid aún una semana...!»

El hijo de Peire Vidal, al acercarse a Montségur, pretende haber visto a un fantástico caballero con una capa de púrpura y guantes de zafiro. Interpretó esta visión como un presagio de augurio favorable, pero se equivocó. Encontró la muerte en la primera salida en la que participó con los proscritos, a los que sus noticias habían reconfortado.

La ayuda prometida por el emperador Federico II llegaría demasiado tarde. La noche del 1 de marzo de 1244 —un presunto domingo de Ramos— los católicos alcanzaron la cumbre. Algunos cruzados que andaban por el monte fueron informados por unos pastores traidores de la existencia de un sendero, invisible desde el castillo, por el que subieron desde la garganta del Lasset hasta una obra avanzada. Eligieron la noche, no fuera que, presas del vértigo, se precipitasen en el abismo. Estrangularon a quienes hacían la guardia y comunicaron a los del campamento mediante las señales convenidas que la operación había tenido éxito. Una hora más tarde la fortaleza se hallaba rodeada por todas partes.

Los sitiados capitularon. Ramon de Perelha y Pedro-Roger de Mirepoix, a fin de evitar un inútil derramamiento de sangre, se declararon dispuestos a entregar incondicionalmente al amanecer la fortaleza al arzobispo, junto con todos los cátaros que en ella se encontraban, con tal de que se respetara la vida de los caballeros. Pedro Amelii se mostró de acuerdo.

Muchos caballeros, aun sabiendo la suerte que les espe-

raba, hicieron que el anciano obispo heresiarca Bertran En Marti, sucesor de Guilhabert de Castres, les administrara antes de la capitulación el *consolamentum* y los admitiera en la comunidad de la Iglesia de Amor. Nadie pensó en huir, nadie recurrió a la *endura*, como queriendo dar al mundo un ejemplo de cómo se debe morir por la patria y por la fe. Con frecuencia se ha comparado —para denigrarla— la doctrina cátara con el pesimismo de Schopenhauer y de Nietzsche. Extraño pesimismo que provocaba un empuje tal que sólo puede ser comparado en la historia de la humanidad con el heroísmo de los primeros mártires cristianos. El catarismo no era menos pesimista que el cristianismo primitivo, al que intentaba imitar.

Al despuntar el día, el castillo se rinde a la «fraternidad armada». El arzobispo de Narbonne exige a los «perfectos» la abjuración de sus creencias. Doscientos cinco hombres y mujeres —entre ellos Bertran En Marti y Esclarmonde de Perelha— prefieren la muerte en la hoguera que Pedro Amelii ha preparado en el lugar que aún hoy lleva el nombre de *camp des crémats*, campo de las hogueras.

Los caballeros, cargados de cadenas, son arrastrados hasta Carcassonne y arrojados a los calabozos de la misma torre en la que, treinta años antes, fuera envenenado Ramon-Roger, el Trencavel de Carcassonne, y en la que miserablemente pereció Ramon de Termès. Sólo unos decenios más tarde el fraile franciscano Bernard Délecieux sacó a los últimos supervivientes de aquella tumba que era la torre de la Inquisición.

Pedro-Roger de Mirepoix fue el único que pudo abandonar libremente el castillo en compañía de su ingeniero y de su médico, llevándose todo el oro y plata que en él se hallaban. Se dirigió a Sault, a casa de Esclarmonde de Alion, sobrina de la gran Esclarmonde, y de allí al castillo de Montgaillard, donde murió cargado de años. Hasta su muerte fue el guía secreto de los caballeros proscritos de Occitania, caballeros que encontrarían su postrer refugio, y también la muerte, en las cuevas de Ornolac.

La noche de la caída de Montségur, un fuego se hallaba encendido en la cumbre nevada del Bidorta. No era una hoguera, sino un fuego de alegría. Cuatro cátaros, de los que tres nos son conocidos: Amiel Alicart, Poitevin y Hugo, mostraban a los «perfectos» de Montségur, que se disponían a morir, que la *Mani* estaba a salvo.

De los documentos de los inquisidores de Carcassonne se infiere que estos cuatro puros, cubiertos de paños de lana, descendieron mediante cuerdas desde la cima del pog hasta el fondo de la garganta de Lasset para entregar el tesoro de los herejes a un hijo de Belissena, Pons-Arnaud de *Castellum Verdunum*, en el Sabarthès.

¿El «tesoro» de los herejes? A Pedro-Roger de Mirepoix se le había dado permiso para salir del castillo hereje llevándose todo el oro y la plata. Lo que los cuatro intrépidos cátaros habían puesto a salvo en las cuevas del Sabarthès, pertenecientes a los señores de Castellum Verdunum, no era ciertamente ni oro ni plata.

Amiel Alicart, Poitevin, Hugo y el cuarto cátaro, cuyo nombre ignoramos, eran nietos de aquellos sabios celtíberos que en otros tiempos tiraron el tesoro de Delfos al fondo de lago del Tabor. En su condición de cátaros hubieran preferido, junto con sus hermanos, tomar el camino de las estrellas en la hoguera del *Camp des Crémats*. Cuando subían por el camino de los cátaros atravesando el «valle del encanto» y bordeando el lago de los druidas en su ascensión escarpada hacia el Tabor y el Bidorta, cuando, al norte, veían llamear las hogueras del Montségur, lo que ponían a salvo no era ni oro ni plata, sino el «Deseo del Paraíso».

Los inquisidores sabían muy bien por qué llamaban tesoro de los herejes al santuario cátaro y por qué prendieron fuego a todo cuanto pudiera suponer un testimonio para la posteridad. Lo quemaron todo..., hasta los libros, cuya vida es más prolongada que la del hombre.

Los campesinos del pueblecito de Montségur, suspendido sobre la garganta del Lasset, cual nido de abejas al pie de las rocas sobre las que se asienta el castillo, cuentan que el

domingo de Ramos, mientras que el sacerdote dice la misa, el Tabor se rasga en un lugar oculto en la espesura del bosque. Allí es donde se encuentra el tesoro de los herejes. Pobre de aquél que no haya abandonado el monte antes de que el sacerdote entone el *ite missa est*. Con estas palabras se cierra el monte, y quien busca el tesoro muere por las picaduras de las serpientes que lo guardan...

Los campesinos del Tabor no han olvidado este «tesoro», que no puede encontrarse sino cuando los demás están en la iglesia. La Inquisición, a pesar de su poder y crueldad, no pudo borrar el recuerdo de lo que aquellos montes habían contemplado hacía setecientos años.

De este modo fue cómo el Grial, la *Mani* occitana, se puso a salvo en las cuevas de Ornolac. Aquí no florece ningún árbol, ni brilla ninguna flor, ni canta ruiseñor alguno a la alborada, ni ningún pez corre contra el sol. Los muros de la cueva son el imperio de la noche y de la muerte. Antes de su partida hacia el país luminoso de las almas, los últimos sacerdotes de la Iglesia de Amor, los últimos puros, tuvieron que descender al infierno de la despiadada realidad. En las cuevas del Sabarthès, los cátaros se veían sumidos en una frecuente y profunda nostalgia sideral. Tal vez no era sino una forma de *endura* que les hacía peregrinar hacia Montségur las noches de luna. Para poder alcanzar las estrellas es necesario morir, y en Montségur la muerte, inexorable, estaba aguardándoles. El nuevo señor del castillo, Gui de Levis, compañero de armas y amigo de Simon de Montfort, había dejado sobre las ruinas de la fortaleza hereje una guardia y una jauría de perros amaestrados contra los herejes.

A la luz de la luna, los puros, enjutos y pálidos, iban ascendiendo, silenciosos y altivos, el bosque de Serralunga hasta donde el silbido de las lechuzas supera al del viento que resuena en las gargantas del Tabor cual gigantesca arpa eólica. De cuando en cuando, en los claros del bosque bañados por la luz de la luna, se quitaban la tiara, sacaban del rollo de cuero que llevaban en el pecho el Evangelio del

discípulo al que el Señor amaba, besaban el pergamino, se arrodillaban, el rostro hacia la luna, y rezaban:

«... el pan nuestro sobrenatural dánosle hoy..., mas líbranos del mal...».

Y proseguían su marcha hacia la muerte. Cuando los perros, con espuma en la boca, se abalanzaban sobre ellos, cuando los verdugos les atrapaban y golpeaban, dirigían su mirada hacia abajo, a Montségur y hacia lo alto, a las estrellas, donde sabían que se encontraban sus hermanos. Luego se hacían también quemar.

Después de la caída de Montségur, lo único que quedaba a los proscritos —a los *faydits,* como se les denominaba— eran los bosques y las cuevas. Las interioridades de la montaña y los impenetrables zarzales les deparaban un asilo seguro. Para poder aprehenderlos, los inquisidores intentaron eliminar todos los zarzales, aulagas y matorrales. Encomendaron dicha tarea a un tal Bernard, de sobrenombre *Espinasser,* es decir, cortador de espinos. La leyenda dice que permanece ahorcado en la luna...

Para poder dar más fácilmente con los herejes en sus madrigueras, los dominicos lanzaron contra ellos perros-policía. Los *faydits* fueron perseguidos como fieras salvajes por sus montañas natales, hasta que no les quedó otra alternativa que, o irse al extranjero, o, caso de que quisieran terminar sus días en su patria, permanecer dentro de los sólidos muros de las *spulgas.*

Los cátaros fueron consecuentes hasta cotas sobrehumanas. Veían cómo moría su patria y rehusaron recurrir a la espada. La muerte les esperaba en la hoguera o en el *murus strictus.* En lugar de abjurar del Paráclito, creencia proscrita por el mundo, aceptaban con el alma tranquila el horrendo final. Tenían absoluta seguridad en que su deseo del paraíso iba a realizarse.

Junto con los cátaros, vieron también llegada su última hora los últimos caballeros occitanos, que se habían negado a reconocer la dominación de Francia. A pesar de encontrarse parapetados tras los consistentes muros de las *spulgas,*

estaban convencidos de que no tenían salvación. Y, sin embargo, combatieron hasta su postrer aliento [138].

El papa Bonifacio VIII murió el 12 de octubre de 1303. En su bula *Unam Sanctam* había declarado que los sucesores de Pedro eran los detentadores del supremo poder, religioso y civil, y que todo ser humano, por el bien de su salvación, les debía sumisión. Al prohibir, en otras dos bulas, la tributación del clero francés y al atribuirse el supremo derecho de jurisdicción, se había convertido en enemigo irreconciliable de Felipe El Hermoso, rey de Francia. Este había intentado poner remedio a sus apuros económicos mediante confiscaciones y todo tipo de extorsiones para con el clero. Como se le había vedado tal camino, su odio hacia el papa no conocía límites. Después de su muerte, y con la ayuda del papa Clemente V, elegido por orden suya, y con la de la Inquisición, se empeñó en acusar de herejía al papa difunto. Consiguió encontrar multitud de testigos —clérigos famosos en su mayor parte— que declararon, bajo juramento, que el difunto papa no creía ni en la inmortalidad del alma ni en la encarnación de Cristo y que se había dado a vicios vergonzantes y «contra natura». Una mínima parte de cualquiera de estas imputaciones hubiera bastado para enviar a la hoguera a cualquier acusado normal. Pero ésta fue la única vez que la Inquisición usó de indulgencia. Declaró inocente al papa.

Clemente V había sido obispo de Comminges y arzobispo de Burdeos. Elegido papa en Lyon a instancias, como se ha dicho, del rey de Francia, accedió a su petición de quedarse en Francia. Jamás llegó a pisar suelo italiano. Bajo su pontificado se inició la llamada «cautividad babilónica de los papas» en Avignon; bajo su pontificado fue aniquilada la Orden de los altivos caballeros del Temple [139*], uno de cuyos fundadores se dice que fue cátaro, y que fue denunciada por un noble y un burgués, ambos de Béziers, al rey Felipe, ávido de los tesoros templarios. Los caballeros del Temple, más poderosos y ricos que emperadores y reyes juntos, tuvieron que ver, en la tristemente célebre noche del 13 de octu-

bre de 1307, cómo se derrumbaba su majestuoso Templo, en el que —según se les imputaba— adoraban, en lugar de al Crucificado, la cabeza satánica de Baphomet. Es posible que también encontraran refugio en las cuevas pirenaicas. Existen serios indicios de que la capa blanca de los templarios, sobre la que resplandecía la cruz roja octogonal, se halla, junto con las vestimentas negras y las cruces amarillas de los cátaros, en algún lugar de las cuevas tenebrosas del Sabarthès. Las *spulgas* de Bouan y de Ornolac no han desvelado aún todos sus secretos.

En una lápida de la iglesia fortificada de los templarios de Luz-Saint-Sauveur (a la entrada del impresionante desierto de Gavarni) aparece escrita esta leyenda: En la cripta se encuentran nueve calaveras de templarios; todas las noches del 13 de octubre se oye en la iglesia una voz, susurrante como el viento, que pregunta «¿Ha llegado el día de la liberación del Santo Sepulcro?» Las nueve calaveras murmuran: «Todavía no...»

Se dice que el Gran Maestre de la Orden, Jacques de Molay, antes de ser quemado en una isla del Sena parisiense el 11 de marzo de 1314 por orden de Felipe, exclamó: «Papa Clemente, juez injusto, dentro de cuarenta días comparecerás ante el Tribunal de Dios. Y tú, Felipe, rey inicuo, antes de un año...» A los cuarenta días moría Clemente V. Ocho meses más tarde dejaba de existir Felipe El Hermoso.

La exasperación producida por las matanzas del Vaticano y del Louvre se ha mantenido viva en Francia hasta entrado el siglo XVIII. Se cuenta que cuando avanzaba la revolución por la calle Saint-Antoine, de París, en dirección al Louvre y Notre-Dame, un hombre vestido de larga túnica empezó a bramar contra los curas. Cada vez que su sable alcanzaba a uno, exclamaba: «¡Esto por los albigenses y por los templarios!» Y que cuando rodó por los suelos bajo la guillotina la cabeza de Luis XVI subió al patíbulo, se empapó los dedos de la sangre del infortunado monarca y gritó: «¡Pueblo de Francia, yo te bautizo en el nombre de Jacques de Molay y de la libertad!»

A la muerte del papa Clemente, ocupó la cátedra de Pedro en Avignon Juan XXII. El sucesor de Juan fue Benedicto XII, que antes de su elección como Santo Padre (1334) se llamaba *Jacques Fournier.*

Fournier, hijo de un panadero, era oriundo de Saverdun, pequeña ciudad del Ariège, en el condado de Foix, al norte de Pamiers. Joven aún, entró en el convento de los cistercienses de Boulbonne, donde se hallaba el mausoleo de los condes de Foix. Todos los hijos e hijas de la Casa de Foix habían encontrado allí su último descanso, excepción hecha de Esclarmonde, que, en forma de paloma, había volado al Paraíso terrenal.

Jacques Fournier fue enviado por su tío, el abad del monasterio de Fontfroide, a París a estudiar teología, hasta que, en el año 1311, se hizo abad de dicho monasterio. Dieciséis años más tarde, el papa Juan XXII le nombró obispo de Pamiers, ciudad en la que cien años antes Esclarmonde había convocado a todos los sabios del Sabarthès para, con ellos, descifrar la doctrina de Platón y de Juan el Evangelista. Como obispo de Pamiers, Jacques Fournier consiguió sus mejores éxitos persiguiendo a los herejes; lo que debía valerle un día la tiara papal y el anillo del pescador. Pero antes de emprender de forma decidida el exterminio de los herejes del Sabarthès tuvo que formar parte del tribunal que juzgaba a Bernard Délicieux.

Bernard Délicieux era uno de los lectores del convento franciscano de Narbonne. Estuvo en estrechísimo contacto con las mentes más preclaras de su tiempo; por ejemplo, con Raimundo Lulio, el original «reformador del mundo», y con Arnaldo de Vilanova, insigne médico particular del papa y buscador infatigable de la «piedra filosofal» y del *aurum potabile.* Era un digno seguidor de San Francisco. Fue tan franciscano que tuvo que compartir la suerte de los cátaros, de los que se había hecho su abogado defensor.

Bernard es uno de los personajes más discutidos y apreciados del siglo XIV. En su abnegación por los demás, llegó hasta a vender sus libros y contraer deudas sólo para ayudar

a los necesitados. Su Orden, que —no lo olvidemos— se hallaba enfrentada casi por todas partes a la Inquisición de los dominicos, le fue fiel.

Hasta en los conventos de los franciscanos podía Bernard pronunciar sus discursos contra los dominicos. En cierta ocasión el inquisidor Foulques de Saint-George se acercó con veinticinco hombres de a caballo a la abadía donde precisamente se alojaba Bernard, y exigió que se lo entregaran; los hermanos de San Francisco le prohibieron la entrada, empezaron a tocar las campanas y, desde los muros del convento, apedrearon a los dominicos. Al oír el tañido de las campanas, las gentes acudieron en tropel y a duras penas consiguió el inquisidor salir con vida.

La ferviente elocuencia de Bernard consiguió mover a los burgueses de Carcassonne a que liberaran de sus horribles calabozos a quienes se hallaban encarcelados en la torre de la Inquisición, entre los que se encontraban, aún con vida, los últimos caballeros de Montségur, y a que quemaran los archivos del tribunal de la Inquisición.

Estimuladas por la audaz actuación del franciscano, otras ciudades de Occitania se rebelaron también contra los inquisidores. Cuando el dominico Godofredo de Abluses, cruel y sin escrúpulos, inició su actuación como inquisidor de Toulouse, los habitantes de esta ciudad dirigieron un escrito de queja al rey de Francia. Por miedo a perder las provincias meridionales que acababa de conseguir, Felipe El Hermoso envió al Midi al lugarteniente de Amiens y al archidiácono de Lisieux, con la misión de atender las quejas de la población y de poner fin a los excesos de los inquisidores. El lugarteniente hizo abrir las cárceles de la Inquisición y liberar a todos los presos. Además, detuvo a varios agentes del Santo Oficio. El pueblo acogió estas medidas con entusiasmo y se inició una verdadera persecución contra los inquisidores. El desorden era tal que Felipe el Hermoso tuvo que ir personalmente a Toulouse, donde publicó, en 1304, un edicto por el que se exigía la revisión de todos los procesos llevados a cabo por la Inquisición. Recibió asimismo en audiencia a Bernard, quien tuvo el coraje de defender ante él que los

mismos San Pedro y San Pablo hubieran confesado ser herejes si hubiesen sido interrogados según los métodos de los inquisidores.

Felipe no podía prohibir totalmente la Inquisición en sus provincias, ya que ella suponía un sólido apoyo a su poder temporal. Bernard Délicieux, decepcionado y enojado, se fue de ciudad en ciudad clamando contra el rey por su no actuación. Al ver Felipe El Hermoso que los burgueses de Carcassonne se disponían seriamente a separarse de Francia y a ponerse bajo la protección de Fernando de Mallorca, juzgó necesario derogar su edicto y confirió a los dominicos nuevos poderes. Ordenó que se persiguiera a los herejes como a bestias salvajes y peligrosas y mandó a sus senescales y oficiales que detuvieran a cuantas personas les fueran denunciadas por los dominicos.

El terror volvió a cundir por el país. Los inquisidores trataban con horrenda crueldad a los herejes, verdaderos o imaginados. Si los testigos declaraban en favor de los inculpados, no tenían inconveniente alguno en falsificar las actas. Los cónsules de Carcassonne fueron condenados a muerte. El inquisidor tolosano Godofredo de Abluses volvió a ocupar su cargo. Inició su actividad con la búsqueda de los descendientes vivos de aquellos que en su día fueron condenados, pues en su opinión el castigo por el crimen no sólo debía recaer sobre quienes lo habían cometido, sino también sobre sus hijos. El lugarteniente de Amiens se vio obligado a huir. Fue a ver al papa, quien le rechazó por hereje. Murió excomulgado en Italia. A los dos años de su muerte se le levantó dicha excomunión.

Bernard Délicieux pertenecía a la rama de los franciscanos llamados «espirituales». Retrocedamos un tanto en el tiempo.

Francisco de Asís opuso a la arrogancia y crueldad de su época la paciencia y la humildad. Enseñaba que el gozo sumo del alma no consiste en hacer milagros, curar enfermos, expulsar demonios, resucitar muertos o convertir al mundo entero, sino en soportar y ayudar a soportar pacientemente cualquier tipo de sufrimiento, enfermedad, injusticia y humi-

llación. Predicaba, como los cátaros y valdenses, la pobreza apostólica. Jesús y sus apóstoles no poseyeron nada, decían él y sus discípulos; por eso el cristiano perfecto debe renunciar a toda propiedad. El papa Juan XXII declaró herética, en 1322, la tesis de los franciscanos según la cual Cristo y los apóstoles no habían poseído nada propio. A los franciscanos que seguían las enseñanzas de San Francisco al pie de la letra se les designó con el nombre de «espirituales». Amén de la doctrina de su Orden, habían adoptado las ideas apocalípticas de Joaquín de Fiore. Fue a éste a quien Ricardo Corazón de León, antes de embarcarse para Tierra Santa, pidió que le explicara el Apocalipsis de San Juan. El papa Juan XXII intentó por todos los medios que estos espirituales no fueran tan estrictos en su doctrina franciscana sobre la pobreza y la humildad. A tal efecto hizo comparecer ante sí a los hermanos espirituales de Béziers y de Narbonne, cuyo portavoz era Bernard Délicieux. Nada más empezar la defensa de la causa de los espirituales, Bernard fue acusado de torpedear la labor de la Inquisición, siendo allí mismo detenido.

Se le imputaba además haber provocado mediante artes mágicas la muerte del papa Benedicto XI e incitado a la rebelión a los burgueses de Carcassonne.

El tribunal se reunió en el año 1319, o sea, dos años después de la detención de Bernard, y fue presidido por el arzobispo de Toulouse y Jacques Fournier, obispo de Pamiers. Fueron citados como testigos antiguos compañeros de Bernard, quienes, para salvar su propia vida, condenaron a muerte al amigo con sus testimonios. Este franciscano, cargado de años y totalmente agotado por su larga prisión preventiva, fue sometido a los más brutales interrogatorios durante dos meses. Con el pretexto de querer salvar su alma, se le recordaba que ante la ley de la Inquisición era un hereje y que sólo una confesión completa podría evitarle la hoguera. Por dos veces se le sometió a tortura. La primera, por alta traición; la segunda, por nigromancia. De los archivos de la Inquisición de Carcassonne se desprende que, a pesar de las torturas —todo grito de dolor era registrado

cuidadosamente por el escribano—, no se le pudo arrancar ninguna confesión. Pero al final el hermano franciscano, debilitado por la edad y el sufrimiento y completamente extenuado por las torturas, incurrió en contradicciones. Se puso a merced del tribunal y pidió humildemente la absolución.

El veredicto le declaró inocente de la acusación de haber atentado contra la vida del papa Benedicto, pero culpable de lo demás. Su culpabilidad tenía la agravante de los no menos de setenta falsos testimonios emitidos a lo largo del interrogatorio. Se le condenó a cadena perpetua, a pan y agua —es decir, al *murus strictus*— y fue encerrado en la torre de la Inquisición de Carcassonne, de la que en otros tiempos había él liberado a los últimos caballeros de Montségur. Al cabo de algunos meses, una dulce muerte otorgaba la libertad a este hombre, que había tenido el coraje de combatir abiertamente a la Inquisición.

Jacques Fournier rechazó por heréticos el ayuno, la pobreza y la castidad. Mantuvo relaciones amorosas con la hermana de Petrarca; con frecuencia estaba «ebrio de vino y emporcado por el líquido que produce sueño». Hay cronistas que dicen de él que era «un tripón y un odre».

Su hermano de oficio, el inquisidor tolosano Bernard Gui, había ya realizado en el Sabarthès un buen trabajo previo publicando, en 1309, el siguiente edicto:

«Yo, hermano Bernard Guidonis, dominico e inquisidor de Toulouse, brindo a todos los creyentes en Cristo el premio y la corona de la vida eterna. Ceñíos, hijos de Dios, levantaos conmigo, luchadores de Cristo, contra los enemigos de su cruz, esos corruptores de la verdad y de la pureza de la doctrina católica, contra *Pedro Autier*, el archihereje, y contra sus seguidores y cómplices. Os ordeno en nombre de Dios perseguir y detener allí donde los encontréis a los que permanecen ocultos y yerran en la oscuridad. Prometo la recompensa eterna de Dios y un buen premio en metálico a quienes detengan a los susodichos y me los presenten. Velad, pastores, para que los lobos no os devoren las ovejas. ¡Ac-

tuad con valentía, fieles celadores de Dios, para que los enemigos de la fe no puedan huir ni escapársenos!»

Pedro Autier, notario de Ax-en-Sabarthès, era el caudillo de los últimos herejes de Occitania. En su juventud no había llevado vida de cátaro. Tuvo una *druda* o amante. Con el paso de los años se había convertido en un ardiente partidario de la doctrina hereje y en el jefe de los proscritos de las cuevas del Sabarthès. Desde allí emprendió viajes misioneros al Languedoc, y en cierta ocasión —en el año 1295— escapó a las persecuciones de la Inquisición huyendo a Lombardía. A los tres años estaba nuevamente en el Sabarthès, donde pudo permanecer escondido por espacio de once años.

Un cierto Guillermo Juan se ofreció un día a Jacques Fournier para traicionar al archihereje. Pero dos herejes atrajeron al traidor a un puente cerca de Aliat, donde le aprehendieron y amordazaron. Luego se lo llevaron al monte, le obligaron a confesar y lo arrojaron de cabeza al abismo.

Cuando Pedro Autier salió de su escondrijo para dirigirse a Castelnaudary, fue detenido, y un año más tarde, en 1310, quemado en Toulouse. Hicieron lo indecible por sonsacarle los nombres y las guaridas de sus leales compañeros. Todos los intentos para que se declarara convicto y confeso de herejía fueron baldíos. No pretendió ocultar su fe, sino que hizo profesión de ella con arrojo. Y, sin embargo, parece ser que el inquisidor Bernard Gui consiguió saber por él el secreto de las cuevas del Sabartès para transmitírselo a Jacques Fournier, en cuya diócesis se hallaban las montañas del Ariège. En juicios ulteriores se alude con tanta frecuencia a los datos aportados por Pedro Autier que no queda otro remedio que reconocer que reveló ante sus torturadores el secreto de los últimos cátaros.

A la entrada del Sabarthès, delante de las puertas de la ciudad de Tarascon, se ve un pazo que, aún hoy en día, lleva el nombre de Jacques Fournier. El obispo de Pamiers dirigió desde él la guerra contra los trogloditas herejes. En tanto no fueran desheretizadas las cuevas de Ornolac, el triunfo de la cruz no era completo.

El pazo de Jacques Fournier se alzaba en medio del cono rocoso, donde, cual nidos de águila, imperaban Calamès y Miramont, las fortalezas de los hijos de Belissena de Rabat. Estos caballeros permanecieron fieles al catarismo hasta su muerte. Muchos habían caído en la defensa de Montségur. Más aún habían perecido en la torre de la Inquisición de Carcassonne. Otros habían tenido que peregrinar por su ultrajada patria llevando en sus pechos y espaldas la cruz amarilla, símbolo del deshonor. Quienes más tiempo resistieron fueron los señores de Rabat y de Castellum Verdunum, convertidos ahora en supervivientes miserables de la Iglesia de Amor, tan poderosa en otros tiempos.

Jacques Fournier en persona indicó a los frailes predicadores en armas dónde debían instalar sus arietes para forzar la entrada de las *spulgas*. Desde su pazo de Tarascon dirigió esta guerra santa contra los atrincherados en las cuevas.

Los cátaros, durante más de un siglo, habían podido habitar este agreste valle pirenaico sin que se les molestara. Tenían sus chozas en las faldas del monte entre pinos, higueras y acacias. Cuando el peligro se acercaba, encendían hogueras sobre el Soudour, gigantesca cima que, cerca de Tarascon, domina todo el valle, para que su humo sirviera de señal de alarma. Entonces se refugiaban los herejes en las cuevas, fatales para quienes no las conocían. Cuando —para poner un ejemplo— los verdugos de la Inquisición penetraron en la cueva de Sacany, encontraron ante sí seis caminos distintos. Cinco de ellos conducen en zigzag a un precipicio a cuyas profundidades nadie ha podido aún descender. Es posible que descanse allí más de un esbirro que se lanzara en furiosa persecución de algún cátaro. Mientras los inquisidores daban con el verdadero camino que conducía a la cueva, el nido de herejes se quedaba vacío.

A partir del momento en que Jacques Fournier ocupó su pazo al pie del Soudour, es probable que desaparecieran las señales de humo de su cima. Un día prendieron fuego a las *spulgas*, quemando a cuantos cátaros no habían podido huir. Jacques Fournier podía ser papa.

Un documento del año 1329 nos refiere que Pons-Arnaud, coseñor de Castellum Verdunum, después de haber tenido que gemir largo tiempo en los calabozos de la Inquisición, consiguió la libertad con la condición de llevar desde entonces las cruces amarillas. Recaído en la herejía, fue aprehendido por los alguaciles de los dominicos y encarcelado, muriendo finalmente *ab intestato*.

Con la muerte de este hijo de Belissena, las cuevas del Sabarthès, por remotas e inaccesibles que fueran, no ofrecían ya seguridad a los herejes. Si los muros de la cueva fortificada de Bouan, la *spulga* más impresionante del Sabarthès, y que pertenecía a los señores de Château-Verdun, habían podido resistir hasta entonces, se creía que, una vez muerto Pons-Arnaud, reventarían bajo el estruendo de los golpes de las catapultas. En vista de lo cual parece ser que los últimos cátaros huyeron, por «chimeneas» subterráneas que ellos únicamente conocían, a las montañas, desde donde existía posibilidad de emigrar a tierras más hospitalarias, donde el sol brillaba más puro, al no ser oscurecido por el humo de ninguna hoguera, y donde las estrellas, a las que aspiraban, se encontraban más cercanas. Antes de abandonar para siempre las cuevas que durante tanto tiempo les habían cobijado, a ellos, que eran libres como el viento, uno dejó sobre las paredes unos dibujos y unas inscripciones:

Un árbol de la vida,
Una paloma, emblema del Dios-Espíritu.
Un pez, símbolo de la Divinidad luminosa,
Cristogramas en caracteres griegos y latinos.
La palabra Gethsemaní.

Por todas partes, en sitios casi imposibles de hallar, por donde serpea una galería a través de la roca calcárea hacia las cumbres bañadas por el sol, dibujó, artísticamente entrelazadas, las iniciales «GTS», probablemente la abreviatura de la palabra «Gethsemaní», el huerto donde Cristo fue entregado a los esbirros...

Cuando se intenta subir por una de estas chimeneas hacia lo alto, donde la libertad ejercía sus fascinación sobre los

cátaros, uno ve cortada su ascensión con frecuencia por muros o imponentes bloques rocosos que el agua calcárea ha convertido en estalactitas infranqueables. Los cátaros las utilizaron para evadirse de los inquisidores y de sus perros-policía. Nadie ha logrado hasta la fecha desvelar el misterio que dormita tras dichas estalactitas. Una leyenda pirenaica quiere hacernos creer que los frailes dominicos, al no poder capturar a los últimos cátaros en sus inaccesibles reductos, los encerraron dentro de estos muros. Los montes del Sabarthès continúan manteniendo el secreto.

La desaparición total de un movimiento tan importante como el catarismo ha parecido tan improbable que con frecuencia se ha creído que los *cagots* o agotes eran los descendientes de los cátaros. Aquellos pertenecían a la familia de los «gitanos» y vivían despreciados en los Pirineos. La Navarra francesa los reconoció en el año 1709 como ciudadanos con igualdad de derechos, y la española en 1818. Esta creencia afectó a los mismos *cagots*, quienes, en un suplicatorio dirigido al papa León X en 1517, solicitaban al Santo Padre que tuviera a bien readmitirlos en la sociedad, pues los errores de sus padres hacía mucho tiempo que habían sido expiados.

En el año 1807 unos cazadores de Suc, pueblo del Sabarthès, vieron una mujer desnuda sobre las alturas solitarias del pico del Montcalm, una de las cimas más altas de los Pirineos, y de la que no desaparece la nieve durante todo el año. En lugar de dedicarse a cazar osos, lo que hicieron fue intentar atrapar a la mujer desnuda, sin conseguirlo, pues ésta, como si fuera una gamuza, saltaba sobre las hendiduras de las rocas y bordeaba los precipicios más impresionantes sin que el vértigo la precipitase en el abismo.

Al día siguiente, los cazadores, reforzados por pastores del Montcalm, reanudan la persecución y consiguen capturarla viva. Le ofrecen vestidos como los que llevan las mujeres campesinas de estas tierras. Ella los hace jirones. Logran al fin atarle las manos, vestirla a la fuerza y llevarla a la casa

parroquial de Suc, donde se calma un tanto, contempla sus vestidos, cae de rodillas y prorrumpe en un llanto convulsivo.

Su rostro, macilento y pálido, permite aún distinguir que en otros tiempos había sido muy hermosa. Su alta estatura y sus gestos llenos de dignidad llevan a la conclusión de su noble alcurnia. Se le ofrece una habitación para pasar la noche. A la mañana siguiente había desaparecido, dejando allí sus vestidos.

Algunos días más tarde se detecta su presencia en una de las cumbres nevadas del pico de Bassiès. Va transcurriendo el invierno...

Llegada la primavera, el juez de paz de Vicdessos se dirige, acompañado de agentes de policía, a las alturas del Montcalm. Tras serias dificultades, consigue apresar a la mujer. La visten nuevamente, le dan de comer e intentan que les descubra el enigma de su extraña existencia. Fracasan. Un buen día le pregunta el juez de paz cómo ha sido posible que los osos no la hayan devorado, contestándole ella en el dialecto de aquellos valles:

«¿Los osos? Son mis amigos. ¡Ellos me daban calor!»

La mujer se pone enferma. La llevan al hospital de Foix. Se evade el 20 de julio, pero la capturan el 2 de agosto en las inmediaciones de Tarascon, antes de que haya podido subir de nuevo al Montcalm. La vuelven a Foix y la encierran en la prisión del castillo, donde muere a la una de la noche del 29 de octubre de 1808. La nostalgia de sus montes la mató.

Jamás se ha conseguido desvelar el misterio de la «Folle du Montcalm» (la loca de Montcalm). Los campesinos de aquellos remotos valles querían hacerme ver que era la última descendiente de los herejes...

Hace seiscientos años que el catarismo occitano murió. Su muerte había tenido lugar en las cuevas de Ornolac, en las mismas en las que miles de años antes estuviera su cuna.

El Tabor, Parnaso de Occitania en otros tiempos, se convirtió en una imponente necrópolis, en la tumba de una de las civilizaciones más preclaras. Tal vez las aguas calcáreas de los manantiales del Sabarthès hayan ocluido el salón don-

de, por segunda vez, se inició la celebración del misterio cátaro de la Manisola. Quizá yazcan aquí, sepultados, los últimos cátaros, muertos por *endura* en defensa del tesoro de los herejes, cuya contemplación había dado a todos sus hermanos el coraje suficiente para avanzar, sonrientes, hacia la muerte y gritar en su postrer momento, cuando las llamas de la hoguera empezaban a consumirlos: «¡Dios es Amor!» Si Dios es más benevolente y comprensivo que los hombres, ¿no debería conceder a los herejes en el más-allá lo que tan ardientemente habían anhelado, lo que habían deseado con la abnegación más heroica, con la firmeza más consecuente y con el heroísmo más inaudito? ¡La divinización en el Espíritu..., la apoteosis! Eso era lo que querían. Las ansias del ser humano consisten en alcanzar el reino de los cielos; es decir, ¡pervivir después de la muerte!

¿Qué pasa con el Grial, la *Mani* occitana? Según una leyenda pirenaica, el Grial se aleja tanto más de este mundo, tanto más se eleva hacia el cielo, cuanto que la humanidad se haga indigna de él. Tal vez los puros de Occitania custodien el Grial en una de las estrellas que circundan, como una aureola, Montségur, el Gólgota de Occitania.

El Grial simbolizaba el anhelo del paraíso, en el que el ser humano era imagen, y no caricatura, de Dios, imagen que puede contemplarse cuando se ama al prójimo como a sí mismo. Héroes caballerescos, poetas orantes, sacerdotes poetas, mujeres puras, fueron en otro tiempo los guardianes de este símbolo [140*].

¡No te olvides de quienes fueron dignos!
Cual estrellas rutilantes los dispersó
la naturaleza por los espacios infinitos.

Goethe

APÉNDICE

Observaciones a la parte teórica

Hacía tiempo que me había decidido a intentar esclarecer las relaciones, un tanto oscuras, entre la poesía y mística occitanas y su incidencia en la mentalidad de la Alemania medieval. Sólo cuando tuve ocasión de abordar esta tesis en la misma Occitania descubrí el camino que lleva directamente de Montségur, el «Templo de la suprema *Minne*» de Occitania, hasta Wildenberg bei Amorbach, lugar donde se encuentra el castillo de Wolfram von Eschenbach, el más grande de los poetas alemanes de la *Minne*. Sólo entonces comprendí que los mundos alemán y occitano de la *Minne*, tan distantes y cercanos a la vez, no podían ser contemplados en su sublime hermosura sino reconociendo que su mística de la *Minne* tenía un profundo sustrato celta-germánico.

El *catarismo* fue un movimiento dualista que se extendió

por toda Europa. Para no violentar el marco que me había trazado, no se ha abordado en esta obra el hecho de que las sectas cátaras, desde los Balcanes hasta Colonia y Toulouse, tenían una organización similar, cuya finalidad era la de ser fuertes en su lucha decisiva contra Roma y París, potencias que desde hacía tiempo les amenazaban. También he hecho caso omiso de la creencia generalizada según la cual el catarismo occitano —los albigenses, por ende—, era una rama de los bogumilos, los herejes eslavos. Las opiniones al respecto, en modo alguno irrefutables, pueden leerse en cualquier obra sobre el catarismo, sobre todo en Schmidt y Döllinger, y compararse con las tesis mantenidas por mí. Me interesaba mucho más poner en primer plano el elemento autóctono de los albigenses, insistiendo en realidades que hasta la fecha no habían sido tenidas en cuenta y enmarcándolas con precisión y exactitud en el ámbito de las vinculaciones— a mi entender, hasta ahora supervaloradas— con el catarismo de la Europa oriental. Queremos recalcarlo expresamente. [Compárense las notas 45, 69 y las afirmaciones que aparecen en el epílogo sobre Borst, que veinte años después de la aparición del libro de Rahn no quiere ver este elemento autóctono.—*El editor.*]

La presente obra ni podía ni quería dar forma de modo exhaustivo a toda esta temática. Reclama, eso sí, haber colocado en un único ángulo visual aspectos hasta ahora dispersos. Esta razón ha condicionado asimismo su contextura, similar a la de un «relato de viajes» por montañas, castillos, cuevas y libros más o menos antiguos; contextura que difícilmente puede excluir que alguno de los temas tratados sea mirado con lupa por los expertos.

Espero que, en breve, pueda ver la luz una segunda obra, continuación de la presente, sobre Konrad von Marburg, el inquisidor alemán. En ella me referiré a los influjos del catarismo germano sobre toda la mística alemana hasta la edad moderna (Novalis), catarismo que contaba con miles de seguidores en mi tierra de Hesse y a lo largo del Rin, desde Colonia hasta Basilea. Ciertas insinuaciones aparecen ya en esta obra.

Las primeras incitaciones a la investigación del tema de los herejes tengo que agradecérselas a mi maestro de Giessen, el barón de Gall. Pasaron años hasta que las circunstancias, de forma inesperada, me depararon la oportunidad de viajar a los Pirineos, y en concreto a Montségur. Tras una estancia de varias semanas en las inmediaciones de aquel castillo en ruinas, aguijoneado por la leyenda según la cual los últimos cátaros se encontraban encerrados en una cueva del Ariège, me trasladé a Ornolac, en el Sabarthès, donde tuve la dicha de encontrar a un «Trevrizent» competente y comprensivo como no podía imaginármelo: al especialista en prehistoria Antonin *Gadal*, bajo cuya custodia se encuentran todas las cuevas del Sabarthès, excepción hecha de las de Niaux y Bédeilhac, y que durante décadas había venido realizando un intenso trabajo de esmerada investigación. El señor Gadal no sólo me deparó la posibilidad de realizar, sin inconveniente alguno, todos los estudios que me parecieron oportunos en las cuevas, declaradas monumentos nacionales y sometidas, por ende, a unas normas especiales de preservación, sino que puso a mi entera disposición su rica biblioteca y su museo particular. Según me indicó, tiene intención de publicar en breve los resultados de sus investigaciones. Aunque se trata de trabajos especializados de prehistoria y espeleología, servirán, sin embargo, de complemento y apoyo a algunas de mis afirmaciones. Es para mí una satisfacción tributar aquí al señor Gadal un homenaje de agradecimiento por su desinteresada ayuda [Gadal 1962 †].

Pecaría de ingrato si no expresara mi reconocimiento a mis amigos de los Pirineos, que, de las formas más diversas, impulsaron el nacimiento de mi libro.

La condesa *Pujol-Mural*, cuyos antepasados en la defensa de Montségur dieron su vida por la patria invadida por el enemigo, y entre los que también se encuentran Hugo de Payens, fundador de la Orden de los Templarios, y, digna de especial mención, la gran Esclarmonde de Foix, me familiarizó con el pasado heroico de Montségur. No hubiera concluido la lista de mis amigos occitanos si no mencionara a

los señores de Bélissen, Roché, Palauqui, Meslin y Maupomé, que, con sumo gusto, me ayudaron en mi trabajo.

Tampoco quisiera dejar de expresar mi más sincera gratitud a los señores de la Biblioteca Nacional de París y a los de la Biblioteca de la Universidad de Freiburg por los servicios que me prestaron.

OTTO RAHN

INDICE BIBLIOGRÁFICO

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Biese: *Deutsche Literaturgeschichte,* 17.ª ed., 1921.
Birch-Hirschfeld: *Über die den provençalischen Troubadours des XII und XIII Jahrhunderts bekannten epischen Stoffe,* 1878.
Brinkmaier: *Die provençalischen Troubadours,* 1882.
Dante: *La Divina Comedia.*
Doms Vic & Vaissette: *Histoire général de Languedoc* (Ed. privada, Toulouse), 1872-1905.
Hoepfner: *Die Heiligen in der christlichen Kunst,* 1893.
Kampers: *Das Lichtland der Seelen und der heilige Gral* (Görres-Gesellschaft), 1916.
Karpeles: *Allgemeine Geschichte der Literatur,* 1891.
Lavisse: *Histoire de France,* 1911.
Lea: *Historia de la Inquisición en la Edad Media* (trad. alemana), 1905 ss.
Lenau: *Werke* (Obras) (Ed. d. Bibliogr. Instituts, Leipzig).

Magre: *Magiciens et Illuminés*, 1930.
Petrarca: *Trionfi.*
Peyrat: *Histoire des Albigeois.* Vol. I: *Civilisation Romane.* Vol. II: *La Croisade*, 1880.
— *Histoire des Albigeois.* Vols. I-III: *Les Albigeois et l'Inquisition*, 1870.
Reinach: *Orpheus*, 1905.
Wechssler: *Die Sage vom heiligen Gral in ihrer Entwicklung bis auf Richard Wagners Parsifal*, 1898.
Wolfram von Eschenbach: *Parzifal* (Ed. A. Leitzmann. Altdeutsche Textbibliothek, XII), 1902.
— *Parzifal* (traducción al alemán moderno de Pannier), Reclam, Leipzig.

NACIMIENTO DE LA CULTURA OCCITANA

Bérard: *La Méditerranée phénicienne* (*Annales de géographie*), 1895-1896.
Bertrand: *Archéologie celtique et gauloise*, 1889.
Bosch Gimpera: *Los antiguos Iberos y su origen* (Conferencia dada el 22 de marzo de 1927 y publicada en *Conferencias dadas en el Centro de intercambio intelectual germano-español*), 1928.
Bouché de Cluny: *Les Bardes*, 1844.
Cartailhac: *L'or gaulois* (*Revue d'Anthropologie*), 1899.
Clerc: *Histoire de Marseille dans l'Antiquité*, 1900.
Garrigou: *Ibérie et les Ibères*, 1884.
Herzog: *Gallia Narbonensis historia*, 1864.
Humboldt, W. von: *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittels der vaskischen Sprache* (Investigaciones acerca de los primitivos habitantes de España por medio de la lengua vasca), 1821.
Jones-Williams-Owen: *Myvyrian archaiologie of Wales*, 1862.
Jung: *Die romanischen Landschaften des römischen Reiches*, 1881.
Movers: *Die Phönizier*, 1840-1856.
Napoleón III: *Histoire de Jules César*, 1866.
Philips: *Die Wohnsitze der Kelten auf der pyrenäischen Halbinsel*, 1872.
Thierry: *Histoire des Gaulois*, 1877.
Wilke: *Kulturbeziehungen zwischen Indien, Orient und Europa*, 1923.

Y los citados anteriormente:

Lavisse: *Histoire de France.*
Peyrat: *Histoire des Albigeois* (*Civilisation Romane*).
Vic-Vaissette: *Histoire générale de Languedoc.*

Así como los estudios de Garrigou que citaremos más adelante.

EL DRUIDISMO Y SUS TEOGONIAS AFINES HASTA EL MANIQUEISMO

Anrich: *Das antike Mysterienwesen*, 1894, 1904.
D'Arbois: *Les Druides*, 1906.
Aubé: *Histoire des persécutions*, 1875-1885.
Babut: *Priscillien et le Priscillianisme*, 1909.
Bachofen: *Der Mythus von Orient und Occident.*
— *Urreligion und antike Symbole.*
Bardenheyer: *Geschichte der altchristlichen Literatur*, 1903.
Barth: *Über die Druiden der Kelten*, 1826.
Baur: *Das manichäische Religionssystem*, 1831.
Beausobre: *Histoire critique de Manichée et du manichéisme*, 1734.
Bertrand: *La religion des Gaulois*, 1897.
Boissier: *La fin du paganisme*, 1891.
Boltz: *Der Apollomythus*, 1894.
Bosc: *Belisama*, 1910.
Bouché-Leclercq: *L'intolérance religieuse et la politique*, 1911.
Bühler: *The Laws of Manou*, 1886.
Cumont: *Cosmogonie manichéenne*, 1908.
Cumont-Gehrich: *Die orientalischen Religionen*, 1910.
Darmesteter: *Ormazd und Ahriman*, 1876.
Decharme: *Mythologie de la Grèce antique*, 1879, 1929.
Déchelette: *Manuel d'archéologie préhistorique et celtique*, 1908.
Delitzsch: *Das babyl. Weltschöpfungsepos*, 1896.
Dobschütz: *Die urchristlichen Gemeinden*, 1902.
Dom Martin: *La religion des Gaulois*, 1727.
Duchesne: *Origines du culte chrétien*, 1925.
Flügel: *Mani, seine Lehren und seine Schriften*, 1862.
Grimm: *Deutsche Mythologie*, 4.ª ed., 1875-1878.
Gruppe: *Griechische Culte und Mythen*, 1887.
— *Griechische Mythologie*, 1906.
Hahn: *Mythologische Parallelen*, 1859.
Harnack: *Lehrbuch der Dogmengeschichte*, 4.ª ed., 1910.
— *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, 1902.
Hauck-Herzog: *Real Enzyklopädie für protestantische Theologie und Kirche*, 1877. Art. Gnostizismus, Marcion, Priscillianus, etc.
Hirt: *Die Indogermanen*, 1905.
Huggler: *Mythologie der altchrist. Kunst.*, 1929.
Kessler: *Mani. Forschungen über die manichäische Religion*, 1889.
Kittel: *Die hellenistische Mysterienreligion und das Alte Testament*, 1924.
Leisegang: *Gnosis*, 1924.
Loisy: *Les mystères païens*, 1930.

Martigny: *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*, 1865.
Maury: *La magie et l'astrologie dans l'antiquité et au Moyen Age*, 1860.
Menzel: *Vorchristliche Unsterblichkeitslehre*, 1870.
Milloué: *Métempsychose et ascétisme*, 1901.
Mogk: *Germanische Mythologie*, 1906.
Paul: *Das Druidentum (Jahrbücher für klass. Philologie)*, 1892.
Platon: *Studies in the fairy mythologie of Arthurian romance*, 1903.
Pokorny: *Der Ursprung des Druidentums (Mitteilungen der Wiener anthropol. Gesellschaft)*, 1908.
Reclus: *L'Homme et la Terre*, 1905.
Reinach: *Cultes, mythes et religions*, 1904-1912.
Reitzenstein: *Hellenistische Mysterienreligionen*, 1904, 1910.
— *Die Vorgeschichte der christl. Taufe*, 1929.
Renan: *La vida de Jesús.*
Réville: *Vigilance*, 1902.
Reynaud: *L'esprit de la Gaule*, 1866.
Rochat: *Essai sur Mani et sa doctrine*, 1897.
Rohde: *Psyche*, 1903.
Roscher: *Ausführliches Lexikon der griech. und röm. Mythologie*, 1884 ss.
Sili Italici Punica (ed. Bauer), 1840.
Söderblom: *La vie future d'après le mazdéisme*, 1901.
Steffen: *Mani. Über sein Leben und seine Lehre.*
Steiner: *Wendepunkte des Geisteslebens*, 1927.
Stender: *De Argonautorum expeditione*, 1874.
Steuding: *Griechische und römische Mythologie*, 1905.
Stoll: *Die Götter und Heroen des griechischen Altertums*, 7.ª ed., 1885.
Stoop: *La diffusion du manichéisme dans l'Empire romain*, 1909.
Vater: *Der Argonautenzug*, 1848.
Volkmann: *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch*, 1873.
Wilamowitz-Möllendorf: *Der Glaube der Hellenen*, 1931.

Además:

Lavisse: *Histoire de France.*
Peyrat: *Histoire des Albigeois.*
Vic-Vaissette: *Histoire générale de Languedoc.*

LA POESIA DE LOS TROVADORES

Anglade: *Histoire sommaire de la littérature au Moyen-âge*, 1921.
— *Les troubadours*, 1924
— *Anthologie des troubadours*, 1927.

Bartsch: *Chrestomathie provençale*, 6.ª ed., 1904.
Baudler: *Guiot von Provins*, 1902.
Coulet: *Le troubadour Gulhem de Montahagol*, 1898.
Díez: *La poesía de los trovadores.*
— *Vida y obra de los trovadores.*
Fauriel: *Histoire littéraire des troubadours*, 1802.
Gautier: *La chevalerie*, 3.ª ed., 1895.
Kannegiesser: *Gedichte der Troubadoure im Versmass der Urschrift übersetzt*, 1852.
Mahn: *Gedichte der Troubadours in provenzalischer Sprache*, 1864.
— *Biographien der Troubadours in provenzalischer Sprache*, 1883.
Nostradamus: *Les vies des plus célèbres poètes provençaux*, 1575, 1913.
Meyer, F.: *Die Stände, ihr Leben und Treiben, dargestellt nach den altfranz. Artus- und Abenteuerromanen*, 1892.
Michelet: *Les poètes gascons du Gers*, 1904.
Millot: *Histoire littéraire des troubadours*, 1802.
Suchier: *Geschichte der französischen Literatur*, 1900.
Villemain: *Tableau de la littérature au Moyen Age*, 1840.
Vossler: *Peire Cardinal, ein Satiriker aus d. Zeitalter der Albigenserkriege (Actas de la Real Acad. bávara de Ciencias)*, 1916.
Witthoeft: *«Sirventes joglaesc». Ein Blick auf das altfranzösische spielmannsleben*, 1891.

Además, los ya citados:

Birch-Hirschfeld: *Epische Stoffe.*
Brinkmaier: *Troubadours.*
Lavisse: *Histoire de France.*
Peyrat: *Histoire des Albigeois (Civilisation Romane).*
Vic-Vaissette: *Histoire générale de Languedoc.*
Wechssler: *Gral.*

LOS ALBIGENSES Y SU DOCTRINA

Benoist: *Histoire des Albigeois*, 1691.
Clédat: *Le Nouveau Testament traduit au XIIIe siècle en langue provençale, suivi d'un rituel cathare*, 1887.
Döllinger: *Beiträge zur Sektengeschichte des Mittelalters*, 1890.
Douais: *Les Albigeois, leur origine*, 1879.
Dulaurier: *Les Albigeois ou les Cathares du midi de la France*, 1880.
Füslin: *Kirchen- und Ketzerhistoire der mittleren Zeit*, 1772.
Gieseler: *Lehrbuch der Kirchengeschichte*, 1844.
Guiraud: *Cartulaire de Notre-Dame de Prouille* (Prólogo sobre los albigenses en el siglo XIII), 1907.

Hahn: *Geschichte der neu-manichäischen Ketzer*, 1845.
Jas: *Disputatio academica de Valdensium secta ab Albigensibus bene distinguenda*, 1834.
Maitland: *Fats and documents illustrative of the history, doctrine and rites of the ancient Albigenses and Waldenses*, 1838.
Manuel de l'Inquisiteur Bernard Gui (Ed. Mollat), 1926.
Molinier: *L'Endura, coutume religieuse des derniers sectaires albigeois (Annales de la Faculté des Lettres de Bordeaux*, III), 1881.
Moneta: *Adversus Catharos et Waldenses*, libri V, 1743.
Palauqui: *La vérité sur l'Albigeisme*, 1932.
Schmidt: *Histoire et doctrine de la secte des Cathares ou Albigeois*, 1849.
Vidal: *Doctrine et morale des derniers ministres albigeois (Revue des questions historiques*, LXXXV), 1909.
Walch: *Entwurf einer vollständigen Ketzergeschichte*, 1766.

Además:

Lavisse: *Histoire de France.*
Lea: *Historia de la Inquisición.*
Magre: *Magiciens et Illuminés.*
Peyrat: *Histoire des Albigeois.*
Vic-Vaissette: *Histoire générale de Languedoc.*

PARSIFAL Y EL GRIAL

Baist: *Parzival und der Gral*, 1909.
Bartsch: *Die Eigennamen in Wolframs Parzival und Titurel* (en *Germanische Studien*, II), 1875.
Baudler: *Guiot von Provins*, 1902.
Benziger: *Parzival*, 1914.
Beslais: *La légende de Perceval le Gallois*, 1904.
Birch-Hirschfeld: *Die Sage vom Gral und ihre Entwicklung und dichterische Ausbildung in Frankreich und Deutschland im 12. und 13. Jahrhundert*, 1877.
Dom Morin: *Saint-Lazare et Saint-Maximin (Mémoires de la Société des Antiquaires de France)*, 1897.
Duchesne: *La légende de Sainte-Marie Madeleine (Annales du Midi)*, 1892 a 1893.
Fisher: *The mystic vision in the Grail legend and the Divine Comedy*, 1917.
Golther: *Parsifal und der Gral in deutscher Sage des Mittelalters und der Neuzeit*, 1908.
Griffith: *Sir Perceval of Galles*, 1911.
Hagen: *Der Gral*, 1900.

Heinrich: *Le Parcival de Wolfram d'Eschenbach et la légende du Saint-Graal,* 1855.
Heinzel: *Über Wolframs von Eschenbach Parzival,* 1893.
— *Über die französischen Gralromane,* 1892.
Hertz: *Parzival,* 1898.
Historia dos cavalleiros do Santo Graall, 1887.
Hoffmann: *Die Quellen des Perceval,* 1905.
Iselin: *Der morgenländische Ursprung der Gralllegende,* 1909.
Kampers: *Das Lichtland der Seelen und der heilige Gral,* 1916.
Küpp: *Die unmittelbaren Quellen des Parzival Wolframs von Eschenbach,* 1885.
Lang: *Die Sage vom heiligen Gral,* 1862.
Manteyer: *Les légendes saintes de Provence,* 1897.
Martigny: *Dictionnaire des antiquités chrétiennes,* 1865.
Martin: *Zur Gralsage,* 1880.
Palgen: *Der Stein der Weisen* (Estudio de las fuentes de Parsifal), 1922.
Paris: *Perceval et la légende du Saint-Graal,* 1883.
San Marte: *Leben und Dichten Wolframs von Eschenbach,* 1887.
— *Über die Eigennamen im Parzival des Wolfram von Eschenbach,* 1857.
— *Parzivalstudien,* I-III, 1861-62.
— *Sein oder Nichtsein des Guiot von Provence* (en la *Revista de Filología,* XV), 1883.
Sterzenbach: *Ursprung und Entwicklung der Sage vom heiligen Gral,* 1908.
Strucks: *Der junge Parzival,* 1910.
Sühling: *Die Taube als religiöses Symbol im christl. Altertum,* 1930.
Wechssler: *Die Sage vom heiligen Gral in ihrer Entwicklung bis auf Richard Wagners Parsifal,* 1898.
Weston: *The legend of Sir Perceval. Studies upon its origin,* 1909.

Además:

Biese: *Literaturgeschichte.*
Karpeles: *Geschichte der Literatur.*

HUON DE BURDEOS

Graf: *I complimenti della Chanson de Huon de Burdeos,* 1878.
Guesard-Grandmaison: *Les anciens Poètes de la France,* t. V. *Huon de Bordeaux,* 1860.
Schäfer: *Über die Pariser Hss. 1451 und 22.555 der Huon de Bordeaux-Sage,* 1892.
Voretzsch: *Die Kompositionen des Huon von Bordeaux,* 1900.

ESCLARMONDE Y MONTSEGUR

Coulet: *Le troubadour Montanhagol*, 1898.
Gaussen: *Montségur, roche tragique*, 1905.
Palauqui: *Esclarmonde de Foix*, 1911.
Peladan: *Le secret des troubadours*, 1906.

SABARTHES

Castillon (d'Aspet): *Histoire du comté de Foix*, 1852.
Gadal: *Usat-les-Bains.*
Gàrrigou: *Etudes sur l'ancien Pays de Foix*, 1846.
— *Sabar*, 1849.
Vidal: *Tribunal d'Inquisition de Pamiers*, 1906.
— *Doctrine et morale des derniers ministres albigeois (Revue des questions historiques*, LXXXV), 1909.

LA CRUZADA ALBIGENSE

Barreau-Darragon: *Histoire des croisades contre les Albigeois*, 1843.
Caesar von Heisterbach: *De miraculis et visionibus sui temporis seu dialogus miraculorum*, 1850.
Chanson de la Croisade contre les Albigeois (Commencée par Gillaume de Tudèle et continuée par un poète anonyme. Eu. Paul Meyer), 1875.
Guilelmo de Podio Laurentii: *Chronica super historia negotii Francorum adversus Albigenses* (Duchesne: *Scriptores historiae Franciae*, V), 1649.
Julia: *Histoire de Béziers*, 1845.
Langlois: *Histoire des Croisades contre les Albigeois*, 1703.
Luchaire: *Innocent III*. Vol. II, *La croisade des Albigeois*, 1905.
Marturé: *Histoire des comtes de Toulouse*, 1827.
Petri Vallium Sarnaii Monachi: *Hystoria Albigensis* (Ed. Guèbin-Lyon), 1926.
Sismondi: *Die Kreuzzüge gegen die Albigenser*, 1829.
Walch: *Entwurf einer vollständigen Ketzergeschichte*, 1766.

Aunque no imprescindibles, son dignas de mención las ya citadas:

Lavisse: *Histoire de France.*
Lea: *Historia de la Inquisición.*

Magre: *Magiciens et Illuminés.*
Peyrat: *Histoire des Albigeois (La Croisade).*
Schmidt: *Histoire des Cathares.*
Vic-Vaissette: *Histoire générale de Languedoc.*
Vossler: *Peire Cardinal.*

LA INQUISICION

Cauzons: *Histoire de l'Inquisition en France,* 1909.
Comba: *Histoire des Vaudois,* 1901.
David von Augsburg: *Tractatus de inquisitione haereticorum,* 1876.
Doat: *Auf Befehl Colberts im Jahre 1669 unter des Leitung Jean Doats gemachte Kopien der Inquisitionsregister von Albi, Carcassonne, Toulouse, Narbonne, etc.* Serie de 258 manuscritos de la Biblioteca Nacional de París.
Douais: *Documents pour servir à l'histoire de l'Inquisition dans le Languedoc,* 1900.
— *L'Inquisition, ses origines, sa procédure,* 1906.
Gmelin: *Schuld oder Unschuld des Templerordens,* 1893.
Gui: *Manuel de l'Inquisiteur* (Ed. Mollat), 1926.
Guiraud: *Saint Dominique,* 1923.
Haller: *Papstum und Kirchenreform,* I, 1903.
Hauréau: *Bernard Délicieux et l'Inquisition dans le Languedoc,* 1877
Havel: *L'hérésie et le bras séculier au Moyen Age jusqu'au XIIIe siècle,* 1880.
Jakob: *Studien über Papst Benedikt XII,* 1910.
Lacordaire: *Vie de saint Dominique,* 1840.
Limborch: *Historia Inquisitionis cui subjungitur Liber sententiarum Inquisitionis Tholosanae ab anno 1307 ad annum 1324,* 1692.
Michelet: *Procès des Templiers* (Colección de documentos inéditos sobre la historia de Francia), 1841.
Molinier: *L'Inquisition dans le midi de la France,* 1880.
— *L'hérésie et la persécution au XIe siècle (Revue des Pyrénées,* VI), 1894.
Mollat: *Les papes d'Avignon,* 1924.
Müller, K.: *Die Waldenser und ihre einzelnen Gruppen,* 1886.
Tanon: *Histoire des tribunaux de l'Inquisition dans le Languedoc,* 1893, 1900.
Tuberville: *Mediaeval Heresy and the Inquisition,* 1920.
Verlaque: *Jean XXII, sa vie et ses oeuvres,* 1883.
Vidal: *Le tribunal d'Inquisition de Pamiers,* 1906.
— *Bullaire de l'inquisition française au XIVe siècle et jusqu'à la fin du Grand Schisme,* 1913.

Pueden consultarse asimismo:

Guiraud: *Cartulaire.*
Lea: *Inquisición.*
Peyrat: *Les Albigeois et l'Inquisition.*
Schmidt: *Histoire des Cathares.*
Vic-Vaissette: *Histoire générale de Languedoc.*
Vossler: *Peire Cardinal.*

APENDICE 1964

Arno Borst: *Die Katharer.* Ed. Hiersemann, Stuttgart, 1952.
Ida Tietze: *Aus verklungenen Jahrtausenden,* E. Bernhart, Vomperberg-Tirol, 1954.
Julius Evola: *Das Mysterium des Grals,* Ed. Barth, München, 1955.
Erich Köhler: *Ideal und Wirklichkeit in der höfischen Epik. Studien zur frühen Artus- und Gralsdichtung,* Niemeyer, Tübingen, 1956.
Chrétien de Troyes: *Perceval oder die Geschichte vom Gral,* versión alemana de Konrad Sandkühler, Ed. Freies Geistesleben, Stuttgart, 3 vols., 1957 a 1964.
Robert de Boron: *Die Geschichte des Heiligen Gral,* versión alemana de K. Sandkühler, Stuttgart, 1958.
Gralswelt, Zeitschrift, Ed. Stiftungs, Schwäbisch Gmund.
Verwehte Zeit erwacht. Aufgenommen in der Nähe Abd-ru-shins, Ed. Stiftung Gralsbotschaft, Vomperberg-Tirol, 1959.
Rudolf Meyer: *Der Gral und seine Hüter,* Ed. Urach, Stuttgart, 1958.
Rudolf Steiner: *Christus und die geistige Welt,* Ed. Friedenthal, 1960.
Abd-ru-shin: *Im Lichte der Wahrheit. Gralsbotschaft,* Ed. Bernhardt, Vomperberg-Tirol, 1960.
Emma Jung/M. L. v. Franz: *Die Gralslegende in psychologischer Sicht,* Ed. Rascher, Zürich, 1960.
Emil Bock: *Die Drei Jahre,* Ed. Urachhaus, Stuttgart, 1949.
Karlheinz Deschner: *Abermals krähte des Hahn* (Historia crítica de la Iglesia desde sus orígenes hasta Pío XII), 2.ª ed., Ed. Hans E. Günther, Stuttgart, 1964. (¡Para el tema, en su conjunto!)
Pierre Belperron: *La Croisade contre les Albigeois et l'Union du Languedoc à la France,* Librairie Plon, París.
Georges Bordonove: *Le Bûcher,* Ed. Julliard, París.
Déodat Roché: Arque (Aude), *Cahiers d'Etudes Cathares* (trimestral).
— *Die Katharer und die Templer* (manuscrito).
Zoé Oldenbourg: *Le Bûcher de Montségur,* Ed. Gallimard, París, 1959.
Gabriele Efimoff: *Die Spanisch-aragonische Gralstradition von San Juan de la Peña (Blätter für Anthroposophie,* cuad. 3.º), Basilea, 1960.

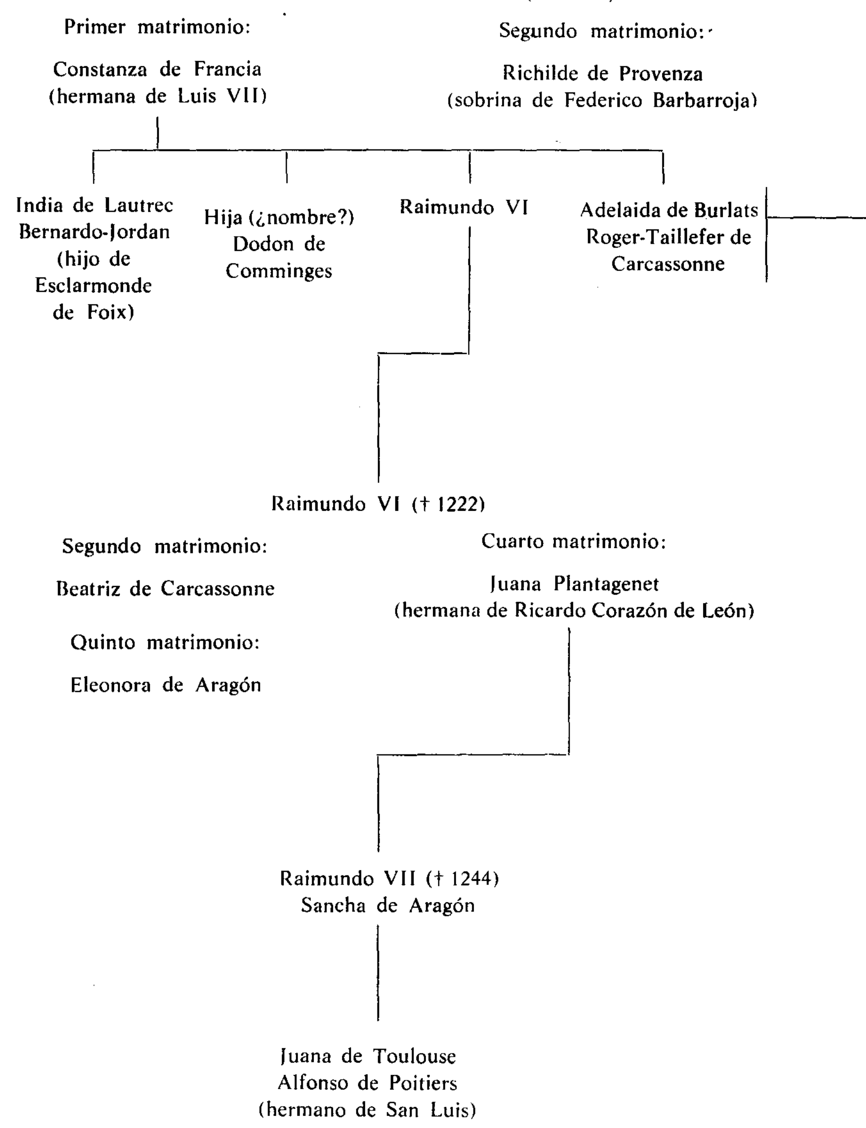
Antonin Gadal: *Sur le Chemin du Saint Graal*, Haarlem, 1960.
Isabelle Sandy: *Montségur*, Gallimard, París, 1961.
Fernand Niel: *Mont Ségur. Le Site - Son Histoire*, Ed. Allier, Grenoble, 1962.
Walter Hotz: *Burg Wildenberg*, Ed. Emig, Amorbach, 1963.

Mapa de la región occitana



1. Carcassonne.
2. Narbonne.
3. Perpignan.
4. Foix.
5. Tarascon.
6. Lavaur.
7. Montpellier.
8. Mirepoix.
9. Fanjeaux.
10. Castres.

Cuadro genealógico de los



principados occitanos hacia 1200

RAMON TRENCAVEL DE *CARCASSONNE* († 1167)

Segundo matrimonio:

Condesa Saura

Roger-Taillefer († 1193)
Adelaïda de Burlats

Beatriz
Raimundo VI de Toulouse

Primer matrimonio:

Vizcondesa Adelaida

Cecilia
Roger-Bernardo de Foix

RAMON-ROGER († 1209)

Inés de Montpellier
(cuñada de Pedro II de Aragón)

Roger Bernardo I de Foix († 1188)

Ramon-Roger
Felipa de Montcada-Aragón

ESCLARMONDE

Jordan II
de Lille-Jordan

Bernardo-Jordan
India de Lautrec-Toulouse

Cecilia
Roger de Comminges

Ramon-Roger († 1222)

Del matrimonio con Felipa:

Cecilia
Bernardo de Comminges

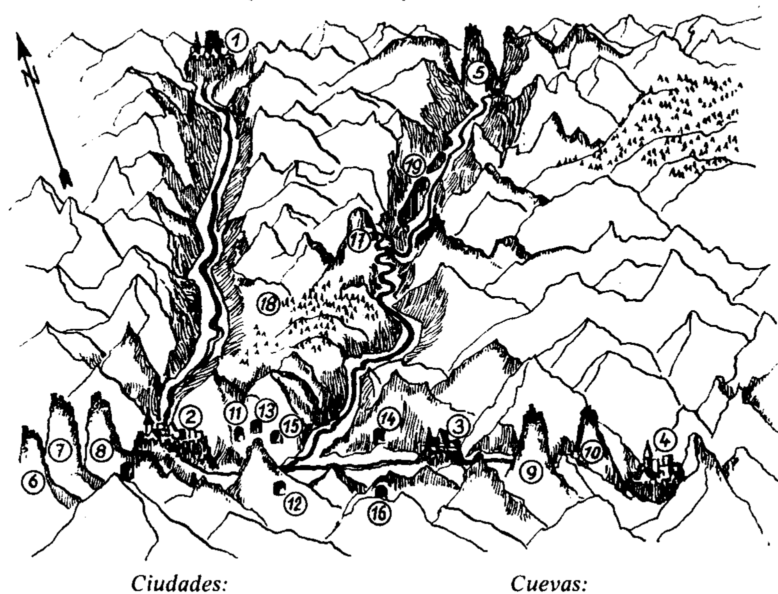
Roger-Bernardo II († 1241)

De un matrimonio morganático:

Lupo de Foix

Esclarmonde de Alion

La región del mito pirenaico del Grial



Ciudades:

1. Foix.
2. Tarascon.
3. Castellum Verdunum
4. Ax.

Castillos:

5. Montségur.
6. Miramont.
7. Calamès.
8. Soudour.
9. San Pedro.
10. Lordat.

Cuevas:

11. «Las Gleysos».
12. La «catedral» de Lombrives.
13. Cueva del eremita.
14. Cueva de Fontanet.
15. «Spulga» de Ornolac.
16. «Spulga» de Bouan.
17. Pico de Saint-Barthelemy.
18. Bosque de Serralunga.
19. Lago de los druidas.

El *Sabarthès*, a mitad de camino, poco más o menos, entre Toulouse y Barcelona, constituye la parte del Condado de Foix (en la actualidad, Departamento de Ariège), que limita con España y Andorra.

El *macizo del Tabor* alcanza, con el pico de Saint-Barthelemy, una altitud de 2.500 metros; el pico del Montcalm, situado algo más hacia occidente, le supera en 500 metros.

El castillo rocoso de *Montségur* (1.200 m.), en su proyección hacia la llanura, se encuentra precedido sólo por algunas colinas.

EPÍLOGO

El trabajo de Rahn es un estudio histórico-cultural marcado por el cuño personal del autor. «Las primeras incitaciones para la investigación del tema de los herejes tengo que agradecérsela a mi maestro de Giessen, el barón de Gall», escribe en las observaciones a la parte teórica. En su carta del 22 de abril de 1933 dirigida a Gadal recalcaba que «había tratado el tema con precisión y esmero... Tengo intención de escribir un segundo trabajo que sea complemento del presente». Dicho trabajo no apareció (véase el «Estudio biográfico»). Es digno de mención, por su humanidad y objetividad, cómo describe Rahn las ayudas de todo tipo que le proporcionó Antonin Gadal, experto en prehistoria, «que a lo largo de décadas ha venido desarrollando una gran labor de paciente investigación». Gadal murió el año 1962 cargado de

años. Sus escritos y su bien cuidado mini-museo son testigos de su trabajo. Llama la atención por su humanismo la correspondencia que mantuvo Rahn con él, en la que aparece el agradecimiento del joven investigador alemán hacia Gadal y los profundos lazos que les unían. La ayuda que depararon a Rahn sus «amigos de los Pirineos», decisiva para la «aparición del libro», se evidencia en su firme voluntad de inspirarse en la vida. «La condesa Pujol-Murat me familiarizó con el pasado de Montségur». Sus antepasados habían perdido sus vidas en la defensa de Montségur. Uno de ellos fue Hugo de Payens, fundador de la Orden de los Templarios. También Esclarmonde de Foix estaba entre sus antepasados. Entre los que cita personalmente se encuentra Déodat Roché, que, muy anciano, aún vive, y que con los *Cahiers d'Etudes Cathares* fundó hace décadas una sociedad de estudios para la investigación de la problemática de cátaros y templarios.

La «Bibliografía general» patentiza el cúmulo de fuentes que utilizó. Las múltiples y extensas «Anotaciones al texto» nos hacen vivir el influjo que la temática ejerció sobre el autor. Dentro de lo intrincado del tema, Rahn va desarrollándolo de forma estratificada, pero metódica. Surge la imagen viva de un movimiento religioso cuyos contenidos doctrinales y fideicos se identifican con la vida de quienes los profesan. Esta fuerte identidad fue durante dos siglos y medio la fuerza motriz de cada uno de los individuos de este gran movimiento, así como de sus comunidades. Se convirtió en trágico destino de decadencia. El cristianismo cátaro surge en la historia del espíritu como la gran aparición de un cometa. En su grandiosa conmoción, cual si se tratara de otros primeros cristianos, irradian su luz y su suerte durante siglos, resucitando de las interioridades del ser humano las más profundas y auténticas cuestiones. Rahn hace referencia a las vinculaciones existentes entre druidismo, religión de Mitra y maniqueísmo, sobre los que el entorno geográfico alberga importantes testimonios. Hace sentir el Evangelio según San Juan, la Iglesia de Amor, el mundo de los misterios del Grial. Hay que agradecer a Rahn la utilización del antiguo poema de Lenau *Die Albigenser*, que también se

basa en serios estudios de las fuentes. Lenau en una carta (11-IX-1838) dice que «el tema le fascina» y... «mi coraje es grande, las fuerzas no me flaquean, mi cuerpo está sano. Por todo ello espero que Dios mire con ojos benevolentes este mi trabajo». Como dice Anastasius Grün, biógrafo de Lenau, la tarea quedó pronto terminada. En pasajes importantes cita Rahn igualmente a Goethe y a Novalis, como invocando su espíritu profético.

Los trabajos que han aparecido desde entonces sobre el círculo ideológico en el que se mueve Rahn muestran cómo ha continuado siendo objeto de intensas investigaciones. Desde comienzos de la década pasada no han cesado de aparecer nuevas publicaciones. El suplemento bibliográfico (página 234) ha sido confeccionado gracias a la ayuda de una oficina de información bibliográfica.

Arno Borst, en su libro *Die Katharer*, aparecido en 1952 en el tomo XIII de la serie «Monumenta Germaniae Historica», procede de modo totalmente distinto al de Rahn. Es una obra modelo de tipo filosófico-científico y se basa en un conocimiento extraordinariamente rico de las fuentes. La bibliografía de las fuentes ocupa once páginas del apéndice, y el índice de nombres y de materias llena veintiocho. Se citan multitud de colaboradores. «Numerosos son los investigadores que me han ayudado en el trabajo». Y, sin embargo, Borst se ve obligado a confesar... «por razones extrínsecas no he podido llevar a cabo una descripción más extensa del catarismo, tal como lo hiciera por última vez y hace un siglo Charles Schmidt». No me ha sido posible tener acceso a muchas de las fuentes y «respecto a otras se precisaba una tal síntesis de conocimientos específicos en tantas ramas del saber como yo no la tengo» (pág. V). A la vista de las conclusiones que, a pesar de todo, contiene el libro, hay que recalcar dicho conocimiento de sí mismo. Ideológicamente es coincidente.

Borst, en primer lugar, hace una exposición bibliográfica del problema cátaro a través de los siglos. A continuación presenta la historia del catarismo y de su mundo fideico

en base a los estudios que ha realizado sobre los libros. Y, finalmente, formula sus juicios desde una posición dogmática.

El gran problema fundamental de las ciencias históricas queda sin resolver, no siendo abordado abiertamente ni una sola vez. Con lo que el trabajo en su conjunto pierde su significación objetiva. Se dan a conocer muchos detalles de indudable valor, pero a los que se les puede dar otro sentido y otra interpretación. Resurge la idea de un extraordinario movimiento contra Roma perfectamente organizado. Aparecen rasgos, humanamente imponentes, de cristianos que intentan vivir un cristianismo en libertad, y que lo consiguen, aunque su irradiación no se percibe más que en su inmediatez. Borst pasa de largo ante la esencia de este cristianismo de San Juan. No puede actuar de otro modo. No porque indique o deba indicar cuál es el fin del libro, sino porque las valoraciones o valores espirituales e íntimos su sustraen a la actitud de una investigación meramente filológica y dogmatizante. ¿Qué conclusiones formula Borst en sus casi cuatrocientas páginas? «La actuación del catarismo es predominantemente pasiva...», «Son los puntos débiles del catarismo los que lo mantuvieron vivo durante tanto tiempo...» y «el Occidente cristiano (!) no tuvo otro remedio que suprimir esta herejía dualista...» (pág. 222), «No tenemos razón alguna para llamar, a su fracaso, tragedia» (pág. 230).

La pericia del trabajo de Borst se desenvuelve con soltura en los conocimientos de las ruinas pulverizadas. Este es su gran mérito.

Quien pretenda una localización espiritual del problema cátaro dentro de la historia de la civilización europea la encontrará en el *Buch der Ketzer*, de Walter Niggs. Ofrece bosquejos monográficos que comprenden dos milenios. Esta visión panorámica de la corriente histórica ofrece suficientes elementos de juicio, aun de forma esquemática, sobre el «otro cristianismo».

En el libro de Rudolf Meyer *Der Gral und seine Hüter*, aparecido en 1956, se aborda la problemática del espiritualismo cátaro desde otro ángulo diferente. Meyer emprende

la tarea de «perseguir los orígenes de la leyenda del Grial y contemplar su extraordinaria fuerza de irradiación hasta la más inmediata actualidad». Analiza en profundidad los orígenes del cristianismo, las aportaciones celtas, Wolfram von Eschenbach, el movimiento cátaro, los rosicrucianos medievales, Goethe como buscador del Grial, el mensaje del Grial de Richard Wagner en el siglo XIX, y llega hasta nuestros días sacando de todo ello una imagen esotérico-positiva. También el espíritu de los elementos geográficos se hace sentir.

Las obras de Alfred Schütze, *Mithras*, y de Geo Widengren, *Mani und der Manichäismus*, deparan nuevos puntos de vista sobre los movimientos religiosos del culto a Mitra y del maniqueísmo con sus implicaciones políticas. Ambas publicaciones, de recentísima aparición, se basan en profundos conocimientos de las fuentes y aportan un material gráfico importante. La obra de Schütze postula una rigurosa visión religioso-artística y una vivencia del fenómeno interior de la vida síquica de aquellos hombres. Las ilustraciones que aparecen en el texto son asimismo extraordinarias. Schütze abre nuevas perspectivas. Widengren, investigador de temas religiosos, catedrático en Uppsala y experto en este tema, aporta nuevo material y una visión panorámica estrictamente objetiva. El «Apóstol de Cristo», como se denominaba Mani en su mensaje, se convierte en una nueva experiencia. El maniqueísmo, sobre el que se ha hablado —y continúa hablándose— de forma muy poco clara, aparece diáfano y comprensible.

¿Qué ha ocurido a lo largo de la historia con la uniformidad de la corriente esotérica del cristianismo? Emil Bock, en su libro *Die drei Jahre*, dedica un capítulo a esta cuestión. Bock hace una descripción pormenorizada de los tres años de la vida de Jesús, desde el bautismo en el Jordán hasta la resurrección. El autor describe de forma viva sus profundos conocimientos. En el capítulo que lleva por título «El discípulo de Naín» aborda las vinculaciones esenciales que existen entre la Mani y el maniqueísmo, Parsifal y el

mundo del Grial. Aparecen nuevas perspectivas y contextos que desbrozan el camino para ulteriores investigaciones.

Konrad Sandkühler, profundo conocedor del mundo de los cátaros y templarios, mediante sus versiones del francés antiguo ha facilitado muchísimo el estudio de Parsifal y del Grial. A él debemos las traducciones alemanas de Robert de Boron, *Historia del Santo Grial*, y los tres tomos de Chrétien de Troyes, *Perceval, la historia del Grial*. Sandkühler, Schütze y Widengren proporcionan nuevas aportaciones a las fuentes utilizadas por Rahn. El editor agradece a Konrad Sandkühler el conocimiento de los trabajos de *Déodat Roché*, a quien Rahn menciona como uno de sus «amigos de los Pirineos».

Junto con Gadal, de quien Rahn era amigo, Roché ha realizado grandes aportaciones a los conocimientos de lugares y objetos históricos y prehistóricos de la región de los cátaros y de los templarios en el Midi francés. En una de sus obras, traducida al alemán por Sandkühler, ha elaborado un material de incalculable valor. Describe nuevos descubrimientos y los sitúa en un contexto espiritual amplio. Hace que renazca con una luz nueva el movimiento esotérico de Oriente y Occidente e inicia una época científico-espiritual de la investigación. En las vivencias de cátaros y templarios descubre una nueva comprensión esotérico-mística de Cristo. Roché señala cómo es necesario proceder a la elevación de la conciencia. Edifica sobre los conocimientos de Rudolf Steiner. Su obra aparecerá en breve y proyectará nueva luz sobre el libro de Rahn.

Pasemos ahora a los trabajos aparecidos en francés después de la muerte de Rahn. Han sido ya citados los cuadernos trimestrales de Roché, *Cahiers d'Etudes Cathares*. Tratan de las investigaciones y resultados más recientes, así como del conjunto de esta corriente cultural en su sentido más amplio. En torno a Roché, lo mismo que en torno a Gadal, se han formado círculos de colaboradores que organizan congresos y sesiones de trabajo. Su orientación es internacional.

Como contraposición aparece una extensa bibliografía

en francés con claras connotaciones partidistas; por ejemplo, la obra de Pierre Belperron, *La croisade contre les Albigeois et l'Union du Languedoc à la France*, o la novela de Georges Bordonon, *Le Bûcher*. Desde una perspectiva histórica, el espíritu nacional francés, la unificación de Francia y su entrada en una época de realizaciones de más relevancia para la historia se forjaron sobre el telón de fondo de los espantosos acontecimientos de la cruzada contra el Grial y la aniquilación de la Orden de los templarios.

El libro de Zoë Oldenbourg, *Le Bûcher de Montségur*, aparecido en 1959, representa una superación sublimada del espíritu nacional francés. Por su extensión, metodología, utilización de las fuentes y material gráfico, es una auténtica obra maestra, con su esmerado cuadro histórico y sus textos originales. La refutación francesa a la obra de Arno Borst aparece en la serie «Trente journées qui ont fait la France», Ed. Gallimard.

Totalmente distinta es la contribución de Fernand Niel a unos de los problemas capitales de Rahn: *Le Montségur. Le Site - son historie*. Niel había ya escrito sobre los cátaros. Un buen día el castillo de Montségur se convirtió para él en una vivencia, arquitectónicamente nueva. Dicha vivencia le aclaró la peculiar planta del castillo, así como la forma que se le dio y la misión que se le encomendó cuando, en 1204, fue reconstruido (nota 137). En las averiguaciones de Niel encontramos nuevas respuestas a las viejas preguntas de: ¿Dónde estuvo y qué era el castillo del Grial? ¿Dónde estuvo?: hubo más de un castillo en el que se celebraron los misterios del Grial. Montségur fue reedificado siguiendo determinados rayos de luz solar... Fue un castillo del Grial, pero no el único. Lugares similares, aunque con otras plantas y en otros contextos geográficos, hubo en Quéribus, Vic de Sos, San Juan de la Peña, Glasonbury (Inglaterra) y en las cercanías de Basilea, en el Oberland. El misterio del Grial no comporta ningún sentido unívoco ni mucho menos material. ¿Qué era?: «Un posicionamiento espiritual y supraterreno, una morada vivencial para la que la calidad del grado

de concienciación y de las vivencias altruistas resultaban determinantes.»

Con la aniquilación de cátaros y templarios concluye la época de las experiencias espirituales y surge otra de estrangulamiento histórico del espíritu. En el silencio y con la aparición de los rosicrucianos surgen nuevos y minúsculos círculos.

Su aparición, en general, lleva otra orientación básica. Al comienzo de la época moderna la espiritualidad individual irrumpe en la historia espiritual europea como un gran impulso colectivo. La individualidad, basada en el espíritu, aunque de momento sin vida espiritual como experiencia de tipo sustancial, actúa en amplios sectores de la vida. La transformación que se opera en todos los campos exige la toma de conciencia del individuo en la búsqueda del yo y en la cimentación espiritual. Se inicia la época de los espíritus conscientes. Pero en la edad moderna, ¿dónde pervive la realidad del espíritu, la sabiduría del Grial? ¿Dónde lo encontramos en nuestros días?

Permítaseme concluir de modo personal. La geografía cátara del sur de Francia, con sus valles, ríos, arroyos y el lago de los druidas, con su flora, sus peculiaridades atmosféricas, con sus cuevas y grutas, sus montañas y sus castillos en ruinas puede continuar proporcionando al hombre que se acerca en solitario o en pequeños grupos auténticas vivencias. Los testimonios históricos —no precisamente fáciles de encontrar— hablan un lenguaje que le va bien al corazón. Provocan la reflexión y el revivir acontecimientos históricos. Aún hoy en día es posible tener encuentros y coloquios sobre temas que producen profunda conmoción interior. Aunque es cierto que tales vivencias van siendo cada año más escasas, los hechos tampoco soportan el olvido. A no ser que uno se engañe con meros sentimientos románticos y subjetivos y vea en todo auténticas tragedias. ¿Cómo puede encontrarse una nueva libertad que sea objetiva y que conlleve la energía necesaria para continuar hacia adelante?

Otto Rahn no quería acusar, sino, por múltiples razones,

mirar hacia el futuro. Toda su obra es un exponente de esta su manera de proceder. Lo que intentaba era comprender el destino.

El fulgor de las estrellas de aquellas tierras, tanto en los valles como en las cumbres de los montes, es distinto; más brillante, más centelleante, como mágico. Un coloquio al anochecer en un «camping» sobre todas estas cuestiones y sobre la situación anímica de los hombres de nuestros días puso de manifiesto que el descubrimiento de una región y de todos sus testimonios supone un verdadero enriquecimiento de las vivencias personales. Pero ¿cómo es posible sacar de ahí fuerza y claridad suficientes para el hoy y el mañana de nuestro tiempo? ¿Mediante grupos que se dediquen al estudio del pasado? Pasarán necesariamente y terminarán perdiendo su eficacia. ¿Cómo puede volver a encenderse en la actualidad dentro del yo del ser humano individual la nueva luz del Grial? ¿Cómo pueden surgir de ese nuevo resplandor nuevas comunidades libres en su espíritu? Tiene que tratarse de un despertar intenso dentro de los yos motivado por un reforzamiento de las nuevas mentalidades. La adecuada formación de los espíritus es la tarea que el destino pone en nuestras manos.

La profunda renovación de la existencia espiritual que, de forma consciente y decidida, puede actuar en todas las esferas de la vida síquica del ser humano individual, conseguirá también que la vida se robustezca con la nueva luz de Cristo [141*].

KARL RITTERSBACHER

ESTUDIO BIOGRÁFICO DE OTTO RAHN

(1904-1939)

Nació en Michelstadt, en el Odenwald, el 18 de febrero de 1904. Era un joven despierto capaz de aunar las impresiones armónicas de la naturaleza y los influjos profundamente religiosos de sus padres protestantes. Su familia pertenecía a la burguesía media. Su padre llegó a ser juez de Maguncia. Estudia en el instituto de Giessen, pues por aquellos años sus padres vivían en dicha ciudad. Pasa con facilidad los cursos. Muestra vivo interés por la música. Se convierte en un buen pianista. En el año 1922 supera con éxito el examen de bachiller. En su certificado de aptitud se apuntaba que «tenía intención de estudiar derecho». Durante cuatro años aparece matriculado en las facultades de Derecho de Giessen, Freiburg y Heidelberg. Asiste también a clases de filología

germánica y de historia. En Heidelberg entra en íntimo contacto con una familia francesa que le invita a ir a Ginebra. De aquí realiza un viaje al sur de Francia. Cuando era alumno de los cursos superiores del instituto, su profesor de religión, el barón de Gall, que también ostentaba la cátedra de historia de la teología en la universidad de Giessen, le impresionó profundamente con sus descripciones sobre la suerte del catarismo. Rahn dice: «era una materia que me cautivaba sobremanera», «sin esperarlo, encontré las circunstancias propicias» para investigar en el teatro de los acontecimientos. La región de los trovadores, de los cátaros y de los templarios se convierte durante tres años (1929-1932) en destino que marca su vida. Los estudios de derecho, que había elegido accediendo a los deseos de sus padres, continúan siendo decisivos en su modo de pensar. Como un buscador de lo justo en un mundo de acontecimientos espantosos, investiga sobre el catarismo. Su espíritu de artista le hace introducir en la descripción de sus investigaciones elementos musicales y poéticos. A la hora de considerar los contactos humanos en el nuevo campo de trabajo de Rahn, campo de trabajo al que se adecúa perfectamente, hay que anotar con sorpresa que da con los «hombres idóneos», como si hubiese ido a su encuentro y le esperasen. Recibe informaciones, sugerencias, ayudas de todo tipo, y se dedica a la tarea que él mismo se ha asignado con auténtica pasión investigadora. Hay que haber conocido a hombres que aún viven para poder afirmar esto, aunque de todas formas puede colegirse de las mismas descripciones del presente libro. El nombre de Otto Rahn y de su obra alegra los rostros, despierta emociones y suscita preguntas sobre su suerte. Como un viejo experto se adentró en las cuevas, investigó grutas y *spulgas*, recorrió ciudades y pueblos, montes y castillos, valles, carreteras, caminos y bosques, dirigió coloquios, hizo preguntas, miró, escuchó, pensó y vislumbró.

Pero lo fundamental para él era continuar siendo crítico y seguir teniendo una visión más amplia. Tenía facilidad para describir cuanto vivía y sentía. Analizó y seleccionó sus conocimientos con el estudio de las fuentes en las universi-

dades de Toulouse, París y Freiburg y elaboró los fundamentos de su teoría. Rahn se siente afortunado cuando vuelve a Alemania con el resultado de sus investigaciones, y se encuentra en Freiburg con directivos de la editorial Urban, en la que puede aparecer la primera edición en 1933, donde «en contactos casi diarios va viviendo cada uno de los pasos» hasta que finaliza la impresión del libro. Se encuentra en el cenit de su vida cuando aún es joven. Con su denodado esfuerzo y su extraordinario rendimiento había conseguido su primera obra. El eco le animaba. Sin embargo, su segundo libro, sobre *Konrad von Marburg, el inquisidor germano,* que había anunciado en el prólogo a la parte científica, y que pretendía ser un «complemento» del ya publicado, no es capaz de escribirlo. ¿Dependió de él? ¿Dependió de las circunstancias adversas imperantes en aquella Alemania, totalmente negativas, sobre todo para el espíritu de un joven investigador? Rahn no encuentra la conexión ni la fuerza creativa necesaria para plasmar por escrito la corriente de cátaros y templarios en Europa Central. Publica *Un viaje a los buenos espíritus de Europa,* subtítulo de su libro aparecido en Leipzig en 1937. El itinerario de dicho viaje había sido: Bingen, París, Toulouse, Marsella, Milán, Roma, Verona, Brixen, Génova, Worms, Michelstadt, Burg Wildenberg bei Amorbach, Giessen, Marburg, Goslar, Colonia, Berlín, Gjedser, Edimburgo y Reikiavich. Por todas partes realiza estudios más o menos amplios, unas veces inspirándose en el mismo lugar de los hechos, otras partiendo de obras de tipo histórico y religioso, teniendo siempre como meta el descubrimiento del «otro Cristianismo». Pero todo queda reducido a notas y fragmentos. Su libro, aparecido bajo el título de *Luzifers Hofgesinde*[142*], más literario que científico, no es sino un relato de viajes un tanto elaborado. El impulso científico termina siendo absorbido por la actividad literario-periodística. Artículos, charlas, conferencias, alocuciones radiofónicas tienen como temas: Hans Sachs, Carlomagno y sus paladines, Conrada, la última Hohenstaufen; Winkelried, conde Rigoletto, Till Eulenspiegel, El cazador de ratas de Hamelín, Laurin, Enderle von Kesch, etc. Tenía

recopilado abundante material para un tercer libro, pero no le dio forma.

En sus cartas escribía: «... Me preocupa muy seriamente mi patria. Hace dos semanas estuve en Munich. Dos días después he tomado la decisión de ir en busca de mis montañas. Yo, que soy un hombre abierto y tolerante, no puedo ya vivir en mi hermosa patria; ¿en qué se ha convertido?...». Siente una profunda nostalgia por la región de los cátaros y templarios del sur de Francia. «Cada ida a Ussat tendría que ser una peregrinación... Mi añoranza del Sabarthès es grande.» «He sido denunciado», dice en una conferencia. En 1938 y comienzos del 39 vemos a Otto Rahn solitario e interiormente angustiado. A los treinta y cinco años, por los días de su cumpleaños, cuando se opera en la creatividad del ser humano una irrupción de fuerte y renovada conciencia de la personalidad, le asalta la gran tragedia interior con sus depresiones. Las últimas conversaciones con sus amigos de Freiburg llevan la impronta del dolor. Viaja a Kufstein, deja su equipaje en la venta de Söll y camina por los montes de Wilden Kaiser. Era a primeros de marzo de 1939. Al cabo de varios días se le encuentra helado, en posición sedente y trasluciendo paz su rostro. Su fallecimiento había ocurrido el 13 de marzo. El sepelio tuvo lugar en Darmstadt.

«Habían concluido las penas de Otto Rahn», escribía más tarde Gadal. «Añoro el Sabarthès», decía la última tarjeta de Rahn. La *endura* cátara se asemeja a esta muerte. El tránsito de esta alma en eterna búsqueda, que no había podido hallar sobre la tierra la nueva y anhelada espiritualidad de Cristo, nos recuerda y es para nosotros como si el ángel benevolente de la muerte le hubiera traído de lo alto el *consolamentum* *.

---

* Durante mucho tiempo se tuvo la impresión de que iba a resultar muy difícil comprobar con objetividad una serie de hechos relacionados con la vida y muerte de Otto Rahn. Pero, sin embargo, se consiguió. Quisiera mostrar aquí mi agradecimiento a cuantos, con sus indicaciones y su cesión de documentos, han contribuido a este bosquejo biográfico.—*K. R.*

K. R.

NOTAS

(Las notas introducidas por Karl Rittersbacher para la edición alemana de 1964 llevan el signo *.)

[1] *Parsifal,* 827.

[2] «La Iglesia y el clero no reconocieron la leyenda a pesar de su innegable carácter religioso. Ni uno sólo de los escritores del estamento eclesiástico nos habla del Grial. En ninguna de las numerosísimas obras que han llegado hasta nosotros escritas por los clérigos —excepción hecha del cronista Helinand— se menciona el nombre del Grial, a pesar de que la curiosa leyenda del símbolo de la fe no pudo pasarles inadvertida. No han querido mencionarla. La han silenciado, sin más. Más aún que el rechazo de la misma por parte del clero, lo que nos maravilla es que la idea de esta preciosa reliquia ni fue captada de inmediato ni llevada a la realidad» (Wechssler, *Gral,* pág. 24).

En la misma obra de Wechssler pueden verse las causas de la pérdida del poema de Guiot, págs. 177 y sigs.

[3] En lo referente a Walter Map, compárense: Wechssler, Birch-Hirschfeld *(Sage vom Gral)*, Lea *(Inquisition*, vol. I, pág. 140), Caesar von Heisterbach y Döllinger, I, pág. 125.

[4*] Fernand *Niel*: «La idea de Otto Rahn no es completamente nueva. Ya Fauriel *(Histoire de la Poésie provençale)* situó Montsalvat en los Pirineos, basado, sin duda, en un pasaje del *Titurel* de W. v. Eschenbach. Más tarde, B. P. Gheusi identificó Montségur con el castillo del Grial; se basó en las citas de Wagner, anteriores a dicha novela histórica, aparecida en Flammarion unos cincuenta años antes. También J. Péladan (en *Le secret des Troubadours*) había expuesto de forma categórica la identidad de Montségur con Montsalvatge. Pero fue Otto Rahn quien popularizó esta idea. Desde un punto de vista rigurosamente histórico, resulta fácil impugnar dicha teoría; teoría que estriba fundamentalmente en la similitud de nombres y lugares. Pierre Breillat ha acometido esta tarea en su obra *Le Graal et les Albigeois, Recherches Albigeoises*, Albi, 1948. Lo único que afirmamos es que si Montségur no fue el castillo del Grial, no existe en toda Europa otro que pueda acoplarse mejor a las leyendas del Grial. Esto explica el éxito de Rahn. En cuyo caso, y de modo excepcional, compartimos la opinión de Belperron, que dice que el problema del Grial no es histórico, sino literario.»

Gabriele *Efimoff*, en un artículo publicado en *Blättern für Anthroposophie*, marzo de 1960, hace las siguientes formulaciones: «Una cosa es segura: ha habido varios centros dedicados al Grial. Durante las guerras albigenses, y tal vez antes, el "alimento ambulante" irradia su fulgor sobre el alto Ariège, sobre el monte de los templarios, Montréal de Sos y las fortalezas cátaras de Montségur en el distrito de Kerkor, lugares ambos que pueden considerarse como los montes del Grial del siglo XIII. Pero parece, y con razón, que el centro más antiguo del Grial hay que buscarlo allende los Pirineos; con lo que la opinión de los actuales investigadores y expertos coincide con las afirmaciones de Rudolf Steiner, que habla de un lugar en el norte de España como de un centro consagrado al Grial entre los siglos VIII y IX.» G. Efimoff se basa en la extensa obra de Olivan Baile sobre San Juan de la Peña en el monte Pana, que se identifica con el Montsalvatge. Ve la conexión con Montségur en el hecho de que la copa del Grial fue llevada desde la Peña a allá y devuelta después de la caída de Montségur. Las observaciones de Steiner, sobre las que se apoya, se hallan en su conferencia del 16 de abril de 1921, publicadas en *Welthistorische Perspektiven der Menschheitsentwicklung* (Dornach, 1964): «Quisiera decir que también hubo otra cosa que trascendió todas las tinieblas que se han cernido sobre las antiguas tradiciones, que se insertó en las costumbres europeas y que ciertamente procedía del Oriente...; esa otra cosa es el misterio de la santa copa en la que José de Arimatea recogió la sangre que

manaba de Jesucristo, sangre que fue la otra cara del misterio de los mundos.

Así como en el pan se halla comprehendido todo aquello que es la esencia del cosmos, en la sangre se contiene cuanto es esencia de la naturaleza y del ser humano..., el misterio del Grial... Y en lo alto sobre la tierra únicamente flotaba el Santo Grial. Este templo espiritual, este Santo Grial, sólo podía ser traspasado por aquellos a quienes se lo concedían los poderes divinos. No es pura casualidad que fuera encontrado en España, que tuviera que ser trascendida la realidad leguas y leguas y que hubiera que haber traspasado zarzales para adentrarse en el templo espiritual donde se hallaba el Santo Grial... Lo que se encerraba en el misterio del Grial era la Iglesia invisible, la Iglesia sobrenatural; Iglesia que, sin embargo, hay que encontrar en la tierra...»

Gabriele Efimoff afirma que no se trata de Montserrat. Nos parece de capital importancia aclarar que lo fundamental no es el lugar geográfico, sino la vivencia síquico-mental del hecho en sí, vivencia que es de tipo esotérico-trascendente y que hizo que los primeros cristianos vivieran de modo espiritual el hecho central que Cristo había operado en los discípulos. En Europa tuvo que haber un primer centro, que ciertamente no fue el único. La polémica sobre su ubicación geográfica ha contribuido a que los fenómenos interiores hayan permanecido ocultos. Las formulaciones de Rahn van tras ese fenómeno interior.

[5] Kampers, pág. 78.

* El libro de Rudolf Meyer: *Der Gral und seine Hüter* (1956) amplía las explicaciones de Kampers.

[6] *Parsifal,* 472 y 140.

PRIMERA PARTE: PARSIFAL

[7] Cf. sobre todo: Nostradamus; Peyrat, *Civilisation Romane*; Vic-Vaissette, tomo VI; Kampers; Wechssler; Mahn, *Biographien*; Kannegiesser y otros.

El término «trovador» proviene de la palabra provenzal *trobère* o *trobaire* (hallador, inventor). Probablemente sólo el poeta lírico puede ser trovador. La mayor parte de ellos eran cantautores: componían sus propias canciones y las cantaban ellos mismos acompañándose de un instrumento musical. Si alguien no era capaz de hacerlo, echaba mano de un juglar. Todo esto resulta tanto más digno de admiración por cuanto que casi ninguno de ellos sabía

escribir y tenían que dictar sus composiciones poéticas. Esta fue la razón de que componer versos y dictar se utilizaran como sinónimos.

El trovador, durante las épocas del año en que hacía buen tiempo, se dedicaba a ir de castillo en castillo, bien solo o —si sus medios se lo permitían— con juglares. Visitaba a sus antiguos mecenas o se granjeaba las simpatías de otros nuevos. Cuando llegaba la época del mal tiempo, retornaba a su patria chica para vivir de lo que había ganado o —si la cosecha había sido escasa— para depararse el sustento de otro modo. Durante el invierno forjaba nuevos versos y se preparaba para su partida en la primavera. La vida de estos *Minnesängers* (cantores del amor idílico) se asemejaban a la de los poetas homéricos (cf. Kannegiesser, págs. XVII y sigs.).

En el primer volumen de su *Historia de los Albigenses*, Napoleón Peyrat expone lo siguiente: Aquitania empezó con la poesía al igual que Grecia; Francia, en cambio, como Roma, al principio sólo conoció la prosa. En Aquitania, como en la Hélade, la sede de la inspiración poética se hallaba en las cumbres de los montes cubiertos de nieve, cumbres llamadas *pius, pogs* o *pechs* (del latín *podium*) (páginas 47 y 51).

Uno de estos *pog* era el de Montségur. *El pog de Mont Segur fo per aital bastiz...* (Tudela, verso 3260).

[8] Respecto al trovador Guilhelm de Montanhagol, cf. el trabajo de Coulet (págs. 48 y sigs).

La idea occitana de la *Minne* —casi inhumana, a nuestro entender—, con su pasión por la abnegación, no podía encontrar demasiado eco en los *Minnesänger* alemanes. Sin embargo, si comparamos al cantor germano de la *Minne*, Wolfram von Eschenbach, y al *trobaire* occitano Peire Cardinal, vemos cómo ambos distinguen perfectamente entre *Liebe* (amor, amor carnal, amor sin más) y *Minne* (amor ideal, sublime, idílico):

Tengo en gran estima la buena y verdadera Minne
que es esperanza de hermosas y nobles costumbres,
pero no el amor (Liebe) *falso y mendaz*
cuyo comienzo contradice a su final;
no aquel que engaña a los amantes
donde el largo servicio acorta el premio;
no aquel que al crecer se hace más pequeño.

Peire Cardinal (Vossler, pág. 8)

Los sabios nos han enseñado
que Amor, Cupido y Venus,
madre de ambos,
con dardo puntiagudo y antorcha ardiente,
inculcan Minne *a los humanos.*

La Minne *no es ni hermosa ni buena.*
A quien la auténtica fidelidad llena el corazón
a ése el amor (Liebe) *le hechiza por doquier,*
ya le aflija, ya le alegre,
pues la verdadera Minne *es fidelidad auténtica.*
Cupido, siempre que me falta
el destello de tu dardo,
me falta también la jabalina del Amor.

Aunque ambos a la Minne
junto con Venus y su antorcha ardiendo deis órdenes,
tal Minne *me es desconocida.*

Wolfram von Eschenbach, 532

[9] Las poesías didácticas de los trovadores Arnaut de Maruelh y Amanieu des Escas han sido tomadas de Peyrat (vol. I, págs. 86 y 87).

[10] El provenzal es la primera derivación de la *lingua rustica* latina y fue utilizado para la expresión de contenidos artísticos. Su nombre le viene de la Provenza, y se habló en todo el sur de Francia, sobre todo en el Delfinado, Languedoc, Auvernia, Poitou, Guyena, Gascuña, así como en las regiones españolas de Aragón, Cataluña y Valencia. Lo característico de la lengua occitana o *langue d'oc* es la palabra *oc* (= sí; del latín *hoc*), en contraposición a la *langue d'oil* francesa (*oil* = sí; del latín *hoc illud*; el actual *oui*). Todos los pueblos que hablaban provenzal, es decir, todas las provincias del sur de Francia, pertenecían a la región del Languedoc. Cf. Vic-Vaissette, t. IX; Kannegiesser, págs. 14 y sigs.

A partir de la cruzada contra los albigenses la *langue d'oc* se convirtió en la *langue d'oil*; en la actualidad se conserva como dialecto regional *(patois)*. El *patois* que se habla en el departamento de Ariège tiene un cierto parecido con el *euskera*; así, por ejemplo, *fenno* (mujer) se dice en lengua vasca *henno*. Existen asimismo inequívocos restos de la dominación de los godos y de los sarracenos. Gourbit, Banat y Rabat —tres pueblos de Sabarthès— deben, sin duda, sus nombres a los moros, quienes se los pusieron en recuerdo de sus conocidas ciudades del norte de Africa. Cf. Garrigou: *Ibérie und ders. Foix.*

[11] Dante, *Infierno*, canción veintiocho: Bertran de Born; *Purgatorio*, canción veintiséis: Arnaud Daniel.

Son dignas de mención las afirmaciones de Peyrat sobre las relaciones de Arnaud Daniel con el catarismo. Es una lástima que Peyrat haya escatimado tanto la indicación de fuentes. El número de mayo

de 1932 de *Nouvelles Littéraires* reconoció sus grandes méritos en la investigación de los cátaros (Napoleón le Pyrenéen).

Mahn, en sus *Biographien*, nos ofrece textos originales y algunas transcripciones textuales de las biografías de los trovadores de Michel de La Tour.

[12] Todos los llamados protectores en la biografía de Raimon de Miraval fueron herejes y jugaron un importante papel en la cruzada contra los albigenses. Peyrat ha descrito con todo lujo de detalles la lucha de los cruzados contra los castillos de los señores de Saissac, Cab-Aret y Penautier (tomo II: Croisade). Véase asimismo Vic-Vaissette y Tudela.

Bertran de Saissac fue tutor de Ramon-Roger de Carcassonne.

[13] El poema de Raimon de Miraval estaba dedicado a Adelaida de Boisseson y Lombers, conocida hereje, pero prefirió al rey Pedro de Aragón. Ermengarde de Saissac, hermana del patriarca de los herejes Guilhabert de Castres, una hija de Belissena, y celebrada como la «bella albigense», y Estefanía la «Loba» no actuaban mejor. La infidelidad de Ermengarde colocó al trovador al borde de la enajenación. Durante la cruzada, Raimon perdió su castillo ante los franceses. Heyse, en su novela *Die Dichterin von Carcassonne*, describió su matrimonio con «Gaudairenca». Cf. Andraud: *La vie et l'oeuvre du troubadour Raimon de Miraval*, 1902. Peire de Auvergne fue también llamado el «Monje de Montaudon» (Vic-Vaissette, VI, pág. 948). Los ingresos de sus poemas los donó a su convento, la abadía de Aurillac. Kannegiesser tradujo al alemán una sátira del «Monje» sobre quince trovadores, aunque en realidad no corresponde a Peire de Auvergne.

El poema de Raimon está traducido de forma libre.

Poivert era la residencia veraniega de la vizcondesa Adelaida de Carcassonne, situada no demasiado lejos de Montségur. Cf. nota 120.

[14] Según Peyrat, I, págs. 155 y sigs., Na Soremonda era oriunda de Tarascon, pequeña ciudad de Sabarthès. Bocaccio introdujo en su *Decamerón* (4.9) la biografía de Guilhem de Cabestanh, y, partiendo de ella, Uhland compuso su célebre *Balada*. Petrarca menciona al trovador en su *Trionfo d'amore*.

También en este caso la traducción es libre.

Pueden consultarse los trabajos de Patzig (*Zur Geschichte der Herzmäre*, 1891) y Hüffer (*Der Troubadour Guillem von Cabestaing*, 1869).

[15] Peirat, sin indicar las fuentes, por desgracia, da la siguiente versión de la biografía de Raimon Jordan: Aladais, esposa de Pena —el señor de Pena, como lo denomina Michel de La Tour—, había sobrevivido a la batalla de Muret. Raimon Jordan había desapare-

cido. Aladais creía no poder soportar la doble pérdida. Renunciando al mundo, vivía como eremita hereje en una cueva de los Pirineos. Pero he aquí que Jordan se encontraba aún con vida. Una vez curado de sus heridas, quiso volver a ver a Aladais en el castillo de Pena. El castillo se encontraba ocupado por los cruzados y su soberana había desaparecido. Raimon Jordan, cual *faydit*, lloraba en los bosques de Cap de Nac a su patria y a su amada. Pero un buen día aceptó la invitación de Bernard de Gourdon (hermano de quien había matado a Ricardo Corazón de León ante el castillo de Chaluz) y de su esposa, Helis (una Domina de Bertran de Born), y se dirigió a su castillo. Después de la caída de Toulouse tuvo que huir junto con sus anfitriones a los Pirineos. Allí, en Montségur, encontró a N'Aladais convertida a la herejía (I, pág. 153).

Respecto a Helis y Alix de Montfort, cf. Vic-Vaissette, tomo VI, página 558.

[16] Sobre el presunto hallazgo del *sacro catino* por los genoveses en el templo de Hércules de Tiro, véase nota 38.

[17] Remito a Vic-Vaissette (en especial págs. 161-162); Vaux-Cernay, capítulo IV.

[18] Los versos de Bertran están tomados de su famosa «Guerra me plai».

[19] En relación con Papiol, cf. Peyrat, I, pág. 56. Según Mahn (*Biographien*, pág. 6), Papiol era juglar de Bertran.

[20] En Bertran: Del latín senior se pasó a senhor, sen y En; ante vocal sólo n, por ejemplo: En Bertrán, n'Artus. Domina se convirtió en Dona y en Na; ante vocal únicamente en N, por ejemplo: Na Philippa, N'Esclarmunda.

Para Bertran de Born y Enrique de Inglaterra: Peyrat, I, pág. 60.

[21] Por lo que respecta al influjo de las *cruzadas* en los poemas del Grial, quisiera traer a colación las palabras de Kampers, cuyas conclusiones coinciden plenamente con las mías, aunque no siempre partimos de las mismas premisas:

«Las múltiples desdichas ocasionadas por las cruzadas conllevaron un serio enfriamiento del ardor religioso. Lo trascendente no queda ciertamente eliminado del mundo ideal de la sociedad caballeresca, pero deja de ser el norte predominante. Un mundo exterior repleto de fabuloso y singular esplendor, surgido en Oriente, se adentra en los paladines de Occidente. Lo exótico de la naturaleza y de las personas provoca admiración curiosa. En los relatos de viajes y en las narraciones fantásticas se revela la excitación de los observadores. Desaparecen cada vez más los prejuicios en relación con los seguidores del Profeta. Con frecuencia se encontraba en Oriente una

civilización superior; nada se oía de politeísmo, sino que se profesaba la creencia en un solo Dios; se veían también personas que sabían valorar en su justa medida lo humano y muchas veces se cruzaban los aceros en noble y caballerosa liza. En lugar del prejuicio ciego sobrevenía a menudo un entusiasmo miope incluso en los días de la lucha más encarnizada. Aquella extraña disposición anímica abrió a la marea del Oriente espiritual las puertas de Occidente, que hasta entonces se hallaban custodiadas por el temor. Se extiende por Occidente una concepción romántica de la cruzada. Pero, como toda concepción romántica, también aquélla se basaba en la insatisfacción, en el anhelo de lo gran desconocido: del *Grial*...

Una buena parte de aquel espíritu romántico de las cruzadas pasa a la poesía de la época. La suntuosidad fabulosa del Oriente, con sus representaciones y ambientes distintos, depara a la fantasía creadora temas a raudales; aunque queda extasiada y subyugada, no consigue soldar en una unidad armónica aquellos temas exóticos con los recuerdos de su tierra natal y ambos con las tradiciones cristianas. El *Parsifal* de Wolfram es un ejemplo de este romanticismo de cruzada. Su fantástico mundo intermedio, mitad material, mitad trascendente, penetra su poema y a través de dicho mundo resuena el tono fundamental de una profunda nostalgia. Por encima de todas las aventuras y prodigios de la leyenda se alza como símbolo de dicho anhelo un *santuario de naturaleza no cristiana,* pero sí de tipo religioso. También Wolfram se halla imbuido de ideas tolerantes. Basta con leer cómo Gachmuret, padre de Parsifal, abandona su casa para ponerse al servicio del archienemigo de la cristiandad...

Wolfram llama al califa "Baruch el bendito"; no le resulta escandaloso que su héroe cristiano combata a su lado, ni que, en la última parte de su poema, el rey Arturo acoja, sin poner reparos, en su mesa redonda al hermanastro pagano de Parsifal. Una tolerancia tan progresista, tan, precisamente, de *Iglesia primitiva,* en un poema alemán de los tiempos de las cruzadas contra el Islam, sólo se explica si se tiene en cuenta el estado anímico provocado por el romanticismo de las cruzadas. También en esto sigue Wolfram al modelo en el que se inspiró. Guiot, que en la Provenza hereje había estado expuesto a los influjos espirituales provenientes de los núcleos de la cultura híbrida hispano-árabe, era capaz de comprender y transcribir tales ideas...

El Grial no es una reliquia cristiana ni para Christian ni para Wolfram, y sin embargo, aparece como de piadosa veneración...» (Kampers, págs. 12 y sigs.).

22 La versión en prosa de las poesías de Marcabrus y Peyrol ha sido tomada de Peyrat (I, págs. 193 y sigs.). También Mahn en sus *Biographien* (pág. 15) recoge el romance de Marcabrus.

23 Joaquín no se consideraba a sí mismo profeta, pero creía tener

derecho a interpretar correctamente las profecías bíblicas. Sus escritos fueron compendiados bajo la denominación de *Evangelio eterno* y sirvieron a los franciscanos espirituales (cf. nota 27) de arma contra el Papado. Hacia 1254, Gherardino de Borgo San Donnino, de la Orden de los minoritas, escribió una introducción al *Evangelio eterno* en la que precisamente tachaba al Papado de ser un poder no espiritual. La publicación fue confiscada por orden del papa. El editor tuvo que pagar su osadía con dieciocho años de cárcel. Cf. Döllinger: *Der Weissagungsglaube und das Prophetentum in der christlichen Zeit.*, 1880.

Sobre las relaciones entre la canción de Alejandro, la leyenda imperial alemana, la del Rey Sacerdote y la del Grial, cf. Kampers (sobre todo la pág. 105 y sigs.).

[24] «El Arturo histórico fue un *dux bellorum*, un caudillo militar de los Kymrer del norte (los galeses) en las luchas de finales del siglo V y comienzos del VI contra los anglosajones. En los siglos siguientes se convirtió en el personaje central de las leyendas heroicas de galeses y britanos, y a partir de la época de los caballeros andantes, los poetas celtas y franceses hicieron de él el ideal del rey caballeroso» (Wechssler, pág. 135; cf. también Hertz).

[25] En relación con la fiesta caballeresca de Beaucaire: Peyrat, I, 236; Vic-Vaissette, t. VI, pág. 60; Baudler, pág. 28.

[26] Cf. Peyrat, I, págs. 239 y sigs.

[27] Versión libre de Kannegiesser de la elegía de Gaucelm Faidit. «Sigamos a Bertran de Born hasta el convento...

¿Se conocían Bertran de Born y Joaquín de Fiore? En el convento de Grammont fue hallado ciento cincuenta años más tarde el *Libro de la eterna consolación*, al que el mundo considera y venera como *Imitación de Cristo*. Es el legado de la "Iglesia del Consolador", el evangelio de los místicos de Narbona, de los discípulos de Joaquín. ¿Quién ha sido el autor de esta obra inmortal? En otro pasaje se la hemos atribuido a un nieto de la vizcondesa de Carcassonne...» (Cf. Peyrat: *Les Albigeois et l'Inquisition*, III, libro XIV, cap. VI).

Bertrán propendía al misticismo. Una prueba de ello es su entrada en el convento de Grammont. Es posible que el gran cenobita cediera su pluma a un Trencavel o a Bernard Délicieux...

Un manuscrito de la preciosa obra se encontró también en Avignon. ¿No es una prueba más de su origen occitano y probablemente septimano? (Peyrat, *Civilisation Romane*, libro IV, cap. VIII, pág. 248).

[28] El poema encomiástico de los trovadores se refiere a Raimundo VI (Lea, t. I, pág. 146).

[29] *Parsifal*, 235.

Los serventesios de Raimon de Miraval, que he compendiado y abreviado, se encuentran íntegros en Witthoeft (págs. 18 y sigs.). Véase la nota de la página 32 de la referida obra. Respecto a los comentarios de Witthoeft sobre Peire-Roger, puede verse lo que digo en la cuarta parte de mi libro: asesinato de los inquisidores y asedio de Montségur.

[30] Carcassonne: Peyrat, I, págs. 22 y sigs., 39 y sigs.; Vic-Vaissette, tomo VI.

[31] Foix: Peyrat, I, págs. 29 y sigs., 265; Garrigou (*Foix*, t. I); Palauqui *(Esclarmonde)*.

Por lo que respecta a la batalla de *vicus Sotiatum*, las opiniones son muy dispares. Mi tesis de que la ciudad de los sotiates se hallaba en las cercanías del actual Vicdessos sólo ha sido defendida hasta la fecha por Garrigou y, en su tiempo, por Napoleón III, que en sus ratos de ocio se dedicó a la historia, y que, por cuestiones de prestigio, mantenía puntos de vista distintos a los de Garrigou. Me ha cabido en suerte encontrar importantes restos de un asentamiento celtíbero en la altiplanicie de las cuevas de Lombrives y Niaux (por consiguiente, entre Vicdessos y Ornolac). Como el marco de mi obra no me permite extenderme más, quiero simplemente dejar constancia de ello.

Inciso 2: «De los celtas proviene también la leyenda de Parsifal...» (Wechssler, pág. 35).

[32] Hijos de Belissena o de la luna: cf. Peyrat, I, 293-296 y sigs.; II, 15, 17, 118, 197, 258, etc. Además, Vic-Vaissette, VI y IX; Witthoeft (notas); Garrigou (*Foix*, t. I).

[33] *Munsalväsche* o *Munsalvatsche*, como Wolfram llama al castillo del Grial, se traduce al alemán por *Wildenberg* (monte salvaje; en patois actual, *moun salvatgé* o también *moun salbatgé*); Wolfram eligió dicha denominación debido al castillo de Wildenberg que el conde de Wertheim le entregara como feudo. *Montsalvat* es la forma más usual y antigua (en patois: *moun salvat* o *moun salbat*), y significa «monte salvado». *Salvatge* y *salvat* provienen de la misma palabra latina: *salvat-us*. En un monte «salvaje» se encuentra uno «a salvo», «seguro» (en latín: *securus*; en patois: *ségur*). Un *Mont Salvatge* es, pues, un *Mont Salvat* y un *Mont Ségur*, a la vez. La misma etimología hay que utilizar para la *Terre de Salväsche* y la *Fontane la Salvasche* de Wolfram.

Según el prólogo de Pannier a su traducción del *Parsifal* —de general aceptación—, Wolfram «creía que el castillo de Munsalväsche se hallaba en los Pirineos» (pág. 25).

Sobre los señores de Saissac, cf. Peyrat, II, págs. 101 y sigs., 144, 200, 203, 241, etc.

[34] Cf. Baudler; Kampers, pág. 19; Wechssler, págs. 75 y sigs.

[35] Cf. Wechssler, págs. 78, 165; Kampers, págs. 15, 112.
Chrétien de Troyes escribió la epopeya del Grial, *Li contes del graal*, entre 1180 y 1190. Es la más antigua que ha llegado hasta nosotros, y estaba dedicada al conde Felipe de Flandes. La muerte le sorprendió con la pluma en la mano.

Chrétien utilizó un manuscrito latino que le había entregado su protector, Felipe de Alsacia, conde de Flandes. Por fascinadora que pueda ser alguna de sus partes, comparada con el *Parsifal* de Wolfram parece trivial y superficial. Voy a exponer algunas opiniones de expertos:

«El Parsifal salido de Chrétien es muy poco simpático. Un joven rebelde y testarudo, que jamás escucha lo que se le dice, que sólo piensa en sí mismo y que se muestra insensible ante el dolor ajeno. La frialdad del poeta francés se halla en íntima relación con su menosprecio hacia la mujer, menosprecio que contrasta grandemente con las formas convencionales del servicio a la dama» (Hertz, *Parzifal*, pág. 451).

«En lo referente al comportamiento hacia las mujeres, Chrétien y Guiot-Wolfram describen a su héroe de manera totalmente distinta. Este, ya en casa, le hace vivir aventuras amorosas con las sirvientas y casarse con Blancaflor antes de acceder por primera vez al castillo del Grial. En Chrétien, por el contrario, Parsifal se mantiene al margen del amor femenino. No cabe la menor duda de que la segunda versión no sólo es más antigua, sino también artísticamente más expresiva: Parsifal no puede encontrar el castillo del Grial sino como joven puro» (Wechssler, pág. 158; * cf. asimismo las explicaciones de Sandkühler en su traducción de tres tomos, 1957-1963).

[36] El leer me es desconocido: *Parsifal*, 115; Willehalm, págs. 2-19 y sigs.; Pannier, I, pág. 15.

[37] Cf. Peyrat, I, pág. 215; Baudler, pág. 19.

[38]
Herzeloide solicita
al Casto por esposo.
La doncella al rey se brinda...
pero jamás él gozó de su cuerpo,
pues yacía en el descanso de la muerte

Cf. Titurel, 26, 27

Para el nombre de Herzeloide, cf. Hertz, págs. 469, 478, 529; Wechssler, pág. 166.

Por lo que respecta al nombre de Parsifal, Wolfram lo basa en su etimología: *perce* (imperativo de *percer* = cortar, taladrar) y *belle-*

ment. Parsifal, por tanto, puede también traducirse al alemán por *Schneidgut* (castellano: corta bien). El sentido primitivo del nombre Parsifal es *Spring-ins-Tal* (parte para el valle, *peritia vallem*), expresión que casi coincide literalmente con *Springinsfeld*, cuyo significado es: «saltarín, saltimbanqui». Cf. Wechssler, págs. 34, 135; Hertz, páginas 490-492; Kampers, pág. 56.

«Los nombres y genealogía de los reyes del Grial, no cabe la menor duda, son fruto de la propia imaginación de Wolfram. Mientras que el estilo de Chrétien consiste en no citar nunca o casi nunca los nombres, el de Wolfram, opuesto por completo, da a cada personaje, por insignificante que sea, un nombre propio. Si Wolfram no se los hubiera inventado o no los hubiera acoplado a los personajes, sino que hubiesen preexistido en algún otro poema del Grial, por ejemplo en el de Guiot, tendrían que haber dejado alguna huella en alguno de los poemas escritos en francés antiguo y dedicados al Grial. No existe autor que permanezca indiferente a las obras de quienes le han precedido. ¿En qué poemas, sin embargo, se encuentra algo de Gamuret, Titurel, Frimutel o Anfortas? *¿Es que los autores* —que propendían a utilizar aspectos de otras obras e incluirlos en las suyas— *se coaligaron para silenciar totalmente a Guiot y su obra?* Considero que la total ausencia de estos nombres en los escritos en francés antiguo se debe a que fue el propio Wolfram quien los introdujo. Está aún sin investigar si se los inventó o si, nombres ya existentes, los atribuyó a sus héroes...» (Birch-Hirschfeld, páginas 280-281).

En lo concerniente a la leyenda de Parsifal —dejando a un lado la del Grial, de la que luego vamos a ocuparnos de modo especialísimo— tengo que remitirme nuevamente a los textos de mi obra, donde se menciona que los trovadores, en los temas épicos, ya conocidos, pero presentados por ellos de una manera nueva y personal, celebraban a sus protectores, y lo hacían ya por iniciativa propia, ya por encargo. Encomiendo a la investigación histórica y literaria el juicio definitivo de si Guiot es en realidad el cantor de la Casa Trencavel de Carcassonne. Lo que persigo en mi libro no es tanto la identificación de los personajes de Wolfram, sino la demostración de que el Grial de Wolfram-Guiot coincide con la *Mani* cátara. Sin embargo, creo que no me está permitido omitir algunas relaciones, que llaman poderosamente la atención, entre los personajes de la corte occitana y los del *Parsifal* de Wolfram, y que sirven de pauta para una investigación histórico-literaria más profunda:

Arturo es, para Wolfram, rey de Bretaña y representante de todos los caballeros. Nantes es la capital de su reino. Arturo tiene una hermana: Sangive, madre de *Gawan*, *Beakurs*, Kundry y Suramur, cuyo esposo es Alejandro, el emperador griego.

En la figura del rey Arturo, Guiot, y Wolfram von Eschenbach con él, canta, sin duda alguna, al rey de los britanos Ricardo Corazón de

León, a quien llorara el trovador Gaucelm Faidit. Guiot conoció seguramente a Gaucelm Faidit en Tierra Santa (a no ser que lo hubiera visto ya en alguna corte occitana). Ricardo Corazón de León residía también en Nantes. Su hermana se desposó con Raimundo VI en Beaucaire (*Beau rocher* o *belle roche* = roca bella; gran afinidad con el castillo de Wolfram: Bearosche). Wolfram, con muchísima frecuencia, trueca los nombres propios por las denominaciones geográficas, y viceversa. ¿No será Beajurs el castillo de Beaucaire, donde se celebraron aquellas fiestas que llenaron de asombro a todo Occidente? ¿Contrajo matrimonio Sangive con el «rey Lot» en Beaucaire? Si Gawan fuese la personificación de la Casa de Toulouse, todo el segundo libro del *Parsifal* de Wolfram no sería sino el ensalzamiento de las luchas entre Inglaterra y la coalición occitana.

Personalmente, me parece que Guiot no sólo ha cantado en Parsifal, Gawan y también Anfortas a los representantes, vivos en su época, de una casa principesca, sino que ha personificado en cada uno de ellos a toda su familia. En ese contexto se comprenderían mejor las relaciones de parentesco, por ejemplo, entre las casas de Foix y de Comminges que hemos indicado. Al margen de que casi todas las familias nobles y señoriales de Occitania no sólo reivindicaban los mismos antepasados, como Lupo o Asnar, sino que también se hallaban unidas por vínculos de sangre desde hacía siglos. El árbol genealógico que precede a estas notas puede aclarar las complicadas relaciones de parentesco hacia el año 1200 entre las casas de Toulouse, Anjou-Plantagenet, Carcassonne, Aragón, Foix y Comminges. Una genealogía completa llenaría tomos enteros, como ocurre con la *Historia general del Languedoc* de Vic-Vaissette, en quince volúmenes.

En el análisis de los datos que nos da Wolfram, según los cuales la casa de Anschauwe había sido digna, junto con Parsifal, de la caballería del Grial, hay que tener también en cuenta los lazos de parentesco entre Anjou, Toulouse, Carcassonne y Foix.

Identificamos a Gawan con Raimundo VII o la casa de Toulouse. ¿No será Raimon de Saint-Gilles, señor del Líbano, Alejandro, el emperador heleno? ¿O lo será Nureddin, Saladino o tal vez Malek-Ader, hermano de Saladino? Guiot estuvo en Tierra Santa, probablemente en tiempos de la tercera cruzada. Conocía por ello el hecho de que la casa de Toulouse reinaba en Tiro y Trípoli. Wolfram von Eschenbach cita juntos a Alejandro y a Eraklius. En Tiro se hallaba desde tiempos remotísimos el templo de Herakles-Melkart.

«El *sacro catino*» es la famosa esmeralda de los genoveses, que fue analizada por orden de Napoleón el año 1806, y se determinó que era un vaso verde-oliva... Según fuentes solventes, disponemos de un relato de Guillermo de Tiro del siglo XII en el que nos dice que dicho botín cayó en manos de los genoveses cuando la conquista de Cesarea. Nada nos dice de su historia anterior. La leyenda nos refiere que se guardó originariamente en el *Templo de Hérkules en Tiro*...

Kampers, pág. 85; cf. Wechssler, pág. 129; Hertz, págs. 456-457; Birch-Hirschfeld, pág. 223. Merecería la pena profundizar en dichas relaciones.

Por diversas razones, que no es del caso repetir, hemos identificado Repanse de Schoye con Esclarmonde de Foix. Anfortas y Trevizent son hermanos de Repanse. *Anfortas* sería —siempre en la hipótesis de que Repanse de Schoye y Esclarmonde sean la misma persona— Ramon-Roger de Foix, el Ramon Drut de los trovadores. Tal vez el «atentado a la *Minne*» de Ramon Drut consistió en su vida amorosa, no precisamente irreprochable, o en sus relaciones ilegítimas con Ermengarde du Teil, madre de Lupo de Foix y de Esclarmonde de Alion (cf. Peyrat, II, pág, 262; Vic-Vaissette, VI, página 564). ¿O consistió en su actitud, un tanto ambigua respecto al catarismo, al que, sin embargo pertenecía interiormente? No olvidemos a este respecto que Montségur se hallaba sometido al vasallaje de los condes de Foix y que el Tabor occitano y las cuevas de Ornolac se encontraban en su territorio. *Trevrizent*, como lo sugiere Guiot, podría ser encarnado por Guilhabert de Castres (o por Gauceli, el patriarca de los herejes, aunque me parece menos probable). Es verdad que los demás poetas del Grial hablan de un eremita que inicia a Parsifal en los secretos del Grial, pero sólo Wolfram da un nombre y sólo en Wolfram sus costumbres y creencias son heréticas. He aludido ya varias veces a los nexos etimológicos entre Fontane la Salvasche y las cuevas de Fontanet, así como a la existencia en las mismas de un «altar» debido a la petrificación de las aguas calcáreas. Guilhabert de Castres celebraba los oficios cátaros en la spulga de Ornolac, próxima a las cuevas de Fontanet, y en Fanjeaux, lugar que Santo Domingo eligió como residencia. Guilhabert de Castres era un hijo de Belissena; por consiguiente, pariente próximo de las casas de Carcassonne y Foix. Así se comprende por qué, según Wolfram, Trevizent es el hermano de Herzeloide, de Repanse de Schoye y del rey del Grial, Anfortas. En este contexto quisiera señalar el hecho de que los cátaros, hombres y mujeres, se llamaban entre sí «hermanos» y «hermanas». Tal vez haya que tenerlo en cuenta a la hora de considerar las relaciones de parentesco que aparecen en los personajes de Guiot-Wolfram.

Wolfram hace una clara distinción entre los templarios y Trevrizent, que también fue «de los del Grial». Nos encontramos nuevamente con los aspectos del mundo occitano de la *Minne*: los caballeros «creyentes» y los perfectos. Los caballeros corresponden a los templarios. Los «Trevrizent», a los cátaros. Me referiré a ello en su momento.

Los hijos de Belissena representan a los caballeros occitanos más entregados al catarismo. Habían recibido como feudo de los condes de Foix el castillo de Montségur. Ocupaban los dominios del Tabor y constituían los patriarcas, diáconos y ministros del «clero» hereje.

En la canción de Esclarmonde y en otras interpolaciones del ciclo-Huon se habla del *trésor-Croissant*. En el escudo de armas de los hijos de la luna también se hace referencia al «croissant». Contaban entre sus posesiones la ciudad de Tarascon, también mencionada en la interpolación de «Huon y Calisse»: «*Segneurs, celle chité Terrascone a a non*». Cf. Schäfer, págs. 7 y 41 (CLXXXII, 11).

En el *Parsifal*, una de las vírgenes del Grial se llama Florie de Lunel. Lunel es una conocida ciudad del sur de Francia, que también era hereje. La Terra de Labur se asemeja, cuando uno lo oye, a la Terre de Lavaur. Orilus de Lalande podría haber sido oriundo de las Landas, al sur del Garona. Existen otras muchas más asonancias de este tipo, asonancias que son más que fonéticas...

Sobre los nombres que Wolfram ha tomado de Chrétien de Troyes, Hartmann y otros, véase San Marte: *Eigennamen in Wolframs Parzival und Titurel.*

Para Arnaut Maruelh, cf. especialmente Peyrat, I, págs. 100 y sigs., y Vic-Vaissette, t. VI; Baudler, pág. 39.

[39] En verdad, tu nombre es Parsifal... (*Parsifal*, 140).

[40] *Parsifal*, 235.

SEGUNDA PARTE: EL GRIAL

[41] Peire Vidal y Wolfram von Eschenbach coinciden en los conceptos de Amor y Cupido, en los colores negro y blanco, en la fidelidad y la infidelidad y, sobre todo, en lo referente a piedras preciosas tales como: zafiro, esmeralda, jaspe, etc. Cf. nota de Pannier a su traducción del *Parsifal* en la página 379 del segundo tomo.

Encuentro de Peire Vidal con el caballero Amor y la dama Gracia: Peyrat, I, pág. 67.

[42] *Parsifal*, 1 y 3; Peyrat, t. I, págs. 65 y sigs.

[43] La expresión «camino de los cátaros» me la transmitió el ya citado Gadal.

[44] *Parsifal*, 454. Wolfram no utiliza la palabra «pureza», sino «inocencia» (*Parsifal*, 456). El «día de la suprema *Minne*» se refiere al Viernes Santo.

[45*] *Borst* en el apéndice de su obra *Die Katharer*, incluye una lista de seis páginas de diócesis y obispos cátaros con lugares y años, lista que se basa en documentos escritos: Champagne (Mont-Aimé); sur de Francia (Albi, Toulouse, Carcassonne, Val d'Aran, Raséz,

Agen); Italia (Lombardía, Concorezzo, Desenzano, Bagnolo, Vicenza, Florencia, Spoleto). En la relación de nombres, que en el conjunto del movimiento eran diferentes (v. gr., cátaros, cristianos, boni homines, albigenses, concorretii, bogomilos, búlgaros, druguntos, albaneses, esclavinos, popolicani [publicani], patarenos, maniqueos, arrianos, herejes, ketzer), Borst nos descubre toda su extensión geográfica, que va desde los Balcanes hasta las costas del océano Atlántico. El cuadro cronológico de Zoé *Oldenbourg* nos da asimismo una idea de la extensión e importancia del movimiento. Comprende el período que va desde 1002 hasta 1271. A lo largo de seis páginas, y sirviéndose de un cuadro sinóptico, enumera las cremaciones, las matanzas, los concilios, las excomuniones y los acontecimientos bélicos. De su lectura pueden sacarse conclusiones acerca de la fuerza interna y de la capacidad de resistencia, así como de la tragedia.

[45a] Las *gleysos* se encuentran en las inmediaciones de la spulga de Ornolac y se hallan unidas a ésta a través de la cueva del eremita y de la del pez. Gadal y yo elegimos la denominación de «cueva del pez» porque en ella está el dibujo cátaro del pez. Todas estas cuevas se encuentran en el Kers de Ussat (parece ser que *kers* proviene del celta, y significa monte) y se protegen del valle mediante muros consistentes. En el Sabarthès se denominan asimismo *gleysos* a las spulgas de Ornolac. Tal denominación de «iglesias» resulta tanto más extraña por cuanto que los campesinos de los Pirineos tienen un miedo cerval a las cuevas.

Gadal y yo conocemos doce kilómetros de la cueva de Lombrives.

La más peligrosa y misteriosa de todas las de Ariège es la de Fontanet. A cada paso se abren en el suelo anchas grietas, de cuyas profundidades surge el fragor de torrentes subterráneos. En días de tormenta llegó a sucedernos que el agua que irrumpía por la porosidad de la piedra calcárea nos cortó el camino de vuelta. Las aguas termales de Ussat provienen al parecer del kers de Fontanet. La temperatura de estas cuevas es tal que da la impresión de que estuviesen dotadas de calefacción. Una vez que concluyamos nuestras investigaciones tengo intención de publicar, en colaboración con Gadal, un trabajo específico sobre las cámaras sepulcrales de origen focio, fenicio y probablemente también egeo que se hallan dentro de la cueva de Fontanet. Casi todas estas cámaras sepulcrales están custodiadas por una «tortuga» esculpida en la roca, una de las cuales muestra la herida que le causó una flecha. Aún no hemos podido comprobar si dicha tortuga era un totem de aquellas civilizaciones o si representa el tarask (dragón) de los tarusconienses (con Tarusco = Tarascon, como capital).

Casi todos los objetos encontrados en las cuevas del Sabarthès se conservan en el museo particular de Gadal, incluidos los de la época de los albigenses, cuya pieza más hermosa es una espada, encontrada en la spulga de Bouan.

[46]* Bajo el título de *Sabarthez*, la editorial Trois Cèdres, Ussat, Galaad, publicó una corta pero interesante introducción en alemán y francés con croquis de mapas, dibujo de planos, símbolos y fotos. (*Copyright* 1963 by G. Zagelow, con aportaciones literarias de Gadal y otros.)

[47] *Parsifal*, 475.

Los cátaros profesaban la doctrina de la emanación, según la cual creían que eran espíritus celestiales que procedían de la sustancia de la divinidad (Döllinger, I, pág. 134).

El testimonio de S. Pedro constituía un elemento determinante del eterno transmigrar de las almas de un cuerpo a otro. Pedro dice que Cristo vino a predicar a los espíritus encarcelados, a los espíritus que se hallaban prisioneros en el cuerpo. Lo mismo que fue a predicar a los espíritus encarcelados que en los días de Noé eran incrédulos (1.ª Ep. S. Pedro, III, 19). Cf. Döllinger, I, pág. 143. Kant: *Naturgeschichte des Himmels* - Historia natural del cielo (Sobre los moradores del cielo).

[48]* La mayor dificultad para comprender a los cátaros radica en que se pretende enjuiciar su modo de ser anímico con criterios de hoy en día. Pululan expresiones como: fanáticos de la religión, creyentes que se pasan, conciencia misionera al margen de la vida, mártires por pasión...

Es posible que la siguiente descripción, extractada de una conferencia de Rudolf Steiner, pueda ayudarnos a comprender a estos hombres y al movimiento en su conjunto *(Esoterische Betrachtungen*, tomo III, Rudolf Steiner-Nachlassverwaltung, 1959, Obras completas): «... Aquellas almas eran, por así decirlo, las últimas que dentro de la civilización europea habían conservado algo de la particular percepción del cuerpo etéreo y astral, tanto durante el sueño como estando despiertos. Eran conscientes de sus peculiaridades anímicas. Vivían fundamentalmente en comunidades. Dentro de los cristianos, cada vez más vinculados a Roma, se les consideraba como herejes... Se tenía la impresión de que veían más que los demás, de que, mientras dormían, su vinculación con lo divino era distinta de la del resto de la gente entre la que vivían. Esta hacía tiempo que la había perdido, hacía tiempo que se había aproximado a los condicionamientos síquicos que en el siglo XIV se generalizarían en Europa... En todo este continente se les denomina búlgaros... Los hombres de la Europa occidental y central de los siglos posteriores a la primera mitad de la Edad Media consideraban búlgaros a quienes se veían poderosísimamente afectados por la contradicción entre los poderes cósmico-espirituales del bien y los del mal».

«... Allí donde se hallaban cristianos como los que describo se percibía el poder del bien y el mal precisamente por la circunstancia de que en la situación de sueño el Yo no se introducía en el cuerpo

astral del ser humano... No todos los que entonces se llamaban cristianos o de alguna forma se hallaban próximos al cristianismo participaban de esta concepción anímica. Pero una gran parte de los hombres que vivían en la Europa del sur y del centro decían: sí; mi interior, que desarrolla autónomamente sus actividades vitales durante el lapso que va entre el dormirse y el despertarse, pertenece a la región de un mundo bueno y a la de uno malo. Muy mucho se ha pensado y meditado sobre la profundidad de las fuerzas que desencadenan en el alma humana lo bueno y lo malo...» (Cf. conferencia del 11-VII-1924, págs. 76-89).

[49] Loisy: *Les mystères païens*, págs. 44 y sigs.

[50] Roscher (*Enciclopedia*, art. Toisón de oro) llama al Vellocino de oro el «Grial clásico».

Silius Italicus, versos 417 y sigs.

Justino, XLIV, 1.

Plinius: Iberi populi ab Iberis Asiae orti (en Garrigou: *Ibérie et les Ibéres*).

Dion Cassius: cf. Vic-Vaissette, pág. 30, nota 4.

Esteban de Bizancio: op. cit., nota 1.

Zonaras: op. cit., nota 2.

Dausquieus: op. cit., pág. 31, nota 6.

Estrabón: Libro XI, cap. 3.

Cf. Movers: *Die Phönizier*; Humboldt: *Prüfung*.

[51] Cf. Reinach: *Orpheus*, págs. 58-59.

Sobre el pretendido hallazgo del *sacro catino* de los genoveses en el templo de Heracles, véase nota 38.

[52] En relación con Ilhomber, cf. Peyrat, p. ej., I, pág. 127; respecto a Abellio, I, pág. XV. Sobre las fundaciones fenicias en las inmediaciones de Narbonne, Movers, II, 2, págs. 644 y 654.

Según Tácito (*Germania*, XLIII), en la Germania un sacerdote vestido de mujer, cuyo nombre parece haber sido Alcis, ofrecía sacrificios a dos divinidades, que eran Cástor y Polux.

Referente a Orfeo, cf. Reinach (*Orpheus*, pág. 122); Loisy, cap. II.

[53] Wolfram nos dice con toda claridad que el Grial era una piedra. Lo llama *lapsit exillis*, trasposición de *lapis ex coelis*, e indica que procedía de la corona de Lucifer y la relaciona con la caída de los ángeles.

Kampers, pág. 86, y sus notas al pie de página (121). Véase también Wechssler, pág. 167.

Sobre la leyenda de los argonautas de Nonnos, cf. Kampers, página 72, que ve en dicha copa el cielo (aportación de fuentes, pág. 119). Nonnos, poeta griego de Panapolis de Egipto, escribió en el siglo v, como pagano, *Dionysiaca*, epopeya que no tiene precio a la hora de

conocer el círculo épico de Dionysos, y, como cristiano, una metáfrasis en verso del Evangelio según San Juan. También aquí aparecen, por consiguiente, claras vinculaciones entre lo griego y el cristianismo de San Juan y, además, en conexión con la leyenda de los argonautas y una «copa».

[54] En el protoevangelio de Santiago se describe el nacimiento del Salvador como si se tratara del nacimiento del dios-sol que emerge de la cueva del mundo.

Kampers, pág. 71.

Flegetanis...: *Parsifal*, 454.

[55] Kampers, págs. 71 y sigs.

No parece necesario insistir en la vinculación existente entre la barca de Apolo tirada por cisnes y la canoa de los cisnes de Lohengrin.

Los babilonios llamaban a su dios-sol: «Señor de la copa». Teniendo en cuenta que la teogonía cátara tiene su origen en el dualismo babilónico, no resulta extraño que existan nexos entre la leyenda del Grial y la temática de las leyendas babilónicas. «La leyenda de la piedra de la corona de Lucifer pertenece al Oriente. Una variante de la misma es la leyenda de la piedra desprendida de la corona del dragón babilónico. Con ella se halla emparentada la leyenda árabe que dice que en la Kaaba se encontraba el ángel que hacía compañía a Adán para que no pecara. Pero cuando el primer hombre cayó en la tentación, el ángel se convirtió en una piedra» (Kampers, pág. 87).

[56] La *Ciste Ficorini* se conserva en Roma en el Museo de las Iglesias. Cf. asimismo Loisy, pág. 67.

Pitágoras...: *Parsifal*, 773.

Sobre las relaciones de órficos y pitagóricos, cf. Loisy, pág. 49; Reinach *(Orpheus)*, págs. 72, 84, 121, donde también se habla de los puntos de contacto, realmente sorprendentes, entre Pitágoras y Buda.

Cicerón: *De divinatione*, cf. *Vic-Vaissette*, t. I, pág. 82, nota 8; página 83, nota 5: *Per haec loca hominibus paullatim excultis, viguere studia laudabilium doctrinarum inchoata per Bardos et Eubages et Druidas. Et Bardi quidem fortia virorum illustrium facta, heroicis composita versibus cum dulcibus lyrae modulis cantitarunt. Eubages vero scrutantes seriem et sublimia naturae pandere conabantur. Inter hos Druidae ingeniis celsiores, ut autoritas Pythagorae decrevit, sodalitiis adstricti con ortiis* (como en las fundaciones de «cenobios» que Pitágoras llevó a cabo en Kroton y otros lugares), *quaestionibus occultarum rerum altarumque erecti sunt et despectantes humana pronuntiarunt animas immortales* (Ammianus Marcellinus: *Res gestae*, libro 15, cap. 9).

[57] Dispater: *ab dite patre prognatos* (Caesar, VI, 17).

[58] Ptolomeo: *Geografía*, II, 10.
Cf. tomos I y II de la *Histoire générale de Languedoc*, donde también aparecen todas las fuentes que hacen relación a la marcha de los volcos tectosagos a través de Grecia.

[59] «Persia, desde antiguo, consideró la historia del mundo como una serie de evoluciones, cada una de las cuales se iniciaba con un profeta. Cada profeta tiene un *Hazar* o mandato que dura mil años *(Chiliasmen)*. El entramado de los acontecimientos que preparan el reinado de Ormuzd se compone de la serie de estos períodos, períodos que corresponden a los millones de siglos atribuidos a cada uno de los Budas de la India. Al final de los tiempos, cuando se ha agotado ya el círculo de los *chiliasmen*, llega por fin el paraíso. Los hombres serán felices, la tierra se convertirá en una llanura, sólo habrá una lengua, una ley y un gobierno para todos los humanos. Pero antes de que llegue esta situación sobrevendrán horribles sufrimientos. Dahak, el satanás persa, romperá las cadenas que le sujetan y se precipitará sobre el mundo. Vendrán dos profetas a consolar a los hombres y a preparar el gran acontecimiento» (Renan, pág. 82). Los maniqueos consideraban a Cristo y a Manes como los dos profetas que consuelan a la humanidad.

[60] La cabeza de Buda hallada en una cámara sepulcral ibérica se encuentra en la actualidad en el Museo de Rennes.
Según Alejandro de Bernay, dos son los traidores responsables de la muerte de Alejandro: Jovispater y Antipater. Birch-Hirschfeld *(Epische Stoffe)*, pág. 21. También Peire Vidal habla de Antipater en sus referencias a Alejandro.

[61] Sobre el dios celta Hesus o Esus, así como sobre la teología y jerarquía de los celtas, cf. Vic-Vaissette, t. I, págs. 28 y sigs.
Cf. igualmente la nota 56 (Ammianus Marcellinus).
El clero druida se reclutaba principalmente de entre la juventud. El noviciado duraba veinte años y suponía un gran esfuerzo para las mentes de los neófitos, ya que las sagradas escrituras de los druidas se transmitían oralmente de maestro a discípulo. Según César, los druidas y los caballeros constituían las dos clases de la vida pública; la plebe carecía de derechos. Reinach: *Orpheus*, páginas 177 y sigs.

[62] En el *Grand-Saint-Graal* se cuenta que los tres husos que había junto al lecho de Salomón procedían de la madera del árbol de la vida; que dicho lecho se encontraba sobre una barca, «símbolo de la nueva morada de Dios (es decir, la Iglesia), y que Salomón la lanzó al mar encomendándola a la protección del cielo». Cf. Kampers, página 51.
Para la leyenda de Taliesin, cf. Bosc, *Belisama*, pág. 93 y págs. 107 y sigs.: El Hércules fenicio era representado como gnomo... y tam-

bién se le llamaba Gwion, Ogmi o Albión, considerándosele como dios. Parece ser que en los misterios bardos jugó un gran papel como guardián de la «sagrada copa».

En Loisy, págs. 79 y sigs., puede verse el sorprendente paralelismo entre los misterios eleusinos y las metamorfosis de Gwion.

[63] Cf. Bosc, pág. 122.

«La isla del Sena, dice Pomponius Mela (III, 6), es célebre como sede de los oráculos galos, cuyas nueve sacerdotisas tienen el poder de desencadenar vientos y tempestades... A estas druidesas, por su castidad, se las consideraba santas.» Cf. Bosc, pág. 56, pero también Reinach *(Orpheus)*, pág. 179.

A este respecto quisiera llamar la atención sobre la existencia de las nueve musas, las nueve sacerdotisas del Sena y las siete veces nueve vírgenes del Grial.

[64] Voy a exponer algunos argumentos en los que se apoya mi tesis de que los griegos creían que el país de los hiperbóreos, en cuyas inmediaciones se encontraba el jardín de las Hespérides, se hallaba en la Céltica:

Hesper o Hesperus era el hermano de Atlas. Fue metamorfoseado en una estrella. A Hesperus en cuanto estrella matutina se le llamó también Venus y en cuanto vespertina Lucifer.

Según la teogonía de Hesíodo, el gigante Atlas se queda en Occidente. Cerca de él están los jardines de las Hespérides. Kampers, página 62.

Según Chompré (*Dictionnaire de la Fable*, 1800), Pirenea era el sobrenombre de la Venus gala.

Pausanias refiere que los hiperbóreos eran los instauradores del oráculo de Delfos. Cf. Bosc, pág. 168.

Atheneos, gramático griego de Naukratis de Egipto, en su libro VI, capítulo 4, cita la tesis de Posidonio, según la cual el Delfinado había sido el país de los hiperbóreos (Bosc, pág. 193).

Según Bosc, una parte de la Bretaña Dodonea continuaba llamándose Chilperich.

Véanse, además, mis afirmaciones de las páginas 200 y 201 (Venus, Lucifer, Port-Vendres, Cab Cerbère e hijos de Gerión).

[65] Los *Puros y su doctrina.*

Parsifal, 463. Astiroth = Astarté; Belcimon = Baal-Schemen o Samin (divinidad siria); Belet = el Baal caldeo; Radamant = Radamantis, el juez del averno. Cf. Loisy, págs. 199 y sigs., 293; Reinach *(Orpheus)*, cap. VIII.

[66] San Lucas: *Hechos de los Apóstoles*, II, 46.

«En el mundo del Oriente Próximo no cristiano, y sobre todo precristiano, la fiesta de la luz del 25 de diciembre es la festividad del nacimiento del dios-sol, ya se llame Helios, Kronos o Dusares o bien

se trate del Baal de una ciudad siria. El crecimiento de la claridad del día, que poco a poco empieza a operarse después de un largo período de decrecimiento, es simbolizado en el dios-sol que, como niño pequeño, acaba de venir al mundo. Y así en Alejandría, y en Siria, y en Arabia...

Desde que en Assur-Babel, la gran diosa de la vida y madre de los dioses, Ischtar, entrara en íntimo contacto con la constelación de Virgo, el misterioso nacimiento y crecimiento de la luz y del dios-sol que la depara se vincula al igualmente profundo misterio del nacimiento de un niño *de las entrañas de una madre virgen*». Kittel (*Hellenistische Mysterienreligion und das Alte Testament*), pág. 33.

«Ya Justino reconocía unas curiosas relaciones entre el nacimiento del Salvador y el del dios-sol Mitra». Kampers, pág. 70.

Loisy, en las páginas 166 y 167 de sus *Mystères païens*, describe una representación de Mitra: Mitra y el sol yacen ante una mesa. El dios mantiene una cuerna y el sol una copa. Sobre la mencionada representación, cf. Loisy, pág. 220. El culto a Mitra se introdujo en la Gascuña, en el País Vasco y, sobre todo, en los Pirineos. Hasta la fecha no he podido comprobar de modo fehaciente si las cuevas del Sabarthès fueron también santuarios consagrados a Mitra. (* Roché lo ha comprobado.)

[67] Renan, págs. 55, 85, 110; Loisy, pág. 251. Cf. asimismo Peyrat, tomo I, pág. XX.

[68] El priscilianismo era un encratismo gnóstico, afín al maniqueísmo. Su cruel aniquilamiento —el primer caso de pena de muerte que se lanzó sobre una herejía— provocó una división entre los obispos que aprobaron el proceso contra Prisciliano y sus seguidores y los que lo condenaban. A estos últimos pertenecieron, sobre todo, Martín de Tours y Ambrosio de Milán. Cf. Lea, t. I, págs. 239-240; Reinach (*Orpheus*), págs. 351 y 383; Peyrat, t. I, págs. X y sigs., 121, 286; t. II, página 8. Especial mención merece el trabajo de Babut (*Priscillien et le Priscillianisme*, 1909).

No me queda otro remedio que limitarme a exponer únicamente lo indispensable de la doctrina cátara. Si alguien quiere profundizar más, pueden consultarse los trabajos de Schmidt, Döllinger, Peyrat y Guiraud: obras básicas a la hora de realizar un estudio sobre el catarismo. Prescindiendo de algunos artículos esporádicos y del opúsculo de Peladan citado en el prólogo, jamás se ha relacionado el catarismo con los poemas dedicados al Grial. Hasta ahora, como ya lo he indicado, se ha dejado de lado el elemento *céltico* (inmerso también en los poemas del Grial); por tanto, dualista y autóctono. Esta es la razón que me ha movido a conceder al dualismo de la época pagana, afincado en el sur de Francia desde tiempo inmemorial, una posición relevante, posición que tal vez ilumine el conjunto temático de un modo un tanto parcial. A pesar de ello es para mí

una obligación proceder al desarrollo de dichas relaciones, relaciones que en modo alguno entran en contradicción con las tesis de Wolfram von Eschenbach. Hay en el *Parsifal* tantos nombres paganos de personas y lugares que no pueden ser disociados de la prehistoria del Grial, aunque «una interpretación pagana del misterio del Grial tampoco puede comprehenderlo en toda su profundidad». El cantor alemán de la *Minne* del castillo de Wildenberg en Franconia conocía perfectamente el nombre de «Hiberbortikon», el país de los hiperbóreos, así como el de «Zarathustra», el gran legislador del mazdeísmo (cf. *Parsifal,* 770). Por lo que respecta al catarismo, hay que decir que existieron indudables y estrechas relaciones entre las sectas de fuera de Occitania y los albigenses. Pero es inexacta la opinión que ha prevalecido hasta nuestros días de que el catarismo occitano habría aparecido no antes del año 1000 traído de Oriente por misioneros herejes. El elemento dualista había sido una parte integrante de la teogonía ibérica, y los iberos estaban emparentados racialmente con los persas e iraníes, cuyo «mazdeísmo» debe ser considerado como el dualismo clásico de la era precristiana. Nada necesitamos añadir sobre Dispater, el Lucifer celta, sobre las interrelaciones del druidismo, orfismo y pitagorismo. ¿Precisaba realmente la Francia meridional para pensar en dualista «de una mujer venida de Italia y de un campesino de Perigord o del «papa» cátaro Niketas? ¿Necesitaban los albigenses un «maestro desconocido» —especie de sabio tibetano— para considerar súbitamente este mundo como un valle de lágrimas y el nirvana como la única meta y fin?

Sabemos que los druidas celtibéricos —al menos en los Pirineos— se convirtieron al cristianismo por mediación de los maniqueos. La esencia del maniqueísmo consistía precisamente en que hundía sus raíces en el mazdeísmo-mitraísmo, en el cristianismo y también en el budismo Esta constatación basta para considerar superflua la venida de semejante y misterioso maestro para pregonar a los galos la transmigración de las almas y la beatitud del no-ser como nueva doctrina de salvación.

Si los albigenses profesaban el catarismo occidental, cuyo sínodo fue convocado en San Félix de Caraman (1167) por el papa de los herejes, el eslavo Niketas, y se organizaron según sus directrices, se debía sobre todo —como ya he indicado— a que los preparativos de Roma para una persecución generalizada de los herejes impelían a unirse a estas «Iglesias de San Juan» —como también se llamaban—, Iglesias que eran afines y que habían surgido de modo análogo, pero que no tenían una concepción doctrinal uniforme.

El paralelismo que establecen Giraud y Mollet, ambos historiadores ortodoxos, entre el cristianismo primitivo y los albigenses es exacto. Mollat, en su prólogo al manual del inquisidor Bernard Gui, dice: «Bernard Gui ha descrito, sin razón, los sacramentos cátaros como "imitaciones ridículas". Hay que reconocer con Giraud (*Cartu-*

laire de Prouille, t. I, págs. CLXXXV y sigs.) que representan la liturgia, sin cambios, del cristianismo primitivo. El menosprecio de Gui sólo puede explicarse por el desconocimiento, suyo y de las gentes de su época, de las costumbres de la Iglesia primitiva. El parangón que Guiraud establece entre los ritos cátaros y los de los cristianos primitivos es extraordinariamente impresionante...» (*Manuel de l'inquisiteur Bernard Gui,* ed. Mollat, págs. 12-13, nota 1).

En los primeros siglos después de Cristo todos los cristianos, ya provinieran del judaísmo, ya del paganismo, se consideraban depositarios de la verdadera fe, hasta que Roma empezó a prevalecer sobre las Iglesias de Asia y a proclamar y a dogmatizar que sus doctrinas eran las únicas cristianas. El maniqueísmo, como cualquier otra confesión gnóstica, era también una de las «iglesias» primitivas. El hecho de que el druidismo cristianizado —es decir, la Iglesia pagano-cristiana de las Galias— se aferrara a que había sido reconocida como verdadera es una prueba de su esencia cristiana. Además debemos tener bien presente que, en una época más tardía, el ascetismo ortodoxo se acercó peligrosamente al maniqueísmo al negar que la carne era el enemigo declarado del alma. Así hablaba San Francisco:

«Muchos son los que censuran a su enemigo o vecino cuando pecan o caen enfermos. No deberían hacerlo, pues cada uno tiene su enemigo en sí mismo, es decir, el cuerpo con el que peca. Bienaventurado, por eso, el servidor que mantiene prisionero a dicho enemigo y se protege de él, pues quien esto hace ningún otro enemigo podrá nada contra él.» En otro pasaje llama a su cuerpo «el más feroz de los enemigos y el más terrible de los adversarios, al que gustosamente entregaría al demonio». Para el dominico Tauler, guía de los místicos alemanes del siglo XIV, el ser humano, en sí y para sí, no es sino una masa impura, un ser que procede del maligno y de la materia corrompida, que sólo puede causar repugnancia. Sus seguidores compartían plenamente este modo de pensar, aunque rebosaran amor y misericordia (cf. Lea, t. I, pág. 100, nota).

En la página 66 del primer tomo de su *Historia de la Inquisición,* Lea dice lo siguiente: «Cuando hacemos desfilar ante nosotros a estos cátaros con su destino lleno de vicisitudes, no debemos olvidar que casi todos los conocimientos que tenemos sobre ellos provienen de los escritos de sus enemigos y perseguidores. Excepción hecha de algunos tratados valdenses y de tan sólo un ritual cátaro, la literatura de estos herejes ha desaparecido por completo. No nos queda otro remedio que entresacar su doctrina de los escritos a través de los cuales se intentaba refutarla o provocar contra ellos el odio del pueblo. Sus luchas y su destino sólo lo conocemos por los escritos de sus implacables enemigos. No diré palabra alguna en su loor que no se base en los testimonios o acusaciones de sus enemigos; y si traigo a colación algunas de las calumnias lanzadas contra ellos, sólo es debido a que las exageraciones, conscientes o inconscientes,

son tan evidentes que carecen de todo valor histórico. En términos generales, podemos brindar "a priori" nuestra simpatía a quienes estaban dispuestos a sufrir persecución y a afrontar la muerte por lo que creían que era la verdad. Teniendo en cuenta la corrupción entonces existente en la Iglesia, no se puede pensar, como lo hicieron los adversarios ortodoxos, que uno se salía del seno de la Iglesia para poder entregarse más libremente a sus pasiones desordenadas.»

Téngase igualmente en cuenta lo que dice Santiago, III, 11: «¿Acaso la fuente mana por el mismo caño agua dulce y amarga?»

69* *Borst*, en las páginas 254-318 de su obra *Katharer*, se ocupa de un documento encontrado por Dondaine en Florencia el año 1939. El *Liber de duobis principiis* es el autotestimonio cátaro más antiguo e importante que conocemos. Hace un estudio sobre el manuscrito, el presunto autor y su estilo, sus ideas y argumentos, proyectos y modelos, sobre el contenido, comparado con el ritual cátaro de 1280, única fuente conocida hasta entonces, comenta la edición de Dondaine y formula sugerencias de cambios en el texto en base a una fotocopia del mismo. El lector *no* conoce el documento comentado por Borst. Zoë *Oldenbourg* procede de modo distinto. Publica los textos cátaros traducidos al francés moderno y deja al lector que formule su propio juicio (págs. 382-399): un ritual cátaro, una plegaria cátara, extractos de actas conciliares, procesos de la Inquisición, etc.

70 Cf. Schmidt, t. II, págs. 8 y sigs.; Döllinger, t. I, págs. 132 y sigs.

71 S. Mateo, IV, 9; XIV, 13. Cf. Schmidt, t. II, págs. 16 y sigs.

72 S. Juan, I, 12 y 13; III, 6; Hebr. XIII, 14. Schmidt, pág. 25.

73 Gál., III, 28; Col., I, 20; Gén., III, 15; VI, 2; 1.ª Ep. S. Juan III, 9; S. Juan, X, 8; Schmidt, t. II, págs. 21 y sigs.; Döllinger, t. I, páginas 144, 147, 165; Peyrat, t. I, págs. 361 y sigs.

Ya Marción, hacia el año 150, había intentado separar totalmente el cristianismo del judaísmo. Los maniqueos tomaron de las comunidades marcionitas el rechazo de la tradición judía.

Mencionaremos a este respecto que en la canción de Huon (cf. nota 96) Satanás es denominado Luzbel, Lucibel y Lusiabel:

Nous fusmes esperites des cielux celestiaulx,
Cy somes par le fait que fist Luciabiaux...
Bien aués ouy dire, quant dieu fust aïrés
Contre Lusiabel qui tant fust deffaés,
Que de paradis fust Luciabel versés
Et les angles aussy dont jl j ost assés.

Schäfer, pág. 100

Döllinger hace referencia asimismo a otras contradicciones entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, que fueron utilizadas por los cátaros para demostrar que Jehová era el Maligno: «También aquí aparece la contradicción entre ambos; el uno exhorta a la unión de los sexos y a la procreación (Gén., I, 23), mientras que el otro a través de Cristo considera bienaventuradas a las estériles y prohíbe la mera contemplación de la mujer; el uno promete la tierra; el otro, el cielo.

El Dios malo pidió a los judíos que engañaran y expoliaran a los egipcios. Más aún, promulgó el mandamiento del odio, pues a El se refieren las palabras de Cristo: «Habéis oído que se dijo a vuestros antepasados: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo» (Mat., V, 43). El uno ha ordenado la circuncisión bajo pena de muerte; el otro, en cambio, la prohíbe por medio de su Apóstol bajo la amenaza de ser repudiado por Cristo (Gál., V, 2). El uno prometió por medio de su legislador a los judíos el dominio sobre multitud de pueblos (5. Mois., XV, 9); el otro, por el contrario, prohíbe a los suyos toda dominación (Mat., XX, 25). El uno permitió a los judíos la usura (5. Mois., XV, 6), pero el otro la prohíbe (Luc., VI, 35). El uno declara que las ofrendas de animales borran los pecados; el otro asegura que es imposible que la sangre de toros y machos cabríos opere el perdón de los pecados. Aquél promete venir «oculto en la oscuridad de una nube» (2 Mois., XIX, 9); éste, en cambio, «habita una luz inaccesible» (1 Timot., VI, 16). Aquél no quiere que los hombres se le acerquen y castiga con la muerte a todo aquel que extiende su mano sobre el arca de la alianza (2 Mois., III, 5; 2 Sam., VI, 6); sobre éste, por el contrario, se dice: acercaos a Dios y El se acercará a vosotros (Sant., IV, 8). El Dios del Antiguo Testamento ha maldecido a todo aquel que pende de un madero (5 Mois., XXI, 23), maldiciendo con ello de forma anticipada a Cristo. Döllinger, t. I, págs. 145-147.

El ritual cátaro ya mencionado —y publicado por Cunitz— muestra, con el ejemplo de *Isaías y Salomón*, cómo el rechazo del Antiguo Testamento por parte de los albigenses no fue absoluto (cf. Lea, t. I, página 102). Según Döllinger (t. I, págs. 148-149), los cátaros reconocían los libros de los Profetas, el libro de Job, los Salmos, los escritos de Salomón y el libro de la Sabiduría —es decir, casi todos los libros y textos proféticos— por considerarlos la parte buena del Antiguo Testamento, escrita bajo la inspiración del Padre de los Justos. Sentían especialísima estima por la *visión* apócrifa de *Isaías*: *Habent quendam libellum Isaiae, in quo continetur, quod spiritus Isaiae a corpore raptus usque ad septem coelos deductus est.* Cf. Döllinger, tomo I, pág. 150.

[74] Wolfram von Eschenbach, 463.

Por lo que respecta a los mitos cátaros que recuerdan las grandes leyendas de la cosmogonía oriental y que tratan de la caída de Lucifer, de la formación de la tierra, de la aparición del hombre y de la

epifanía del Eón Jesús, he recogido las fuentes citadas por Schmidt, Döllinger y otros contemporáneos. Cf. Schmidt, II, págs. 63 y sigs.; Döllinger, t. I, págs. 138 y sigs. Los cátaros occidentales y los bogumilos opinaban que los primeros seres humanos habían sido gigantes (en base a Gén., VI, 4). Aquellos «colosos» *cognoverunt per daemones patres suos diabolus omnia creasse. Unde diabolus dolens eos ista scire, dixit: Poenitet me ficisse hominem* (Gén., VI, 6). Cf. Schmidt, tomo I, pág. 70, nota 2.

Los cátaros conocían perfectamente la lucha entre San Miguel y Lucifer, tal como la describe el Apocalipsis. Satán fue vencido y las víctimas de su astucia fueron arrojadas del cielo junto con él o —como dice el Apocalipsis— la Bestia; la antigua serpiente arrastró consigo a la tercera parte de las estrellas, es decir, a los ángeles (Apocalipsis, XII, págs. 7-9). Cf. también Döllinger, t. I, pág. 137; Döllinger, en la nota 4 de la página 138, nos ofrece una visión popular de la caída de los ángeles tal como aparecía en la Francia meridional. «Hubo, por otra parte, también espíritus filosóficos que superaron aquellas especulaciones y se adelantaron, de modo sorprendente, a las doctrinas del racionalismo moderno. Según ellos, la naturaleza suplía a Satanás; a partir del momento en que Dios creó el universo, encomendó la dirección del mismo a la naturaleza, que tiene el poder de crear y ordenar todas las cosas. La divina providencia no es la que realiza la creación de lo concreto, sino que ésta es un proceso de la naturaleza, en lenguaje moderno, un fenómeno de la evolución o del desarrollo. Aquellos naturalistas, como se llamaban a sí mismos, negaban la existencia de milagros y explicaban los del Evangelio mediante una exégesis que resultaba tan forzada como la de los ortodoxos. Creían, por ejemplo, que no tenía sentido pedir a Dios que hiciera buen tiempo, pues es la naturaleza por sí misma la que regula los elementos atmosféricos. Escribían mucho, llegando a afirmar un contendiente católico (Lucas Tudensis) que sus escritos eran atrayentes, en especial el *Perpendiculum Scientiarum* (plomada de las ciencias), de la que dice que causaba una profunda impresión en el lector debido a su ropaje filosófico y a la feliz elección de sus temas.» Lea, t. I, págs. 109-110.

Quisiera en este contexto traer a colación un fragmento de la poesía americana de nuestros días para mostrar hasta qué punto la materia continúa conservando su sentido negativo:

La vida está llena de temores,
¡larga agonía
desde el nacimiento hasta la muerte!
¡Dios es un asesino!
Vivir es morir.

Eugen O'Neill, *Lazarus Laughed*, 1930, pág. 119

[75] «En las profecías francesas e italianas de Merlín se habla de la corona del dragón babilónico con sus cuatro piedras preciosas y de otra similar que pertenecía al emperador del mítico Orbante, Aurians-Adriano. El encabezamiento de uno de los capítulos de la profecía italiana identifica a éste con el dragón de Babilonia. La corona de dicho dominador de Orbante fue encontrada casualmente en el mar, y un pescador llevó al emperador Federico las piedras preciosas que la adornaban. Por el modo como está redactado este pasaje se deduce que lo más importante de la corona eran las piedras» (Kampers, págs. 103 y 86). Prescindiendo de que la leyenda del emperador alemán muestra evidentes concomitancias con los poemas del Grial, he citado este pasaje para indicar cómo toda una mitología sobre la caída de Lucifer se enfrentó con el temor al diablo, mitología que no vio en Satanás más que un ángel rebelde, material y embustero: la encarnación del mundo. Tal vez sea ésa la razón de por qué la Iglesia creyó que los cátaros se hallaban coaligados con el Maligno.

[76] Schmidt, t. II, págs. 72 y sigs.; Döllinger, t. I, págs. 150 y sigs. *Dicunt Christum phantasma fuisse non hominem.* Schmidt, t. II, página 38, nota 1.

En relación con el «Eón Jesús», Kittel, en la página 38, dice: «En el helenismo la idea de salvación y salvador va unida a la del dios de la luz y engarzada de por sí con el tiempo de claridad del día y con su crecimiento, originándose de este modo y casi por necesidad una nueva vinculación de ideas. Así como existe una relación natural y casi axiomática entre el resurgir de la luz y el inicio de un nuevo año, lo mismo ocurre con la aparición de una nueva luz o el nacimiento del dios de la luz y la aparición de una nueva era, el *Aion*. Si el nacimiento del dios-sol se hallaba relacionado con el calendario, lo mismo sucedía con el nuevo *Aion.*

El *Aion* es ante todo algo abstracto o semiabstracto, algo absolutamente impersonal; el *Aion* es una era. Pero así como la aparición de dicha era se convierte en motivo de fiesta, lo mismo ocurre con el dios-sol, cuyo nacimiento se celebra todos los años, convirtiéndose de esta forma en una persona concreta y considerándosela como Dios.» (Sobre el nacimiento del Eón de una virgen, cf. Kittel, pág. 39.)

Ya Kerinthus, contemporáneo de San Juan y primer cristiano gnóstico —a quien, por otra parte, los adversarios del chiliasmus (la doctrina del milenarismo) atribuían la redacción del Apocalipsis de San Juan— enseñaba que el Eón Cristo se había unido al Jesús hombre mediante el bautismo, pero que lo había abandonado antes de la crucifixión. Cf. Renan, pág. 31. Según la doctrina maniquea, la crucifixión no fue sino aparente. Cf. Reinach *(Orpheus)*, pág. 105. Según una opinión cátara, Cristo hizo crucificar en su lugar a un demonio al que le había dado su semblante. Moneta, pág. 256; Döllinger, t. I, pág. 153.

El conocido poema gnóstico: *Himno del alma*, ofrece un interesante paralelismo con el mito albigense de la aparición de Cristo:

El Espíritu primogénito encarnaba la ley universal;
la segunda era caos del primogénito que se había derramado.
La tercera, en cambio, supuso la miseria para el alma.
Por eso se vistió de un aspecto fugitivo
y se atormenta en su trajín, dominada por la muerte.

Ora tiene el poder y contempla la luz,
ora llora, arrojada a la miseria,
ora lloran por ella y se complace,
ora llora y se la juzga,
ora se la condena y muere,
ora no conoce ya salida alguna,
sintiéndose desdichada por el mal,
va a parar, errante, al laberinto.

Entonces habló Jesús: ¡Mira, Padre!
Este afán por el mal sobre la tierra
se aleja de tu Espíritu.
Intenta evadirse del amargo caos,
pero ignora cómo conseguirlo.
¡Envíame, por ende, Padre!
Con los sellos en la mano quiero descender,
quiero atravesar todos los Eones,
quiero descubrir todos los misterios,
y dar a conocer el camino oculto y santo
que se llama Gnosis.

Leisegang, *Gnosis*, págs. 137-138

[77] Juan, II, 4; Filip., II, 6; Juan, VII, 23: «Vosotros sois de aquí abajo, yo de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.» Schmidt, t. II, págs. 36 y sigs.; Döllingen, t. I, págs. 152 y sigs.; Peyrat, t. I, págs. 383 y sigs.

Cum cogitaret Pater meus mittere me in mundum, misit angelum suum ante me, nomine Maria, us acciperet me. Ego autem descendens intravi per auditum, et exivi per auditum. Cf. Schmidt, t. II, página 41, nota 2. Cristo nace, como Atenea, no del seno materno, sino de la cabeza. En un tratado atribuido a San Agustín se dice también: *deus per Angelum loquebatur, et Virgo auribus impraegnabatur.* Cf. Peyrat, t. I, pág. 384; Schmidt, t. II, pág. 41.

[78] Schmidt, t. II, págs. 78, 167, 169; Döllinger, t. I, pág. 178. Para el párrafo 3, cf. San Lucas, IX, 56: «El Hijo del Hombre no ha venido para que las almas de los hombres se pierdan, sino para que se salven.»

Sólo las almas de los ángeles caídos retornarán un día al cielo, pues «nadie sube al cielo, que antes no haya bajado de él» (Juan, III, 13). Encontramos en *Parsifal* una concepción similar:

Pues nadie pueda dar alcance al Grial
si antes no lo conoció en el cielo...

Según la doctrina cátara, a partir de la caída de los ángeles no han sido creadas nuevas almas (Döllinger, t. I, pág. 143). Antes de Cristo, nadie podía alcanzar la bienaventuranza del cielo; quien quería conseguir la salvación tenía que reencarnarse después de la aparición de Cristo en un cuerpo humano:

Del linaje de Adán nos vino la salvación
así como el dolor amargo,
pues a través de él nos hallamos emparentados
con aquél que es conocido como el ángel principal,
pues también es de la estirpe
del que dejó a los humanos la pena del pecado.
El señor del mundo lo mira con compasión,
y movido por su eterna conmiseración
se hizo hombre, padeció por nosotros
y luchó constantemente contra la infidelidad.

Wolfram mantiene en este pasaje la idea ortodoxa según la cual Cristo se hizo hombre y se dejó crucificar. Pero al hablar de los rebeldes que el Señor deja en el Infierno, sus ideas ya no coinciden del todo con el dogma:

Platón, el docto profeta de la salvación,
con sabio sentido lo predice
y Sibila, la vidente,
ante quien se desvanecen el error y la equivocación,
anunciaron con muchos años de antelación
que nos vendría un salvador
que nos quitaría los pecados.
Ante el peligro del Infierno, vino el Señor
y, lleno de amor, nos libró de él;
dejando allí a los rebeldes.

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que Wolfram no habla jamás de los profetas del Antiguo Testamento, sino que, como lo aclara el ejemplo precedente, invoca como precursores y anunciadores de Cristo a profetisas y filósofos paganos.

[79] El inquisidor y trovador Isarn, al sostener que ningún creyente podría ser inducido a la herejía cátara o valdense si tuviera a su

lado un buen pastor, no hacía sino reconocer una verdad generalmente aceptada:

Ya no fara crezens heretje ni baudes
si agues bon pastor que lur contradisses

Lea, t. I, pág. 67

«Es significativo lo que nos cuenta el obispo Foulques de Toulouse sobre la contestación que le dio el caballero Poncio de Rodelle. Al preguntarle expresamente en una discusión por qué no echaba de su región a semejantes herejes públicos, el caballero, que era conocido por su ingenio y ortodoxia, le contesto: "¿Cómo podríamos hacer semejante cosa? Hemos crecido y nos hemos educado con ellos, tenemos parientes entre ellos y vemos que llevan una vida honrada." Ante tal tolerancia, el campeón de la fe se quedó inerme. Bien podemos creer al monje de Vaux-Cernay cuando nos dice que casi todos los barones del país se dedicaban a proteger y albergar a los herejes, que sinceramente los querían y que los defendían de Dios y de la Iglesia.» Lea, t. I, pág. 155. Cf. Puylaurens, cap. VII.

[80] El número de los herejes *perfecti* era, por lo demás, extremadamente reducido. En tiempos de la primera cruzada —los días de esplendor del catarismo— rondaba entre los setecientos u ochocientos. Nada de extraño tiene tratándose de una doctrina que rechazaba todo lo terreno y exigía prácticas ascéticas que minaban hasta las constituciones más robustas.

Los *credentes*, por el contrario, eran muy numerosos. Unidos a los valdenses, superaban con creces a los católicos ortodoxos, que se componían casi exclusivamente del clero romano. Queda claro que lo dicho se refiere únicamente al sur de Francia.

Respecto a la división del catarismo en perfectos y creyentes, véase: 1 Cort., II, 6; Hebr., V, 12-13; Loisy, pág. 248; Reinach *(Orpheus)*, págs. 104-105.

A los creyentes cátaros se les denominaba también simplemente «cristianos».

[81] No cabe la menor duda de que los cátaros tuvieron asimismo sus lugares de reunión dentro de los castillos y en las ciudades. Cf. Schmidt, t. II, pág. 11. En Montségur se hallaba una mansión *quae erat deputata ad faciendum sermonem* (Doat: *Carcassonner Register aus d. J. 1243*).

Sobre la *bendición* hablan Schmidt en págs. 116 y sigs. y Döllinger en págs. 230 y sigs.

La fórmula de la bendición era: *Pater et Filius et Spiritus Sanctus parcat vobis et dimittat vobis omnia peccata vestra.* Una plegaria occitana decía: *Senhor, prega Deu per aquest pecaire, que Deus*

m'aport a bona fi. La contestación: *Deus vos benedicat, eus fassa bon chrestia, eus port a bona fi.* Schmidt, t. II, pág. 126.

[82] Para la *partición del pan* de los cátaros, llamada igualmente bendición del pan, cf. Schmidt, t. II, págs. 129 y sigs. Respecto al dogma de la transustanciación: Reinach *(Orpheus)*, pág. 422; Hauck, *Transubstantiation.* En relación con la partición del pan en el cristianismo primitivo, p. ej., Loisy, pág. 215.

Loco vero consecrati panis eucharistie corporis Christi, confingunt quemdam panem quem appelant panem benedictum seu panem sancte orationis, quem in principio mense sue, tenendo in manibus secundum ritum suum, benedicunt et frangunt et distribuunt assistentibus et credentibus suis. Inquisitor Gui, pág. 12.

También S. Pablo decía que la comunidad de los creyentes es el «cuerpo de Cristo»: Rom., XII, 5; 1.ª Corint., XII, 13.

La «constitución» de la Iglesia de Amor es tratada por Schmidt, tomo I, págs. 139 y sigs.; Döllinger, t. I, págs. 200 y sigs.; Peyrat, t. I, libro 6.°, cap. 7 (págs. 395 y sigs.).

[83] No todos los cátaros consideraban al *Espíritu Santo* como al Paráclito. Le llamaban más bien el *Spiritus principalis* (según el salmo I, 14), al que se le rinde adoración junto con el Padre y el Hijo, el cual es, igual que el Hijo, una creación del Padre, pero superior a todos los demás espíritus y de una belleza tan indecible que los ángeles la contemplan con envidia (1.ª Pedro, I, 12). Pero también los espíritus, que, según la doctrina cátara, habían sido dados por Dios a las almas como guardianes —a cada cuerpo corresponde un alma *(anima)* y a cada alma un espíritu *(spiritus)*—, fueron considerados por ciertos cátaros como «espíritus santos»; primero, porque procedían de Dios por emanación y eran eternos como El; segundo, porque en el cielo no habían caído en la tentación de Lucifer, el cual no pudo tener sobre ellos ningún poder debido a que poseían una naturaleza más fuerte y perfecta. Estos espíritus constituyen —amén del cuerpo y del alma— el tercer elemento integrante del ser humano. A dichos «espíritus» aplicaban las palabras del Apóstol San Pablo: «aplicaos a las cuestiones de los espíritus» (1.ª Corint., XIV, 12). Mientras el hombre no ha recibido al espíritu que le ha sido asignado —a ello debía contribuir según ellos el *consolamentum*— se encuentra espiritualmente muerto.

Hacían una distinción entre el *Spiritus principalis* y los espíritus que protegen y dirigen, por una parte, y los «siete espíritus» que (según el Apocalipsis, I, 4) están ante el Trono de Dios. Uno de los cuales era, para ellos, el *Paráclito.* Cf. Döllinger, t. I, págs. 137-138, 155 y sigs.

La creencia predominante —que, por otra parte, es la que se ajusta al Evangelio según San Juan— admitía la identidad del Pará-

clito con el Espíritu Santo. Cf. Juan, XIV, 16 y 26; XV, 26; XVI, 7 y 13.

Acerca de la misteriosa *Manisola* o Manilosa de los cátaros pueden consultarse los escasos datos que nos ofrecen Peyrat (t. I, página 399) y Schmidt (t. II, pág. 138), quien, siguiendo a Eckbertus de Colonia, hermano de Santa Isabel, y a Ducange (*Glosarium mediae et infimae latinitatis*, 1840, Art. Bema), la denomina ya Malilosa, ya Malisola. Parece ser que Eckbertus hace derivar la palabra, no de Mani, sino de *malus*, de Maligno. Según ciertos cronistas, el Grial no era el Paraíso sagrado, sino un lugar de pecado. Cf. Kampers, página 117.

En relación con la *Mani* hindú, cf. Larousse, art. Mani. La palabra «Mani» se encuentra asimismo en las famosas inscripciones de los templos hindúes y en las paredes de las cuevas: *¡Om Mani padme hum!* La Mani era al parecer una esmeralda (llamada también «piedra filosofal» y «piedra de castidad»).

Los cátaros no creían que *María* era la verdadera madre de Cristo. La consideraban como un mero símbolo. María era para ellos la Mani, el Espíritu divino, y el Amor: el Paráclito. Suele llamarse también al catarismo la «Iglesia del Paráclito». Puede colegirse que esta denominación es correcta por el hecho de que los albigenses llamaban a su «Iglesia» la Iglesia de María: *Item beatam Mariam Virginem negant fuisse veram matrem Domini Jhesu Christi, nec fuisse mulierem carnalem, sed sectam suam et ordine, suum dicunt esse Mariam Virginem, id est veram penitenciam castam et virginem que generat filios Dei, quando recipiuntur ad eamdem sectam et ordinem*. Inquisidor Gui, pág. 14. Véase igualmente Vidal (*Doctrine et Morale*), pág. 387.

Se acostumbraba en la Edad Media a comparar con una piedra preciosa el respectivo credo religioso. Pienso en primer lugar en la novela espiritual de *Barlaam y Josaphat*, tan extraordinariamente querida en el Medioevo, y que en realidad no representa sino una versión cristiana de la tradición hindú de la vida de Buda. Dicha versión, al parecer, se inició en Irán, pasó después a Grecia y de allí se transmitió a todo el Occidente. En la mencionada novela, un monje cristiano —Barlaam—, vestido de comerciante, se dirige a la India con ánimo de convertir al cristianismo al príncipe Josaphat; mejor: Joasaph (= Buda). Barlaam consigue tener acceso al príncipe arguyendo que quiere mostrarle una piedra preciosa capaz de devolver la vista a los ciegos y el oído a los sordos, pero que sólo puede ser contemplada sin peligro por un hombre casto y de corazón puro. El príncipe arde en deseos de ver la piedra maravillosa. Barlaam le advierte, sin embargo, que no le podrá mostrar la piedra sin antes comprobar la sabiduría del príncipe. En una serie de parábolas, Barlaam expone a Josaphat los encantos de la fe cristiana.

En la «parábola de la piedra preciosa», el monje compara el cris-

tianismo con una joya que sólo puede ser mostrada a quien es puro de corazón. En la «parábola del joven rico y la cristiana pobre», el padre de la muchacha, una vez que ha puesto a prueba el corazón del joven, le concede la mano de su hija y le hace heredero de un gran tesoro; es decir, que quien huye del mundo y de las riquezas terrenas (la novia rica) y elige la pobreza de una vida cristiana (se desposa con la cristiana pobre) recibirá un gran tesoro, es decir, el Paraíso.

Estas concomitancias con el *Parsifal* de Wolfram no son suficientes. Consideremos el pasaje en el que, por instigación del mago Theudas, Josaphat va a ser seducido por unas encantadoras jovencitas. Todo nos incita a creer que Wolfram, intencionadamente y no por un malentendido, identifica el «deseo del Paraíso» con una piedra.

El texto provenzal de Barlaam y Josaphat, muy apreciado también entre los cátaros, aparece, en relación con el modelo griego y latino, extractado, pero enriquecido con explicaciones. Se han abreviado, por ejemplo, todas las disertaciones de Barlaam sobre cuestiones espirituales, en especial las relacionadas con la locura de la idolatría y el bautismo, y se han suprimido la descripción de la grandeza de Dios y del esplendor de su creación, así como la justificación de la veneración de las imágenes.

La mitología hindú conoce una *mesa de las limosnas de Buda,* que constantemente se renueva con vituallas, y una piedra del deseo: la *Tschintamani,* sobre la que Kampers, en su *Lichtland der Seelen und der heilige Gral,* dice lo siguiente: «Ciertos rasgos de la leyenda hindú de la Tchintamani evocan los de nuestra leyenda del Grial; *En esta piedra del deseo* que alumbra día y noche y dispensa a cada uno bebida y alimento, custodiada por el hijo del rey Gedon en el castillo de las quinientas diosas, *se ha reconocido el arquetipo de la joya de nuestro Parsifal*». Cf. Kampers, pág. 93. Nutt. *The Buddha's alms dish the legend of the holy grail, Archaeological Review,* junio de 1889.

Los cátaros veían, pues, en el Espíritu Santo, en el *Spiritus principalis,* en la Mani o el Paráclito, una especie de paredra de Dios, un principio femenino, la madre del Logos. En cierto sentido concuerda con la Maya-María de las teogonías precristianas: Maya era, como es sabido, la madre del Buda Gautama y —como Maia— la madre de los dioses Hermes-Mercurio. Esta *virgo coelistis* fue, desde siempre, simbolizada por la luna. La divinidad escandinava de la luna Manni es el trasunto nórdico de esta diosa y madre de los dioses orientales que se hacía ostensible en la luna. Doy por conocido que la Maya hindú era la diosa del mundo visible, de la ilusión (mâyâ). La tierra virginal era también —según Wolfram von Eschenbach— la «madre de dos seres humanos»:

La tierra fue madre de Adán
y también le dio el alimento;

permaneció doncella virginal...
Imaginaos lo puras que son las vírgenes;
¡Dios mismo se hizo hijo de una de ellas!
Dos veces dio a luz la virgen tierra,
y Dios para hacerse visible a los humanos
tomó la forma de hombre:
¡Quien sea capaz, que juzgue tal don!

(464)

[84] Acerca del *consolamentum* cátaro, cf. Schmidt, t. I, págs. 119 y sigs., 123 y sigs. Döllinger, t. I, 143, 153, 191, 204; Peyrat, t. I, página 378, etc.

Et confingunt, tanquam simie (!), *quedam alia loco ipsorum, que quasi similia videantur, confingentes loco baptismi facti in qua baptismum alium spiritualem, quem vocant consolamentum Spiritus Sancti, quando videlicet recipiunt aliquam personam in sanitate vel infirmitate ad sectam et ordinem suum per impositionem manuum secundun ritum suum execralibem* (!). Inquisidor Gui, pág. 12.

El *consolamentum* tenía una finalidad análoga a la de los misterios órficos, y era la de impedir que el alma, después de la muerte, transmigrara a otro cuerpo. En relación con las creencias cátaras de la metempsicosis tenían especial relevancia las palabras de San Pedro, que, refiriéndose a los espíritus que se hallan cautivos en la prisión, es decir, en el cuerpo, dice que es a ellos, los incrédulos de los días de Noé, a quienes Cristo predicó (1.º Pedro, III, 19); cf. Döllinger, t. I, pág. 143; Schmidt, t. II, pág. 46.

Lenau describe el *consolamentum* cátaro de la siguiente manera:

Domingo, el fraile más riguroso de todos
los que se desasen del mundo y sus placeres,
enjuto y macilento por la santa ascesis
busca para la noche un cobijo en el bosque...

Apenas se ha adormecido el adusto fraile
cuando le despiertan confusas voces;
va subiendo en medio de un murmullo bronco
y contempla en el fondo de la cueva un débil resplandor
y camina lento y sigiloso hacia la luz, hacia el rumor
y se detiene a la entrada de una amplia sala.

Esta se halla iluminada por el fuego de las antorchas encendidas,
en el centro puede verse un anciano venerable,
que mantiene en la mano alzada la biblia
y a quien escuchan todo en derredor hombres y mujeres...

En ese instante se acerca al anciano el "hijo mayor", inclinándose,
luego el "hijo menor", encorvado, reverente y en silencio.

"El ayudante" avanza en último lugar dando la mano
al discípulo —vestido de negro— que va a ser consolado.
Al que el anciano pone sobre su cabeza el Nuevo Testamento
y al que, con toda solemnidad, exhorta: "Di lo que profesa tu corazón...

....

¡Vosotros libres! ¡Aceptadme en vuestra unión!
¡Consagradme, si preciso fuere, hasta morir!"

Así habló el neófito; el anciano estaba en pie, gozoso,
y le impartió el "consuelo" con la mano levantada;

y siete veces leyó en tono festivo
el inicio del Evangelio según San Juan.

Y siete veces rezó el anciano el Padre Nuestro
y le exhaló el aliento en el rostro...

¿Quién era el que recibía la bendición hereje?
¿Quién hacía escarnio de la Iglesia?
Es un trovador, el monje de Montaudon.

El arpa inicia el final de la ceremonia
el cantor desgrana su corazón en rimas...

Como puede verse, en esta sencillísima ceremonia cátara actuaban perfectos consagrados al efecto y tres clases de ministros: el obispo, el *filius major* y el *filius minor*. Cada una de estas «órdenes mayores» tenía su diácono como asistente o representante. El gobierno general de la Iglesia de Amor occitana se encontraba en manos de un patriarca.

El fraile de Montaudon —como ya vimos— se identifica con el trovador Peire de Auvergne. No he podido saber cómo Lenau tuvo conocimiento de la «consolación» de Peire de Auvergne.

[85] Cf. Schmidt, t. II, págs. 83 y sigs., 94; Peyrat, t. I, pág. 104.

«La costumbre del "hábito" hereje hay que retrotraerla al *kosti* y *saddarah* que, como vestimenta y camisa sagradas, tenían que llevar todos los creyentes que profesaban el mazdeísmo. El hecho de que las utilizaran los zend y los brahmanes indica que su origen se remonta a los tiempos prehistóricos, anteriores a la dispersión de los pueblos arios. En tiempo de los cátaros, quien llevaba vestido tejido y hábito era considerado por los inquisidores como *haereticus indutus o vestitus*, iniciado en todos los misterios de la herejía». Lea, t. I, pág. 101.

«En una interpolación de la *Carta del Presbítero,* introducida en la leyenda del Rey Sacerdote —sin duda después de la aparición del *Parsifal*— y traducida fielmente del texto latino por el escribano Oswald, aparecen unos clérigos de una pureza extraordinaria que atienden el servicio de un santuario cuyas dimensiones se amplían según el propio deseo. Cuando van a ofrecer el sacrificio, se despojan de sus vestimentas ordinarias y se revisten de otras, brillantes como el sol, y que nadie sabe quién las ha confeccionado.

Esto no es una invención cualquiera de la imaginación. En dicho poema revive la leyenda gnóstica de la ascensión a los cielos de la Pistis Sofía. El umbral del santuario es el límite del cosmos, donde todos los oficiantes deben despojarse de su vestimenta corporal y donde reciben la "vestimenta de la gloria", la "vestimenta de la luz". En la tradición judía, el rabí Perachja es despojado de sus vestidos a la puerta del cielo. Sólo cuando se ha cubierto con el aura paradisíaca puede contemplar la magnificencia del cielo. En la tradición mandea se cuenta cómo el vestido de "sangre y carne" se cambia por otro "resplandeciente". Existen multitud de tradiciones similares.

También en el *Apolonio* se habla de la leyenda del paraíso con sus escaleras y con sus vestimentas celestes, vestimentas que se retrotraen a la antigua concepción gnóstica según la cual todos los elegidos reciben en el cielo el vestido de la gloria. Esta constante en la interpretación significa, sin duda alguna, que el susodicho santuario no es sino una variante del palacio celestial del Rey Sacerdote y una materialización del reino celeste de las almas en continua expansión...

La mesa, en el mito y la leyenda del Oriente, depara alimentos y bebidas; en la leyenda del Rey Sacerdote obra maravillas; ella, o su equivalente, el cofre, es cantada por la tradición hispano-árabe; el santuario que se expande es el símbolo de lo sagrado. Más aún: el cofre, que puede dilatarse hasta convertirse en santuario, en tanto en cuanto representa al trono terrenal de Dios y la mansión del monte de los justos, es simplemente el Grial. El Grial es, por consiguiente, el reino de los goces paradisíacos a los que aspira el lúcido héroe Parsifal, pero asimismo el palacio del descanso eterno, ansiado por Anfortas. Esta explicación coincide con la interpretación que la poesía alemana da años más tarde a la palabra "Grial", entendiéndola como gozo bienaventurado». Kampers, págs. 96-97.

Cuando Kampers, además, dice en la página 101 que el «Grial es el reino de los espíritus bienaventurados que han dado la espalda al mundo, y la piedra es el símbolo de este reino», tenemos ya, con las ideas que he desarrollado en el texto y estas notas que lo completan, todas las premisas que nos permiten sacar la siguiente conclusión:

¡El Grial fue en la Edad Media la Iglesia de Amor, y al mismo tiempo su símbolo!

Para el catarismo, el mundo era una ilusión, y los seres humanos vivían en él «una vida semejante a la muerte». Sólo quien había sido

recibido en la Iglesia de Amor por la consolación y su alma se había identificado con el espíritu de aquélla, vivía realmente, pues se había «reconciliado» ante el bosque de Briziljan, que protege el castillo del Grial, reconciliación que se llamaba vida. Los cátaros, los perfectos de la Iglesia de Amor, habían muerto para el mundo. Se encontraban en un «reino de liberados», donde se experimentaban ya de antemano los goces paradisíacos del «endiosamiento», como los gnósticos denominaban a la salvación. El hombre había venido del cielo al Paraíso Terrenal; después había sido arrojado de él y lanzado al mundo. Los «puros» retornaban del mundo al «paraíso» que el Evangelio de Cristo había vuelto a abrir, desde donde, a partir de la separación definitiva de cuerpo y alma, creían poder volver al cielo, al reino del Espíritu.

Los cátaros veían simbolizada en María su Iglesia de Amor, la *Santa Gleiyza* del principio femenino de la Divinidad, la Iglesia de la suprema *Minne*. María era para ellos —concepción comprensible, pero profundamente herética— la Maya «cristiana» (para los ignorantes paganos no la Madre de Dios, sino de los dioses), e incluso la Mani, el principio generador que depara el maná celestial y el amor al prójimo, adorada en los tiemos paganos bajo el nombre de Diana de Efeso, bajo la forma de un meteorito, denominado Kybele, en el monte frigio de Angdistis, y bajo el nombre de Ishtar en Babilonia. El símbolo de Ishtar, como se sabe, era Lucifer-Venus, la estrella vespertina y matutina a la que los griegos llamaban también Hesperus. De este modo se cierra el círculo en el que pueden inscribirse el jardín de las Hespérides con su copa del re-nacimiento, la corona de Lucifer, el dragón babilónico y el monte pecaminoso de Venus-Grial.

Ahora nos resultará fácil comprender por qué Eckbertus de Colonia, cuya hermana —Santa Isabel— tenía como confesor al tristemente célebre inquisidor alemán Konrad von Marburg, convirtió la Manisola (consolación por suprema *Minne*) en Malisola (ayuda del Maligno) y por qué la cristiandad católica anatematizó al Grial y tomó la Cruz contra él.

El Grial —tal como Wolfram lo había «encontrado» en su inspirador Kyot— era el cristianismo cátaro, y lo simbolizaba en una piedra preciosa que se decía que se había desprendido de la corona de Lucifer:

Pues del Grial brota la salvación
para la suprema felicidad terrena;
su bendición casi se asemeja
a la que el reino de los cielos nos ofrece.

Si antes alguien me hubiera preguntado
y hubiese querido pelear conmigo

por no habérselo comunicado
no tendría ciertamente que alabarle.

Kyot me hizo ocultarlo
hasta que el curso de la leyenda lo requiriera,
ya que no debían hacerse preguntas
hasta que ella misma quiera mostrarlo,
hasta que la torrentera de sus palabras
consiga que tenga que darse a conocer.

Wolfram von Eschenbach (238 y 453)

[86] Con relación a la endura, cf. Molinier *(Endura)*; Schmidt, t. II, página 103; Döllinger, t. I, págs. 193, 221, 225.

Guillelma (de Proaudo de Toulouse) recepta per haereticos, in abstinencia quam ipsi vocant Enduram multis diebus perdurans ... mortemque corporalem sibi accelerans, sanguinem minuendo, balneum frequentando, potumque letifferum ex succo cucumerun silvestrium inmisso in eo vitro fracto quo frangentur ejus viscera in fine, ut finiret celerius petitum, avide assumendo, ad mortem festinavit aeternam. Otra hereje *posuit se in Endura ut moreretur in ea, et balneabat se, et in dicto balneo fecit sibi minui* (es decir, desangrarse), ... *quia timebat capi per inquisitores, et ut citius moreretur.* O tenían preparado un instrumento punzante: un puñal o una lezna, *cum quo perforarentur in latere subito si venirent nuncii inquisitorum.* Cf. Schmidt, t. II, pág. 103.

[87] Respecto al «monte de la purificación de Dante», Kampers, en la pág. 62 y sigs., expresa lo siguiente: «La representación —reflejo del mito hindú— de una montaña celestial e inaccesible, a cuyos pies o sobre cuya cima se encuentra el Jardín del Edén, se conservó durante toda la Edad Media. Ya Efraín el Sirio cantó la montaña del Paraíso, que va alzándose escalonadamente con creciente grandiosidad:

Diminuto es el tesoro
al pie de sus murallas,
pero más valioso que todas
las riquezas de la tierra.

Efraín sabe igualmente que el Paraíso está plagado de piedras preciosas y que un vestido luminoso cubre a hombres y mujeres.

Ante los ojos del poeta Dante van discurriendo —desconocemos en quién se inspiró— aquellas grandiosas imágenes que la gnosis entresacó del mito y de la Biblia.

La montaña escalonada es ya en la gnosis un monte de las purificaciones. El alma tiene que atravesar siete puertas. Más allá de la última, que se encuentra en llamas, impera la Gracia, y es allí donde

se celebran los esponsales de la Sofía gnóstica con Cristo. También el pasaje de Dante de la purificación del alma concluye con el cortejo nupcial de Beatriz bajo el Arbol del Mundo que se halla en la cima del monte del Paraíso Terrenal Y la "archiamada", la "triunfadora de la luz", como Dante denomina a su Beatriz, de modo idéntico a como los gnósticos lo hacen con su Sofía, es descrita con colores gnósticos... La descripción de los esponsales de Beatriz bajo el árbol no es sino una variante tardía del sagrado encanto de la fecundidad, simbolizado por medio de las bodas santas del dios del Cielo con la diosa de la Tierra en la cumbre de la montaña de los dioses donde crece el árbol que cobija con su ramaje a todo el orbe.»

«No nos resulta fácil precisar qué era lo que inducía a aquellos hombres que practicaban el catarismo a ansiar el martirio de forma tan alborozada.

No existe religión alguna que pueda presentar una lista más nutrida de personas que prefirieran, con alegre y firme decisión, morir de la forma más atroz antes que apostatar de sus creencias. Si la sangre de mártires fuese de verdad semilla de Iglesia, el maniqueísmo sería hoy en día la religión dominante de Europa. En parte puede provenir de que, según la doctrina de los cátaros, la muerte llena de dolores aseguraba al alma el retorno a Dios. Pero la debilidad humana no siempre consigue que el espíritu triunfe sobre la carne de forma tan sistemática como en el caso de los cátaros, cuya hambre de martirio se hizo casi proverbial. En la primera persecución que ha llegado hasta nosotros, que data de hacia el año 1017, y que tuvo lugar en Orleans, de quince cátaros, trece se mantuvieron firmes a pesar de que ante ellos ardían las hogueras que iban a exterminarlos. Se negaron a retractarse, aunque se les prometió perdón, siendo la admiración de todos cuantos les veían.

La alegría y serenidad con que afrontaron el horrible suplicio quienes fueron quemados vivos en Colonia el año 1163, causaron profunda impresión. De Arnold, su adalid, se dice que, estando a medio quemar, extendió su mano sobre las cabezas de sus compañeros que gemían en angustias de muerte y les dijo: "Manteneos firmes en vuestra fe, pues hoy estaréis con San Lorenzo." En este grupo de herejes se encontraba también una hermosa muchacha cuya inocencia hasta despertó la conmiseración de los brutales esbirros. La sacaron de entre las llamas y le prometieron consegirle un marido o llevarla a un convento. Pareció acceder; tranquila y silenciosa, esperó a que todos hubiesen muerto. Entonces pidió a sus guardianes le mostraran al "seductor de almas". Le enseñaron el cadáver de Arnold. Desprendiéndose súbitamente de sus ligaduras, se abalanzó, cubriéndose el rostro con sus vestidos, sobre los restos de su maestro, para ser quemada e ir al infierno con él.

Los herejes que por aquella fecha fueron descubiertos en Oxford rechazaron todos los ofrecimientos de gracia con las palabras de

Cristo: "Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos." Cuando se emitió el veredicto de muerte lenta y vergonzosa, con su jefe Gerardo a la cabeza, avanzaron, gozosos, hacia el suplicio mientras cantaban: "Bienaventurados vosotros cuando los hombres os injurien."

En la cruzada contra los albigenses, los cruzados piadosos, después de la toma del castillo de Minerve, propusieron a los cautivos bien retractarse o la muerte en la hoguera. Ciento ochenta prefirieron la hoguera, a lo que el fraile que narra los hechos apostilla impasible: "Sin dudarlo, todos aquellos mártires de Satanás pasaron de las llamas de la hoguera a las del Infierno."

Un experimentado inquisidor —Bernard Gui— nos dice que los cátaros, por norma general, o se convertían sinceramente gracias a los esfuerzos de la Inquisición, o estaban dispuestos a morir por su fe, mientras que los valdenses simulaban arteramente convertirse para escapar de la misma.

Como los escritores ortodoxos aseguran, este inquebrantable celo nada tenía que ver con el martirio cristiano, pues no era sino dureza de corazón inspirada por Satanás» (Lea, t. I, págs. 114-116).

88 Cf. Schmidt, t. II, págs. 82 y sigs., 93 y sigs.; Döllinger, t. I, páginas 180-181. También en los primeros cristianos existía una fuerte tendencia a considerar la metempsicosis como una explicación de la injusticia aparente de Dios. Cf. Lea, t. I, págs. 109, 122.

89 Cf. Peyrat, t. II, pág. 78; Lea, op. cit.

Cuando en el año 1052 iban a ser ajusticiados en Goslar algunos cátaros, incluso ante el patíbulo se negaron a dar muerte a una gallina. En el siglo XIII esta negativa era considerada como prueba fehaciente de pertenencia al catarismo. En el año 1045 hallamos cátaros en Châlons; el prelado local preguntó a Wazo, obispo de Lieja, cómo tenía que tratarlos y si debía recurrir al brazo secular para impedir que todo el pueblo se emponzoñara; a lo que el buen Wazo contestó que se les debía encomendar a Dios, «pues quienes son ahora tenidos por el mundo como hierba mala, pueden convertirse en trigo cuando llegue la época de la recolección. Quienes aparecen como enemigos de Dios, es posible que en el cielo estén por encima de nosotros»; Wazo lamentaba que había llegado a sus oídos que, normalmente, se detectaba a los herejes por su palidez. En modo alguno era nuevo el hecho de que se considerara el color pálido como prueba segura de herejía. Eso mismo ocurría ya en el siglo IV respecto a la ascesis gnóstica y maniquea de los priscilianos (Sulpic. Severi *Dial.*, III, cap. XI), y San Jerónimo nos cuenta que los ortodoxos, cuyos rostros habían palidecido debido al ayuno y a la mortificación, eran considerados maniqueos y, por ende, carne de hoguera (S. Jerónimo, *Epist. ad Eust.*, cap. 5). Hasta finales del

siglo XII la palidez fue tenida como señal de catarismo. Cf. Lea, t. I, páginas 121-122. Wolfram en otro contexto dice de Trevrizent:

Su espada y vida de caballero
entregó Trevrizent
al servicio del dulce Amor divino
para ganar la salvación eterna.

(823)

[90] Wolfram von Eschenbach: 452. Lea, op. cit.

[91] Wolfram von Eschenbach: 459. Más adelante Wolfram nos dice sobre el «cofre» que Trevrizent tenía en la celda de su cueva:

Su precioso tesoro me ofreció,
yo le regalé lo que me pedía:
el cofre sacrosanto que has visto,
que brilla más verde que el trébol,
y que hice cortar de la piedra
que el puro me dio como regalo.

(498)

En relación con «el tesoro de Salomón», cf. Kampers, págs. 26, 27, 33, 39, 54, 66, 80, 81, 85, 94.

[92] Cf. Kampers, págs. 15, 28, 34, 42, 43, 62, 71, 90.

[93] Respecto al «pez sagrado», cf. Reinach *(Orpheus)*, págs. 29-30; *(Cultes)*, II, pág. 43; Kampers, págs. 35, 71, 74, 75; Wechssler, pág. 130; Renan, pág. 238. Los albigenses, a diferencia de los demás cátaros, comían pescado y bebían vino.

[94] Véase el gráfico de la página 238 del apéndice: la región del mito pirenaico del Grial. Como literatura específica sobre el Sabarthès vienen a colación los trabajos, muy sucintos, de Garrigou *(Foix)* y Gadal *(Ussat-les-Bains)*. Sobre Lupo de Foix puede verse Peyrat *(Inquisition*, ts. I-III). La frase que se cita de los archivos de la Inquisición de Carcassone se encuentra en Doat y en el tomo II de Peyrat: *Albigeois et l'Inquisition*. La historia de los albigenses de Peyrat es la única obra que habla de la agonía del catarismo en las cuevas de Tarascon. Garrigou y Gadal, ambos oriundos de Tarascon, en el transcurso de sus investigaciones arqueológicas en las cuevas de Sabarthès han hallado ciertas huellas de la tragedia de los herejes, pero sólo las mencionan incidentalmente. Peyrat no conoció más que la cueva de Lombrives, y creyó ver en ella la *spulga Ornolaco*. La existencia de la spulga de Ornolac, frente a Lombrives, pasó desconocida ante él. Guiraud, en su *Cartulaire de Prouille*, dedica un

capítulo especial a Lupo de Foix, que de todas formas resulta muy incompleto. Cf. Vic-Vaissette, ts. VI y IX, y la nota 46*.

[95] Para la *haereticatio* de Esclarmonde, cf. sobre todo Peyrat *(Civilisation Romane)*, p. ej., pág. 329; así como Palauqui: *Esclarmonde de Foix*; Giraud: *Saint Dominique* (pág. 56); Coulet: *Montanhagol*, páginas 28, 97, 103, 106. Los versos de Montanhagol probablemente no se refieran a Esclarmonde de Foix, sino a su sobrina, Esclarmonde de Alion. Hoy en día la gente del pueblo habla sin más de Esclarmonde. Cf. Magre, págs. 93-94.

[96] *Monmur, el castillo encantado de Oberon.*

Las relaciones existentes entre el ciclo de Huon y los poemas del Grial han pasado hasta la fecha, a mi entender, inadvertidos. Dado el marco de mi obra, tan sólo voy a indicarlas, entresacando lo más significativo.

He mencionado ya que los cátaros designaban a Satán con el nombre de Luzbel. Nos encontramos con una reminiscencia de Baal o incluso de Abelio. Como se sabe, Lucifer es la traducción latina del griego Phosphoros (= portador de luz), nombre dado a la estrella de la mañana y del atardecer. *Hesperus* era también para los antiguos, como lo hemos visto repetidas veces, la denominación usual. Los Padres de la Iglesia medieval relacionaron las palabras de Isaías XIV, 12: «¡Cómo has caído de los cielos, Lucero, hijo de la Aurora!» con el Príncipe de las Tinieblas, mientras que para Isaías «Lucero, hijo de la Aurora» representaba únicamente al destronado rey de Babilonia.

Sobre la *Leyenda de Ortnit*, cf. Jiriczek (*Dtsche. Heldensage*, 1908), págs. 164, 165, 168: «El rey de los gnomos, Alberich (= príncipe de los elfos) recuerda el papel que juega Oberon (variante francesa del nombre alemán) en la leyenda francesa, hecha famosa por las epopeyas románticas de Wieland, donde Huon de Burdeos rapta con ayuda de Oberon a una hija del Sultán. El inflexible padre de la novia se llama Machorel, debido al sultán Malek-al-Adel (hermano de Saladino), y las luchas por la novia tienen lugar en *Montabûr, Mons Tabor*, fortaleza sarracena edificada por él en 1212, sitiada en vano por los cruzados en 1217 y desmantelada por sus hijos en 1218.

Las interesantísimas relaciones entre Munsalväsche, Monmur y Montségur hay que atribuírselas, en mi opinión, a las interpolaciones publicadas por Schäfer, tan discutidas, por otra parte. No quisiera dejar de mencionar el hecho de que es en el Tabor pirenaico donde se encuentra el *pays de Sault*, patria y dominio de Esclarmonde de Alion. Sault viene del latín *saltus*, y significa: zona montañosa. Las explicaciones de Palauqui pueden suponer una aportación valiosa para la realización de un estudio más a fondo: *Si l'on remonte le cours des siècles, il est permis de donner une origine romaine à Montségur qui devait faire partie de la chaîne de forteresses que les*

Romains avaient établies de l'Atlantique à la Méditerranée. Plusieurs auteurs rapportent que, vers 1890, on trouva dans le village de Montségur, bâti au fond de la vallée avec les débris du château, une pierre antique portant le millésime: CCCXLI qui proviendrait du Castellum et pourrait donner la date de sa construction primitive. La tradition, bien vivante encore en ce pays veut aussi que les Sarrasins aient occupé ce poste inexpugnable. Un narrateur —M. Gaussen— relève des noms de lieu significatifs: les fermes de Moro, Moréos, les champs de Ben-Ais, de Massa-Barac, les noms de famille Al-Da-Bram, Al-Douis, etc. Palauqui *(Esclarmonde),* pág. 28. Véanse los ya mencionados trabajos de Garrigou.

Je ne veulz plux au ciecle demourer,
Il me coviet en paraidis aller;
Car nostre sire le m'ait ainsi mandei...
En cez grand crotte quj sont d'antiquiteit,
Que fee firet, m'lt ait loing tempz paissei,
Se sont repuis, saichiez de veriteit
Pot en voit on ne venir ne aller.
Hüe si est a Momur demourez,
Auberon est en paraidis allez.

Huon, roy de fayarie
(Schäfer, págs. 85-86.)

Uno de los capítulos de la obra de Schäfer lleva por título: *La contesse Esclarmonde qui depuis devint fée.* El reino encantado de Esclarmonde es un mundo intermedio entre la vida más allá del bosque protector y encantado y el Paraíso. Es la *Terre de Salväsche,* de Wolfram. En la canción de Esclarmonde se habla igualmente del «Paraíso terrenal». Cuando Huon está cogiendo tres manzanas del *arbre de jouent,* una voz le dice:

S'a la destre main vas, tu troueras briefment
de paradis terrestre le lieu parfaittement.

(Schäfer, pág. 28.)

«La novela *Perlesvaus* proyecta sobre este *castillo maravilloso* su luz transfigurante. Los mismos nombres empleados: *Edein, Chastiax de Joie, Chastiax des Armes* (= Edén, castillo de la alegría, castillo de las ánimas) lo caracterizan como un lugar de dicha y de misterio. Quien desea arribar al país de los bienaventurados tiene que atravesar una extensión de agua. Allí se encuentra la soberbia pradera de asfódelos tan querida por los antiguos. Allí crecen preciosos manzanos, imagen que recuerda la del antiguo Jardín de las Hespérides.

Por todas partes nos encontramos en las narraciones del Grial con vestigios de creencias humanas en el primitivo Paraíso que nos impelen a aceptar los nexos existentes entre el castillo encantado y los mitos de cada uno de los pueblos» (Kaspers, págs. 42-43).

También «en el joven Titurel aparece cómo el Grial flota dentro de un cofre precioso sobre el monte Onyx». Cf. Kampers, pág. 95.

[97] Se citan del *Parsifal:* 250-1, 492, 493, 495, 797, 827, 472.

Un poema de Peire Cardinal nos muestra cuál era la opinión que sobre el Dios Amor, el «hijo de Venus», tenían los poetas de Occitania, aunque no se reconocieran abiertamente cátaros. En relación con dicho poema, Vossler dice: «Encuentro en Cardinal algo que hasta ahora no había sido observado por nadie, y es que atribuye a la concepción mística del Amor una entidad religiosa. Por desgracia, no he podido descubrir el origen de dicha concepción» (páginas 9-10).

En un bello paraje vive Cáritas,
totalmente rodeada por la Compasión,
la Verdad y la Justicia la visitan y saludan,
le asiste la Gracia y le sigue la Paz;
la Fuerza la protege,
la Cordura es su amiga,
el Bien es su abrigo.

Arriba en las alturas
es donde el Espíritu vivificado,
revela al Dios Amor,
a aquel a quien la Fe ha purificado.

El Dios Amor, tal como lo ve Peire Cardinal, es el Paráclito. Para contemplarlo, el creyente debe ser purificado por la fe, su espíritu debe ser robustecido (por el *consolamentum*). El Dios de la *Minne* aparece rodeado por su corte: el amor al prójimo, la compasión, la verdad, la justicia y la gracia. El poder de los caballeros protege a Cáritas —virtud suprema de la Iglesia de Amor—; la cordura es su amiga, no la abulia y la estulticia. Creo que Peire Vidal ha estado más cerca de los puros de Montségur que lo que ha venido creyéndose. Pero ¿cómo podía declararse amigo de los proscritos y malditos herejes? No le apetecía morir en la hoguera ni arruinar miserablemente sus días en una pútrida y lóbrega mazmorra. Su Dios Amor no era el hermano gemelo de Cupido, sino el hermano de Ágape y de Eros, a quienes el mundo con demasiada frecuencia ha identificado con el amor afrodisíaco (véase Schmidt, t. II, pág. 346, nota 3).

Bosque de Briziljan = en Chrétien, bosque de Breceliande, en la Bretaña, escenario habitual de las epopeyas del rey Arturo.

[98] *Repanse de Schoye*; *Parsifal*, 235.

También, según Wolfram, Esclarmonde se dirige hacia Oriente:

Repanse de Schoye se puso muy contenta
ante la noticia de su viaje.
Más tarde tuvo un hijo en la India
a quien puso por nombre Juan
y con el tiempo se llamó preste Juan...

(822)

Véase nota 127: el rey Manuel deja su país, la «desértica Occitania», para dirigirse hacia el preste Juan...

«El preste Juan era considerado como un rey que dominaba un imperio cristiano en Asia oriental. Probablemente se trata de los restos del cristianismo nestoriano. Es la primera vez que Wolfram lo relaciona con la leyenda del Grial. Son varios los poemas alemanes que versan sobre el preste Juan.» Cf. Pannier, *Anmerkungen zum Parzival*, t. II, pág. 410. Se designa como nestorianos a los cristianos de la Iglesia oriental que defendían la permanente separación de las dos naturalezas de Cristo; fueron condenados en el año 435 por la Iglesia del imperio romano-occidental y encontraron una nueva patria en Mesopotamia, Arabia y las montañas del Kurdistán. A los nestorianos de la India (en la región de Radscha de Trovancore) continúa llamándoseles cristianos de Santo Tomás, pues su origen se remonta al apóstol Santo Tomás, convertidor de la India y de Persia, junto con San Bartolomé. Cf. «Ida del Grial a la India» (según Uhland), en Golther, págs. 22, 14 y 18... al país de Ethnîse: *Parsifal*, 479.

Quisiera mencionar la obra de Michelet *(Les poètes gascons du Gers)*, de la que voy a entresacar algunos textos que nos muestran cuán vivo se ha mantenido en los Pirineos a lo largo de milenios el recuerdo de Hércules, Pirene, Apolo, Marte, Venus, las gracias y las ninfas e incluso la rivalidad entre los montes santos de Grecia y de la Céltica:

Las gracies dansen toutes nudes
E tenguen lou bal neit è jour...
La nimphes s'y lauent la care
E pescon dab lous bras tout nuts...
... oun au descoubrit Apollon.
Deu Gascoun genereus Herculés ei lou pai
E, peu dise de touts, Piréne ere sa mai.
Mars ere soun païrin è Venus sa mairie...

.... moun hilh, arromia te quau
Qui tu es, doun es tu, que tant queu Gascoun bisque
Deu puchant Herculés la race nou mourisque.

Lou boussut qui lous Dious empare (Olymp)
Dab sa hautou nou s'accoumpare
A l'aunou de noste climat
Per aüen quouque jelousie
Ossa sentich trop la rousie
E Pelion es trop cramat.

Los versos que acabo de citar pertenecen a Luis Baron (nac. 1612) y a Guillermo Ader (*Lou gentilome Gascoun,* 1612).

Al matrimonio de Esclarmonde podrían aplicarse perfectamente los versos de Wolfram:

En absoluto secreto el hombre separa
a la virgen del Grial para que desde ese momento
sus hijos puedan dedicarse por completo al servicio del Grial

(495)

Los hijos de Esclarmonde tomaron parte en la defensa de Montségur. Cf. opúsculo de Gaussen. Por lo que respecta a la vida de Esclarmonde, remito al lector a la bibliografía dada y a Peyrat, t. I, páginas 269-270; t. II, pág. 15. Además, Vic-Vaissette, t. VI, y Tudela, tomo II, pág. 176, nota.

El pog de Montségur: Tudela, verso 3260. Fue construido única y exclusivamente para fines defensivos... (* Véase, en cambio, la nota 137, Niel, 1962).

En Occitania se creía que varios de los personajes del Nuevo Testamento, como Lázaro, Marta, María Magdalena y Dionisio Areopagita, habían ido a las Galias Cf. Lavisse, t. II, parte 2.ª, pág. 3; Hoepfner *(Heiligenlegenden),* págs. 110 y 120, dice:

«Se cuenta que *Magdalena,* en compañía de sus hermanos; de Maximino, uno de los setenta y dos discípulos —que fue quien la bautizó—; de Codon, un ciego a quien Jesús había curado, y de una doncella llamada Marcela, abandonaron a los gentiles, se hicieron a la mar en un barco sin vela y sin timón, arribando a Marsella...

Según la leyenda, también *Marta* estuvo en Marsella predicando a las orillas del mar. Más tarde se trasladó a la región de Aix (Provenza), donde un terrible dragón, de nombre Tarasc, sembraba el pánico. Marta lo roció con agua bendita; éste se amansó, lo sujetó a su cinturón, y en ese momento aparecieron unos hombres que le dieron muerte. En este lugar se levantó más tarde la ciudad de Tarascon...»

Pueden consultarse asimismo los trabajos de Duchesne, Manteyer y Dom Morin que aparecen en la bibliografía.

Según una leyenda que me contaron, fue María Magdalena la que trajo el Grial a Marsella, guardándolo en una cueva (en Sainte-

Baume, junto a Tarascon). Pero como ya he indicado en otro pasaje, los habitantes de Tarascon consideraban el tarasc del valle del Ariège como totem. Presumo que se trata de una mezcla de dos leyendas.

No conozco una tradición que relacione la pequeña ciudad del Tabor, Tarascon, con el Grial y Magdalena. Sólo he podido comprobar, tal como lo indico en el texto, la leyenda que identifica Montségur con Montsalvat.

A este respecto quisiera traer a colación dos testimonios que ven igualmente en Montségur el castillo del Grial:

«*Le seul poète qui ait touché à ce grand sujet est Ghenzi: il a su dans son beau drame sur les Cathares qu'il appelle Montsalvat mais qui se passe à Montségur ressusciter l'âme albigeoise*» (Peladan, página 45).

«*Le midi résista farouchement aux barons du Nord et aux armées de la chrétienté et c'est à Montségur, le Montsalvat du Saint-Graal, qu'Esclarmonde tomba pour sa foi au milieu des Cathares indomptables*» (Paul Voisenel, en *Art et Médecine*, julio 1931). Voisenel se refiere a Esclarmonde de Perelha, hija del señor de Montségur, que fue quemada por hereje en el Camp des Crémats: la última Esclarmonde de Montségur...

TERCERA PARTE: LA CRUZADA

99 Me remito a las notas 53, 83 y 85.

Como atestigua Roger, obispo de Châlons, en su carta al prelado de Lieja, Wazo, los cátaros vieron en *Mani* al Espíritu Santo: «... *per sacrilegam manuum impositionem dari Spiritum sanctum mentientes, quem.. non alias a Deo missum, quam in haeresiarcha suo Mani (quasi nihil aliud sit Manes nisi Spiritus sanctus) falsissime dogmatizarent.* Cf. Schmidt, t. II, pág. 259, nota 1.

Peyrat, que llama al maniqueísmo maneísmo derivado de Manes y lo designa como «Iglesia del Paráclito», llega a hablar del catarismo como de un maneísmo monoteísta. Manes o maniqueo es, según él, un «enviado de la Mani», uno que «tiene la Mani». La palabra «Mani» proviene del zend y significa, como ya hemos visto, espíritu; lo equivalente a la *mens* latina. Cf. Peyrat, t. I, págs. XII y sigs., 121 y 412.

Con estas indicaciones sobre la *Mani* cátara me daré de momento por satisfecho. Espero que la brecha que he abierto sea suficientemente ancha...

100 Sobre el aborrecimiento de la cruz por parte de los albigenses, cf. Schmidt, t. II, pág. 112; Moneta, págs. 112, 461. También los templarios rechazaban la cruz. ¿No era la propia Iglesia católica la

responsable del desprecio del símbolo más entrañable de nuestra fe cristiana?

Foulques de Toulouse: Peyrat, t. I, págs. 311 y sigs.; Lea, t. I, página 148; Vic-Vaissette, t. VI, pág. 243; t. VII, pág. 144; Guiraud *(Dominique)*, pág. 66. Foulques, Santo Domingo y Simón de Montfort se hallaban unidos por una «piadosa amistad». Cf. Dante, *Paraíso*, IX, 88; Tudela, cap. CLXV.

[101] Lea, t. I, pág. 149; Vic-Vaissette, t. VI, pág. 471; Palauqui *(Albigéisme)*, pág. 10; Tudela, op. cit. Sólo en la ciudad de Toulouse fueron ejecutados por orden de Foulques 10.000 presuntos herejes. Palauqui, op. cit.; Schmidt, t. I, págs. 66, 68, 96; Lea, t. I, págs. 129 y sigs.

[102] Cf. Schmidt, t. I, págs. 195-196. Ya en tiempos de San Bernardo de Clairvaux, la casi totalidad de los caballeros septimanos —*fere omnes milites*— eran herejes. Guiraud *(Dominique)*, pág. 23.

[103] Lea, t. I, págs.'40 y 142; Schmidt, t. I, pág. 192.

Vossler, en la página 70, dice: «Entre las creencias religiosas de Peire Cardinal y las de los cátaros apenas pueden descubrirse serios puntos de contacto. Eran éstos los que recurrían a aquél, y no viceversa. Se sabe que cuando los predicadores querían poner en guardia a sus fieles sobre el clero católico solían citar la famosa diatriba de Cardinal, con sus serventesios, se puso tan decididamente de parte vestido con piel de cordero Desde una perspectiva ética y política, Cardinal, con sus serventesios, se puso tan decididamente de parte de los albigenses perseguidos, sobre todo de los condes de Toulouse, que puede ser considerado, sin lugar a dudas, como el autor de la segunda parte del gran poema épico de la cruzada contra los albigenses.» Más adelante volveremos sobre el tema. Cf. nota 116.

[104] Lea, t. I, págs. 15, 16, 18; Schmidt, t. I, pág. 335; Doat XXV, folio 2. Sobre los valdenses, véase la bibliografía aportada, sobre todo Jas, Moneta y Bernard Gui. Vaux-Cernay dice de ellos (cap. II) que son *longe minus perversi* que los cátaros.

[105] Bernard Gui, págs. 39 y sigs. Véanse igualmente David de Augsburg: *De inquisitione haereticorum*, pág. 206, y Mollat (Prólogo a Gui), pág. XXXIX, así como Lea, t. I, págs. 35, 93, 95: «El empeño de los valdenses por restablecer la sencillez evangélica conlleva que sus concepciones religiosas fueran de tipo ético. En cierta ocasión la Inquisición de Toulouse preguntó a uno de estos desdichados qué le habían enseñado sus maestros, a lo que él contestó: No hacer mal ni hacer a otro lo que uno mismo no quiere que le hagan; no mentir ni jurar. Como puede apreciarse, una fórmula simple sin seria incidencia en la praxis. La humilde posición social de los valdenses era objeto de burlas, pues casi todos eran campesinos, artesanos o similares, pobres gentes despreciadas cuya única razón de existir para

la Iglesia era cobrarles los impuestos, si eran creyentes ortodoxos, o arrojarlos a la hoguera, si eran herejes. Todos, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, aprendían y enseñaban sin descanso. Una vez terminada la dura jornada de trabajo, por las noches se dedicaban a la instrucción y a la enseñanza; cuando a sus duras e incultas molleras les entraba el desánimo, se repetían para animarse aquellas palabras: "¡Aprended cada día aunque sea una sola palabra, pues así al cabo de un año sabréis trescientas sesenta y cinco, y de este modo llegaréis a triunfar!".»

106 Referente al Concilio de Tours: Peyrat, t. I, págs. 123 y 160. En esta época tiene lugar la aparición en escena del eslavo Niketas, el papa hereje. Cf. Peyrat, t. I, caps. IV y V; Döllinger, t. I, página 122; Vic-Vaissette, t. VI, págs. 2 y 3; Schmidt, t. I, págs. 73 y sigs.

107 Para la discusión de Lombers: Peyrat, t. I, págs. 127 y sigs.; Schmidt, t. I, pág. 70. Sobre Pedro Morand: Peyrat, t. I, págs. 161 y sigs.; Schmidt, t. I, pág. 76; Lea, t. I, pág. 135; Vic-Vaissette, t. VI, página 3.

108 Sobre la supuesta ortodoxia de la Casa Trencavel, cf. Vic-Vaissette, t. VI, págs. 155 y sigs. ¿Por qué, pues, el cardenal de Albano hizo predicar una cruzada contra ella? ¿Por qué fue envenenado el Trencavel Ramon-Roger? Resulta casi increíble admitir de qué modo y manera, durante los últimos siglos, se ha encubierto a ciencia y conciencia la tragedia de los albigenses. Si los Trencavel y los condes de Foix hicieron cuantiosas donaciones a la Iglesia y a los conventos, ¿cómo es posible que fueran tan ingratos para con sus mecenas? La Iglesia echa en cara a los cátaros —y no sin razón— sus doctrinas, contrarias a la naturaleza.

Pero sólo el indescriptible abandono de la propia Iglesia y su embrutecimiento, único en la historia de las religiones, son los responsables de que un par de cientos de ascetas gozaran de más prestigio que el incalculable ejército de prelados y clérigos. Era la Iglesia la que, de modo sistemático, había prometido al pueblo la vida celestial como premio a los sufrimientos y miserias de la vida terrena; era ella la que de tal forma había marcado las mentes del Occidente medieval con la esperanza del Paraíso y el terror al Tribunal de Dios, que la gente, ansiando la salvación, se echó en brazos de quienes aparecían de modo manifiesto como los depositarios e intérpretes de la doctrina cristiana, marginando a los sacerdotes de Roma. Un contemporáneo de San Bernardo, el benedictino Potho von Prüm, decía, hacia el año 1152, que la Iglesia caminaba a pasos agigantados hacia su fin y que nadie movía un dedo para impedirlo; que no existía ni un solo sacerdote que fuera digno de hacer de mediador entre Dios y los hombres. Y, sin embargo, la Edad Media necesitaba «mediadores entre Dios y los hombres» tanto como el

pan de cada día. ¿Merecían la muerte quienes tuvieron compasión del pobre y atemorizado pueblo, quienes incluso a nosotros, hombres del siglo XX, continúan teniendo algo que decirnos y enseñarnos? Es posible que el «aprende a sufrir sin quejarte» del catarismo hubiese sido llevado hasta el absurdo, pero ¿no debíamos saber que una «imitación de Cristo» podía hacer que estos frutos llegaran a sazonar? Nadie que piense cuerdamente puede imputar a la Iglesia de hoy los crímenes cometidos hace siglos. Los daños causados deben ser reparados, y en parte los ha reparado. Produciría enojo que deformara los hechos y que continuara odiando a aquellos pobres hombres a quienes condenó a muerte. ¿Qué puede pensarse, por ejemplo, al leer las palabras del jesuita Benoist sobre la repugnante cruzada contra los albigenses, cuando afirma que fue «la cosa más justa del mundo»?

[109] Sobre el cardenal de Albano y su cruzada: Peyrat, t. I, páginas 165, 171 y sigs.; Schmidt, t. I, págs. 83 y sigs.; Lea, t. I, pág. 137. Peyrat, en la página 176, dice: «Al dirigirse Albano contra la Gascuña, los habitantes de las llanuras huyeron a los montes en compañía de Esclarmonde de Foix y sus trovadores Arnaut Daniel, Peire Vidal y el intrépido Marcabrus.»

[110] En relación con Inocencio III: Luchaire *(Inocencio III)*, en especial el tomo II; Peyrat, t. I, págs. 251 y sigs., 286; Lea, t. I, páginas 149 y sigs.

[111] Schmidt, t. I, págs. 197, 205; Lea, t. I, pág. 197; Guillermo de Puylaurens *(Guilelmus de Podio Laurentii Chronica)*, pág. 671; Vaux-Cernay, págs. 559, 560.

[112] Historial de Arnaud de Cîteaux, en Peyrat, t. I, pág. 291. Además, Schmidt, t. I, pág. 210; Lea, t. I, págs. 156 y 157; Peyrat, t. I, páginas 315 y sigs.; Vic-Vaissette, t. VI, págs. 245-246.

[113] La *Conferencia de Pamiers* ha sido descrita, con todo detalle, por Peyrat (libro IV del primer tomo). Cf. Schmidt, t. I, pág. 213; Vaux-Cernay, caps. VI y sigs.; Palauqui *(Esclarmonde)*, pág. 21; Vic-Vaissette, t. I, pág. 250; Puy-Laurens, cap. VIII (672).

Ramon-Roger, conde de Foix, había autorizado la conferencia. Su mujer, Felipa, y —como ya sabemos— su hermana Esclarmonde eran cátaras. Su segunda hermana, Cecilia, esposa de Roger Comminges, era valdense, único caso que conocemos de que una noble occitana perteneciera a la secta de los valdenses, ya que fundamentalmente se componía de campesinos y artesanos. En el Concilio lateranense de 1215, Foulques de Marsella acusó de herejía al conde de Foix. Cf. Tudela, cap. CXLV.

[114] *Mirepoix y Montségur:* Peyrat, t. I, págs. 303, etc.; Palauqui *(Esclarmonde)*, pág. 19; Schmidt, t. I, págs. 215, 234; Doat, XXIV,

folios 217 y 240; XXII, fols. 168, 216; Tudela, versos 3260 y sigs.; Guiraud *(Cartulaire)*, pág. CCL. Fundación del primer convento dominico de Nuestra Señora de Prouille junto a Fanjeaux (Guiraud, *Cartulaire* y *Saint Dominique*). Vic-Vaissette, t. VI, págs. 252 y sigs.; Peyrat, tomo II, pág. 131; Schmidt, t. I, pág. 216; Luchaire, t. II, págs. 99 y sigs.

Según Peyrat y Palauqui, Bertrand de la Baccalaria fue quien reconstruyó Montségur.

Hemos mencionado ya que en la época pagana debió de existir junto al santuario de Abelio otro dedicado a Belissena.

[115] Schmidt, t. I, págs. 217 y sigs.; Peyrat, t. II, págs. 19 y sigs.; Vic-Vaissette, t. VI, págs. 261 y sigs.; Luchaire, t. II, págs. 119 y sigs.

Jamás pudo identificarse al asesino del legado papel. Guillermo de Tudela dice que fue un escudero del conde de Toulouse, que quiso vengar en el legado las injurias infringidas a su señor (versos 79-96).

Cf. además: Lea, t. I, págs. 162 y 169; Schmidt, t. I, págs. 221 y sigs.; Vic-Vaissette, t. VI, págs. 263 y sigs.; Peyrat, t. II, páginas 27 y sigs.

[116] Sobre la encíclica del papa León XIII, cf. Lea, t. I, págs. 169 y 170; Schmidt, t. I, págs. 221, 228; Palauqui *(Esclarmonde)*, páginas 22-24.

Acerca de *Guillermo de Tudela* y Pedro de Vaux-Cernay puede consultarse especialmente el prólogo de Meyer a la *Chanson de la Croisade* y las notas al pie de página de Schmidt (t. II, págs. 296 y sigs.). He indicado ya que puede verse en el trovador Peire Cardinal el continuador de la *chanson*. A este respecto Vossler dice: «La primera parte procede —como es conocido— de Guillermo de Tudela, y se mantiene en una tesitura contraria a los albigenses. La segunda, mayor y más importante (versos 2769-9578), empalma, sin más, con la primera y conduce la narración en sentido contrario, en sentido favorable a los albigenses, abordando los acontecimientos que median entre el año 1212 y el comienzo del tercer asedio de Toulouse, el 16 de junio de 1219. El experto francés C. Fabre cree poder demostrar que Cardinal era el único que pudo haber compuesto esta segunda parte... (Vossler, págs. 54-55). *Guillermo de Tudela se prétendait mage, nécromancien, éleve de Merlin.* Peyrat, t. II, pág. 150. Cf. Tudela, versos 3590 y 7078.

Además: Lea, t. I, pág. 170; Palauqui *(Esclarmonde)*, págs. 22 y sigs.; Schmidt, t. I, págs. 221, 228.

[117] Página 175: Guillermo de Tudela (versos 342 y sigs.).

La traducción literal es como sigue: El vizconde de Béziers preparaba, día y noche, su país para la defensa, pues era de corazón muy noble. Por ancho que sea el mundo, no existe caballero mejor, más valiente, más importante, más cortesano y más gentil. Era sobrino del conde Raimundo e hijo de su hermana. El mismo era católico

e invocó el testimonio de muchos clérigos y canónigos que viven en el convento. A lo largo de sus años mozos fue amigo de todo el mundo. Las gentes de su tierra, de la que era el señor, no sentían ante él ni desconfianza ni temor, sino todo lo contrario: chanceaban con él como si se tratara de un compañero más. Todos sus caballeros y vasallos protegían a los herejes, que se hallaban en el castillo y en la torre. Por eso fueron aniquilados y condenados, ignominiosamente, a muerte. El mismo murió de auténtico dolor ante semejante crimen. La única vez que le vi fue con motivo de las bodas del conde de Toulouse con la dama Eleonora.

Amén de Ramon-Roger, de Ramon-Roger de Foix y de los hijos de Belissena, los más poderosos protectores de los cátaros al comienzo de la cruzada contra los albigenses fueron: Gaston, VI conde de Béarn; Gerald, VI conde de Armagnac, y Bernard, VI conde de Comminges. Los dominios del conde Guillermo VII de Montpellier eran los únicos en los que no había herejes. Cf. Schmidt, t. I, pág. 196.

En torno al *asedio de Béziers:* Tudela, caps. XVI y sigs.; Vaux-Cernay, XVI y sigs.; Peyrat, t. II, págs. 40 y sigs.; Schmidt, t. I, páginas 228 y sigs.; Lea, t. I, págs. 170 y sigs.; Vic-Vaissette, t. VI, página 288; Cesar de Heisterbach, libro V, cap. 21. Según un cronista, perecieron en Béziers 60.000 personas; según Cesar de Heisterbach, hasta 100.000. La famosa frase de «Dad muerte a todos; Dios reconocerá a los suyos» (según la segunda epíst. a Tim. II, 19: «El Señor conoce a los que son suyos») es considerada como poco verídica. Hurter, en su *Historia del papa Inocencio III* (1841), opina que «habría que preferir, en honor a la humanidad, rechazarla a admitirla». Cf. Schmidt, t. I, pág. 229, nota 1. Lea afirma que «César, por su parte, lleva a cabo el relato sin ningún tipo de prejuicio moral» (t. I, página 171, nota 1).

Que nols pot gandir crotz (Tudela, verso 495): «Nada podía salvarles, ni la cruz, ni el altar, ni el crucifijo. Aquellos locos y furtivos rufianes degollaban a sacerdotes, mujeres y niños. Ni uno solo —lo creo— salió con vida. Que Dios les haya recibido en su gloria...» Tudela prosigue: «No creo que desde los tiempos de los sarracenos se haya decidido ni ejecutado una matanza tan bestial. El botín que consiguieron los franceses fue enormemente grande. Si no hubiesen estado presentes los rufianes y los miserables truhanes con su rey al frente, todos los habitantes de Béziers se hubieran hecho ricos para toda la vida...»

[118] Sobre el *asedio de Carcassonne:* Tudela, caps. XXVI y sigs.; Vaux-Cernay, op. cit.; Guillermo de Puylaurens, cap. XIV; Peyrat, tomo II, págs. 48 y sigs.; Schmidt, t. I, pág. 230; Lea, t. I, pág. 174; Vic-Vaissette, t. VI, pág. 291. Cesar de Heisterbach la llama ciudad *pulchravallis.*

El *Veni creator spiritus* fue el himno oficial de la cruzada albi-

gense y constituyó el *leit motiv* de todas las atrocidades de aquella guerra contra la Iglesia del Paráclito.

Messa lor a cantada: Tudela, verso 768.

119 En relación con la muerte de Ramon-Roger: Vic-Vaissette, t. VI, página 313 y notas. Cuando murió, no había cumplido aún treinta años. Se le asigna como año de nacimiento el 1185. Su madre, Adelaida de Burlats, había fallecido en 1199.

Cf. Guillermo de Tudela, versos 862 y sigs.-918 y sigs.

La traducción literal de dichos versos es como sigue: «El vizconde murió más tarde de disentería. Y los malvados tunantes y canallas, que nada saben de ello, dicen que fue asesinado a traición y por la noche.» ¡El conde (Monfort) no lo hubiera soportado, por Jesucristo del cielo! Nadie en el mundo puede creer que se le matara. El (Montfort) tenía cautivo al vizconde; quería tenerlo protegido y darle cuanto necesitaba. Pero nadie puede enfrentarse a su destino. La disentería se cebó en él, así lo creo, y de ella murió. Pero antes deseó recibir la comunión. El obispo le administró los últimos sacramentos, y al atardecer del día siguiente falleció. El conde de Montfort dio entonces muestras de hombre gentil y abierto: hizo que expusieran públicamente el cadáver para que las gentes fueran a llorarle y a rendirle su homenaje. Allí habríais podido escuchar los grandes gemidos del pueblo. Una larga procesión le acompañó hasta el lugar del sepelio. ¡Que Dios se acuerde de su alma y sea misericordioso con él, pues aquélla sí que fue desgracia!

El continuador anónimo de la canción, en cambio, dice: ... *que an mort li crozat, en Simos de Montfort cant hom li ac lhivrat* (después de que fuera entregado —a Simon—, fue muerto por los cruzados y por Simon de Montfort; verso 3361).

Sobre la mujer de Ramon-Roger, Inés de Montpellier, que con su único hijo, Ramon-Trencavel (nac. 1207), huyó a Foix ante la inminente llegada de los cruzados, cf. Vic-Vaissette, Peyrat y, sobre todo, Tudela, pág. 181, nota 1. Inés, poco después de la muerte de su esposo, dejó a sus parientes de Foix y se pasó al enemigo..., por razones pecuniarias.

120 Lea, t. I, págs. 178 y sigs.; Peyrat, t. II, libros VIII y X (capítulo VI); Schmidt, t. I, págs. 233 y sigs.

Simon de Montfort consiguió avanzar hasta Mirepoix y Pamiers. Algunos autores opinan que Simon de Montfort, en el año 1210, después de la toma del castillo de Puivert (residencia veraniega de Adelaida), llegó a asediar Montségur e incluso a tomarlo, al menos sus obras avanzadas, pero que poco más tarde la fortaleza del Tabor fue reconquistada por Ramon de Perelha y Pedro-Roger de Mirepoix. Cf. Vic-Vaissette, t. VI, pág. 768. Nos cuenta una tradición oral que Simon de Montfort, después de la batalla de Muret, emprendió con toda energía el asedio del castillo cátaro, pero que fue derrotado.

Cf. Gaussen *(Montségur)*. Lo que sí es cierto es que Gui, hermano de Simon y príncipe de Sidón, tomó y destruyó Belesta, La Roque d'Olmes, Lavelanet, Perelha y Rocafissada. La situación inexpugnable de Montségur acobardó, sin embargo, al atacante y le hizo retroceder. Cf. Palauqui *(Esclarmonde)*, págs. 30-31.

[121] *Minerve:* Lea, t. I, pág. 181; Schmidt, t. I, págs. 242 y sigs.; Peyrat, t. II, págs. 157 y sigs.; Tudela, vv. 1071 y sigs.; Vaux-Cernay, capítulos XXXVII y sigs.; Vic-Vaissette, cap. LXXXVII.

«Si se puso de manifiesto, a veces de modo exorbitante, el fervor bárbaro de los peregrinos —como ocurrió con los monjs de Boulbonne (abadía cisterciense y necrópolis de los condes de Foix), a quienes quemaron los ojos y les cortaron las narices y las orejas, de modo que ya nada tenían de rostros propiamente humanos—, tenemos que pensar que semejantes bestialidades se debieron, por una parte, a los estratos sociales de los que la Iglesia recolectaba sus reclutas, y por otra, a la impunidad que se aseguraba a los cruzados, tanto en esta vida como en la otra» (Lea, t. I, pág. 181).

Termès: Peyrat, t. II, págs. 184 y sigs.; Schmidt, t. I, pág. 243; además las fuentes dadas para Minerve: Tudela (cap. LVI), Vic-Vaissette, t. VI, cap. XCIII.

[122] Lea, t. I, págs. 184 y sigs.; Peyrat, t. II, págs. 192 y sigs.; Schmidt, tomo I, págs. 244 y sigs.; Vic-Vaissette, op. cit.

[123] *Lavaur:* Peyrat, t. I, págs. 325, 337; t. II, págs. 204 y sigs.; Schmidt, t. I, págs. 247-248; Vaux-Cernay, caps. XLIX y sigs.; Tudela, capítulos LXVIII y sigs.; Vic-Vaissette, t. VI, caps. CII, CIII, CVIII; Guillermo de Puylaurens, cap. XVI.

Wolfram von Eschenbach nos hace una descripción de cómo se asediaban y defendían las ciudades de su tiempo (*Parsifal*, 205-206).

Estiers dama Girauda: ... la dama Giralda fue arrojada a un pozo. (Los cruzados) la cubrieron de piedras. Supremo ludibrio y escarnio, pues nadie en el mundo —tenedlo por cierto— podía abandonar su casa sin antes haber recibido hospitalidad. Tudela, vv. 1557 y sigs.

Dominam etiam castri, quae erat soror Aimerici et haeretica pessima, in puteum projectam Comes lapidibus obrui fecit; innumerabiles etiam haereticos peregrini nostri cum ingenti gaudo *combusserunt.* Vaux-Cerny, final del cap. LII.

[124] En relación con Inocencio III, cf. Schmidt, t. I, pág. 244, nota 1. Palauqui *(Esclarmonde)* escribe en la página 25: *Cette guerre allait devenir, en effet, une oeuvre de fanatisme si épouvantable qu'Innocent III, lui même, finira par pleurer sur tant de sang versé et maudira Simon de Montfort en ces termes: "... Non content de vous être élévé contre les hérétiques, vous avez tourné les armes des Croisés contre les peuples catholiques; vous avez répandu le sang*

des innocents, et envahi, à leur préjudice, les terres des comtes de Foix, de Comminges et de Gaston de Béarn... Vous exigez le serment de fidélité des peuples, faisant donc aveu tacite qu'ils sont catholiques, puis vous les attaquez... Nous vous ordonnons de restituer au roi d'Aragon et à tous ses vassaux tous les domaines que vous avez envahis sur eux, de crainte que, en les retenant injustement, on ne dise que vous avez travaillé pour votre propre avantage et non pour la cause de la Foi." Devant les horreurs dont Simon de Montfort s'était rendu coupable, Innocent III —c'est une justice à lui rendre— ordonna de suspendre la Croisade. Bien inutiles objurgations!

125 Se han citado las manifestaciones de Kannegiesser (su p. XXII). Veamos ahora las palabras del gran poeta provenzal de nuestros días, Frédéric Mistral: «*La sève autochtone qui s'était épanouie en une poésie neuve, élégante, chevaleresque, la hardiesse méridionale qui émancipat déjà la pensée et la science, l'élan municipal qui avait fait de nos cités autant de républiques; la vie publique enfin circulant à grands flots dans toute la nation, toutes ses sources de politesse, d'indépendance et de virilité étaient taries, hélas! pour bien des siècles. Aussi, que voulez-vous? bien que les historiens français condamnent généralement notre cause, quand nous lisons dans les chroniques le récit douloureux de cette guerre inique, nos contrées dévastées, nos villes saccagées, le peuple massacré dans les églises, la brillante noblesse du pays, l'excellent Comte de Toulouse, dépouillés humiliés, et, d'autre part, la valeureuse résistance de nos pères aux cris enthousistes de:* Toloza! Marselha! Avinhon! Provensa! *il nous est impossible de ne pas être ému dans notre sang et de ne pas redire avec Lucain:* Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni!» Mistral, *Calendau* (en Palauqui, *Esclarmonde*, pág. 37). En otro pasaje escribe Mistral: «*C'est toujours un grand malheur quand, par surprise, la civilisation doit céder le pas à la barbarie, et le* triomphe des Franchimands retarda de deux siècles la marche du progrès.» Op. cit., página 23. Estas amargas palabras son de un francés. París y Roma, sin embargo, no se sentían demasiado satisfechas de su victoria.

126 Lea, t. I, págs. 175 y sigs., 190 y sigs.; Schmidt, t. I, págs. 255 y sigs.; Peyrat, t. II, libros XI y sigs.

Sobre la muerte de Simon de Montfort: Peyrat, t. II, págs. 68 y 410; Schmidt, t. I, pág 270; Lea, t. I, pág. 208; Puylaurens, capítulos XXVIII-XXX; Vaux-Cernay, caps. LXXXIII y sigs. El continuador anónimo de la *Chanson de la Croisade* (vv. 8681 y sigs.) describe así su último adiós: Lo llevaron precisamente a Carcassonne para darle sepultura y celebrar la misa de funeral en la catedral de San Nazario. Quien sepa leer verá que en su lápida está grabado que es santo y mártir, que resucitará para participar en la herencia (del cielo), gozar de la beatitud incomparable, llevar la corona y sentarse en el trono del reino (de Dios). He oído decir que asesinó a hombres,

vertió sangre, hizo que es extraviasen las almas, dio su consentimiento a acciones criminales, siguió consejos perversos, avivó la pasión de las hogueras, aniquiló barones, deshonró a nobles, usurpó bienes usando de violencia, hizo triunfar la arrogancia, atizó el fuego del mal y apagó el del bien, mató a mujeres y estranguló a niños; pero porque luchó por Jesucristo, en este mundo será coronado y resplandecerá en los cielos.

Sobre la *muerte de Raimundo VI*, cf. t. I, pág. 211; Puylaurens, capítulo XXXIV; Vic-Vaissette, t. VI, págs. 521, 549-550, 663, 789.

127 Respecto al final de la tercera parte: Lea, t. I, págs. 227 y sigs.; Schmidt, t. I, págs. 283 y sigs.; Vic-Vaissette, t. VI, libros XXV y sigs.

128 El poema de Bernard Sicard ha sido tomado de la *Historia de los Albigenses*, de Peyrat.

Kampers, en su *Lichtland der Seelen und der heiligen Gral* (página 58), habla de una adaptación poética de la carta del presbítero contenida en un manuscrito de Munich de finales del siglo XIV, pero que en realidad es anterior. Dicho poema habla del rey de Occitania, Manuel, que, habiendo tenido noticias de la inmortalidad del preste Juan (cf. mi nota 98), deseaba ponerse a su servicio. Unos emisarios del preste exponen a Manuel el contenido de la carta. Manuel, con todo su pueblo, se dirige hacia Juan, que le introduce en su palacio y le confiere la inmortalidad; Manuel se queda con los suyos en aquel país maravilloso. A su patria, de la que se ha ido, la llama «la Occitania abandonada».

CUARTA PARTE: LA APOTEOSIS DEL GRIAL

129 *Domingo de Guzmán:* Peyrat, t. I, pág. 316; Guiraud *(Saint Dominique)*; Dante, *Paraíso*, XII; Vic-Vaissette, etc.

Malvenda: Guiraud, pág. 40.

Lea, t. I, págs. 335, 337, 368 y sigs., 411 y sigs., 459, 487.

El «modelo de interrogatorio» ha sido tomado de Gui (t. I, pág. 64) y de Lea (t. I, pág. 459). Véase asimismo David von Augsburg, páginas 229-232.

130 El juramento de Juan Teisseire en Lea, t. I, págs. 107-108.

Flagelación: Lea, t. I, pág. 519; Cauzons, t II, pág. 299.

Peregrinaciones: Lea, t. I, pág. 520; Cauzons, t. II, pág. 295; Mollat *(Manuel)*, LVI.

Cruciferarios: Lea, pág. 523; Cauzons, t. II, pág. 304; Mollat, página LIV.

131 *Tormento:* Lea, t. I, págs. 470, 477; Doat, XXXI, 57; Cauzons, tomo II, págs. 227 y sigs.

[132] *Muro:* Schmidt, t. II, pág. 196; Cauzons, t. II, págs. 367 y siguientes; Lea, t. I, págs. 544 y sigs.; t. II, pág. 36; Mollat, págs. LIII y sigs. «No había modo de acarrear piedras suficientes para construir tantas cárceles», Lea, op. cit. Véanse a este respecto los trabajos de Vidal, que tratan fundamentalmente de las actuaciones de la Inquisición en la diócesis de Pamiers, a la que pertenecía el condado de Foix.

Muerte en la hoguera y *brazo secular:* Lea, t. I, págs. 249 y sigs., 597 y sigs.; Cauzons, t. II, págs. 381 y 401 y sigs.; Vic-Vaissette, ts. VI y IX. En la página 39 (nota 1) Vic-Vaissette nos relatan cómo Guillermo Raoul, obispo de Carcassonne y mecenas de los dominicos, fue a visitar al cátaro Raimundo del Puy para recabar sus consejos. Guillermo Raoul se encontraba muy delicado de salud y deseaba que el hereje, célebre por sus conocimientos médicos, le dijera si sus males eran mortales. Raimundo se hallaba en la lista negra de los inquisidores y era ardientemente perseguido. Vivía entre Saissac y Sozère; por consiguiente, en la zona de los hijos de Belissena. En dicho pasaje aparecen también como cómplices de los herejes los señores de Saissac y Cab-Aret, el abad de Caunes, varios sacerdotes, un canónigo de Saint-Etienne de Toulouse y el condestable de Carcassonne.

Los inquisidores creían poder justificar la muerte por el fuego mediante el verso 6 del capítulo XV del Evangelio según San Juan: «Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden.»

Lea (t. I, pág. 249) cree que el origen de dicha pena se retrotrae tal vez a la legislación pagana de Diocleciano, que la estableció para los maniqueos. Lea, a quien he recurrido, sobre todo, en el tema de la Inquisición, y a quien he citado libremente en varias ocasiones, añade lo siguiente: «Sólo diré algunas palabras acerca del horrendo proceso de la *ejecución* misma. Cuando el pueblo era convocado para presenciar la lucha con la muerte de un mártir de la herejía, su celo religioso no se veía defraudado con falsas indulgencias. El inculpado no era estrangulado antes de que se prendiera fuego a los haces de leña, como ocurrió más tarde en tiempos de la Inquisición española, ni, al no estar descubierta la pólvora, se ataba al cuello del que iba a ser ajusticiado un saco lleno de este material explosivo, para que cuando las llamas lo alcanzasen se abreviaran sus tormentos. En un principio se dio a entender que tal procedimiento no tenía nada de humano, pero con el tiempo se llevó a la práctica.

El hereje era atado a un madero lo suficientemente alto como para que sobresaliera por encima del material que iba a ser quemado. Los creyentes debían tener la posibilidad de ir siguiendo hasta el final cada uno de los actos de la cruel tragedia. Hasta el último momento estaban junto a él servidores de la Iglesia a fin de —si posible fuera— arrancar de las garras del demonio su alma. Si no era un relapso podía de este modo salvar su vida en el postrer ins-

tante. Incluso en este último servicio podemos ver la singular inconsecuencia de una Iglesia que se imaginaba poder eludir su responsabilidad de haber enviado a la muerte a una criatura humana. Los clérigos que acompañaban a la víctima tenían órdenes rigurosas de no exhortarle en absoluto, de contemplar impertérritos la muerte o trepar con arrojo por la escalera que llevaba al montón de leña o entregarse con corazón resuelto en las manos de los verdugos; pues según fuera su comportamiento podían acelerar el final del ajusticiado, incurriendo en «irregularidad».

¡Sutil observación —a fuer de sinceros— que poco importaba a gentes que ya habían ejecutado un asesinato legal! Para la ejecución solemne se elegía normalmente un día festivo, a fin de que hubiera más gente y el escarmiento dado fuese más eficaz. Se obligaba al delincuente a guardar silencio para no despertar en el pueblo sentimientos de conmiseración y de afecto, provocando con ello peores actitudes, si cabían.

Por lo que a detalles concretos se refiere, contamos incidentalmente con el relato de un testigo presencial de la ejecución de Juan Huss, llevada a cabo en Constanza el año 1415. Huss tuvo que colocarse sobre un par de haces de leña, siendo a continuación fuertemente atado con cuerdas a un poste. Las cuerdas estaban sujetas a los tobillos, encima y debajo de las rodillas, en la región inguinal, en las caderas y en los brazos. Cuando se dieron cuenta de que miraba hacia Oriente, cosa que no parecía conveniente para un hereje, se le volvió hacia Occidente. Se amontonó en su derredor y hasta la barbilla haces de leña mezclados con paja. Entonces se acercó el conde palatino Ludwig, que dirigía la ejecución, con el mariscal de Constanza, y exhortó, por última vez, a Huss para que se retractara. Como se negara, retrocedieron y con unas palmadas dieron al verdugo la señal de prender fuego a la hoguera. Una vez que todo se hubo quemado, siguió una escena indignante: cogieron el cadáver semicalcinado, lo hicieron pedazos, rompieron sus huesos y arrojaron despojos y entrañas a una nueva hoguera para que no quedara absolutamente nada. Como se temía que iba a suceder con Huss lo mismo que había ocurrido con Arnoldo de Brescia, con algunos franciscanos espirituales como Savonarola y otros, es decir, que iban a recoger los restos mortales y guardarlos como reliquias de mártir, tuvieron especialísimo cuidado, una vez consumido el fuego, en coger las cenizas del hereje y arrojarlas a un río.

Hay algo de horrendo y espeluznante entre este acto final de crueldad humana y el frío cálculo de los costos que se originaban cuando se devolvía, por la muerte en la hoguera, un alma a su Creador. En los relatos de Arnaud Assalit tenemos un cálculo de los costos que produjo la cremación de cuatro herejes en Carcassonne el 24 de abril de 1323:

Madera gruesa...	55 soles,	6 denarios
Sarmientos	21 »	3	»
Paja	2 »	6	»
Cuatro postes	10 »	9	»
Cuerdas para atar	4 »	7	»
Verdugos, cada uno 20 soles	80 »		
Total ... ... 8 libras,	14 soles,	7 denarios	

Algo más de dos libras por hereje. Lea, t. I, págs. 617-619; Doat, XXXIV, 189.

Condena de herejes muertos: Lea, t. I, págs. 259, 501, 566 y sigs., 619 y sigs. Cauzon cree que se trata de una reminiscencia del Libro primero de los Reyes, XIII, 2, y del segundo, XXIII, 16:

«Y por orden de Jahvéh apostrofó al altar diciendo: Altar, altar, así dice Jahvéh: Ha nacido a la casa de David un hijo llamado Josías, que sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los altos, a los que queman incienso sobre ti, y quemará huesos humanos sobre ti.

Volvió la cabeza Josías y vio los sepulcros que había allí en la montaña; mandó tomar los huesos de las tumbas y los quemó sobre el altar, profanándolo, y cumpliendo así la palabra de Jahvéh, que había dicho al hombre de Dios que había dicho estas cosas.»

Cf. Cauzons, t. II, págs. 360 y sigs. Referente al papa Esteban VII, cf. Lea, t. I, pág. 259; Cauzons, op. cit.

[133] *Confiscación de bienes:* Lea, t. I, págs. 560 y sigs.; Cauzons, tomo II, págs. 318 y sigs.

[134] Lea, t. I, págs. 623-625.

Respecto al capítulo XVII del Apocalipsis: *Item, duas confingunt esse ecclesias, unam benigman quam dicunt esse sectam suam, eamque esse asserunt ecclesiam Jhesu Christi; aliam vero ecclesiam vocant malignam, quam dicunt esse Romanem ecclesiam, eamque impudenter appellant matrem fornicationum, Babilonem magnam, meretricem et basilicam dyaboli et Sathanae synagogam.* Bernard Gui, t. I, pág. 10. Cf. Döllinger, t. I, pág. 189.

[135] *Asesinato de inquisidores en Avignonet:* Vic-Vaissette, t. VI, páginas 738 y sigs.; Puylaurens, cap. XLV; Lea, t. II, págs. 37 y sigs.; Doat, XXII, 107; XXIV, 160; Peyrat *(Les Albigeois et l'Inquisition)*, tomo II, págs. 304 y sigs.; Schmidt, t. I, págs. 320 y sigs.

[136] *Montségur:* Vic-Vaissette, t. VI, págs. 766-769; Puylaurens, capítulo XLVI; Catel *(Histoire des comtes de Toulouse)*, pág. 162; Doat, XXII, 202, 204, 210, 214, 216-17, 224, 228, 37; XXIV, 68, 76, 80, 160, 168, 172, 181, 182, 198; Peyrat *(Croisade)*, págs. 359 y sigs. *(Les Albigeois et l'Inquisition)*, t. II, págs. 363 y sigs.; Lea, t. II, págs. 37, 45 y sigs.; Schmidt, t. I, págs. 299 y sigs., 315, 324 y sigs.; Palauqui *(Esclarmon-*

de), págs. 31 y sigs.; *(Albigéisme)*, págs. 10-11; Magre, págs. 88 y sigs.; Duclos, t. II, cap. I. Además, Gaussen, Garrigou *(Foix)*, Gadal, etc.

Virgilio, en su *Eneida* (VIII), habla de las «vacas ibéricas». Respecto a los «hijos de Gerión», cf. Peyrat *(Civilisation)*, págs. X y 285. Los nombres de los proscritos de Montségur pueden encontrarse en el proceso de Berenguer de Lavenalet. Doat, XXIV, 42. También Peyrat (todos los tomos) y Gaussen. Doat, XXII, 107 y sigs., XXIV, 68 y sigs.; Schmidt, t. I, pág. 326; Döllinger, t. I, pág. 241.

El valle que va del lago del Tabor a Montségur por el desfiladero de Lasset se llama Val de l'Incant. Cf. Peyrat *(Civilisation)*, pág. 284.

En el año 1255 cayó también el castillo de Quéribus, no lejos de Perpiñan, donde habían encontrado refugio algunos cátaros después de la caída de Montségur. Cf. Schmidt, t. I, pág. 332; Vic-Vaissette, tomo VI, pág. 842.

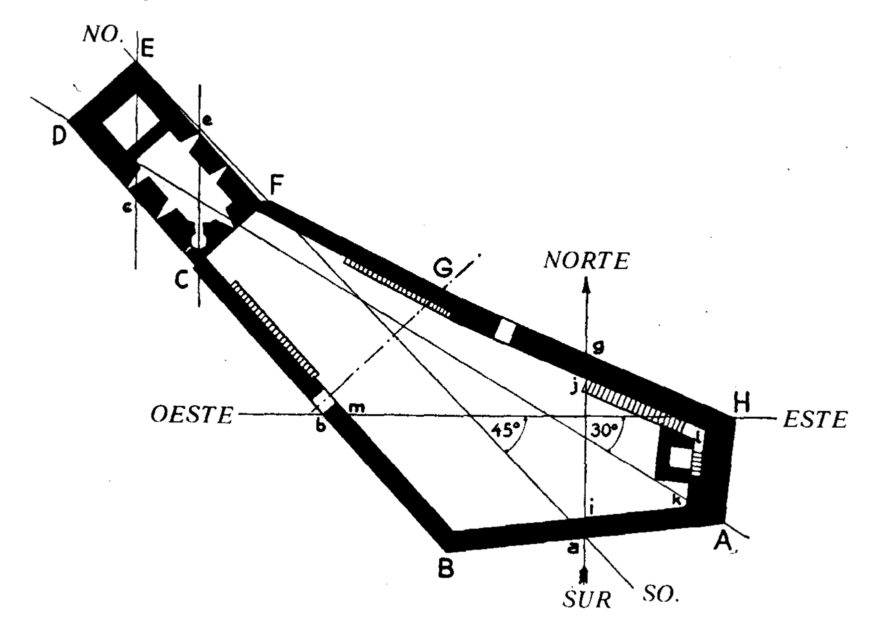
Sobre Gui de Levis, cf. Peyrat *(Inquisition)*, todos los volúmenes. Tudela, t. II, pág. 175, nota 1; Vic-Vaissette, t. VI, págs. 466, 650, 679, 902.

Espinasser: Lea, t. II, pág. 56; Peyrat *(Inquisition)*, t. III, pág. 54.

137* Las investigaciones llevadas a cabo por Fernand *Niel* y recientemente publicadas nos aportan aspectos totalmente nuevos sobre el monte y castillo de Montségur. Veamos el comentario que de ellos hace René Maikowski en la revista de Freiburg *Die Kommenden* (número 8, 25 de abril de 1963): «... el plano del castillo resulta extraño, y no sólo para explicar la estructura del edificio como, por ejemplo, el ángulo de la pared norte... Llamaba la atención la torre principal, con sus 171 metros de base, y situada en la parte occidental...; no se trata fundamentalmente de una construcción dedicada a fines defensivos. Teniendo en cuenta que el castillo había sido construido *antes* de las grandes persecuciones emprendidas por la cruzada contra los herejes, tampoco tenía como finalidad dar cobijo a los fugitivos... Las obras realizadas por los cátaros en 1204 supusieron toda una innovación...».

«Un día de otoño, hacia el mediodía, se encontraba Fernand *Niel* en el umbral de la puerta principal del castillo de Montségur. Empezaron a sonar las doce campanadas en la iglesia del pueblo. Le llamó la atención cómo en ese mismo instante el umbral era dividido por los rayos del sol en una diagonal que unía exactamente los finales opuestos de las jambas de la puerta en dos mitades, una iluminada y la otra a oscuras. Lo primero que le vino a la mente fue pensar que para quienes vivían en Montségur debió de resultar muy sencillo saber cuándo eran las doce del mediodía. Pronto descubrió multitud de disposiciones arquitectónicas que tenían una coherencia con posiciones astronómicas... Resumiendo, Niel llegó a la conclusión de que en determinados lugares de los muros del castillo podía comprobarse la salida y puesta del sol del solsticio vernal y los equinoccios

del 21 de marzo y 23 de septiembre. También la entrada del sol en los distintos signos del Zodíaco encuentra su reflejo en la disposición de las estancias del castillo... Representa, por así decirlo, un calendario perfectamente sincronizado con el sol.»



Planta del castillo de Montségur

Haríamos mal en dejarnos llevar por las ideas que hoy tenemos sobre la astronomía; lo que tenemos que hacer es intentar introducirnos en la mentalidad de los hombres de aquella época y en su mundo de vivencias cósmico-espirituales. El sol era para ellos mucho más que un mero astro físico que alumbra durante el día.

[138] Lea, t. II, pág. 105; Magre y la tradición oral.

Sobre *Jacques Fournier, Bernard Délicieux* y *Pierre Autier*, cf. Jakob *(Studien über Papst Benedikt XII)*; Vic-Vaissette, t. IX, págs. 86, 229, 258, 260, 277 y sigs., 331, 333, 389-392, 445; Lea, t. I, págs. 297 y sigs.; tomo II, págs. 80 y sigs., 93, 107 y sigs., 475; Peyrat, Lavisse, Hauréau, Vid, etc.

(Fournier) Cf. Jakob, págs. 30 y 155: *Potator vini maximus ab omnibus curialibus dicebatur, adeo ut cersum sit in proverbium consuetum dici: Bibamus papaliter — Fuit autem vir corpulentus, procera statura, potator vini ut fertur permaximus — Vino madidus, aevo*

gravis, ac soporifero rore perfusus. Sobre la persecución de los herejes en el Sabarthès, cf. Vidal, *Les derniers ministres cathares* y *Tribunal de l'Inquisition de Pamiers;* Molinier, págs. 107-161; Douais, *Documents,* t. I, págs. CXCVIII-CCII, Biblioteca Nacional de París; Vic-Vaissette, t. IX; Peyrat, *Inquisition,* ts. II y III. Peyrat es el único que habla de la lucha por las cuevas de Sabarthès al narrar la leyenda de los cátaros presuntamente encarcelados allí. Magre ha tomado la leyenda de Peyrat (págs. 95 y sigs.).

Para Pons-Arnaud de Château-Verdun, cf. Vic-Vaissette, t. IX, página 455; *Cagots:* Lea, t. II, pág. 117, nota; Schmidt, t. II, págs. 307 y siguientes.

Durante mi estancia en los Pirineos oí hablar muchas veces de la *loca del Montcalm.* Con motivo de la escritura de estos folios solicité de mi amigo y colaborador Gadal la documentación relacionada con este hecho. Me permito introducir en estas notas el resumen de la contestación del señor Gadal:

... «*Nul n'a pu éclaircir cette énigme.*

Les paroles rapportées sont authentiques: on n'a pu saisir que celles-là. L'acte de l'état-civil figure à Foix sous le No. 120 de l'an 1808, avec mention: Femme inconnue. Le maire de Foix était J. P. Acoquat; les témoins sont Arnaud Bourthol, concierge des Tours, et Pierre Birobent, son aide.

Le Prèfet de l'Ariège était Brun (remplacé le 27 juillet 1808 par Dupont-Delporte).

Le Sous-Préfet de l'arrondissement de Foix n'a existe que de 1811 à 1815. Le sous-préfet Bascle de Lagrèze a réuni les procès-verbaux et en a publié le récit le 7 janvier 1814 dans le "Journal de l'Ariège".

Bibliographie:

"Vie et fin déplorable de Mme. de Budoy", anonyme, 2 volumes, 1817. La Folle des Pyrénées, primitivement Antonia, roman sur la Folle du Montcalm, par Elie Berthet, 1850.

"Hermance de Valméga", par l'abbé Laborgne, 1888.

"Lectures morales", par Bergés, Directeur de l'Ecole Normale de l'Ariège, 1839. L'Ariège, par le même en 1863.

"Histoire des Ariègeois", par l'abbé Duclos, 1881, tome I.

"Pics et Vallées", par Raoul Lafagette (le plus beau poème sur la Folle!), 1885.

"Poesies romantiques, religieuses et satiriques", par l'abbé Firmin Rauzy, 1886.

"La Fado de las Pyrénéos", par l'abbé Cabibel, en patois, vers 1880.

"La Fado del Mount Calm", par Paul Dunac de Tarascon (en patois), non publié.

"La Foilho" (en patois), en 1900, par Roucatil.

"L'homme et la Sauvageonne", par Isabelle Sandy.

"L'Inconnue de Saint-Béat (Hautes-Pyrénées)", Revue hebdomadaire du 26 avril 1924.
"Le Temps" (5 juillet-15 août 1922), par G. Lenôtre.»

139* Sobre la tragedia de la orden de los templarios:
Druon, *Der Fluch aus den Flammen* (Rororo, núm. 512).
Krück, *Der Templerprozess,* 1964, Verlag Freies Geistesleben, Stuttgart.
Campbell, *Die Tempelritter. Aufstieg und Verfall,* Erns Klett Verlag Stuttgart.
Unos setenta años después de la caída de Montségur comenzó la tragedia y el exterminio definitivo de aquellos exponentes de un cristianismo sumamente esotérico. Cada vez van saliendo más a relucir en las últimas décadas los hechos objetivos. Véase también *Rudolf Steiner,* 25 de septiembre y 2 de octubre de 1916, en *Innere Entwicklungsimpulse der Menschheit* (t. III, Historia del Cosmos y del hombre).

140* La obra compendiada de Rudolf Meyer, *Der Gral und seine Hüter (El Grial y sus guardianes),* aporta, comparada con el trabajo de Rahn, otros muchos hechos y puntos de vista. Meyer hace justicia al impulso de Rahn (pág. 314: En su libro *Cruzada contra el Grial,* Otto Rahn ha intentado representar la auténtica campaña de exterminio contra la corriente del Grial...), Meyer se adentra en las vinculaciones de tipo histórico y espiritual y presenta tanto la tendencia general histórica como el mundo vivencial del individuo concreto, conduciéndonos hasta el corazón de los tiempos actuales.

141* Cf. Rudolf Steiner, *Die Geheimwissenschaft im Umriss* (capítulo «Presente y futuro del desarrollo de la humanidad»), 26.ª edición, 1955, págs. 362 y sigs.

142* Cf. afirmaciones de Rahn en torno a Lucifer, páginas de este libro:
En su obra *Luzifers Hofgesinde,* pág. 75, dice: «Desearía encontrarme entre aquellos que saben comprender, que andan buscando la justicia y lo correcto, que por sí mismos han hallado el derecho y el deber y el sentido de las cosas. También en la casa de Lucifer hay muchas mansiones...»
Mucho tiempo estuve residiendo en los montes del Tabor. Con profunda emoción vagué por los salones de cristal y las criptas de mármol de las cuevas de los herejes. Apartando, para no pisar, las osamentas de puros y caballeros caídos en la «lucha por el espíritu». Cuando el suelo de las cuevas resonaba en el vacío bajo mis pisadas, muchas veces me quedaba inmóvil y a la escucha por si algún trovador entonaba alguna canción de suprema *Minne,* de ese amor sublime que convierte en dioses a los hombres...

Entre los innúmeros signos, dibujos y nombres —también un rey de Francia: Enrique IV, nieto de Esclarmonde de Foix, confió su nombre a las paredes de la cueva de la «catedral» durante la guerra de los hugonotes— encontré la siguiente poesía, escrita por una mano anónima en el año 1850:

Dédié aux prêtres! Qu' est-ce Dieu?

Loin de rien décider de cet être suprême,
Gardons en l'adorant un silence profond.
Le mystère est immense et l'esprit si confond,
Pour dire ce qu'il est, il faut être Lui (-même)

Una versión, muy libre, de los versos que anteceden pondrá punto final al vía-crucis de los templarios herejes que culminaron sus días en Montségur y en las cuevas de Ornolac:

¿Qué es Dios?

Los que aquí vinimos,
enmudecemos.
No pronunciamos su nombre.
Permanecemos en silencio.
Oramos en silencio...
¡Quien quiera decir
quién es
tiene que ser
el que es!

Amén.

INDICE